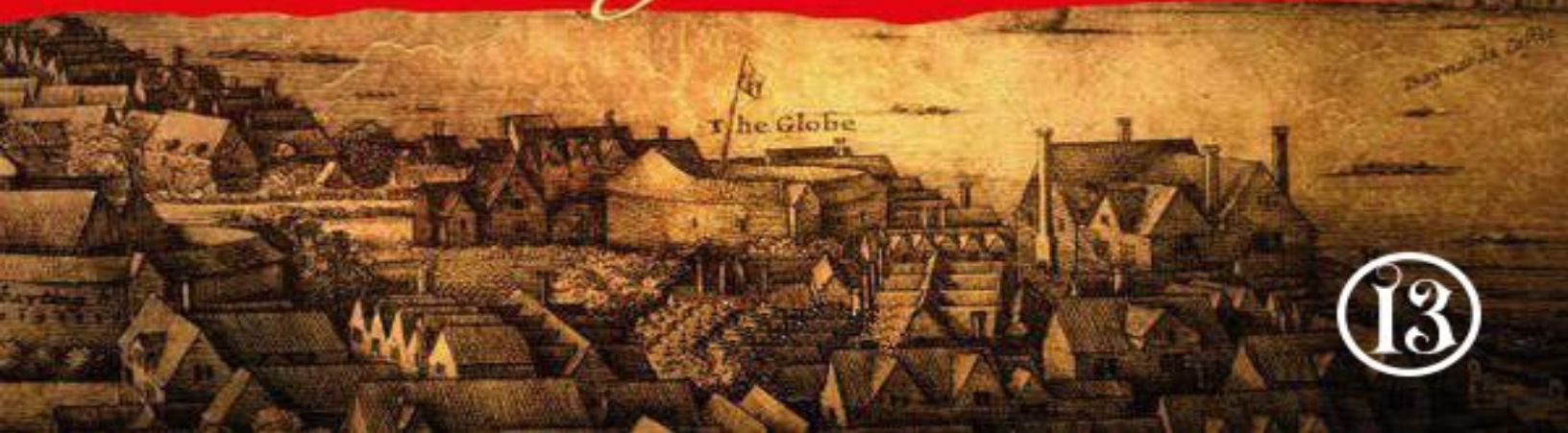


BERNARD CORNWELL

NECIOS *Y* MORTALES



13

Londres, siglo XVI.

En el corazón de la Inglaterra isabelina, el joven Richard Shakespeare sueña con una brillante carrera en los teatros londinenses, dominados por su hermano mayor, William. Aunque este le da trabajo en su compañía, los papeles son mínimos, y Richard está sin un céntimo y tiene que buscarse la vida para sobrevivir. La gratitud que siempre ha sentido hacia William comienza a resquebrajarse, y llega a plantearse robar los manuscritos de su hermano y venderlos a teatros rivales. Entonces desaparece un manuscrito de gran valor en la compañía de William, y todas las sospechas recaen sobre Richard, que se verá forzado a penetrar en los bajos fondos del Londres más pendenciero para recuperarlo. Súbitamente se ve enredado en un doble juego de apuestas y traiciones, del que solo podrá escapar aplicando todo lo que ha aprendido como actor en los mejores escenarios londinenses...

Bernard Cornwell

Necios y mortales



Título original: *Fools and mortals*
Bernard Cornwell, 2017
Traducción: Pedro Santamaría Fernández, año

Revisión: 1.0
29/03/2019

Necios y mortales está dedicada, con afecto, a todos los actores, actrices, directores, músicos y técnicos del Teatro Monomoy.

EPÍGRAFE

PUCK

¡Señor, qué necios son estos mortales!

El sueño de una noche de verano
Acto III, escena II, línea 115

HIPÓLITA

Es lo más absurdo que he oído jamás.

TESEO

Las mejores no son más que sombras, y las más malas no son peores, siempre y cuando la imaginación las enmiende.

HIPÓLITA

En ese caso ha de ser tu imaginación, y no la suya.

TESEO

Si no los juzgamos peor de lo que se juzgan ellos, quizá pasen por hombres excelentes.

El sueño de una noche de verano
Acto V, escena I, líneas 207 y ss.

PRIMERA PARTE

HOMBRES EXCELENTES

1

Fallecí antes de que el reloj del pasillo diera las nueve.

Hay quienes sostienen que Su Majestad, Isabel, reina de Inglaterra, Francia e Irlanda por la gracia de Dios, no permite que en sus palacios los relojes den las horas. Al tiempo no se le permite pasar por ella. Pero aquel reloj sonó. Lo recuerdo.

Conté las campanadas. Nueve. Entonces mi asesino atacó.

Y fallecí.

Dice mi hermano que solo hay un modo de contar una historia. «Empieza —dice con su característica y fastidiosa pedantería— por el principio. ¿Por dónde si no?».

Veo que me he adelantado un poco, así que retrocedamos hasta las nueve menos cinco y comencemos de nuevo.

Imagina, si te parece, una mujer. Ya no es joven, aunque tampoco vieja. Es alta, y, me dicen de continuo, extremadamente bella. En la noche de su muerte viste una bata de terciopelo de un azul muy oscuro, bordada con una pléyade de estrellas plateadas. Cada una de las estrellas luce una perla de adorno. Lleva retales de seda lustrosa, de un suave tono lavanda, que se ven a través de una falda que se abre por delante cuando se mueve. Esas mismas y carísimas sedas decoran sus mangas en franjas, el tono lavanda se aprecia a través de las ranuras abiertas en el terciopelo estrellado. La falda acaricia el suelo ocultando unas delicadas zapatillas que están hechas con trozos de tapiz viejo. Ese tipo de zapatillas son incómodas, como todo calzado de tapiz, salvo

cuando está forrado de lino o, mejor, de satén. Lleva una gorguera, alta en la parte trasera, rígida y almidonada, sobre la que su llamativo rostro queda enmarcado por unos cabellos negros como un cuervo, recogidos en forma de elaborados rizos, y rulos y atados con tiras de perlas a juego con el collar que le cuelga sobre el corpiño. Una pequeña corona, también decorada con perlas, da a entender su alta cuna. Su rostro pálido reluce con un extraño y casi sobrenatural fulgor, reflejando la luz de las llamas de una miríada de velas; sus ojos son oscuros y sus labios, rojos. Tiene la espalda recta, las caderas adelantadas y los hombros echados hacia atrás para que su pecho, recubierto en sedas, ni extremadamente abultado ni completamente ausente, atraiga las miradas. Atrae muchos ojos esa noche, ya que, por lo que suelen decirme, se trata de una mujer que desprende una conmovedora belleza.

La bella mujer está en compañía de dos hombres y de una joven. Uno de los anteriores es su asesino, aunque ella aún no lo sabe. La joven viste ropas igual de elegantes que la mayor; de hecho, su corpiño y su falda son aún más caros, luminosos, con sedas claras y piedras preciosas. Tiene el pelo claro y recogido en alto, y un rostro que transmite inocente hermosura, aunque esto último resulta engañoso, ya que está suplicando que encierren y desfiguren a la mujer adulta. La más joven es rival de la más adulta en cuestiones de amor y, dado que tiene menos años y no es menos agraciada, se alzaría como vencedora de la pugna. Los dos hombres escuchan, divertidos, cómo la joven insulta a su rival, y luego observan cómo la primera se hace con un pesado candelabro de hierro que sostiene cuatro velas. La muchacha baila fingiendo que el candelabro es un hombre. Las velas tiemblan y desprenden humo, pero ninguna se apaga. La muchacha baila con elegancia, vuelve a dejar el candelabro y mira a uno de los hombres con descaro.

—Si me conocierais —dice con malicia—, sabríais de mis cuitas.

—¿A vos? —interviene la mujer adulta—. ¡Ah! ¡Todo el mundo os conoce!
—Es una réplica aguda, dicha con claridad, aunque la voz de esta es un tanto áspera y falta de aliento.

—Vuestro agravio, doncella —dice el más bajo de los hombres—, es mi deber.

Desenfunda una daga. Durante un instante, el destello de una vela, da la sensación de que va a hundir la hoja en el cuerpo de la muchacha, pero

entonces se vuelve y apuñala a la mujer adulta. El reloj, una maravilla mecánica que debe de estar en el pasillo, justo fuera de la sala, ha empezado a dar las campanadas, y yo las cuento.

Los espectadores resuellan.

La daga se hunde entre la cintura y el brazo derecho de la mujer adulta. Ella también resuella. Luego trastabilla. Con su mano izquierda, oculto a los ojos de los consternados espectadores, blande un pequeño cuchillo que utiliza para perforar una tripa de cerdo, disimulada a modo de sencilla bolsa de lino, que pende de unas cuerdas plateadas atadas a su cinturón. El cinturón es precioso, hecho de piel de cabritillo, de color crema, con retales de tela escarlata donde brillan pequeñas perlas. Cuando la bolsa es perforada, fluye un chorro de sangre de oveja.

—¡Muero! —grita—. ¡Ah! ¡Muero!

No fui yo quien redactó la frase, así que no soy responsable de que la mujer adulta diga algo que debe resultar evidente. La joven chilla, no es conmoción, sino regocijo.

La mujer adulta trastabilla un poco más, y ahora se vuelve para que los espectadores puedan ver la sangre. Si no hubiéramos estado en un palacio, no habríamos usado sangre de oveja, porque las prendas de terciopelo son demasiado caras y valiosas, pero por Isabel, para quien el tiempo no existe, debemos hacer gasto. Así que hacemos gasto. La sangre empapa la prenda de terciopelo, pero apenas se aprecia, porque la tela es demasiado oscura, aunque gran parte de la sangre tiñe la seda de color lavanda, y salpica la lona que se ha colocado sobre las alfombras turcas. La mujer se balancea, vuelve a gritar, cae de rodillas y, tras otra exclamación, muere. Por si alguien cree que tan solo se está desmayando, dice una última palabra desesperada:

—¡Muero!

Y entonces muere.

El reloj ha dado nueve campanadas.

El asesino coge la pequeña corona del cabello del cadáver y, con extrema cortesía, se la presenta a la joven. Entonces aferra a la muerta de las manos y con un vigor innecesario la arrastra para apartarla de la vista.

—Aquí hemos de dejar su cuerpo —dice en alto, gruñendo debido al esfuerzo que supone arrastrar el cuerpo—, para que se descomponga, a

merced de la eternidad del tiempo.

Oculto a la mujer detrás de una alta mampara que en gran medida sirve para ocultar la puerta que hay al fondo del escenario. La mampara está decorada con paneles bordados que muestran rosas rojas y blancas entrelazadas que surgen de unas enredaderas.

—Mala peste te lleve —dice la mujer fallecida en un susurro.

—Me meo en tu cara —susurra el asesino, y vuelve hacia donde los espectadores permanecen quietos y en silencio, abrumados por la repentina muerte de tan oscura belleza.

Yo era la mujer adulta.

La sala en la que acabo de morir está iluminada por un sinfín de velas, pero detrás de la mampara reina una oscuridad como la muerte misma.

Me arrastro hacia la puerta entreabierta y culebreo hasta la antecámara, con cuidado de no mover la puerta, cuya parte superior puede verse por encima de la mampara rosada.

—Que Dios nos asista, Richard —me dijo Jean susurrando. Pasó una mano por mi preciosa falda, manchada de sangre de oveja—. ¡Qué desastre!

—¿Se podrá lavar? —pregunté mientras me ponía en pie.

—Puede —dijo ella, dubitativa—, pero no quedará igual. Una pena. —Jean es una buena mujer, viuda. Es nuestra modista—. A ver, deja que humedezca la seda.

Salió a coger una jarra de agua y un trapo.

Una docena de muchachos haraganeaban en las esquinas de la estancia. Alan estaba sentado junto a dos velas, moviendo los labios en silencio mientras leía una larga hoja de papel. George Bryan y Will Kemp jugaban a las cartas usando una de nuestras cajas a modo de mesa. Kemp sonrió.

—Un día te va a hundir ese cuchillo en las costillas —me dijo; luego hizo una mueca fingiendo morir—. Le gustaría. Y a mí.

—Mala peste te lleve a ti también —dije.

—Deberías ser amable con él —me dijo Jean cuando empezó a frotar, sin éxito, la sangre de oveja—. Me refiero a tu hermano —continuó.

Yo no dije nada, permanecí inmóvil mientras ella intentaba limpiar la seda, medio escuchando a los actores que estaban en la gran sala donde la reina ocupa su trono.

Era la quinta vez que había actuado para la reina; dos veces en Greenwich, dos veces en Richmond y ahora en Whitehall, y la gente siempre me pregunta cómo es. Yo suelo inventarme la respuesta, porque es imposible ver o describir a la reina. La mayoría de las velas estaban en el extremo de la estancia donde se actuaba, e Isabel, reina de Inglaterra, Francia e Irlanda por la gracia de Dios, estaba sentada a la sombra de un exquisito dosel rojo, aunque, a pesar de estar en la penumbra, podía ver su rostro, blanco cual gaviota, inmóvil, severo, bajo un cabello rojo recogido en alto y coronado con plata y oro. Permanecía sentada como una estatua salvo cuando reía. Su rostro, tan blanco, se antojaba desaprobatorio, pero saltaba a la vista que disfrutaba de las obras de teatro, y los cortesanos la observaban a ella casi tanto como a nosotros, buscando pistas sobre si debían disfrutar de nuestra actuación o no.

Su pecho era blanco, como su rostro, y yo sabía que llevaba albayalde, una pasta que toma la piel blanca y suave. Llevaba el escote bajo, como una muchacha, incitando a los hombres con el nacimiento del pálido pecho, aunque Dios sabe que ya era vieja. Pero no lo parecía, y resplandecía merced a sus carísimas prendas moteadas de joyas en las que se reflejaba la luz de las velas. Tan vieja, tan inmóvil, tan pálida, tan regia... No nos atrevíamos a mirarla, porque cruzar miradas habría quebrado el espejismo que le ofrecíamos, pero yo la observaba de reojo cuando podía para contemplar su rostro, cubierto de pasta blanca, reinando sobre la multitud perfumada que ocupaba los asientos bajos.

—Puede que tenga que coser seda nueva en la falda —dijo Jean, aún en voz baja. Luego tembló cuando una ráfaga de viento hizo que la lluvia golpeará las ventanas altas de la antecámara—. Una mala noche para estar ahí fuera —dijo—, llueve como si estuviera meando el demonio.

—¿Cuánto queda para que acabe esta mierda? —preguntó Will Kemp.

—Quince minutos —dijo Alan sin apartar la vista del papel que estaba leyendo.

Simon Willoughby entró por la puerta que daba al gran salón. Hacía el papel de la mujer joven, mi rival, y sonreía. Simon es un muchacho agraciado, apenas tiene dieciséis años. Le lanzó la pequeña corona a Jean, luego giró sobre sí mismo y sus faldas claras y luminosas volaron.

—¡Esta noche hemos estado muy bien! —dijo con alegría.

—Tú siempre lo haces bien, Simon —dijo Will Kemp con afecto.

—No tan alto, Simon, no tan alto —advirtió Alan con una sonrisa.

—¿Adónde vas? —me preguntó Jean. Me estaba acercando a la puerta que daba al exterior.

—Tengo que mear.

—Que no se te moje el terciopelo —siseó la modista—. ¡Toma, coge esto!
—Me entregó una pesada capa y me la colgó en los hombros.

Salí al patio, donde la lluvia castigaba los adoquines, y busqué el refugio de la arcada de madera que lo bordeaba como si de un claustro barato se tratara. Temblé. El invierno acechaba. Había un acceso con un arco muy pronunciado en el otro extremo del patio donde dos antorchas chisporroteaban levemente. Algo oscuro se movió en una esquina de la arcada. Quizá fuera una rata, o uno de los gatos que vivían en el palacio. Mala peste cayera sobre el palacio, pensé, y mala peste se lleve a Su Majestad, para quien el tiempo no existe. Le gusta que las obras den comienzo por la tarde, pero la visita de un embajador había retrasado la función, y el viaje de vuelta a casa sería húmedo, oscuro y frío.

—Creía que tenías que mear. —Simon Willoughby me había seguido al patio.

—Solo quería tomar el aire.

—Hace calor ahí dentro —dijo; luego se levantó las faldas y empezó a mear contra la lluvia—, pero hemos estado bien, ¿no crees? —No dije nada—. ¿Has visto a la reina? —preguntó—. ¡Me estaba mirando a mí! —Una vez más, no dije nada, porque no había nada que decir.

Claro que la reina le había estado mirando. Nos había estado mirando a todos. ¡Había sido ella la que nos había convocado!

—¿Has visto cómo he bailado con ese candelabro de hierro? —preguntó Simon.

—Sí —dije secamente; luego di unos pasos para alejarme de él siguiendo la arcada que bordeaba el patio.

Sabía que quería que le alabase, porque el joven Simon Willoughby necesita loas igual que las putas necesitan plata, pero no existían halagos bastantes para satisfacerle. Salvo por eso, es un buen muchacho, un buen actor, y, con su melena larga y rubia, es lo bastante agraciado como para hacer que

los hombres suspiren cuando hace el papel de una muchacha.

—Fue idea mía —dijo a lo lejos—. ¡Eso de fingir que el candelabro era un hombre!

Le ignoré.

—Ha estado bien, ¿verdad? —preguntó gimoteando.

Yo ya había llegado al otro extremo del patio, arropado por las sombras. No había ni rastro de las llamas que chisporroteaban bajo el arco, la luz no me alcanzaba. Había una puerta a mi derecha, apenas visible, y la abrí con cautela. Fuera cual fuese la estancia que había más allá, estaba aún más oscura. Presentí que se trataba de un espacio pequeño, pero no entré, me limité a escuchar. No pude oír más que el rugir del viento y el continuo repiqueteo de la lluvia. Confiaba en encontrar algo que robar, algo que pudiera vender, algo pequeño y fácil de ocultar. En el palacio de Greenwich me había topado con una bolsita que contenía pequeñas perlas. Debía de habersele caído a alguien y estaba a la sombra de un taburete tapizado, en un pasillo. Escondí la bolsita bajo las faldas y luego le vendí las perlas a un boticario que las molió para hacer una cura contra la demencia, o eso decía. Me pagó mucho menos de lo que valían porque sabía que eran robadas; aun así, obtuve más dinero ese día de lo que suelo ganar en un mes.

—¿Richard? —me llamó Simon Willoughby.

Permanecí en silencio. La oscura habitación apestaba, como si hubiera sido utilizada para almacenar comida de caballo que hubiera acabado pudriéndose. Supuse que no habría nada que robar y cerré la puerta.

—¿Richard? —dijo Simon de nuevo. Seguí en silencio e inmóvil, consciente de que gracias a mi capa oscura era invisible. Simon me caía bastante bien, pero no estaba de humor como para decirle una y otra vez lo bien que lo había hecho.

Entonces se abrió una puerta al otro lado del patio y una mancha de luz de quinqué iluminó el recinto empapado por la lluvia. Al principio pensé que sería uno de los actores que venía a decirnos que hacíamos falta para algo, pero se trataba de un hombre al que jamás había visto. Era joven y era rico. Es fácil saber quién es rico viendo sus ropas, y aquel hombre vestía un jubón de seda amarilla y brillante ribeteada de azul. Sus calzas eran amarillas y sus botas, altas, marrones y bien pulidas. Portaba espada. Su sombrero era azul,

decorado con una larga pluma, y llevaba oro al cuello y más oro en el cinturón, pero lo que más llamaba su atención era su pelo largo, tan rubio que casi era blanco. Me pregunté si se trataba de una peluca.

—¿Simón? —dijo el joven.

Simon Willoughby respondió con una nerviosa carcajada.

—¿Estás solo?

—Eso creo, milord.

Simon me había oído abrir y cerrar una puerta, y debía de pensar que había vuelto a entrar en el palacio. Entonces la puerta del otro extremo se cerró envolviendo al recién llegado en la penumbra. Me quedé completamente quieto, una sombra dentro de otra sombra. El joven se acercó a Simon. Las antorchas de la entrada proyectaban luz suficiente como para permitirme ver que sus botas tenían tacones, igual que el calzado de las mujeres. Era bajo, pero quería aparentar más altura.

—Richard estaba aquí —le oí decir a Simon—, pero se ha ido. Creo que se ha ido.

El hombre no dijo nada, tan solo empujó a Simon contra la pared y le besó. Le vi levantándole las faldas y contuve la respiración. Ambos cuerpos se fundieron.

No había nada sorprendente en aquello, salvo por el hecho de que el noble, fuera quien fuese, no había esperado a que concluyera la función para buscar a Simon Willoughby. Cada vez que actuábamos en uno de los palacios de la reina, los lores aparecían por la estancia convertida en vestuario, y yo había visto a Simon desaparecer con este o con aquel, lo que explicaba por qué Simon Willoughby siempre parecía tener dinero. Yo no tenía, por eso necesitaba robar.

—¡Oh, sí —le oí decir a Simon—, milord!

Me acerqué un poco, con cautela. Mi calzado de tela silenciaba mis pasos sobre los adoquines. El viento rugía en torno a los tejados del palacio, y la lluvia, ya incesante, aumentó en vehemencia ahogando lo que decían aquellos dos. Las antorchas ancladas desprendían la luz suficiente como para ver la cabeza de Simon inclinada hacia atrás y su boca abierta. Sentí curiosidad y me acerqué aún más.

—¡Milord! —dijo Simon, con voz casi dolorida.

El noble rio y dio un paso atrás soltando las faldas del muchacho.

—Mi putilla —dijo, aunque su tono no se me antojó despectivo.

Pude ver que, a pesar de sus tacones de mujer, no era más alto que Simon, y a este yo mismo le saco una cabeza.

—No te deseo esta noche —dijo el noble—, pero cumple con tu deber, pequeño Simon, cumple con tu deber y podrás vivir en mi casa.

Dijo algo más, pero no pude oírlo porque el viento sopló con furia empujando la lluvia contra el tejado del claustro. Entonces el lord se inclinó hacia delante, besó a Simon en la mejilla y se dirigió al vestuario.

No me moví. Simon estaba apoyado en la pared, resollando.

—¿Quién es el enano? —pregunté.

—¡Richard! —gritó, temeroso y alarmado—. ¿Eres tú?

—Claro que soy yo. ¿Quién es ese lord?

—Solo es un amigo —dijo, y el hecho de que la puerta de la antecámara volviera a abrirse le ahorró tener que dar más explicaciones. Will Kemp se asomó.

—¡Eh, putillas, venid! —gruñó—. ¡Se os necesita! Es el final.

Era evidente que mi hermano estaba recitando el epílogo. Sabía que lo había compuesto para la ocasión, como los lazos que se atan a la cola de un caballo cuando llega la cosecha, y que sin duda estaría plagado de cumplidos para la reina.

—¡Venid! —espetó Will Kemp de nuevo, y ambos nos apresuramos a entrar.

Cuando estamos en el Teatro concluimos las representaciones con una giga. Incluso las tragedias las acabamos con una giga. Bailamos, Will Kemp hace el payaso y los muchachos que hacen papeles de chica chillan. Will reparte insultos y hace chistes de mal gusto, el público ruge, y la tragedia se olvida, pero cuando actuamos para Su Majestad, ni bailamos ni hacemos el payaso. No hacemos chistes sobre pollas y culos... en vez de eso formamos una línea, como suplicantes, al borde del escenario, y hacemos una respetuosa reverencia para mostrar que, aunque hayamos fingido ser reyes y reinas, duques y duquesas, incluso dioses y diosas, conocemos cuál es nuestro humilde lugar. No somos más que actores, tan inferiores al público del palacio como lo son los tragos del infierno en comparación con los luminosos ángeles

del cielo. Y así, esa noche, hicimos reverencias, y el público, dado que la reina asintió mostrando su aprobación, nos recompensó con un aplauso. Estoy convencido de que la mitad de ellos habían detestado la obra, pero, siguiendo el dictado de Su Majestad, aplaudieron por cortesía. La reina se limitó a mirarnos, imperiosa, con ese rostro blanco, huesudo e insondable; luego se puso en pie, los cortesanos guardaron silencio, volvimos a hacer una reverencia y desapareció.

Y así acabó nuestra representación.

—Nos reuniremos en el Teatro —anunció mi hermano cuando, al fin, estuvimos todos en la antecámara. Dio unas palmas para atraer la atención de todo el mundo porque sabía que necesitaba hablar rápido antes de que las damas y los caballeros del público entraran en la estancia—. Necesitamos a todo aquel que tenga un papel en *La comedia* y en *Hester*. No es necesario que venga nadie más.

—¿Los músicos también? —preguntó alguien.

—Los músicos también, en el Teatro, mañana por la mañana, temprano.

Alguien gruñó.

—¿Cómo de temprano?

—A las nueve.

Más gruñidos.

—¿Representaremos *La fortuna del muerto* mañana? —preguntó uno de los empleados.

—No seas imbécil —repuso Will Kemp en vez de hacerlo mi hermano—. ¿Cómo íbamos a hacerlo?

Tanto la urgencia como el insulto tenían su causa en la enfermedad que aquejaba a Augustine Phillips, uno de los principales actores de la compañía, y Christopher Beeston, el aprendiz de Augustine que vivía en su casa. Ambos estaban demasiado enfermos para trabajar. Por suerte Augustine no tenía un papel en la obra que acabábamos de representar, y yo me había aprendido la parte de Christopher para ocupar su puesto. Sería necesario reemplazar a ambos en otras obras, aunque, si no dejaba de llover, no habría actuación en el Teatro al día siguiente. Sin embargo, el problema fue olvidado en cuanto se

abrió la puerta que daba al gran salón y media docena de lores, acompañados por sus damas perfumadas, entraron. Mi hermano hizo una pronunciada reverencia. Vi al hombre de pelo claro que vestía jubón amarillo ribeteado de azul, y me sorprendió que ignorara a Simon Willoughby. Pasó ante él y Simon, consciente de lo que debía hacer, no ofreció más que una reverencia.

Les di la espalda a los visitantes y me deshice de mis faldas y del corpiño y me calé mi mugrienta camisa. Usé un paño mojado para retirarme el albayalde que había usado para blanquearme rostro y pecho, albayalde que había sido mezclado con polvo de perlas para que la piel brillara a la luz de las velas. Me había retirado a la esquina más oscura de la estancia, rezando para que nadie reparara en mí. Nadie lo hizo. También rezaba para que se nos ofreciera un lugar donde dormir en el palacio, en un establo quizá, pero nadie lo propuso salvo para aquellos que, como mi hermano, vivían intramuros, en la ciudad, y que, por tanto, no podrían llegar a casa antes de que las puertas abrieran de madrugada. Se esperaba que el resto de nosotros nos fuéramos, lloviese o no. Era cerca de medianoche cuando salimos, y el camino a casa, rodeando el extremo norte de la ciudad, me llevó al menos una hora. Aún llovía, el camino estaba muy oscuro, aunque me acompañaban tres de nuestros empleados, compañía suficiente para desalentar a cualquier salteador lo bastante tarado como para haber salido con un tiempo tan horrendo. Tuve que despertar a Agnes, la criada que dormía en la cocina de la casa donde tenía alquilada una habitación en la buhardilla, pero Agnes estaba enamorada de mí, la pobre, y no le importó.

—Deberías quedarte aquí, en la cocina —sugirió con timidez—, hace calor.

En su lugar, subí las escaleras, con cuidado de no despertar a la viuda Morrison, mi casera, a la que debía demasiados meses de alquiler. Después de haberme desprendido de mis empapadas ropas, y temblando, me cubrí con mi fina manta y, al fin, pude dormir.

Me desperté a la mañana siguiente, cansado, frío y húmedo. Me puse el jubón y las calzas, embuté mi pelo en la gorra, me froté la cara con un trapo casi congelado, usé las letrinas del patio trasero, trasegué una jarra de cerveza, cogí un trozo de pan duro de la cocina, le prometí a la viuda Morrison que le pagaría lo que le debía y salí al frío de la mañana. Al menos

no llovía.

Tenía dos formas de llegar al Teatro desde la casa de la viuda. Podía torcer a la izquierda por el callejón y caminar hacia el norte por Bishopsgate Street, aunque la mayoría de las mañanas esa calle estaba atestada de ovejas o vacas en su camino a los mataderos de la ciudad y, además, después de la lluvia, el barro, la mierda y las inmundicias le llegaban a uno hasta los tobillos, así que me dirigí a la derecha y di un salto para sortear la alcantarilla abierta que bordeaba Finsbury Fields. Me resbalé al caer y mi pie derecho se hundió en las aguas fecales y verdosas.

—Apareces con tu habitual elegancia —dijo una voz sarcástica.

Alcé la mirada y vi que mi hermano había decidido tomar el camino norte, a través de los campos, en vez de sortear ganado asustado por las calles. John Heminges, otro de los actores de la compañía, estaba con él.

—Buenos días, hermano —dije mientras me incorporaba.

Ignoró mi saludo y no hizo amago de ayudarme cuando trepé la resbaladiza pendiente. Las ortigas me mordieron la mano derecha y maldije, y eso le provocó una sonrisa. Fue John Heminges el que dio un paso al frente y alargó la mano para ayudarme. Le di las gracias y miré a mi hermano con resentimiento.

—Podrías haberme ayudado —dije.

—Efectivamente, podría haberlo hecho —admitió con frialdad.

Vestía una gruesa capa de lana y un oscuro sombrero de ala extravagante que le daba sombra al rostro. No me parezco a él en nada. Yo soy alto, de facciones delgadas, bien afeitado, mientras que él tiene la cara redonda y una barba lacia, labios gruesos y ojos muy oscuros. Los míos son azules, los suyos enigmáticos, sombríos, y siempre observan cautelosos. Sabía que hubiera preferido seguir adelante, ignorarme, pero mi repentina aparición en la zanja le había obligado a asumir mi presencia e incluso a hablarme.

—El joven Simon estuvo estupendo anoche —dijo con falso entusiasmo.

—Eso me dijo él —afirmé—, más de una vez.

No pudo evitar esbozar una sonrisa mínima, un gesto que delató su regocijo y que pasó a suprimir de inmediato.

—¿Bailando con el candelabro de las velas? —continuó, fingiendo no haber oído mi respuesta—. Estuvo bien.

Yo sabía que alababa a Simon Willoughby para fastidiarme.

—¿Dónde está Simon? —pregunté. Hubiera esperado que el muchacho acompañara a su maestro, John Heminges.

—Yo... —empezó a decir Heminges, y al instante calló avergonzado.

—Está calentando las sábanas de la cama de algún aristócrata —dijo mi hermano, como si la respuesta fuera una obviedad—, por supuesto.

—Tiene amigos en Westminster —dijo John Heminges, con un tinte de vergüenza en la voz.

Heminges es algo más joven que mi hermano, puede que tenga veintinueve o treinta años, aunque suele hacer papeles de hombre mayor. Es un tipo amable que sabe del antagonismo que hay entre mi hermano y yo, y hace todo lo posible por aliviar nuestros conflictos, aunque sin éxito.

Mi hermano miró al cielo.

—Me da la sensación de que clarea. Aunque no como debiera. No podremos hacer la función esta tarde. Es una lástima —esbozó una agria sonrisa—, lo que quiere decir que hoy no cobras.

—Pero vamos a ensayar, ¿no? —pregunté.

—No se te paga por ensayar —dijo—, solo por actuar.

—Podríamos representar *La fortuna del muerto* —ofreció John Heminges, ansioso por poner fin a nuestra rencilla.

—No sin Augustine y Christopher —dijo mi hermano.

—Supongo que no, no, claro que no. ¡Una lástima! Me gusta.

—Es una obra extraña —dijo mi hermano—, aunque tiene sus virtudes. Dos parejas, y ambas mujeres enamoradas de otros. ¡Y hay margen para buenos pasos de baile!

—¿Vamos a incluir bailes? —preguntó Heminges, extrañado.

—No, no, no, me refiero a que hay margen para complicaciones. Dos mujeres y cuatro hombres. ¡Demasiados hombres! ¡Demasiados hombres! —Mi hermano hizo una pausa, volvió la mirada hacia los molinos de viento que había al otro lado de Finsbury Fields y siguió hablando—. Luego está la poción de amor. Una idea con posibilidades, pero está mal, muy mal concebida.

—¿Mal? ¿Por qué?

—Porque son los padres de las muchachas los que preparan la poción.

¡Debería ser la bruja! ¿Para qué sirve una bruja si no es para hacer pociones?

—Tiene un espejo mágico —señalé. Lo sabía porque mi papel era el de bruja.

—¡Un espejo mágico! —dijo con desprecio. Volvió a emprender la marcha, puede que con la intención de dejarme atrás—. ¡Un espejo mágico! —dijo de nuevo—. Es el recurso de todos los charlatanes. La magia radica en el... —Hizo una pausa; luego decidió que lo que estaba a punto de decir era, en lo que a mí respectaba, una pérdida de tiempo—. Aunque no es que importe. No podemos representar la obra sin Augustine y Christopher.

—¿Qué hay de la obra de Verona? —preguntó Heminges.

Si me hubiera atrevido a hacer la misma pregunta me habría ignorado, pero a mi hermano le caía bien Heminges. Aun así, mostró recelo a responder conmigo delante.

—Casi he acabado —dijo con vaguedad—, casi.

Yo sabía que estaba escribiendo una obra que tenía lugar en Verona, una ciudad de Italia, y que se había visto obligado a interrumpir la redacción para centrarse en una pieza nupcial para nuestro mecenas, lord Hunsdon. La interrupción le había sentado muy mal.

—¿Aún te gusta? —preguntó Heminges, ajeno al malestar de mi hermano.

—Me gustaría más si pudiera acabarla —dijo enfurecido—, pero lord Hunsdon quiere una obra nupcial, así que a la mierda Verona.

Seguimos caminando, en silencio. A nuestra derecha, más allá de la zanja inmunda y una pared de ladrillo, estaba el Telón, un corral de comedias levantado para rivalizar con el nuestro. Un banderín azul ondeaba en lo alto de un poste en el tejado del Telón, anunciando que esa tarde habría espectáculo.

—Otra sesión de bestias —dijo mi hermano con desprecio.

El Telón llevaba meses sin ofrecer representaciones, y tenía pinta de que en el Teatro, esa tarde, tampoco la habría. No teníamos nada que ofrecer hasta que otros actores se aprendiesen los papeles de Augustine y Christopher. Podríamos haber representado la obra que le habíamos presentado a la reina; el problema era que la habíamos puesto en escena demasiadas veces ese mes. Si hacías la misma obra muy a menudo, lo más probable era que el público hiciera llover botellas de cerveza vacías sobre el escenario.

Alcanzamos el puente de madera que cruzaba otra zanja de inmundicia y

que llevaba a un simple boquete en una larga pared de ladrillo. Más allá del boquete estaba el Teatro, nuestro escenario, una gran estructura de madera tan alta como el campanario de una iglesia. La idea de construir el Teatro había sido de James Burbage, como también lo había sido hacer el puente y echar abajo parte del muro, lo que significaba que los asistentes no tenían por qué atravesar la embarrada Bishopsgate para llegar hasta nosotros; en su lugar, podían salir de la ciudad por Cripplegate y recorrer Finsbury Fields. Era tal la cantidad de gente que hacía ese recorrido que ahora había un camino lodoso que cruzaba en diagonal el campo abierto.

—¿Esa capa que llevas pertenece a la compañía? —preguntó mi hermano cuando cruzábamos el puente.

—Sí.

—Asegúrate de devolverla a los vestuarios —dijo con malicia; luego se detuvo ante el boquete de la pared. Dejó que pasara John Heminges y luego, por primera vez desde que nos encontramos al borde de la zanja, me miró a los ojos. Tuvo que inclinar la cabeza hacia arriba, porque le saco un palmo de altura—. ¿Te quedarás en la compañía? —preguntó.

—No puedo permitírmelo —dije—. Debo meses de alquiler. No me das suficiente trabajo.

—Pues deja de pasar las noches en El halcón —fue su respuesta. Supuse que no diría más porque reanudó la marcha, pero después de haber dado dos pasos se volvió de nuevo—. Tendrás más trabajo —dijo con brusquedad—. Con Augustine enfermo y su chico sudando, vamos a tener que reemplazarlos.

—No me darás los papeles de Augustine —dije—, y ya estoy viejo para hacer de muchacha.

—Representarás lo que se te pida. Te necesitamos, al menos para pasar el invierno.

—¿Me necesitáis? —le espeté a la cara—. Pues págame más.

Ignoró mi exigencia.

—Empezaremos hoy ensayando *Hester* —dijo fríamente—, solo trabajaremos las escenas de Augustine y Christopher. Mañana representaremos *Hester*, y haremos *La comedia* el sábado. Confío en que estés aquí.

Me encogí de hombros. En *Hester* y *Asuero* hacía el papel de Uashti, y en *La comedia* era Emilia. Me sabía todos los diálogos.

—A William Sly le pagas el doble que a mí —dije—, y mis escenas son tan largas como las tuyas.

—Quizá sea porque es dos veces mejor que tú. Además, eres mi hermano —dijo, como si eso lo explicara todo—. Solo quédate este invierno y, después de eso, haz lo que te venga en gana. Deja la compañía y muérete de hambre si eso es lo que quieres.

Siguió caminando hacia el Teatro. Escupí tras él. Amor fraternal.

George Bryan se acercó a la parte delantera del escenario, donde hizo una reverencia tan exagerada que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Noble príncipe —dijo cuando lo recuperó—, tal y como es mi obligación, he de servirte hasta que la muerte a mí me lo impida.

Isaiah Humble, el apuntador, tosió para llamar la atención.

—Perdona. Es «he de servirte hasta que la muerte me lo impida». No hay «a mí». Perdón.

—Queda mejor con «a mí» —dijo mi hermano con amabilidad.

—Esa mierda es vomitiva, con o sin «a mí» —dijo Alan Rust—, pero si George quiere decir «a mí», señor Humble, que diga «a mí».

—Perdón —dijo Isaiah desde su banqueta al fondo del escenario.

—Has hecho bien en corregirle —dijo mi hermano para consolarle—, es tu trabajo.

—Aun así, pido disculpas.

George se quitó el sombrero y volvió a hacer una reverencia.

—Esto, esto y lo otro —dijo—, hasta que la muerte a mí me lo impida.

George Bryan, un hombre por lo general nervioso y preocupado que, de algún modo, siempre parecía seguro de sí y decidido cuando el teatro estaba lleno, había reemplazado a Augustine Phillips. Los ensayos estaban pensados para que Simon Willoughby y él se acostumbraran a trabajar juntos. El muchacho había sustituido a Christopher Beeston.

John Heminges respondió a la reverencia de George con un lánguido gesto de la mano.

—Vayamos, para nuestro esparcimiento, al huerto o a algún otro lugar.

Will Kemp irrumpió en el escenario dando un gran salto.

—Quien bebe vino —aulló— y nunca tuvo viñas debe ir a Francia o despachar a alguien para que vaya. ¡De lo contrario ha de mermar!

Al decir la palabra «mermar» se acuclilló, esbozó un gesto de alarma y se aferró los genitales provocando la risa nerviosa y espasmódica de Simon Willoughby.

—¿Vamos al huerto? —dijo George interrumpiendo a Will Kemp al formular la pregunta.

—El huerto, sí —dijo Isaiah—, «o a algún otro lugar». Eso es lo que dice el texto, «al huerto o a algún otro lugar». —Y agitó la copia que tenía—. Lo siento, Will.

—Me gustaría saber si se trata de un huerto.

—¿Por qué? —preguntó Alan Rust, beligerante.

—¿Debo imaginar que hay árboles? ¿O es un lugar en el que no los hay? —George parecía nervioso—. Es útil saberlo.

—Imagina que hay árboles —ladró Rust—. Manzanos. Allí te encuentras con Mangurrián. —Hizo un gesto hacia Will Kemp.

—¿Las manzanas están maduras? —preguntó George.

—¿Importa? —preguntó Rust.

—Si están maduras —dijo George, que seguía pareciendo preocupado—, podría comerme una.

—Son manzanas pequeñas —dijo Rust—, y están verdes, como las tetas de Simon.

—¿Pero esta no es una historia de las Escrituras? —preguntó John Heminges.

—Mis tetas no son pequeñas —dijo Simon Willoughby sopesando su escuálido torso.

—Es del Antiguo Testamento —dijo mi hermano—, lo encontrarás en el libro de Esther.

—¿Pero no hay nadie que se llame Mangurrián en la Biblia! —dijo John Heminges.

—Pues ahora sí lo hay —dijo Alan Rust—. ¿Podemos seguir?

—¿El libro de Esther? —preguntó George—. ¿Entonces por qué se llama *Hester*?

—Porque el reverendo William Venables, que fue quien escribió esta

mierda, no es capaz de diferenciar dónde tiene el culo y dónde tiene la polla —dijo Alan Rust con contundencia—. Y ahora ¿podemos callarnos todos y dejar que Will diga su parte?

—Si es tan mala —dijo George—, ¿por qué la vamos a hacer de nuevo?

—¿Se te ocurre otra obra que podamos ensayar antes de mañana?

—No.

—Pues ahí tienes la respuesta.

—Sigue, Will —dijo mi hermano, ya cansado.

—Aquí hay una tabla suelta —dijo George tocando con la punta del pie la parte frontal del escenario—, por eso he estado a punto de caerme cuando he hecho la reverencia.

—Ni tengo qué beber ni dispongo de carne —Will Kemp les hablaba a las gradas vacías del Teatro—, pero, como suelo decir, hasta a un perro le llega su momento, y ahora me toca a mí darme una satisfacción.

—¡Una satisfacción! —Simon Willoughby estuvo a punto de mearse de la risa.

Había llegado al Teatro antes de que lo hiciera yo y, para mi sorpresa, se mostraba vivaracho y despierto.

—¿No volviste a casa anoche? —le pregunté, pero en vez de responder se limitó a sonreír—. ¿Te pagó? —pregunté.

—Quizá.

—¿Puedes dejarme algo?

—Tengo que salir al escenario —dijo, y salió corriendo.

—¿No debería ser antes «no dispongo de carne»? —George volvía a interrumpir el ensayo.

—Es mi parte —gruñó Will Kemp—. ¿A ti qué te importa?

Isaiah miró el texto.

—No —dijo—, Will lo ha dicho bien, es «beber y carne», perdón.

Me sentía agotado, así que vagué hasta salir del recinto a través del sombrío túnel de acceso donde Jeremiah Poll, un viejo soldado que había perdido un ojo en Irlanda, hacía guardia.

—Va a llover de nuevo —dijo cuando pasé a su lado. Asentí.

Jeremiah lo decía cada vez que me veía, aun en los días más secos y calurosos. Pude oír el choque y el siseo de unas hojas de metal, y emergí a la

tenue luz del sol. Vi a Richard Burbage y a Henry Condell practicando esgrima. Eran rápidos; sus espadas lanzaban estocadas, se retiraban, se cruzaban y tajaban. Henry rio al oír algo que había dicho Richard Burbage; luego me vio, su espada se alzó al tiempo que daba un paso atrás y hacía un movimiento con la mano en la que portaba la daga para detener la práctica. Ambos se volvieron para mirarme, sin embargo, yo fingí no haber reparado en ellos y me dirigí a la puerta que llevaba a las gradas. Les oí reír cuando crucé el umbral.

Subí las estrechas escaleras hasta las gradas bajas, y desde allí miré hacia el escenario, donde George seguía hablando de manzanas y tablas sueltas. Entonces, cuando las espadas volvieron a restallar, me tumbé. Yo hacía de Uashti, una reina de Persia, pero mi parte no haría falta hasta, al menos, una hora más tarde, así que cerré los ojos.

Me despertó una patada en las piernas; abrí los ojos y vi a James Burbage de pie, sobre mí.

—En tu casa hay *percies* —dijo.

—¿Que hay qué? —pregunté al tiempo que intentaba despejarme y ponerme en pie.

—*Perdes* —dijo—, en tu casa. Acabo de pasar por allí.

—Esos cabrones van a ver al padre Laurence —expliqué.

—¿Han ido en otras ocasiones?

—Vienen todos los meses.

El padre Laurence, como yo, vivía en casa de la viuda Morrison. Era un viejo sacerdote que alquilaba la habitación que quedaba justo debajo de mi buhardilla, aunque yo sospechaba que la viuda le dejaba vivir allí de forma gratuita. Rondaba los sesenta años y estaba medio inválido por culpa de los dolores que sufría en las articulaciones, pero era muy despierto de mente. Era un sacerdote católico, algo que ya era razón suficiente para arrastrar a esos desgraciados hasta Tyburn o Tower Hill para destriparlos vivos, pero el padre Laurence era un sacerdote mariano, esto es, había sido ordenado sacerdote durante el reinado de la hermanastra de nuestra monarca, la católica reina María, y a aquellos hombres, si no daban problemas, se les permitía vivir. El padre Laurence no daba de qué hablar, pero los perseverantes, aquellos que perseguían a católicos traidores, no hacían más que registrar su habitación,

como si el pobre viejo escondiera jesuitas en su retrete. Nunca encontraron nada porque mi hermano había escondido las vestimentas y los cálices del padre Laurence en el vestuario y como parte de los decorados del teatro.

—No encontrarán nada —dije—, nunca lo encuentran. —Miré hacia el escenario—. ¿Me necesitan?

—Están con el baile de las judías —dijo James Burbage—, así que no.

En el escenario Simon Willoughby, Billy Rowley, Alexander Cooke y Tom Belte brincaban en línea, azuzados por un hombre que llevaba un bastón con punta de plata con el que les propinaba golpecitos en piernas y brazos.

—¡Más arriba! —gritaba—. Estáis aquí para enseñar las piernas. ¡Saltad, torpes niños, saltad!

—¿Quién es ese? —pregunté.

—Ralph Perkins. Un amigo mío. Enseña baile en la corte.

—¿En la corte? —pregunté impresionado.

—A la reina le gustan los bailes bien ejecutados. Y a mí también.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, salto! —gritó Ralph Perkins—. ¡Es una gallarda, lúmpenes callejeros! ¡No una maldita danza de aldea!

—Maldita mala suerte lo de Augustine y su chico —gruñó James Burbage.

—¿Se pondrán bien?

—Quién sabe. Les han hecho purgas, sangrías y varias putadas más. Puede que se recuperen. Espero que sí. —Frunció el ceño—. Simon Willoughby estará ocupado hasta que Christopher se ponga bien.

—Eso le gustará —dije con amargura.

—¿A ti no?

Me encogí de hombros y no respondí. Me daba miedo James Burbage. Era él quien alquilaba el Teatro, por lo que era el dueño del edificio, aunque no lo fuera de la tierra sobre la que se alzaba. Y su hijo mayor, que se llamaba Richard, como yo, era uno de nuestros actores principales. James había sido actor en su día y, antes de eso, carpintero, y todavía tenía la constitución musculosa de quien trabaja con las manos. Era alto, de pelo cano, de facciones duras y barba corta, y aunque ya no actuaba, era uno de los socios, uno de los ocho hombres que compartían los gastos del corral de comedias y dividían los beneficios entre ellos.

—Es muy duro negociando —me había dicho una vez mi hermano, que era

otro de los socios—, pero cumple. Es un buen hombre.

Mientras me hablaba, James arrugó la frente al mirar al escenario.

—¿Todavía estás pensando en irte?

No dije nada.

—Henry Lanman. —Burbage dijo el nombre sin emoción alguna—. ¿Has estado hablando con ese cabrón?

—No.

—¿Está intentando embaucarte?

—No —dije una vez más.

—¿Pero está tu hermano en lo cierto? Dice que te estás planteando dejarnos. ¿Es verdad?

—Se me ha pasado por la cabeza —dije taciturno.

—No seas idiota, chico. Y no te dejes tentar por Lanman. Pierde dinero.

Henry Lanman era propietario del Telón, ubicado a un paseo de distancia, hacia el sur de nuestro corral de comedias. Durante nuestras representaciones oíamos los vítores de su público, el estruendo de los tamborileros y el escándalo de sus trompetas, aunque últimamente esos sonidos se habían vuelto escasos.

—Estos días se dedica a poner en escena duelos a espada —continuó Burbage—, duelos a espada y hostigamiento de osos. ¿Qué pretende que hagas? ¿Que deambules por ahí con un vestido haciéndote la guapa?

—No he hablado con él —insistí con vehemencia.

—Al menos tienes un poco de sentido común. No tiene a nadie que le escriba obras, y a nadie que pueda actuar en ellas.

—¡No he hablado con él! —repetí exasperado.

—¿Crees que Philip Henslowe te contrataría?

—¡No!

—Tiene muchos actores. —Henslowe era propietario de la Rosa, otro corral de comedias al sur del Támesis, y era nuestro principal rival—. Luego está Francis Langley —continuó James Burbage, implacable—. ¿Ha hablado contigo?

—No.

—Está construyendo esa mole monstruosa en Bankside, y no tiene actores, y tampoco tiene obras. Rivales y enemigos —dijo las tres últimas palabras

con amargura.

—¿Enemigos?

—¿Lanman y Langley? Lanman nos odia. El propietario de este terreno nos odia. Los gerifaltes de la ciudad nos odian. El alcalde nos odia. ¿Tú nos odias?

—No.

—¿Pero estás pensando en dejarnos?

—No gano dinero —farfullé—, soy pobre.

—¡Pues claro que eres pobre! ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte? ¿Veintiuno?

—Veintiuno.

—¿Te crees que yo empecé teniendo dinero? —preguntó Burbage con beligerancia—. Hice de aprendiz, chico, gané dinero, ahorré, pedí prestado, tomé este pedazo de tierra en arrendamiento y levanté el corral de comedias. ¡Trabajé, chico!

Miré hacia el patio.

—Eras carpintero, ¿verdad?

—Y muy bueno —dijo con orgullo—, pero no empecé con dinero. Todo lo que tenía era un par de manos y ganas de trabajar. Aprendí a serrar y a tallar, a calibrar y a darle forma a la madera. Aprendí un oficio y trabajé.

—Y esto es lo único que yo sé hacer —dijo con amargura. Hice un gesto hacia mi hermano—. Él se aseguró de que fuera así. Pero dentro de un año o dos me daréis la patada. Y ya no habrá más papeles para mí.

—Eso no lo sabes —dijo, aunque sin convicción—. ¿Qué papeles quieres?

Estaba a punto de responder cuando Burbage alzó una mano para silenciarme. Me giré y vi a un grupo de extraños que acababa de entrar en el Teatro. Estaban en el patio, observando a los muchachos que ensayaban en el escenario. Cuatro de ellos tenían un aspecto torvo, todos portaban espada y lucían la rosa blanca de los hombres de lord Hunsdon. Firmes y amenazantes, escoltaban a cuatro mujeres. Una de ellas era mayor, su cabello gris asomaba bajo la cofia. Hizo una seña para que los hombres se quedaran donde estaban y se acercó al escenario, con la espalda recta, con confianza. Mi hermano, al verla, le dedicó una pronunciada reverencia.

—¡*Milady!* —saludó con tono de sorpresa.

—Estábamos recorriendo nuestros estados de Finsbury —dijo la dama con

brusquedad—, y mi nieta deseaba ver vuestro corral.

—Sois más que bienvenidas —dijo mi hermano. Los muchachos del escenario se habían quitado los sombreros y se habían arrodillado.

—Deja de arrastrarte —dijo la dama, cortante—. ¿Estabais bailando?

—Sí, *milady* —repuso Ralph Perkins.

—Entonces seguid bailando —dijo, imperiosa, antes de hacerle un gesto a mi hermano—. Hablemos, por favor.

Sabía que se trataba de *lady* Anne Hunsdon, la esposa del lord Chambelán, el mecenas de nuestra compañía. Algunos nobles hacían ostentación de su riqueza financiando una pequeña corte de personas bien vestidas que los acompañaban a todas partes, o siendo propietarios de los mejores lebreles escoceses del reino, o gastando en sus fastuosos palacios y amplios jardines, mientras que algunos, pocos, apadrinaban compañías de actores. Éramos las mascotas de lord Hunsdon, actuábamos atendiendo a sus caprichos y nos arrastrábamos ante él cuando se dignaba a prestarnos atención. Y cuando recorríamos el país, algo que hacíamos siempre que la peste provocaba el cierre de los corrales de comedias de Londres, la enseña del lord Chambelán nos servía de protección ante los gerifaltes puritanos de las ciudades que querían encarcelarnos o, peor aún, expulsarnos de ellas a palos.

—Ven, Elizabeth —ordenó *lady* Hunsdon, y su nieta, por cuyos esponsales mi hermano había tenido que abandonar su obra italiana para escribir algo nuevo, se acercó a su abuela y a mi hermano.

Las dos damas de compañía aguardaron junto a la escolta, y fue una de esas muchachas la que acaparó mi atención e hizo que el aliento se me pegara a la garganta.

Lady Anne Hunsdon y su nieta estaban cubiertas de ricas prendas. Elizabeth Carey estaba deslumbrante con su verdugado de lino color crema, cuya apertura mostraba la reluciente seda plateada que llevaba debajo. No podía verle el corpiño porque llevaba una capa corta, de color gris claro, con rosas blancas bordadas, siendo estas el emblema de su padre y de su abuelo. Sus cabellos eran de la tonalidad del oro pálido, cubiertos tan solo por una redecilla de hilo de plata sobre la que brillaban pequeñas perlas. Su tez era blanca, a la moda, pero no necesitaba albayalde para mantenerla así porque su rostro era inmaculado, sus mejillas ni siquiera lucían un toque sonrosado. Sus

labios pintados eran gruesos, sonrientes, y sus ojos, azules, luminosos al observar, con evidente deleite, a los cuatro muchachos que habían empezado a bailar de nuevo atendiendo a las órdenes de Ralph Perkins. Elizabeth Carey era una belleza, pero yo solo miraba a su dama de compañía, una chiquilla delgada y menuda cuyos ojos se iluminaron fascinados al contemplar lo que estaba ocurriendo en el escenario. Vestía falda y corpiño de lana gris oscura, y llevaba una cofia negra sobre el cabello castaño, pero había algo en su rostro, algo que desprendían sus labios y pómulos, que hacía que eclipsase a la luminosa Elizabeth. Se volvió para echarle un vistazo al corral, cruzamos miradas y vi un destello travieso en su sonrisa antes de que volviera a centrar su atención en el escenario.

—Jesús bendito —farfullé, aunque, por suerte, lo bastante bajo como para que mis palabras no alcanzasen a ninguna de las mujeres.

James Burbage rio entre dientes. Le ignoré.

Elizabeth Carey aplaudió con las manos enfundadas en guantes cuando el baile concluyó. Mi hermano hablaba con su abuela, y esta soltó una carcajada cuando dijo algo. Observé a la dama de compañía.

—Te gusta, ¿eh? —dijo, mordaz, James Burbage. Pensaba que estaba mirando a Elizabeth Carey.

—¿A ti no?

—Elegante e insustancial —dijo—, pero aparta la vista de ella. Se casa dentro de un par de meses. Con un Berkeley —continuó—. Thomas. Él es quien tiene derechos de siembra, no tú.

—¿Qué hace aquí? —pregunté.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—Quizá quiera ver la obra que ha escrito mi hermano —sugerí.

—No se la enseñará.

—¿Tú la has leído?

Asintió.

—Pero ¿a ti qué te importa? Creía que ibas a dejarnos.

—Confíaba en que hubiera un papel para mí —dije con la boca pequeña.

James Burbage rio.

—¡Todo el mundo tiene un papel! Es una obra grande. Y tiene que serlo, porque hay que hacer algo especial para lord Hunsdon. Algo grande y nuevo.

No se le sirve carne fría a la nieta del lord Chambelán, se le sirve algo fresco. Algo espumoso.

—¿Espumoso?

—Es una boda, no un puto funeral. Quieren cantos, bailes y amantes empapados en luz de luna.

Miré hacia el otro extremo del patio. Mi hermano gesticulaba, como si estuviera dando un discurso desde el escenario. *Lady Anne Hunsdon* y su nieta reían, y la joven dama de compañía seguía mirando alrededor del corral de comedias con los ojos muy abiertos.

—Claro, que —continuó Burbage— si representamos una obra en su boda, tendremos que ensayar en el lugar en el que vayamos a hacerlo.

—¿Somerset House? —pregunté. Sabía que aquel era el lugar donde vivía lord Hunsdon.

—El maldito tejado del gran salón se hundió —dijo Burbage, risueño—, así que lo más seguro es que tengamos que ensayar en su casa de Blackfriars.

—Y yo seré una mujer —dije amargamente.

Se volvió hacia mí y frunció el ceño.

—¿Es eso lo que te pasa? ¿Qué estás harto de llevar falda?

—¡Soy demasiado mayor! Mi voz ya es ronca.

Burbage agitó la mano para mostrarme el círculo completo que conformaba el corral.

—¡Míralo, chico! Madera, escayola y listones. Tablones podridos por la lluvia en el escenario, unas manos de pintura, y eso es todo. Pero lo convertimos en la antigua Roma, en Persia, en Éfeso, y el público se lo cree. Y miran, y resuellan. ¿Sabes lo que me dijo tu hermano? —Me había cogido del jubón y había tirado hacia él—. No ven lo que ven, ven lo que creen ver. —Me soltó y esbozó una sonrisa torcida—. Tu hermano dice cosas así, pero yo sé lo que quiere decir. Cuando actúas, piensan que ven a una mujer; puede que ya no puedas hacer de muchacha, pero haces muy bien de mujer adulta.

—Tengo voz de hombre —dije de mal humor.

—¡Pues sí, y te afeitas, y tienes polla, pero cuando dices frases cortas les encanta!

—¿Y cuánto durará? —exigí saber—. De aquí a un mes estaréis diciendo que solo sirvo para hacer papeleé de hombre, y que ya tenéis a muchos actores

que hacen de hombre.

—¿Quieres hacer de héroe? —se burló.

No dije nada al respecto. Su hijo Richard, a quien había visto cruzando espadas con Henry Condell, siempre era el héroe en nuestras obras, y siempre existía la tentación de pensar que solo le daban los mejores papeles porque su padre era el arrendatario del Teatro, del mismo modo que era tentador creer que era socio de la compañía gracias a su padre, aunque, a decir verdad, era bueno. La gente le adoraba. Recorrían Finsbury Fields para ver a Richard Burbage hacerse con la chica, derrotar a los villanos y devolver la justicia al mundo. Richard solo tenía tres o cuatro años más que yo, lo que significaba que yo no tenía la oportunidad de hacerme con la chica o de asombrar al público con mi esgrima. Y algunos de los aprendices, los chicos que brincaban en el escenario en ese momento, estaban creciendo y pronto serían capaces de hacer mis papeles, lo que supondría un ahorro para la compañía porque los aprendices cobraban en peniques. Al menos yo obtenía un par de chelines a la semana, pero ¿durante cuánto tiempo?

El sol brillaba en los charcos que había entre los adoquines del patio. Elizabeth Carey y su abuela, cogiéndose las faldas, cruzaron hasta el escenario y los chicos dejaron de bailar, se quitaron los sombreros y se inclinaron, todos menos Simon, que, en vez de inclinarse, ofreció una elaboradísima reverencia. *Lady Anne* habló con ellos, y rieron, luego se volvió y, con su nieta al lado, se dirigió hacia la entrada del corral. Elizabeth caminaba animada. Vi que le habían depilado el cabello de la frente, ampliándosela en una elegante pulgada o quizá más.

—Hadas —le oí decir—. ¡Me encantan las hadas!

James Burbage y yo, anticipando que las damas pasarían a unas yardas de la grada en la que charlábamos, nos habíamos quitado los sombreros, con lo que mi larga cabellera me cubrió la cara. Me aparté el pelo.

—Tendremos que pedirle al capellán que exorcice la casa —dijo Elizabeth Carey alegremente—, por si las hadas deciden quedarse.

—Mejor un puñado de hadas que las ratas de Blackfriars —dijo *lady Anne* sin más; luego me vio y se detuvo—. Estuviste muy bien anoche —dijo súbitamente.

—*Milady* —dije inclinándome.

—Disfruto con una buena muerte.

—Fue emocionante —añadió Elizabeth Carey con su rostro ya iluminado por el júbilo—. Cuando falleciste —dijo soltando las faldas y llevándose las manos al pecho—, no me lo esperaba, y me sentí... —dudó, y tardó un latido en encontrar la palabra que estaba buscando— mortificada.

—Gracias, *milady* —dije, sumiso.

—¡Y ahora se me hace rarísimo verte con un jubón! —exclamó.

—Vamos a la carroza, querida —la interrumpió su abuela.

—Deberías hacer el papel de reina de las hadas —me ordenó Elizabeth Carey con fingida severidad.

Los ojos de la dama de compañía se abrieron al máximo. Me estaba observando, y yo también la miré. Tenía los ojos grises. Creí ver, de nuevo, un asomo de sonrisa traviesa en su rostro. ¿Se reía de mí porque hacía el papel de una mujer? Entonces, percatándome de que podía ofender a Elizabeth Carey si la ignoraba, volví a inclinarme.

—*Milady* —dije, a falta de nada mejor que decir.

—Vamos, Elizabeth —ordenó *lady* Anne—. Tú también, Silvia —añadió con firmeza dirigiéndose a la dama de ojos grises que seguía mirándome.

¡Silvia! Se me antojó el nombre más bello que jamás hubiera oído.

James Burbage reía. Cuando las mujeres y su escolta se fueron, se caló el gorro sobre su cabello recortado.

—¡Mortificada! —dijo—. ¡Mortificada! La chica tiene gracia.

—¿Vamos a representar una obra sobre hadas? —pregunté indignado.

—Hadas y necios —dijo—, y aún no está acabada. —Hizo una pausa y se rascó la escueta barba—. Pero puede que tengas razón, Richard.

—¿Razón?

—Puede que vaya siendo hora de que te demos un papel de hombre. ¡Eres alto! Eso no encaja con papeles como Uashti, porque es una reina. Ser alto queda mejor en papeles de hombre. —Frunció el ceño y miró hacia el escenario—. Simon no es lo bastante alto, ¿no crees? Apenas le llega a un enano al agujero del culo. Y tu voz irá haciéndose más grave a medida que vayas cumpliendo años, y actúas bien. —Salió de la grada hacia el pasillo exterior—. Actúas bien, así que si te damos un papel de hombre en la obra de la boda... ¿te quedarás este invierno?

Dudé, luego recordé que James Burbage era un hombre de palabra. Un hombre duro, había dicho mi hermano, pero bueno.

—¿Es una promesa, señor Burbage? —pregunté.

—Es lo más cercano a una promesa que puedo ofrecer, sí. —Se escupió en la mano y la extendió hacia mí—. Haré todo lo que pueda para que tengas un papel de hombre en la obra de la boda. Esa es mi promesa.

Le estreché la mano.

—Gracias —dije.

—Pero ahora mismo eres la puta reina de Persia, así que súbete al escenario y actúa como tal.

Me subí al escenario e hice de reina.

2

SÁBADO

El tiempo había mejorado y había dado lugar a un cielo pálido en el que el sol de principios del invierno creaba sombras incluso al mediodía, cuando las campanas de las iglesias de la ciudad sonaban en completa desarmonía. Las nubes altas volaban hechas jirones desde el oeste, pero no había ni rastro de lluvia, y el buen tiempo significaba que podríamos actuar, así que, cuando la cacofonía que emitían las campanas del mediodía cesó, nuestro trompetero, de pie en la torre del Teatro, tocó haciendo florituras, y la bandera, que lucía la cruz de San Jorge, se izó para indicar que se representaría una obra.

Los primeros espectadores empezaron a llegar antes de la una. Acudieron cruzando Finsbury Fields, por Clippergate. Al principio no era más que un goteo, pero el goteo se convirtió en una marea de hombres, mujeres, aprendices, comerciantes y gentilhombres. Otros llegaban por Bishopsgate y torcían por el estrecho camino que bordeaba el bebedero de los caballos y llevaba al corral de comedias. Allí el tuerto Jeremiah hacía guardia en la entrada, con una caja con candado que tenía una ranura en la parte superior, y donde dos hombres con el ceño fruncido, armados con espadas y porras, protegían al viejo soldado y su caja. Todos los asistentes tenían que meter un penique por la ranura. Tres prostitutas de la taberna El delfín vendían avellanas a las puertas del Teatro, mientras Michael el Ciego, escoltado por su enorme hijo sordomudo, vendía ostras y Flarry el Horcas, botellas de cerveza. El ambiente entre la muchedumbre, como siempre, era festivo. Saludaban a

viejos amigos, charlaban y reían a medida que el patio se iba llenando. Los más ricos accedían por un puerta más pequeña, pagaban dos peniques y subían las escaleras hasta las gradas, donde, por otro penique, podían alquilar un cojín con el que acomodar las posaderas sobre las bancadas de roble. Las mujeres se asomaban por la balaustrada para observar al populacho ignorante y algunos jóvenes, por lo general elegantemente vestidos, les devolvían las miradas. Muchos de los hombres que habían pagado un penique para entrar en el patio no tenían intención de quedarse allí. En su lugar, barrían las gradas con la mirada buscando a las muchachas más bellas, y, al ver alguna que les gustaba, pagaban más para poder subir las escaleras.

Will Kemp echó un vistazo por la mirilla.

—¡Una afluencia considerable! —dijo.

—¿Cuántos? —preguntó alguien.

—¿Mil quinientos? —calculó a ojo—. Y siguen llegando. Me sorprende.

—¿Te sorprende? —preguntó John Heminges—. ¿Por qué?

—Porque esta obra es una mierda, por eso. —Will se alejó de la mirilla y cogió un par de botas—. De todos modos —continuó—, me gusta actuar en obras de mierda.

—¡Por Dios! ¿En serio? ¿Por qué?

—Porque así no tengo que verlas.

—Jean —dijo alguien desde las sombras—, estas faldas tienen un desgarro.

—Te traeré otras.

El trompetero empezó a hacer sus florituras musicales más a menudo, y cada grupo de notas era recibido con vítores por parte de la muchedumbre.

—¿Qué giga íbamos a bailar hoy? —preguntó Henry Condell.

—Jeremías —repuso Will Kemp.

—¿Otra vez?

—A ellos les gusta —dijo Will con agresividad.

George Bryan temblaba en una esquina de la habitación. No temblaba de frío, sino de nervios. Una de sus piernas temblaba sin control. Parpadeaba, se mordía el labio, intentaba decir su parte en voz baja, pero no hacía más que tartamudear. George siempre parecía aterrado antes de una obra, aunque una vez en el escenario se convertía en la encarnación misma de la confianza.

Richard Burbage hacía estiramientos en la esquina opuesta, sacudiendo brazos y piernas en vista a las acrobacias que tendría que hacer, mientras que Simon Willoughby, resplandeciente con una falda de tonos marfil, con el cabello peinado en alto y decorado con rubíes de cristal, daba vueltas de un lado a otro en el centro del vestuario hasta que Alan Rust le gruñó para que dejara de hacerlo, momento en el que Simon, enfurruñado, se retiró hacia el fondo de la estancia, tomó asiento en un barril y empezó a hurgarse la nariz. Mi hermano bajó las escaleras: saltaba a la vista que venía del despacho, el lugar al que se llevaban las cajas con el dinero para vaciarlas.

—Hay siete nobles ante el escenario —dijo con alegría.

Costaba seis peniques sentarse allí, así que los socios de la compañía acababan de ganar tres chelines y seis peniques con siete sillas. Yo, cuando tenía suerte, ganaba tres chelines y seis peniques a la semana, y pronto, cuando el tiempo invernal nos obligara a cerrar el Teatro durante días, tendría suerte de cobrar un chelín.

Jean, nuestra modista, me afeitó. Era la segunda vez que me afeitaba ese día, y esta, con agua fría. Me escoció mientras Jean me raspaba la barbilla, el labio superior, las mejillas y la frente para alzar esta última. Utilizó unas pinzas para darles forma a mis cejas, luego me pidió que inclinara la cabeza hacia atrás.

—Aborrezco esto —dije.

—¡No seas quisquilloso, Richard! —Hundió una astilla en un pequeño recipiente—. ¡Y no parpadees! —Sostuvo la astilla sobre mi ojo derecho y cayó una gota de líquido. Parpadeé. Escocía—. Y ahora el otro —dijo.

—Lo llaman «la hierba mortal» —dije.

—No seas tonto. Solo es jugo de belladona. —Dejó caer una segunda gota en mi ojo izquierdo—. Ya está. Listo.

La belladona, además de escocer y enturbiarme la visión durante un tiempo, dilataba las pupilas para que los ojos parecieran más grandes. Los mantuve cerrados mientras Jean me cubría la cara, el cuello y el torso con albayalde, la pasta que hacía que la piel adquiriera una tonalidad nívea.

—Ahora el negro —dijo con alegría, y usó un dedo para restregarme grasa de cerdo y hollín en torno a los ojos—. ¡Estás preciosa! —Gruñí, y ella rio. Cogió otro tarro de su gran bolsa y se inclinó para acercarse—. Carmín,

querido, no se lo digas a Simon.

—¿Por qué?

—Le he puesto rubia roja porque es más barato —susurró; luego me restregó el dedo por los labios dejándolos encarnados como cerezas. Ya no era Richard, era Uashti, reina de Persia.

—¡Dame un beso! —me dijo Henry Condell.

—Por el amor de Dios —farfulló George Bryan, y hundió la cabeza entre las rodillas. Creí que iba a vomitar, pero se puso en pie y respiró hondo—. Por el amor de Dios —dijo de nuevo.

Todos le ignoramos. Habíamos visto y oído eso muchas veces, y sabíamos que lo haría tan bien como siempre. Mi hermano se sostenía una coraza contra el pecho mientras Richard Burbage le ceñía las correas.

—También debería haber un yelmo —dijo mi hermano al tiempo que se encogía de hombros para que la recién abrochada coraza le quedara más cómoda—. ¿Dónde está el yelmo?

—En el arcón de las pieles —dijo Jean—, junto a la puerta de atrás.

—¿Y qué hace allí?

—Mantenerse caliente.

Subí por las escaleras de madera hasta la habitación superior, donde se guardaba la mayoría de los atuendos y las piezas pequeñas de mobiliario que usábamos en el escenario. Allí los músicos afinaban sus instrumentos.

—Estás preciosa, Richard —dijo Philip, el músico principal, a modo de saludo.

—Métete el laúd en el culo —le dije—, y retuerce. —Éramos amigos.

—Primero dame un beso.

—Y luego retuércelo más —concluí.

Eché un vistazo por la puerta de la balconada. Los músicos tocarían en el balcón esa tarde: allí ya había un tamborilero.

—Buena cantidad de público —me dijo, y golpeó la piel de su instrumento con las baquetas provocando un vítor entre los asistentes.

Volví a la habitación y trepé por la escala que llevaba a lo alto de la torre. Me sentía torpe con mis faldas oscuras, pero me las remangué y, poco a poco, subí los peldaños.

—¡Puedo verte el culo! —gritó Philip.

—Eres un músico con suerte —dije. Luego me colé por la trampilla que llevaba a la plataforma donde estaba Will Tawyer, el trompetero.

Will me dedicó una media sonrisa.

—Te estaba esperando —dijo.

Will sabía que me uniría a él, porque trepar hasta la desvencijada plataforma antes de cada representación era para mí una supersticiosa necesidad. Cada vez que actuaba en el Teatro tenía que subir a la torre. Que yo supiese, no había una razón concreta para ello, salvo por la firme creencia de que mi representación sería mala si no subía a lo alto con mis pesadas e incómodas faldas. Todos los actores tenían sus supersticiones. John Heminges llevaba una pata de conejo colgada de una cadena de plata; George Bryan, entre temblores y espasmos, se estiraba para tocar la viga que había en el techo de los vestuarios; Will Kemp le robaba un beso a Jean, la modista, mientras que Richard Burbage desenvainaba la espada y besaba la hoja. Mi hermano intentaba fingir que no tenía ningún ritual, pero cuando creía que nadie estaba mirando se santiguaba. No era ningún papista, pero cuando Will Kemp le acusó de besarle el culo a la gran puta de Babilonia, mi hermano rio.

—Lo hago —explicó— porque fue lo que hice cuando aparecí por primera vez en un escenario. Al menos fue lo primero que me pagaron por hacer en un escenario.

—¿Y cuál era el papel?

—El del cardenal Pandulph.

—¿Actuaste en esa mierda?

Mi hermano asintió.

—Fue la primera obra en la que participé. Al menos me pagaron. *El tumultuoso reinado del rey Juan*, y el cardenal Pandulph no hacía más que santiguarse. No significa nada.

—¿Significa Roma!

—¿Acaso los besos que le robas a Jean significan que la amas?

—¡Por Dios! ¡No!

—Las hay peores —había dicho mi hermano—, trabaja mucho.

—¡Trabajo demasiado! —Jean había oído lo que estaban diciendo—. Necesito a alguien que me ayude. Una mujer no lo puede hacer todo.

—Lo puede intentar —gruñó Will Kemp.

—Maldito animal —susurró Jean para sí.

Las supersticiones, ya fuera trepar a la torre, santiguarse o besar a la modista, no carecían de importancia, porque todos creíamos que mantenían a los demonios alejados del corral de comedias, los demonios que hacían que nos olvidáramos de lo que debíamos decir o que nos traían a un público huraño, o que hacían que la puerta que daba al escenario se atascara, algo que solía ocurrir cuando había demasiada humedad en el ambiente.

Me quedé un momento más en la plataforma de la torre. Soplabla una brisa que batía la bandera de la cruz roja que ondeaba en el poste, sobre nuestras cabezas. Miré hacia el sur y comprobé que, en el Telón, ni ondeaba la bandera ni había un trompetero, lo que significaba que en esa preciosa tarde ni siquiera harían espectáculos de animales. Más allá del corral de comedias vacío, la ciudad presentaba un tono gris bajo su eterna capa de humo. Me estremecí cuando Tawyer hizo sonar la trompeta para avivar el ánimo de los espectadores, y estos emitieron el consabido vítor.

—Eso los ha despertado —dijo Will con júbilo.

—A mí también —dije.

Miré hacia el norte, más allá de la torre de la iglesia de Saint Leonard, hacia las colinas verdes que había al otro lado de la aldea de Shoreditch, donde las sombras de las nubes recorrían bosques y setos. El jaleo del público trepaba desde el patio y las gradas. El Teatro estaba prácticamente lleno, lo que significaba que los socios obtendrían tres o cuatro libras de monedas ese día y que a mí me pagarían un chelín.

Bajé por la escala.

—¿Tienes un ritual? —le pregunté a Phil.

—¿Un ritual?

—Algo que debas hacer antes de cada representación.

—¡Te miro las enaguas!

—Aparte de eso.

Sonrió.

—Beso el cromcorno de Robert.

—¿En serio?

Robert, el amigo de Phil, alzó el instrumento, parecido a un cayado corto de pastor.

—Él lo besa —dijo— y yo lo chupo.

El resto de los músicos rieron. Yo también. Luego bajé las escaleras y vi a Isaiah Humble, el apuntador, clavando un papel junto a la puerta derecha de acceso al escenario.

—Vuestras entradas y salidas, caballeros —dijo, como hacía siempre.

Todos sabíamos cuándo entrar, pero era reconfortante saber que la lista estaba ahí. Y lo era mucho más ver a Pickles, el arisco gato del Teatro, esperando ante esa misma puerta. Todo el que usaba esa puerta tenía que tocar a Pickles para mantener a los demonios alejados, y si Pickles daba un zarpazo y hacía sangre, lo considerábamos un buen presagio.

—Necesito mear —gruñó Will Kemp, también como hacía siempre.

—¡Jean! ¿Dónde está la capa verde? —preguntó John Duke.

—Donde está siempre.

—Jesús bendito —dijo George Bryan.

Temblaba mucho, pero nadie intentó calmarle o animarle, porque eso habría atraído a la mala suerte. Además, todos sabíamos que los nervios y gimoteos de George se desvanecerían en cuanto atravesase una de las puertas que daban al escenario, y el ratón se transformaría en león.

Los muchachos, con las caras blancas, los labios rojos y los ojos negros, se agolpaban junto a la puerta de la izquierda; sus trenzas abultadas estaban repletas de lazos. Simon Willoughby se estaba mirando en una placa de metal bruñido clavada a la puerta, admirando su reflejo. Entonces Will el trompetero, allá arriba, hizo sonar seis notas altas y urgentes que parecían la llamada de una batida de caza. La primera iglesia de la ciudad acababa de tocar las dos.

—Esperad —dijo mi hermano, como siempre hacía, y permanecimos en silencio mientras otra de las iglesias tocaba la hora anegando el ambiente con sus campanadas.

Sonó la última, pero nadie se movió y nadie habló. Incluso el público expectante estaba en silencio. Entonces, en algún lugar al sur de la ciudad, una iglesia distante tocó las horas. Repicaron sus campanas un minuto después del resto, y seguimos sin movernos.

—Seguiremos esperando —dijo mi hermano quedamente. Tenía los ojos cerrados.

—Dios bendito —susurró George Bryan.

—¡Necesito mear, de verdad! —se lamentó Thomas Pope.

—¡Seguid repitiendo las palabras! —gruñó Will Kemp, como siempre—.
¡Seguid repitiéndolas!

Y entonces, después de lo que se nos antojó una eternidad, Saint Leonard tocó las dos. La iglesia, justo al norte de donde estábamos, en Shoreditch, siempre era la última, y la multitud, consciente de que sus campanadas eran la señal para que diera comienzo la obra, volvió a lanzar vítores. Oímos las pisadas de los músicos en el piso superior saliendo al balcón. Hubo una pausa, el trompetero volvió a hacer una floritura musical por última vez y los dos tambores empezaron a tronar.

—¡Ahora! —les dijo mi hermano a los muchachos que esperaban. Simon Willoughby abrió la puerta de la izquierda y los chicos salieron bailando al escenario.

Éramos actores y actuábamos.

—¡Las inquietas mentes de nuestros feroces enemigos son industriosas — dije—, pues sea mediante el fraude o la fuerza siempre dan con su presa! — Hablaba en fino, esto es, en un tono tan agudo como me era posible, al tiempo que lo bastante alto como para que mis palabras alcanzasen a los espectadores que se inclinaban sobre la balaustrada de las gradas superiores—. ¡Entre los rostros sonrientes se esconden los males —recité—, al igual que en las corrientes poderosas!

Debo ser justo y decir que mi hermano no había escrito estas empalagosas memeces, aunque Dios sabe que ha escrito muchas idioteces que he tenido que declamar sobre el escenario. La obra era *Hester y Asuero*, y mi papel era el de Uashti, reina de Persia. Aunque vistiera ropas modernas de buena calidad, el único toque con sabor bíblico era la gran capa de pieles que se agitaba con gracia cada vez que me daba la vuelta. La capa era de un gris muy oscuro, casi negro, porque yo era una villana, mientras que la heroína era el mocoso de Simon Willoughby, ese rollizo joven de dieciséis años, que representaba a Hester vestido con una capa de color crema pálido. Solo Dios sabe por qué se llamaba Hester, dado que su nombre era Esther, aunque, fuera cual fuese su

nombre, estaba punto de usurpar mi lugar como reina de Persia. El relato está en la Biblia, así que no necesito volver a contar la historia salvo para explicar en qué momento la obra difiere de la narración. En nuestra versión, Uashti intenta envenenar a Hester, fracasa, sufre un momento de absoluta enajenación, renuncia a la corona y le lame a Hester su culo rollizo, y eso es lo que yo estaba haciendo ahora, arrodillado ante el zurumbático y sonriente joven.

—No os mováis, mi querida reina —dije, dando a las palabras «no os mováis» mucho más énfasis del necesario porque Willoughby, la acicalada putilla, batía un abanico de plumas de gallo para que el público centrara la vista sobre su rostro recargado de maquillaje—, refugio y roca —continué—, pues vuestros son para servir tanto en amor como en temor. ¡Que ni el engaño, ni la fuerza ni enemigo extranjero alguno puedan alzarse contra el imperio de vuestra mano poderosa!

A la plebe le encantan estas cosas. Algunos lanzaron vítores cuando me postré ante Hester, mientras que los más acaudalados aplaudían desde las gradas. Sabían que no estaban viendo una historia de la Biblia. Puede que Uashti fuera reina de Persia, pero en realidad representaba a Catalina de Aragón, mientras que Hester era la reina Ana Bolena, y toda la obra no era más que la lisonja de un lameculos hacia la reina Isabel en la que pretendía dar a entender que la papista Catalina había aceptado la legitimidad regia de la madre protestante de Isabel. No representábamos la obra muy a menudo: aunque al público parecía gustarle la historia, era una auténtica mierda, pero cuando la mierda la escribía el capellán real, había que representarla de vez en cuando. Aquel capellán, el reverendísimo William Venables, estaba en la grada inferior, observándonos sonriente, convencido de que había escrito una obra maestra. Pensaba que la habíamos elegido por ser brillante, pero lo cierto era que lo que buscábamos era el favor real, porque los regidores de la ciudad estaban intentando, una vez más, cerrar los corrales de comedias. El Teatro se alzaba más allá de los límites de la ciudad, así que no tenían autoridad sobre nosotros, pero sí gozaban de influencia. Decían que éramos la encarnación del pecado y un nido de corrupción, «algo que es completamente cierto, por supuesto», le gustaba decir a mi hermano.

—Vos: seréis llevada a un convento, como corresponde —mi hermano, en el papel de Mardoqueo, me propinó una patada en las costillas—, y os

dedicaréis a la contemplación y a la oración.

Y, dicho esto, dos guardias persas ataviados con borgoñotas y corazas y armados con enormes alabardas me pusieron en pie y me llevaron al vestuario. La obra estaba a punto de tocar a su fin.

—¡Por Dios, Richard! —dijo Jean; luego chascó la lengua—. Mira el corpiño. ¡Todo rasgado! Deja que te lo arregle.

—Ha sido George Bryan —dije—, me ha machacado.

A veces pienso en el reverendísimo William Venables. En la historia bíblica, Haman, el villano, es acusado de atacar a Esther, pero eso no debió de resultarle suficiente al reverendo, que había añadido que Uashti acababa medio violada por el muy cerdo. La escena no tenía sentido porque Haman y Uashti, supuestamente, son aliados, pero a la plebe le gustaba así. George Bryan, abandonado ya por los nervios, me había estado dando zarpazos para regocijo del público. Estos le animaban a que me levantara las faldas para que pudieran verme las piernas, pero logré meterle una rodilla entre los muslos y darle un buen empujón. Se quedó muy quieto, y el público debió de pensar que estaba disfrutando de un momento aún más placentero. Le aparté de un empujón y grité mi siguiente línea, algo que provocó una ovación.

Yo le caía bien al público. Lo sabía. Aún lo sé. Incluso cuando hacía de villana me aclamaban. Siempre hay un puñado de ordinarios que gritan pidiendo que les enseñe las tetas, pero el resto suele hacerlos callar al instante. Los asistentes más burdos de entre el público tienen su momento al final de la obra, cuando bailamos la giga, una actuación completamente diferente, diseñada para que la plebe vuelva contenta a casa. Aplaudieron cuando concluyó la obra, y luego gritaron para que los actores regresaran al escenario. Phil y sus músicos les ofrecieron una alegre tonada, pero las peticiones para que volviéramos se hicieron más insistentes. Acto seguido hubo una estruendosa ovación cuando la gran puerta central que daba a los vestuarios se abrió de par en par y los muchachos salieron a bailar.

Hubo un rugido de bienvenida cuando Simon Willoughby se unió a la giga, vestido aún como la reina Hester, pero la aclamación fue el doble de ruidosa cuando aparecí yo en el escenario. Bailé para esos rostros sonrientes, girando y girando en el extremo frontal del escenario, levantándome las faldas mientras le guiñaba el ojo a un carnicero de rostro sonrosado que me

observaba con embeleso. La giga se llamaba *Jeremías y la vaca lechera*, y había sido compuesta por Will Kemp. Este hacía el papel de un soldado que se había quedado ciego en la guerra y que volvía a casa buscando a su esposa, la cual se había ido con un granjero representado por mi hermano. El granjero no hacía más que ofrecerle otras chicas al soldado. Jeremías, aunque ciego, se percataba de que ninguna de ellas era su esposa hasta que, al fin, mi hermano le ofrecía a Bessie, la vaca, representada por mí. Usé mis dedos como cuernos, mugí y hui de Will Kemp, quien al fin me alcanzó, me cogió de las caderas, me dio la vuelta e hizo un gesto obsceno provocando, una vez más, la algarabía entre el público.

—¡Conocería este culo en cualquier lugar! —rugió Will Kemp, mientras yo aullaba y él volvía a hacer el gesto.

El público reía, y Will golpeó mi cuerpo contra el suyo una y otra vez gritando que por fin había encontrado a su esposa. Al fin me soltó, y escupió una ristra de chistes soeces mientras yo me unía al baile con el resto de los actores. Logré pisar la capa de Simon, que trastabilló y estuvo a punto de caer. Ser actor tiene sus cosas buenas.

—Habéis estado... Habéis estado... —El reverendo Venables había entrado en el vestuario después de la representación y ahora agitaba las manos como si fuera incapaz de encontrar las palabras que buscaba. Se dirigía a todos los actores. Estábamos medio desnudos—. ¡Habéis estado magníficos! —dijo—. ¡Realmente magníficos! ¡Richard, querido! —Vino hacia mí como una flecha, y, antes de que pudiera escabullirme, me puso las manos en las mejillas y me besó en los labios—. ¡Jamás te he visto actuar tan bien! Y tú, mi dulce Simon... —Se fue a besuquear a Willoughby—. Le hablaré a Su Majestad de vuestra lealtad —dijo el reverendo, mirándonos a ambos con emoción. Luego miró a mi hermano—. He escrito otra obra: *Judith y Holofernes*.

Pasó un instante antes de que mi hermano respondiera.

—Me embarga la emoción —dijo secamente.

—Y el joven Richard —los dedos del reverendo me acariciaron el hombro — estaría fantástico en el papel de Judith. Mientras que Simon puede hacer el papel de su hermana.

—¿Judith tenía una hermana? —preguntó mi hermano, claramente

desconcertado.

—En la Vulgata no —dijo Venables, esquivo—, pero en mi obra... Nunca hay suficientes muchachas, ¿verdad que no? —Le sonrió a Simon, que se contoneó y le devolvió la sonrisa.

Mi hermano, sencillamente, parecía hastiado.

—¿No le cortó Judith la cabeza a Holofernes? —preguntó.

—¡Con una espada!

—Las decapitaciones —advirtió mi hermano— son extremadamente difíciles de hacer en un escenario.

—Pero vosotros podéis hacerlo —exclamó Venables—. Sois todos unos magos. Sois todos... —dudó, y esbozó un gesto de dolor al no encontrar las palabras adecuadas para describirnos—. ¡Sois todos unos brujos!

¿Qué tiene el teatro para convertir a hombres y mujeres en cachorrillos temblorosos? Todo lo que hacemos es fingir. Contamos historias. Y, sin embargo, después de la representación, el público merodea a las puertas de los vestuarios esperando para vernos, esperando poder hablar con nosotros como si fuéramos santos cuyas manos pudieran curar cualquier dolencia. Pero ¿qué dolencia? ¿El tedio? ¿El aburrimiento? El reverendísimo William Venables, era evidente, estaba obnubilado con nosotros, con el Teatro, y por lo que creía ser una especie de magia benigna. Me tocó el codo.

—Querido Richard —murmuró—. ¿Charlamos un momento?

Me aferró del brazo y tiró de mí hacia la puerta del escenario. Me resistí un instante, pero, para ser un hombre menudo y enjuto, gozaba de una fuerza asombrosa, y tiró de mí al tiempo que Simon Willoughby sonreía burlón y mi hermano esbozaba una mueca de sorpresa.

El reverendo me sacó al escenario por la puerta de la izquierda; allí se detuvo y observó el patio donde Jeremiah barría las cáscaras de avellana y ostras que había sobre el empedrado. Pickles, el gato, estaba tumbado sobre un débil retal de sol, y empezó a lamerse una pata maltrecha.

—He oído que quizá dejes la compañía —dijo el reverendo—. ¿Es eso cierto?

La repentina pregunta me dejó aturdido.

—Puede —farfullé.

A decir verdad, no tenía planes, ni ofertas de empleo en otro lugar, ni

futuro alguno. Mi amenaza de abandonar a los hombres del lord Chambelán no era más que rencor, un intento de ganarme, de algún modo, la compasión de mi hermano confiando en que me diera papeles de hombre y un sueldo más generoso. —No lo sé, señor —añadí taciturno.

—¿Y por qué habrías de irte? —preguntó a bocajarro.

Vacilé.

—Quiero dejarme barba —dije al fin.

Rio al oírme.

—¡Eso sería una lástima! Aunque lo entiendo.

—¿Lo entiende?

—¡Ah, querido muchacho! ¿No es evidente? Te estás haciendo mayor. Tu voz apenas pasa ya por la de una mujer de cierta edad, pero ¿cuánto durará eso? ¿Y qué papeles de hombre hay para ti? Richard y Henry no van a dejarte hueco en ese sentido, ¿verdad que no? Son héroes jóvenes y apuestos, ¿a que sí? Y Alexander y Simon te pisan los talones, y ambos gozan de un talento extraordinario. —Me dedicó una compasiva sonrisa—. Quizá puedas hacerte a la mar.

—No soy marinero —dije. Había visto el mar una vez, y había sido suficiente.

—No, no lo eres —dijo Venables con contundencia—. Eres actor, y eres muy bueno.

—¿Lo soy? —pregunté, como hubiera hecho Simon Willoughby.

—Te desenvuelves con elegancia en el escenario, has sido bendecido con el don de la belleza y hablas con claridad.

—Gracias, señor —le dije con la voz de Uashti—, pero no tengo barba.

—No necesitas una barba —dijo, y volvió a aferrarme del brazo para llevarme al borde del escenario.

—Todavía no puedo dejármela —dije—, porque aún tengo que hacer papeles de mujer. Pero James me ha prometido que pronto me darán un papel de hombre.

Me soltó el brazo.

—¿James Burbage te ha prometido un papel de hombre? —Su tono, de pronto, se volvió áspero.

—Sí, señor.

—¿Qué papel?

—No lo sé.

—¿En qué obra?

Seguía hablando con aspereza, y recordé que mi hermano me había dicho que era fácil subestimar al reverendo Venables.

—Puede que parezca un imbécil —había dicho mi hermano—, pero mantiene su puesto en la corte, y a Su Majestad no le gustan ni los clérigos ni los imbéciles.

—¿No le gustan los clérigos? —pregunté sorprendido.

—¿Después del modo en que fue tratada por los obispos de su hermana? Los desprecia. Cree que los eclesiásticos no hacen más que crear problemas innecesarios, y odia los problemas innecesarios. Pero Venables le cae bien. Le divierte.

El reverendo William Venables, para mí, no era divertido en absoluto. Volvía a aferrarme el codo y a acercarse demasiado. Intenté zafarme, pero siguió agarrándome con fuerza.

—¿En qué obra? —exigió saber por segunda vez.

—Es una obra nupcial —le dije—, para la nieta del lord Chambelán.

—¡Ah! Claro. —Aflojó un poco y me sonrió—. Una nueva obra. ¡Qué emocionante! ¿Sabes quién la escribe?

—Mi hermano, señor.

—Cómo no —dijo, sin dejar de sonreír—. Dime, Richard, ¿has oído hablar de Lancelot Torrens?

—No, señor.

—Lancelot Torrens es el tercer conde de Lechlade, un joven extraordinario. —Percibía que esa era la razón por la que me había llevado hasta el escenario vacío, donde nadie pudiera oír lo que estábamos hablando. Esa sensación se hizo aún más intensa cuando Venables bajó la voz—. Su abuelo se hizo rico a la sombra de Enrique el Gordo, financió al orondo rey y, de pronto, de mercader de cueros de Bristol se convirtió en conde. Dios Todopoderoso actúa de modos que a uno le dejan estupefacto, pero debo confesar que el joven Lancelot hace honor al título, y además tiene dinero. —Hizo una pausa y me sonrió con gesto socarrón—. ¿Te gusta el dinero, joven Richard?

—¿Y a quién no?

—Tu hermano me dice que eres un ladrón.

Me sonrojé al oír eso.

—No es verdad —dije con demasiada vehemencia.

—¿Y qué joven no lo es? ¡Sobre el escenario nos robas los corazones! —
Sonrió, afable—. Eres bueno.

—Gracias —dije de un modo extraño.

—Y a Lancelot Torrens, tercer conde de Lechlade, le encantaría tener una compañía de actores. El joven tiene dinero, mucho dinero. Creo que te consideraría un valioso miembro de cualquier compañía de cuyo patrocinio tuviera la suerte de alardear. —Me observó, esperando a que hablara, pero yo no sabía qué decir—. Ha oído hablar de ti —añadió con aparente reserva.

Reí al oírlo.

—No lo creo, señor.

—Pues yo te aseguro que sí, o, mejor dicho, ha oído hablar de ti un representante suyo al que entregué una lista de actores que podrían encajar en su nuevo corral de comedias.

—¿Tiene un corral?

—¡Por supuesto! Una compañía necesita un corral, y solo los mejores podrán satisfacer los deseos del joven Lancelot. ¿Quién crees que está financiando esa monstruosidad de Bankside?

Intenté recordar el nombre del caballero que estaba levantando el nuevo corral, aquel con el que James Burbage temía que hubiese hablado.

—¿Francis Langley?

—Langley tiene dinero, pero aunque fuera propietario de todos los burdeles de Southwark, no tendría suficiente. El que paga es el pequeño conde.

—¿Pequeño? —pregunté.

—Es bien parecido, pero carece de estatura —explicó el reverendo—. En cambio tú, querido, atesoras ambas cosas.

Recordé de pronto a Simon Willoughby siendo empotrado contra la pared del patio del palacio mientras caía la lluvia.

—El conde... —dije; luego titubeé.

—¿Richard?

—¿Tiene el pelo claro?

—¿Pelo claro? —El reverendo William Venables sonrió como un serafín—. Yo diría que sus rizos fueron tejidos con oro pálido por la rueca de un ángel. —Así que había sido el conde de Lechlade el que había abordado a Simon aquella noche. No podía estar seguro, por supuesto, pero era lo más probable—. ¿Por qué quieres saberlo? —exigió saber el reverendo.

—Me preguntaba si le he visto alguna vez, eso es todo.

—Si le hubieras visto te acordarías.

—¿Escribe para él? —pregunté.

Venables esbozó un gesto de pesar.

—Tu hermano no quiere representar más obras mías. *Hester* atrae a la muchedumbre, ¿pero quiere sacar a escena *Susana y los viejos*? ¡No! ¿Y *David y Betsabé*? ¡No!

—¿Y Langley sí? —pregunté.

—Francis y el conde saben apreciar la calidad —dijo con ademán adusto—, pero necesitan otras obras. —Se volvió para mirarme fijamente a los ojos—. Si le llevases a Langley la nueva obra de tu hermano, creo que no volverías a tener necesidad de robar en tu vida.

Me lo quedé mirando, demasiado conmocionado como para decir palabra.

—Deberías hablar con Langley —dijo el reverendo.

No supe qué decir. Su proposición era tan deshonesto, tan sorprendente, que no hallé palabras. Los guiones de una compañía están entre sus más preciadas posesiones, porque si otra compañía llega a dar con una copia de la obra, esa compañía es capaz de representarla. A veces, cuando la peste obligaba al cierre de los corrales de comedias, había compañías que publicaban sus guiones para hacer algo de dinero, y entonces la obra pasaba a ser propiedad de quien la quisiera. Así fue como nos habíamos hecho con *Los siete pecados capitales*. No tuvimos que pagarle nada a su autor, sencillamente la representábamos cuando nos venía en gana, aunque si una obra se llevaba a escena demasiado a menudo, el corral acababa por verse vado. Si la compañía del conde de Lechlade se hacía con una copia de la obra nupcial, o de la nueva obra, ambientada en Verona, en la que mi hermano aún estaba trabajando, podrían llevarlas a escena y robamos a nuestro público. Un manuscrito era un bien preciado; valían ocho, nueve o diez libras cada uno, así

que siempre se ponían a muy buen recaudo. Robar uno hubiera supuesto traicionar a la compañía, así que titubeé, farfullé y, al final, evité responder diciendo que había prometido quedarme hasta que pasara el invierno.

—Las promesas en los corrales —dijo el reverendo William Venables con displicencia— son como los besos de la festividad de los Mayos. No cuentan. Ve a hablar con Langley.

El conde tenía dinero.

Y yo no.

No fui en busca de Francis Langley. Puede que Londres sea una gran ciudad, pero los actores nos conocemos todos. Temía que si James Burbage o mi hermano descubrían que había estado hablando con Langley, su promesa de darme un papel masculino en la nueva obra pudiera desvanecerse como una niebla de verano. Tuve la tentación de hacerlo, pero, por una vez, decidí no sucumbir a ella.

Los *percies* vinieron el lunes.

Los llamamos *percies*, pero en realidad son los perseverantes de Su Majestad, hombres vestidos de negro cuyo trabajo es dar caza y erradicar a aquellos católicos que pretenden asesinar a la reina y devolver a Inglaterra a la órbita de la Iglesia romana. Sus presas más preciadas son los jesuitas, pero cualquier sacerdote romano, o quienquiera que dé cobijo a tales personajes, puede esperar una visita de los *percies*, como la que nos hicieron aquel lunes.

Estábamos ensayando *La comedia* o, por dar el título completo, *La comedia de las equivocaciones*. Conocíamos bien la obra, pero el domingo George Bryan se había tropezado a las puertas de la iglesia de Saint Leonard y se había roto la nariz.

—Alguien nos ha echado una maldición —había dicho mi hermano al dar la noticia—. Primero Augustine y ahora George.

El ensayo no estaba yendo bien. Uno de los empleados, un tal Robert Pallant, tuvo que hacer la parte de George. Pallant era un hombre de mediana edad con barriga, barba puntiaguda y cara de vergüenza. Estaba nervioso porque le tocaba representar a Egeón, el mercader, que daba inicio a la obra con un larguísimo discurso que Pallant había memorizado pero que no dejaba

de embarullar. El resto de nosotros, sencillamente, estábamos de mal humor.

—Empecemos de nuevo —había sugerido mi hermano después de que Pallant farfullara hasta detenerse por cuarta o quinta vez.

Los seis actores volvieron al fondo del escenario como si acabaran de salir por las puertas que daban a los vestuarios.

—Suenan la trompeta —dijo Alan Rust—, calla y entras.

Pallant caminó hacia el extremo frontal del escenario.

—Continuad... —empezó a recitar, pero no fue más allá.

—¡Jesús! ¡Caminas como si te hubieran metido un hueso por el culo! —aulló Alan Rust. Pallant se detuvo con gesto de asombro.

—¿Qué...? —empezó a decir.

—¿Cuál es tu primera frase? —gruñó Rust.

—Esto...

—¡Por la cruz plateada de Cristo! ¡Si vuelvo a oír la palabra «Esto...» en el escenario te mato! ¡Te mato! ¡Cuál es tu primera maldita línea?

—Continuad, Solino; procurad mi caída, y con la sentencia de muerte, acabad con desgracias y con mi vida toda.

—Acabad con «mis» desgracias. ¡Por Cristo! ¡Haznos el favor! ¿Y a quién te estás dirigiendo? Te ruego que me lo digas.

—Al duque.

—¡Al duque! Entonces ¿por qué te paseas hasta por el maldito escenario como un ganso con cagalera? ¡El duque está ahí! —dijo señalando a mi hermano, que estaba en el extremo derecho del escenario.

—El discurso... —dijo Pallant dubitativo.

—¡He leído el maldito discurso! —gruñó Rust—. Me llevó una semana de mi vida, pero lo leí. ¡Por el amor de Dios, Pallant! No hay tiempo para verte vagar a la vez que escuchamos esa cosa interminable. Dile al duque lo que le tienes que decir. Esto es una puta obra de teatro, no un sermón en Saint Paul. Necesita vida, hombre, ¡vida! Empieza de nuevo.

Alan Rust no llevaba mucho tiempo en la compañía. Había estado actuando con los hombres de lord Pembroke, y James Burbage y mi hermano habían convencido al resto de los socios para que Rust se uniera a nosotros.

—Es muy bueno —le había explicado mi hermano a la compañía—, y al público le gusta. Además, se le da muy bien la puesta en escena. ¿Os habéis

dado cuenta?

—No —había dicho Will Kemp.

De todos los socios él había sido el único en oponerse a Rust, sospechando que el sujeto hacía gala de un carácter tan fuerte como el suyo. Kemp había perdido la votación, así que Rust estaba ahí diciéndonos lo que debíamos hacer sobre el escenario; hacia dónde movernos, cómo decir las palabras, cómo hacer todo aquello que hasta entonces había resultado ser fuente de conflicto entre los socios. Seguían teniendo sus discusiones, por supuesto, pero Rust había puesto cierto orden en ese caos.

—¡Por los clavos de Cristo! —le gritó ahora Rust a Robert Pallant—. ¿Qué demonios estás haciendo ahora?

—Caminar hacia donde está el duque —dijo Pallant con optimismo.

—¡Te mueves como una monja estreñida! Si vas a moverte —Rust hablaba desde el patio donde el público veía las obras—, entonces, por el amor de Dios, muévete. ¡Y habla al tiempo! Eso lo puedes hacer, ¿verdad? Vuelve a la última frase del duque. ¿Cuál es? —le preguntó a mi hermano, que hacía el papel del duque Solino.

—Muy bien, siracusano, dinos brevemente... —empezó a recitar mi hermano.

—¿«Brevemente»? ¡Cristo resucitado! ¿«Brevemente»? ¡El discurso es más largo que el libro del Génesis! Y tú —dijo señalándome con el dedo—, ¿por qué sonríes?

—Simon Willoughby se acaba de tirar un pedo —dije.

—Al menos eso es más interesante que el discurso de Egeón —dijo Rust.

—¡Yo no me he tirado un pedo! —protestó Simon. El resto de nosotros llevábamos ropa de calle, pero el joven Simon se había puesto una falda larga para el ensayo. Caminó hacia el extremo frontal del escenario—. ¡No me he tirado un pedo!

—¿Podemos seguir, caballeros? —pidió Rust, malhumorado.

Y así lo hicimos, aunque todo transcurrió muy lentamente. Yo estaba sentado en una esquina del escenario porque no me iban a necesitar durante un tiempo. Tenía el papel de Emilia, la esposa de Egeón. No era un papel muy extenso: lo que tenía que decir apenas cabía en una página, pero no habíamos representado *La comedia* desde hacía semanas, y se me habían olvidado

bastantes frases.

—Poderosísimo duque —recitaba una y otra vez para mí, intentando volver a aprender lo que tema que decir—, ¡he aquí un hombre cruelmente ultrajado!

—Ve a mascullar a otra parte —me gruñó Rust—, a algún lugar donde no pueda oírte.

Bajé hacia las gradas inferiores, al lugar en el que había estado hablando con James Burbage. Había un grupo de personas en las gradas, porque a los socios no les importaba que la gente viera los ensayos. Estaban las novias de algunos de los actores, dos novios y un grupillo de muchachas de El delfín. El delfín es una estupenda taberna que vende cerveza y comida y en la que hay putas, y las chicas se ganaban un puñado de peniques más vendiendo avellanas entre el público antes de las representaciones. Luego se embolsaban unos chelines buscando entre las gradas a quién venderse. Tres de las muchachas reían en las bancadas delanteras, y me dedicaron coquetas sonrisas cuando me acomodé justo detrás y por encima de ellas. Jeremiah, el viejo soldado amargado que hacía guardia en la puerta delantera, se había encariñado de las chicas y les había dado a cada una de ellas una pequeña bolsa de avellanas que hacían crujir bajo sus tacones mientras Robert Pallant, laboriosamente, contaba la historia de su naufragio.

La historia siempre se me había antojado de lo más inverosímil. Egeón, el mercader, se había hecho a la mar con su esposa, sus dos hijos gemelos y dos sirvientes también gemelos.

Cuando la nave chocó contra una roca todos cayeron al mar tempestuoso y la esposa, uno de los hijos y uno de los sirvientes habían sido arrastrados en una dirección mientras que Egeón, con el otro hijo y el otro sirviente, habían sido arrastrados en la opuesta. A Pallant le llevó una eternidad contar toda la historia. Cerré los ojos y, al momento siguiente, una voz dijo:

—Abre la boca.

—Hola, Alice —dije sin abrir los ojos.

—Una avellana para ti —dijo. Abrí la boca y la muchacha me puso una avellana en la lengua—. ¿Vuelves a ser una chica? —preguntó.

—Una mujer. Una abadesa.

Se colgó de mi brazo y se apoyó en mí.

—No te veo de abadesa —dijo. Hacía frío, pero al menos no llovía—. Aunque estás muy guapo de chica —continuó.

—Gracias —dije sin gratitud alguna.

—Deberías venir a trabajar con nosotras.

—Eso me gustaría —dije—, ¿pero qué pasaría cuando alguno de esos bastardos me levantara las faldas?

—Pues simplemente te das la vuelta —dijo ella.

—¡Vas a tener las manos atadas a la espalda! —le gritó Rust al pobre Pallant—. ¡Así que no gesticules!

—¿Vuelve a encontrar a su esposa? —preguntó Alice.

—Yo soy su esposa —dije—, y sí. Acaba encontrándome al final de la obra.

—¡Pero si eres una abadesa! ¿Cómo puede ser que se case una abadesa? Son monjas, ¿no?

—Es largo de explicar —dije.

—¿Pero la encuentra?

—Sí —dije—, y también al hijo al que perdió hace tanto.

—¡Ah, bien! Estaba preocupada.

Alice tenía dieciséis años, puede que quince, o puede que diecisiete. Era una muchacha menuda de Huntingdonshire con el pelo muy claro, rostro afilado, ojos de ardilla y mentón retirado, pero de algún modo todo ello se combinaba para dar lugar a una delicada belleza. Podría haber representado a un elfo, pensaba yo, o a un hada, salvo por el hecho de que llevar a una chica al escenario era la manera más segura de provocar la ira de los puritanos. Estos ya nos acusaban de ser juguetes del demonio, instigadores del mal, la progenie de Satán, y, de no haber contado con la protección de la reina y la nobleza, habríamos acabado expulsados de la ciudad a palos hacía tiempo.

—Es muy triste —dijo Alice.

—¿El qué es triste?

—Que naufragara y perdiera a su esposa.

—Es una idiotez —dije—. Si a todos los lleva la corriente, los habría llevado en la misma dirección.

—Pero no ocurrió así —protestó ella—. Pobre viejo.

—¿Por qué no te vas a casa?

—¿A El delfín?

—No, a Huntingdon.

—¿A ordeñar vacas? ¿A remover mantequilla? —Habló con melancolía—.

Yo soy una náufraga. Como tú.

—Por culpa del cabrón de mi hermano —dije con ademán vengativo.

—Por culpa del cabrón de mi novio —dijo ella parafraseándose.

Había sido seducida por un canalla encantador, un hombre que recorría el país vendiendo botones, peines y agujas y que la había embaucado con promesas de una feliz vida de casados en Londres, y la boba de ella se había creído todas y cada una de sus palabras solo para acabar siendo vendida en El delfín, donde casi podía considerarse afortunada, porque allí la señora Harwood, que se había encariñado de la desgraciada Alice, la trataba bien. A mí la chica también me caía simpática.

Se oyeron cascos de caballo en el exterior, aunque no les di mayor importancia. Sabía que estábamos esperando un cargamento de tablones para reparar el escenario, y supuse que la madera había llegado. Volví a cerrar los ojos intentando recordar mi segunda frase, y entonces Alice entonó un leve lamento.

—¡Oooh, no me gustan nada! —dijo, y abrí los ojos.

Los *percies* habían llegado.

Eran cinco persevantes. Entraron pavoneándose por el túnel de acceso, vestidos de negro, luciendo el emblema de la reina en las mangas negras, y todos ellos con las espadas enfundadas en vainas negras. Dos se quedaron en el patio mientras que los otros tres subían de un salto al escenario para dirigirse a los vestuarios.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —exigió saber Alan Rust.

Le ignoraron y siguieron su camino. Los dos *percies* que quedaron atrás se plantaron en medio del patio y Rust se volvió hacia ellos.

—¿Qué estáis haciendo?

—Servir a la reina —gruñó uno.

Se giraron para echar un vistazo al corral de comedias y comprobé que ambos eran gemelos. Recuerdo haber pensado lo extraño que era que estuviésemos representando una obra en la que había dos gemelos y ahí estaba una pareja de verdad. Y tenían algo que me provocó rechazo al instante. Eran

jóvenes, puede que no más que uno o dos años mayores que yo, y tenían aspecto de prepotentes. No eran altos y, sin embargo, todos sus rasgos parecían demasiado grandes: los culos, las narices, los mentones, los cabellos negros y frondosos asomando bajo sus gorros negros, los músculos abultados bajo las calzas y las mangas negras... Me miraron como miran los matones: carentes de toda elegancia, cada uno de ellos armado con espada y desprecio. Alice tembló.

—Tienen un aspecto aterrador —dijo—. ¡Cómo dos bueyes! ¿Te los imaginas...?

—Prefiero no imaginar nada —dije.

—Yo tampoco —repuso Alice firmemente, y se santiguó.

—Por el amor de Dios —siseé—. ¡No hagas eso delante de los *percies*!

—Se me olvida. En casa teníamos que hacerlo.

—Pues deja de hacerlo aquí.

—Son aterradores —suspiró Alice al tiempo que los gemelos se volvían para mirar a las chicas de El delfín.

Caminaron lentamente hacia nosotros.

—Eh, chicas, enseñadnos las tetas —dijo uno de ellos sonriendo con malicia.

—No son chicas, hermano —dijo el otro—. Son trozos de carne.

—Eh, trozos de carne, enseñadnos las tetas.

—Me voy —murmuró Alice.

Las muchachas salieron por la parte de atrás y los dos jóvenes rieron. Los actores, todos salvo mi hermano y Will Kemp, se habían retirado a las esquinas del escenario sin saber qué hacer. Kemp permaneció en el centro mientras que mi hermano había seguido a los *percies* hasta el vestuario. Los gemelos se dirigieron entonces hacia el escenario y vieron a Simon Willoughby con sus largas faldas.

—Un chico guapo, ¿eh, hermano?

—Así es.

—¿Eres actor? —le preguntó uno de ellos a Simon.

—Enséñanos tus encantos, guapo —dijo el otro, y ambos rieron.

—Venga, danos una alegría, chico.

—¿Qué —dijo con beligerancia Will Kemp— estáis haciendo aquí?

—Nuestro deber —repuso uno de los gemelos.

—Servir a la reina —dijo el otro.

—Este corral de comedias —dijo Rust dándose importancia— goza de la protección del lord Chambelán.

—Uuuh, estoy aterrado —dijo uno de los gemelos.

—Que Dios nos asista —dijo el otro; luego miró a Simon—. Venga, chico, enséñanos las tetas.

—¡Salid de aquí! —aulló Kemp desde el escenario.

—¡Qué miedo da! —Uno de los gemelos fingió estar amedrentado arqueando los hombros y temblando—. ¿Quieres echarnos de aquí?

—¡Te aseguro que lo haré! —dijo Alan.

Uno de los hermanos desenvainó la espada.

—Inténtalo —dijo esbozando una mueca de burla.

Alan Rust chascó los dedos y uno de los hombres que habían estado escoltando al prisionero Egeón comprendió lo que suponía el chasquido y le lanzó a Rust una espada. Rust, de pie junto a los fornidos gemelos, alzó la hoja hacia sus rostros sonrientes.

—Esto —gruñó— es un corral de comedias. No un establo. Si queréis esparcir vuestro estiércol, hacedlo en otro sitio. Volved a vuestros ramplones hogares y decidle a vuestra madre que es una furcia por haberos traído al mundo.

—¡Maldito seas! —dijo el gemelo que había desnudado la espada, pero entonces, antes de que el duelo pudiera dar comienzo, la puerta de la derecha se abrió y dos de los tres *percies* que habían estado registrando el vestuario volvieron al escenario. Uno de ellos llevaba un montón de ropa en los brazos, mientras el segundo salía con un saco que les lanzó a los gemelos.

—Adornos —dijo—. ¡Adornos y rosarios! ¡Basura católica!

—Son atuendos —gruñó Will Kemp—, disfraces y ornamentos.

—¿Y esto? —El perseverante sacó un cáliz del saco.

—O esto. —Su compañero sostuvo en alto un alba blanca, decorada con encajes.

—¡Es un disfraz, imbécil! —protestó Kemp.

—Todo lo necesario para officiar una misa católica —dijo el perseverante.

—¡A ver ese camisón de noche! —dijo el gemelo cuya espada aún

descansaba en la vaina, y el *percy* le lanzó el alba—. Qué bonito —dijo el gemelo—. ¿Es esto lo que llevan los papistas cuando vomitan su mierda?

—Devuélvelo —exigió Alan Rust alzando ligeramente la espada prestada.

—¿Me estás amenazando? —preguntó el gemelo que había desnudado su hoja.

—Sí —dijo Rust.

—Quizá deberíamos arrestarle —dijo el gemelo, y lanzó una estocada contra Alan.

Fue un error.

Un error porque una de las primeras habilidades que adquiere un actor es cómo usar una espada. Al público le encantan los combates. Ven bastantes peleas en las calles, Dios lo sabe, pero suelen ser entre brutos rabiosos que dan tajos y tajos hasta que, en cuestión de instantes, uno de ellos le rompe al otro la cabeza o le abre las tripas y el desgraciado se desploma. Lo que le gusta a la plebe es admirar la habilidad de un combatiente, y muchos de los aplausos más estruendosos que nos dedican tienen lugar cuando Richard Burbage y Henry Condell cruzan aceros. El público resuella con su pericia, con la velocidad a la que se mueven sus espadas, y, aunque sepan que el combate no es real, son conscientes de que su habilidad sí lo es. Mi hermano había insistido en que practicara esgrima, algo que hice porque, si quería albergar esperanzas de representar un papel masculino en una obra, necesitaba aprender a luchar. Alan Rust había aprendido hacía tiempo, había sido toda una atracción entre los hombres de lord Pembroke, y aunque lo que había aprendido era a fingir una pelea, solo sabía hacerlo porque podía luchar de verdad, y los gemelos estaban a punto de recibir una lección.

Porque, cuando el segundo había desenvainado, Alan Rust ya había desarmado al primero, girando la espada con elegancia ante la primera y torpe estocada moviendo su arma con velocidad para arrancarle al joven la espada. Retiró la hoja, detuvo un tajo del segundo gemelo, lanzó una estocada hacia las tripas de este para hacer que se retirara y volvió a girar la espada hacia la izquierda para amenazar con la punta el rostro del primer gemelo.

—Suelta el alba, maldito zurullo —dijo Rust, hablándole a uno de los hermanos mientras apuntaba al otro y al tiempo que adoptaba un tono de voz que hubiera servido para representar a un rey tirano; una voz que parecía

surgida de las entrañas de la tierra—, a no ser que quieras que tu hermano pierda un ojo.

—¡Arrestadle! —les dijo uno de los hermanos a los perseverantes. Agitó la mano con excesiva desesperación.

Fue entonces cuando el último de los perseverantes salió del vestuario cargado de papeles. Eran nuestros guiones, que hasta entonces habían estado a buen recaudo en un gran arcón del piso superior.

—Tenemos lo que queríamos —les dijo a sus compañeros; luego frunció el ceño al ver a los turbados gemelos—. Qué... —empezó a decir.

—No tenéis nada —le interrumpió mi hermano. Jamás le había visto tan enfadado, y, sin embargo, su voz parecía en calma.

Pasó un latido, y luego otro. Nadie se movió. Entonces Richard Burbage y Henry Condell desenvainaron las espadas y las hojas rasgaron las gargantas de sus vainas.

—Los manuscritos no —dijo Burbage.

—Ni nada —dijo Rust con la punta de la espada a una pulgada del ojo del gemelo.

—Estamos aquí sirviendo a la reina... —empezó a decir el perseverante que llevaba los guiones, pero volvió a ser interrumpido por mi hermano.

—Ha habido un malentendido —dijo mi hermano—. Si tenéis asuntos que tratar aquí —dijo en voz queda y razonable—, tendréis que dirigiros al lord Chambelán, pues estamos a su servicio.

—Y nosotros servimos a la reina —insistió el más alto de los perseverantes desde el escenario.

—Y el lord Chambelán —siguió diciendo mi hermano sin alterarse— es primo de Su Majestad. Estoy convencido de que querrá consultarlo con ella. Dame eso. —Alargó la mano hacia la valiosísima pila de manuscritos—. Ha sido un malentendido —volvió a decir.

—Un malentendido —dijo el perseverante mientras le permitía a mi hermano que se hiciera con los papeles.

El más alto dejó caer los atuendos. Había visto la facilidad con la que Alan Rust había desarmado a un hombre, y le dedicó una mirada cautelosa a Richard Burbage, que tenía la espada en alto, lista para atacar. Dudé de que hubieran sido las espadas las que le habían convencido de desistir en su

empeño, a pesar de la pericia demostrada por Rust. Sospeché que lo que le había persuadido tenía más que ver con el nombre de lord Hunsdon, el lord Chambelán.

—Nos vamos —les dijo a sus acompañantes.

—Pero... —protestó uno de los gemelos.

—¡Nos vamos!

No se llevaron nada; en su lugar, intentando aferrarse a una dignidad herida, salieron del corral, y oí que el tronar de los cascos de los caballos se alejaba.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir Richard Burbage; luego negó con la cabeza—. ¿Por qué se atreven a venir aquí? ¿No saben que lord Hunsdon es nuestro mecenas?

—Lord Hunsdon no puede protegernos de una acusación de herejía —dijo mi hermano.

—¡Aquí no hay herejía! —dijo Will Kemp, furioso.

—Es por la ciudad —dijo mi hermano con voz cansada—. No pueden cerrarnos porque estamos fuera de su jurisdicción, pero sí pueden denunciarnos a los persevantes como foco de corrupción.

—Ojalá fuera así, maldita sea —gruñó Will Kemp.

—Volverán —dijo Alan Rust—, a no ser que lord Hunsdon pueda detenerlos.

—No le va a gustar —dijo mi hermano—, pero le escribiré.

—¡Hazlo ahora! —dijo Will Kemp, enfadado.

Mi hermano se sobresaltó ante tal agresividad; luego asintió.

—Sí, ahora. Y alguien tiene que entregar la carta.

Esperaba que me eligiese a mí para tener así la ocasión de visitar la mansión del lord Chambelán en Blackfriars, pues era allí donde trabajaba la muchacha de ojos grises y picara son —risa. Silvia, dije el nombre en un susurro, Silvia. Luego lo dije en alto:

—Silvia.

Pero mi hermano le pidió a John Duke que fuera él quien entregara el mensaje.

Y yo volví a Éfeso a hacer de Emilia.

3

Dos semanas después Henry Carey, lord Hunsdon, el lord Chambelán, nuestro mecenas, vino en persona al Teatro. No acudió a ver la representación; de hecho, jamás había visto una sola obra en el Teatro. Llegó de forma inesperada durante un ensayo matinal. Lo primero que vimos fue a cuatro de los hombres de su guardia personal entrando en el patio. Iban vestidos con libreas de color gris oscuro y el emblema de los Carey, la rosa blanca, en los hombros. Portaban espada, caminaban con confianza. Quienes estábamos en el escenario nos quedamos muy quietos. A estos cuatro los seguía un hombre mayor que cojeaba un poco, con un rostro adusto y castigado por los años y una barba gris y cuidada. Era de constitución fuerte, de pecho ancho, y vestía ropas sencillas, sin ornamentos, pero teñidas de un negro intenso que delataba su alto precio. Llevaba una cadena de oro al cuello y un emblema dorado sobre el sombrero de terciopelo negro. Si no hubiera sido por el oro y por lo caro de las ropas tintadas, cualquiera habría podido confundirle con un mero comerciante, con alguien que llevara toda la vida talando árboles y picando piedra, un hombre duro y fuerte, y alguien a quien era mejor no contrariar.

—Señor Shakespeare —dijo dirigiéndose a mi hermano—. He recibido tu mensaje.

—Milord... —Mi hermano se retiró el sombrero y posó una rodilla en el suelo.

Todos le imitamos. Nadie tenía que decirnos quién era el hombre maduro de rostro adusto. Los emblemas que sus acompañantes llevaban al hombro

eran indicación suficiente. Un quinto acompañante, un sujeto delgado que también vestía ropas grises y lucía el emblema de los Carey, había seguido al lord y ahora permanecía unos respetuosos pasos por detrás de él con un cartapacio en las manos.

—No es necesario que os arrodilléis, no es necesario —dijo lord Hunsdon—. Tengo asuntos que atender en Hampstead, y pensé en pasarme por aquí para ver el lugar que os sirve de guarida. —Se volvió para observar las galerías altas del Teatro—. Me recuerda al patio interior de una fonda.

—Se parece mucho, milord —concedió mi hermano.

—Así que esto es un corral de comedias, ¿eh? —El lord miró alrededor con manifiesto interés, contemplando desde las gradas hasta el toldo alto del escenario, sostenido por dos pilares—. ¿Crees que perdurará?

—¿Perdurar, milord?

—No había cosas de estas cuando yo era joven. Ni una. ¿Y ahora? ¿Cuántos hay? ¿Tres? ¿Cuatro?

—Creo que perdurarán, milord. Son muy populares.

—Pero no si depende de los puritanos, ¿verdad? Si por ellos fuera, estaríamos cantando salmos en vez de viendo obras de teatro. Como esos malditos *percies*.

Mi hermano se puso tieso cuando oyó mencionar a los perseverantes.

—Logramos evitar hacerles sangre, milord.

—Una lástima —dijo lord Hunsdon con una sonrisa. Simon Willoughby, que llevaba unas faldas sobre las calzas, había ido a coger una silla a los vestuarios y saltó desde el escenario para ofrecérsela, pero el gesto no hizo más que provocar que lord Hunsdon frunciera el ceño—. No soy un maldito inválido, chico. —Volvió a mirar a mi hermano—. Hay un hombre desagradable llamado Price. George Price. Es el jefe de los perseverantes, un cerdo con forma humana. ¿Has oído hablar de él?

—He oído hablar de él, milord, sí. Pero no le conozco. —Mi hermano hablaba en nombre de la compañía. Incluso Will Kemp, siempre tan voluble, permaneció pasmado y en silencio ante la llegada del lord Chambelán.

—Price el Gorrino es un sodomita muy activo —dijo lord Hunsdon—. Es puritano, por supuesto, y, por tanto, insoportable. No me importa que el muy imbécil vaya buscando jesuitas, pero no pienso permitir que interfiera con mis

protegidos. Y vosotros lo sois.

—Disfrutamos de ese honor, milord.

—Además, sois del mejor tipo de protegidos: no me costáis dinero. — Lord Hunsdon ladró una carcajada—. Le he dicho a ese mentecato que os deje en paz.

—Se lo agradezco, Excelencia.

—Aunque puede que lo haga, o puede que no. Esos *percies* son una recua de cachorros insolentes. Supongo que la insolencia va con el puesto, ¿no crees?

—Suele ser así, milord —dijo mi hermano.

—Y a la reina le gustan sus perseverantes —continuó el lord Chambelán—. No quiere que algún asqueroso jesuita le corte el cuello, es comprensible, y a Price el Gorrino se le da bien dar con esos hijos de puta. Su Majestad le tiene estima. Le he dicho que os deje en paz, pero en cuanto olisquea sedición suele soltar a sus perros, y si logran encontrar pruebas, ni siquiera yo podré protegeros.

—¿Sedición, milord? —dijo mi hermano, confundido.

—Ya me has oído, Shakespeare. Sedición.

—Somos actores, milord, no confabuladores.

—Sostiene que atesoráis un ejemplar de *Una conferencia*. —La acusación fue dura y certera, dicha en un tono de voz muy diferente al que Su Excelencia había usado hasta el momento—. Le han informado, dice que una fuente fidedigna, de que distribuís ejemplares de ese maldito libro entre vuestro público.

—¿Que hacemos qué, milord? —preguntó mi hermano con asombro.

Éramos actores. Fingimos y, fingiendo, persuadimos. Si un hombre me preguntara si le había robado la bolsa, yo sería capaz de dedicarle una mirada de asombrada inocencia cuya respuesta sabría antes incluso de responder, mientras que, todo el tiempo, su bolsa habría estado oculta en mi jubón.

Y, aun así, en ese momento, no había necesidad de fingir. Dudo que ninguno de nosotros supiera lo que quería decir Su Excelencia con «*Una conferencia*», así que la mayoría esbozamos un gesto de asombro o preocupación. Mi hermano sí conocía la obra, pero también parecía confundido, hasta incrédulo. Si hubiéramos estado fingiendo en ese momento,

habría sido la actuación más convincente jamás ofrecida en el Teatro, más que suficiente para persuadir al lord Chambelán de que éramos inocentes del pecado del que se nos acusaba. Mi hermano, con el ceño fruncido, negó con la cabeza.

—Milord —hizo una pronunciada reverencia—, no hacemos tal cosa.

James Burbage debía de saber lo que era «*Una conferencia*», porque él también se inclinó y luego, al incorporarse, abrió los brazos.

—Registrad el Teatro, milord.

—¡Ja! —Lord Hunsdon le dedicó a la invitación el desprecio que merecía—. A estas alturas habríais escondido todos los ejemplares. ¿Me tomas por tonto?

Mi hermano se apresuró a intervenir:

—No tenemos un ejemplar, milord, no lo hemos tenido nunca.

Su Excelencia sonrió de pronto.

—Señor Shakespeare, me importa lo mismo que las plumas del culo de un pato que tengas uno o no. Límitate a esconderlo bien. ¿Lo has leído?

Mi hermano dudó. Luego asintió.

—Sí, milord.

—Yo también. Pero si los hombres de Price el Gorrino encuentran un ejemplar aquí, acabaréis todos en Marshalsea. ¡Todos! Mi prima —se refería a la reina— es muy tolerante, pero no soporta ese libro.

Marshalsea es una prisión al sur del Támesis, no muy lejos del corral de comedias la Rosa, sede de los hombres del lord Almirante, con quienes nuestra compañía tiene una sana rivalidad.

—Milord —mi hermano seguía hablando lentamente y con cautela—, jamás hemos tenido un ejemplar.

—No veo por qué habríais de tenerlo. —Lord Hunsdon volvía a mostrarse jocoso—. Porque no es cosa vuestra, ¿verdad? Los amantes y las hadas, eso sí es cosa vuestra.

—Sin duda, milord.

Lord Hunsdon chascó los dedos y el hombre delgado abrió el cartapacio y sacó un taco de papeles.

—Me gusta —dijo lord Hunsdon, aunque sin demasiada convicción.

—Gracias, milord —repuso mi hermano con precaución.

—No lo he leído entero —dijo Su Excelencia cogiéndole los papeles al hombre delgado—, pero me ha gustado lo que he leído. En particular ese asunto del final. Pirámide y Dedal. ¡Muy bueno!

—Gracias —dijo mi hermano quedamente.

—Pero mi esposa sí lo ha leído entero. Dice que es una maravilla. ¡Una maravilla!

Mi hermano parecía privado de habla.

—Y es la opinión de ella la que cuenta —continuó lord Hunsdon—. Yo hubiera preferido algunos combates, quizá una o dos puñaladas, un cuello cortado. Pero supongo que la sangre y las bodas no encajan bien.

—Sería inapropiado, milord —logró decir mi hermano al tiempo que tomaba las hojas que le ofrecía Su Excelencia.

—Pero hay una cosa. Mi esposa se ha dado cuenta de que carece de título.

—Estaba pensando... —dijo mi hermano, pero titubeó.

—¿Y bien?

—*El sueño de una noche de verano*, milord.

—¿*El sueño de una noche* qué? —preguntó lord Hunsdon arrugando la frente—. Pero la maldita boda es a mediados del invierno. En febrero.

—Precisamente, milord.

Hubo una pausa; entonces lord Hunsdon rompió a reír.

—¡Me gusta! ¡De verdad que sí! Es todo un sinsentido, ¿no?

—¿Sinsentido, milord? —preguntó mi hermano con delicadeza.

—¡Hadas, pirámides y dedales! ¡Ese tipo convirtiéndose en asno!

—Oh, sí, todo un sinsentido, milord —dijo mi hermano—. Por supuesto. —Volvió a inclinarse.

—Pero a las mujeres les gustan los sinsentidos, así que es perfecto para una boda. ¡Perfecto para una boda! Si ese maldito Price vuelve a molestaros sin causa, házmelo saber. Le estrangularé con gusto.

Su Excelencia agitó la mano cordialmente, dio media vuelta y salió del Teatro seguido de sus hombres.

Mi hermano empezó a reír.

—Es un sinsentido —dijo mi hermano.

Como siempre, cuando se dirigía a mí, parecía distante. Cuando me escapé de casa y le encontré en Londres, me había recibido con una gelidez que los años no habían logrado hacer que desapareciera.

—Su Excelencia tiene razón. Lo que hacemos es un sinsentido —dijo esta vez.

—¿Sinsentido?

—No trabajamos, actuamos. Somos actores. Tenemos un corral de comedias.

Hablaba como si yo fuera un niño pequeño que le hubiera importunado con mi pregunta. Fue al día siguiente de la visita de lord Hunsdon al Teatro. Mi hermano me había enviado un mensaje pidiéndome que fuera al lugar donde se alojaba, en Wormwood Street, intramuros, cerca de Bishopsgate. Estaba sentado a su mesa, junto a la ventana, escribiendo. Su pluma rascaba el papel a toda velocidad.

—Otros... —siguió diciendo, aunque sin mirarme—, otros trabajan. Cavan zanjas, talan árboles, hacen labores de albañilería, aran los campos. Podan, cosen, ordeñan, hacen mantequilla, tejen, sacan agua de los pozos, trabajan. Hasta lord Hunsdon trabaja. Fue soldado. Ahora tiene muchas obligaciones para con la reina. Casi todo el mundo trabaja, hermano, salvo nosotros. Nosotros actuamos.

Apartó una hoja de papel y cogió otra nueva del taco que tenía a un lado de la mesa. Intenté ver lo que estaba escribiendo, pero se inclinó hacia delante para impedirlo con el hombro.

Esperé a que me dijera para qué me había llamado, pero siguió escribiendo sin decir nada.

—¿Qué es *Una conferencia*? —le pregunté.

—Una conferencia es, generalmente, cuando la gente se junta para hablar.

—Me refiero a la que mencionó lord Hunsdon.

Suspiró exasperado, luego alargó la mano y cogió un libro que había sobre otros cuantos. El libro no tenía tapas, solo eran hojas cosidas.

—Esto —dijo sosteniéndolo ante mí— es *Una conferencia*.

Acerqué el libro a la segunda ventana, donde la luz me permitiera leer. El título del libro rezaba: «*Una conferencia sobre la próxima sucesión a la corona de Inglaterra*», y la fecha en la que había sido impreso era

«MDXCIII».

—Es nuevo —dije.

—Reciente —me corrigió con pedantería.

—«Publicado por R. Doleman» —leí en alto.

—De quien nadie ha oído hablar —dijo mi hermano, que volvía a escribir—, pero no cabe duda de que se trata de un católico.

—¿Entonces es sedicioso?

—Sugiere... —Hizo una pausa para hundir la pluma en el tintero, dejó gotear la punta en el borde de este y volvió a empezar—: Sugiere que nosotros, los habitantes de Inglaterra, tenemos derecho a elegir a nuestro monarca, y que deberíamos elegir a la infanta Isabel de España, quien, como es natural, insistiría en que el país volviera a ser católico.

—¿Deberíamos elegir un monarca? —pregunté, asombrado ante una idea tal.

—El autor es un provocador —dijo—, y la reina está furiosa. No ha nombrado sucesor, y cualquier comentario al respecto hace que se ponga hecha un basilisco. Ese libro está prohibido. Devuélvemelo.

Obedecí al instante.

—¿Irías a la cárcel si ellos encontraran el libro?

—Con «ellos» —dijo mordaz— supongo que te refieres a los perseverantes. Sí. Eso te gustaría, ¿verdad?

—No.

—Estoy emocionado, hermano —dijo sin inmutarse—. Emocionado.

—¿Por qué mentiría alguien diciendo que tenemos ejemplares del libro en el Teatro? —pregunté.

Se volvió y me dedicó una mirada exasperada, como si la pregunta fuera una estupidez.

—Tenemos enemigos —dijo, y volvió a centrar la vista en lo que estaba escribiendo—. Los puritanos predicán contra nosotros, al consejo de la ciudad le encantaría cerrar el Teatro, y el propietario de la tierra sobre la que se asienta nos odia.

—¿Nos odia?

—Gyles Alien ha visto la luz. Se ha convertido en un puritano. Ahora lamenta habernos alquilado el terreno para usarlo como corral de comedias y

quiere echarnos. No puede porque, por una vez, la ley está de nuestro lado. Pero, ya sea él o cualquiera de nuestros enemigos, nos ha denunciado.

—¡Pero no es cierto!

—Claro que la acusación no es cierta. La verdad no importa en cuestiones de fe, solo la creencia. Nos están persiguiendo.

Supuse que diría más, pero volvió a ponerse a escribir. Un milano real pasó por la ventana y se posó en el borde de un tejado cercano. Observé al pájaro, pero no se movió. La pluma de mi hermano rascaba el papel.

—¿Qué estás escribiendo? —pregunté.

—Una carta.

—¿Entonces has acabado la nueva obra? —pregunté.

—Ya se lo oíste decir a lord Hunsdon.

Más rascado de pluma contra papel.

—¿*El sueño de una noche de verano*?

—Tu memoria funciona. Bien.

—¿En la que tendré un papel de hombre? —pregunté con sospecha.

Su respuesta fue un nuevo suspiro; rebuscó en una montaña de papeles y dio con una hoja que me entregó sin decir palabra. Luego volvió a ponerse a escribir.

La página era una lista de papeles y actores. Estaba escrito «Peter Quince» en la parte superior y, a su lado, el nombre de mi hermano. El resto tenía este aspecto:

Teseo: George Bryan, si se encuentra bien

Hipólita: Tom Belte

Lisandro: Richard Burbage

Demetrio: Henry Condell

Helena: Christopher Beeston, si se encuentra bien

Hermia: Kit Saunders

Oberón: John Heminges

Titania: Simon Willoughby

Puck: Alan Rust

Egeo: Thomas Pope

Filóstrato: Robert Pallant

Nick Bottom: Will Kemp
Snout: Richard Cowley
Snug: John Duke
Starveling: John Sinklo
Francis Flute: Richard Shakspere
Flor de Guisante
Polilla
Telaraña
Grano de Mostaza

Los cuatro últimos nombres no tenían actores asignados, y me intrigaban. Flor de Guisante... Telaraña... Supuse que se trataba de las hadas, pero a mí lo único que me importaba era tener un papel masculino.

—¿Francis Flute es un hombre? —pregunté para asegurarme.

—Efectivamente —mi hermano escribió unas palabras—, así que tendrás que cortarte el pelo. Pero no lo hagas hasta justo antes de la función. Hasta entonces harás tus papeles habituales.

—¿Cortarme el pelo?

—¿Quieres hacer un papel masculino? Pues tendrás que aparecer como un hombre. —Hizo una pausa, con la punta de la pluma suspendida sobre el papel—. Los hombres que se dedican a reparar fuelles no llevan el pelo largo.

—¿Francis Flute se dedica a reparar fuelles? —pregunté, y no pude ocultar mi decepción en la voz.

—¿Y qué esperabas que fuera? ¿Un caballero andante? ¿Un tirano?

—No —dije—. No. Solo quiero hacer de hombre.

—Y así será —dijo—. Así será.

—¿Puedo leer mi parte? —pregunté con entusiasmo.

—Isaiah está haciendo una copia, así que no.

—¿De qué trata la obra?

Rasgueó algunas palabras más.

—Del amor.

—¿Porque es una boda?

—Porque es una boda.

—¿Y yo reparo fuelles en una boda?

—No lo recomendaría. Tan solo he indicado tu oficio para que sepas cuál es tu posición social, como debemos saberlo todos.

—Entonces ¿qué hace Francis Flute en la obra?

Mi hermano se detuvo para coger una nueva hoja de papel.

—Te enamoras. Eres un enamorado.

Por un momento casi me cayó bien. ¡Un enamorado! En el escenario son los enamorados los que se pavonean, los que desenvainan espadas, los que dan discursos apasionados, los que atraen la simpatía del público y los que hacen que la gente vuelva a sus vidas ordinarias convencida de que el destino triunfa. ¡Un enamorado!

—¿A quién amo? —pregunté.

Hizo una pausa para volver a hundir la punta de la pluma en el tintero, luego la dejó gotear y empezó a escribir en una nueva página.

—¿Qué quería el reverendo Venables? —preguntó.

—¿Venables? —La pregunta me desconcertó.

—Hace unas semanas —dijo—. Después de representar esa mierda suya, el reverendo Venables cruzó unas palabras contigo. ¿Qué quería?

—Consideraba que había hecho muy bien el papel de Uashti —balbucí.

—Vamos, dime la verdad.

Hice una pausa intentando ordenar mis pensamientos.

—Había oído que estoy pensando en dejar la compañía.

—Claro. Se lo dije yo. ¿Y?

—Quería que me quedara —mentí.

La pluma seguía rasgueando el papel.

—¿No te sugirió que te unieras a la nueva compañía del conde de Lechlade? —No dije nada, y ese silencio resultó ser lo bastante elocuente. Mi hermano sonrió, puede que con cierto desdén—. Lo ha hecho. Pero tú me has prometido que te quedarás con la compañía hasta que pase el invierno.

—Así es, lo he prometido.

Asintió, dejó la pluma y buscó entre una pila de papeles.

—Siempre te estás quejando de falta de dinero. —Encontró las hojas que buscaba y, sin mirarme, me las entregó—. Copia la parte de Titania. Te pagaré dos chelines; lo quiero para el lunes. Y, por Dios, asegúrate de que sea legible.

Cogí las hojas.

—¿Para el lunes?

—Empezaremos a ensayar el lunes. En Blackfriars.

—¿Blackfriars?

—En la estancia hay eco —dijo mientras me entregaba hojas de papel en blanco—. Lord Hunsdon y su familia están pasando el invierno en su mansión de Blackfriars. Haremos la función en el gran salón.

Sentí otra oleada de felicidad. ¡Silvia estaba allí! Y sentí una segunda oleada al pensar que al fin haría un papel masculino.

—¿Quién es Titania? —dije, preguntándome si acabaría cayendo en mis brazos.

—La reina de las hadas. No pierdas esas hojas.

—¿La obra es de hadas?

—Todas las obras son de hadas. Ahora, vete.

Y me fui.

Disfruté copiando. No a todo el mundo le gusta hacerlo, pero a mí nunca me había costado. Solía copiar la parte que me tocaba representar, y escribir las frases me ayudaba a memorizarlas, pero también me gustaba copiar las partes de otros actores.

Cada actor recibía su parte, ninguna otra, lo que significaba que para esa representación nupcial habría quince partes copiadas, más o menos, y estas, si se juntaban, daban lugar a la obra completa. Isaiah Humble, el apuntador, tendría una copia completa, y otra le sería remitida al maestro de Entretenimientos, para que se asegurara de que no se dijera nada sedicioso en el escenario, aunque, dado que nuestra obra sería representada para un público privado en casa de un noble, su permiso probablemente no fuera necesario. Además, *sir* Edmund Tilney, el maestro de Entretenimientos, dependía del lord Chambelán, y este ya le había dado su visto bueno a la obra.

Trabajé en la habitación del padre Laurence. Vivía justo debajo de mi buhardilla, en casa de la viuda Morrison. Su habitación disponía de una gran mesa junto a una ventana orientada al norte. La habitación también era algo más cálida que la mía. Tenía un pequeño hogar donde ardía carbón marino, al

lado del cual estaba él, sentado, envuelto en una manta de lana. Solo se le veía esa cabeza calva. Tema el aspecto de una anciana tortuga.

—Dilo en alto, Richard —me animó.

—Acabo de empezar, padre.

—¡En alto! —volvió a decir.

Acababa de escribir el texto inmediatamente anterior a la entrada de Titania, las dos últimas frases que decía Puck, seguidas por la frase de un hada cuyo nombre no aparecía. Después venían unas indicaciones para que entrasen Oberón y Titania en escena.

—«¡En mala hora os encuentro a la luz de la luna, orgullosa Titania!» —recité en voz alta.

—¿Quién dice eso?

—Oberón, rey de las hadas.

—¡Titania! Un precioso nombre —dijo el padre Laurence—. Tu hermano lo ha copiado de Ovidio, ¿verdad?

—Ah... ¿sí?

—De la *Metamorfosis*, por supuesto. Y Oberón... ¿Oberón? —Frunció el ceño mientras cavilaba—. ¡Ah! Ya recuerdo, tuve un ejemplar de ese libro una vez.

—¿Un ejemplar de qué, padre?

—Es una vieja fábula francesa. —Soltó una risilla sofocada—. Huon de Burdeos tenía que llevar a cabo una serie de terribles tareas, un poco como los trabajos de Hércules, y a este le ayudó el rey de las hadas, que se llamaba Oberón. ¡Sigue leyendo, Richard, sigue!

—«¿Y bien, celoso Oberón? —Leí—. Aléjate de aquí. He renegado de su lecho y de su compañía».

Trabajaba en la habitación del padre Laurence porque la ventana daba buena luz y porque los *percies*, por mucho que le hubieran robado, le habían dejado al viejo su tinta y sus plumas. Además, me caía bien el padre Laurence. Era anciano, amable y sabio, y hacía tiempo que había dejado de luchar contra la enemistad de los protestantes.

—Solo quiero morir en paz —solía decir—, y preferiría no ser arrastrado al cadalso para que me destripe vivo un carnicero de Smithfield.

Estaba inválido, y apenas podía andar sin la ayuda de alguien. La viuda

Morrison, creo, le dejaba vivir allí sin cobrarle, y sospecho que también se confesaba con él, pero era mejor no preguntar ese tipo de cosas. Sin embargo, la mayoría de los días oía pisadas en las escaleras, el chirriar de su puerta y el murmullo de voces, lo que me hacía pensar que alguien iba a confesar sus pecados y a recibir la absolución. Los alguaciles de la zona también debían de saberlo, no eran tontos, pero se trataba de un viejo inofensivo y muy querido. El nuevo ministro de la parroquia era un fiero zelote de Oxford que maldecía todo lo romano, pero cuando un parroquiano estaba en su lecho de muerte, solía ser el padre Laurence a quien llamaban. Este solía bajar a la calle renqueando, vestido con su vieja casaca raída, y los vecinos le saludaban con una sonrisa, todos menos los puritanos: lo más probable era que estos últimos le escupieran al pasar. Cuando yo disponía de dinero le llevaba comida, carbón o leña, y siempre le ayudaba a arreglar la habitación cuando los *percies* se la desbarataban.

—Léeme más —dijo—. ¡Léeme más!

—«Tales son los espejismos de los celos» —leí en alto.

*«Y nunca, desde las noches de la canícula,
nos hemos encontrado en colina, llanura,
bosque o pradera, junto a la fuente esculpida
o al arroyo fugaz, o en la arenosa playa
junto al mar, para que nuestros rizos
bailen al son del viento sibilante».*

El padre Laurence suspiró, quedamente. Miré hacia el otro lado de la habitación y vi que tenía la cabeza apoyada contra el respaldo alto de la silla, los ojos cerrados y la boca abierta. No se movió, no hizo más sonidos. Me sobresalté: creía que había muerto.

Entonces habló:

—«Para que nuestros rizos bailen al son del viento sibilante» —dijo en voz muy baja—. «¡Para que nuestros rizos bailen!» Es perfecto.

—¿Perfecto?

—Recuerdo, cuando era un jovencísimo sacerdote, que vi bailar a una muchacha. Ella también tenía rizos, y se llamaba Jess —dijo con melancolía—. Mi Jess bailaba junto a un arroyo, y yo la vi bailar con sus rizos al viento.

—Abrió los ojos y me dedicó una sonrisa—. ¡Tu hermano es muy listo!

—¿En serio? —dije con severidad.

—Debes ser más generoso, Richard. Habla con la lengua de un ángel.

—No le caigo bien.

—Es una lástima —dijo el padre Laurence—. ¿Puede que sea porque tú eres joven y él no?

—No es mayor.

—¿Treinta y uno me dijiste? Mediana edad, Richard. Y no le caes bien porque Dios te ha dado algo que a él nunca le dio. Eres apuesto. Su rostro es romo, tiene el mentón hundido y muy poca barba. Tú, en cambio... —No concluyó lo que fuera que iba a decir.

—Me llaman «bonito» —dije con resentimiento.

—«Bonito» en un niño pasa a ser «apuesto» en un hombre, y ya eres un hombre.

—Según mi hermano, no.

—Y también le caes mal —continuó el padre Laurence— porque le recuerdas a Stratford.

—Le gusta Stratford —protesté—. No hace más que decirme que acabará comprando una casa allí.

—Me dices que nació en Stratford, que creció y se casó allí, pero me pregunto si llegó a ser feliz. Creo que se ha vuelto un hombre diferente en Londres, y no quiere que nadie le recuerde al viejo y desdichado William.

—Entonces ¿para qué iba a comprarse una casa allí?

—Porque cuando vuelva, Richard, será el más ínclito de los vecinos de esa localidad. Quiere vengarse de su niñez. Quiere el respeto de Stratford. San Pablo nos dice que cuando éramos niños hablábamos como niños, que pensábamos como niños, pero que cuando nos hacemos hombres dejamos atrás las cosas de niños, aunque yo no estoy del todo seguro. Creo que las cosas de la niñez se quedan ahí, y tu hermano ansia lo que ansiaba de niño: el respeto de sus paisanos.

—¿Te ha dicho él eso, padre?

Sonrió.

—No suele pasar mucho por aquí, pero cuando lo hace, hablamos. Es un hombre interesante.

—Solo me gustaría que me ayudara un poco más —dije con resentimiento.

—¡Richard, Richard! En esta vida podemos pedirle ayuda a Dios, pero Dios espera que cuidemos de nosotros mismos. Debes ser un buen actor, un buen hombre, y tu hermano al final se dará cuenta. No busques la ayuda de tu hermano, ayúdale tú a él.

Reí ante la reflexión del anciano, no porque fuera graciosa, sino porque no sabía qué decir. Luego hundí la punta de la pluma en la tinta una vez más y seguí copiando. Como siempre que usaba pluma, recordaba a Thomas Mulliver, uno de los ujieres de la escuela de Stratford, el hombre que me había enseñado a leer y a escribir. Llevaba una cachava que usaba para aporrearnos el cráneo si percibía falta de atención o si cometíamos errores.

—La escritura es lo que nos diferencia de las bestias —solía decir—. ¿Eres una bestia, chico?

Y la cachava silbaría por el aire para provocar un lacerante dolor en el cráneo. Le gustaba citar frases en latín, aunque la mayoría de nosotros teníamos dificultades con la extraña lengua.

—*Audaces fortuna iuvat* —decía—. ¿Y qué significa eso? ¿Que la fortuna favorece a los audaces! ¿Eres audaz, chico?

Y la cachava volvía a silbar. Era más amable por las tardes, cuando el aliento le apestaba a cerveza, y nos contaba chistes e incluso nos daba alguna moneda si nuestro trabajo le complacía. Me caía bastante bien, pero entonces fue sorprendido con las manos entre las faldas de la señora Cybbes, la esposa del alguacil, y ese fue el fin de Thomas Mulliver.

Yo me fui poco después. Odiaba Stratford. Odiaba la ira y el mal humor de mi padre y las lágrimas de mi madre. Mi hermano había dejado a su esposa y a tres niños en la casa, los niños lloraban y Anne le gritaba a mi madre, que no hacía más que llorar y preocuparse. Nadie era feliz. Las malas cosechas hacían que la comida fuera cruelmente costosa, los veranos era húmedos, los inviernos fríos, y mi padre me sacó de la escuela porque, insistía, ya no podían permitirse ni mi educación ni mi manutención. Tenía catorce años

cuando me dijo que mis días de escuela habían concluido y que tenía que buscarme un oficio.

—Thomas Butler te ha aceptado como aprendiz. Es una buena oportunidad. —Butler era carpintero, y convirtiéndome en su aprendiz tendría que vivir en su casa y, así, sería una boca menos que alimentar. Recuerdo a mi padre llevándome hacia la casa de Butler el jueves por la mañana—. El de carpintero es un buen oficio —me dijo mientras caminábamos bajo los olmos de Henley Street—. El marido de la Virgen era carpintero, Dios le tenga en su gloria.

—¿Por qué yo? —pregunté—. ¿Por qué no Gilbert o Edmund?

—No seas tonto, chico. Gilbert ya es aprendiz. Y tu Hermano pequeño aún no tiene edad. Tu hermana trabaja. ¿Por qué no ibas a hacerlo tú?

—¡Yo no quiero ser carpintero!

—Pues eso es lo que vas a ser. Y date por satisfecho, que sabes leer, escribir y hacer cuentas. Eso es mucha más educación de la que reciben la mayoría de los muchachos. No hace daño saber de letras y números, y ahora también puedes aprender un oficio.

Yo llevaba un saco con un cambio de ropa al que me aferraba mientras mi padre, de pie en la cocina de los Butler, bebía una jarra de cerveza con mi nuevo maestro, y mientras Agnes Butler, una criatura huraña, me observaba con sospecha. No tenían hijos propios, aunque Bess, una huérfana que tan solo tenía once años, era su criada. Era una muchacha escuálida, de ojos grandes y marrones, cabello rojo y lacio y un moratón oscuro en la frente. Agnes me vio mirando a la niña.

—¡Aparta tus lascivos ojos de ella, chico! —espetó—. Dormiré en el taller —añadió dirigiéndose a su marido.

—Así se hará —dijo mi maestro—. Así se hará.

Entonces mi padre me dio una palmadita en la cabeza.

—Es un buen chico, la mayor parte del tiempo. Pórtate bien, Richard. —Y, dicho esto, se fue.

—Yo te enseñaré un oficio de utilidad —me prometió Thomas Butler, aunque todo lo que me enseñó fue a cómo apilar madera—. El invierno se acerca —me dijo—, toca cortar madera y matar puercos.

Cuando consideraba que no había trabajado lo suficiente, me pegaba y me

pegaba, a veces con un tablón de madera. También golpeaba a Bess, y a veces a su esposa, solo que esta le devolvía los golpes. Se chillaban. Yo los odiaba y echaba de menos mi casa. Mi padre, cuando estaba sobrio, era un hombre jovial, y mi madre, cuando no estaba turbada por la preocupación, era cariñosa. Nos había contado historias, tejiendo fantasías de castillos y caballeros andantes, de animales que podían hablar y de espíritus que recorrían los bosques verdes. Lloré una vez después de que me visitara, y Agnes Butler me abofeteó.

—No puedes volver a casa —gruñó—, ¡te hemos comprado! ¡Nos debes siete años de trabajo, y siete años de trabajo nos darás!

Me daban de comer pan duro y sobras, y me hacían dormir en el taller, una caseta cochambrosa, fría y húmeda que tenían junto a la huerta. Me encerraban allí por las noches, sin velas, y me prohibían alimentar el fuego en el que Thomas Butler derretía la cola. Se encontró las cenizas calientes una mañana y me golpeó por ello, pero yo no había alimentado las llamas, sencillamente el fuego había permanecido encendido más de lo habitual. Thomas Butler, después de pegarme, me acercó un espetón al ojo:

—Como lo vuelvas a hacer, chico, te sacaré un ojo. Ya no serás tan bonito entonces, ¿verdad?

Siete años de trabajo se convirtieron en tres semanas.

Todo acabó un sábado por la mañana cuando, por accidente, tiré la olla de cola.

—¡Pequeño cabrón! —gruñó Thomas junto al torno al tiempo que cogía un tablón de madera—. Te voy a atizar hasta que me canse.

Corrió hacia mí y, presa del pánico, aferré un pesado mazo de madera y le golpeé. La herramienta le impactó en un lado de la cabeza, y se desplomó como un buey, aturdido. Recuerdo que se removió entre el serrín un instante y luego se quedó muy quieto. Un hilillo de sangre le manó de la oreja y yo empecé a llorar al recordar que los asesinos acababan ahorcados. Thomas Butler no se movía. Del cinturón le colgaba una bolsita de la que cayeron unas monedas cuando se desplomó. Tres chelines y ocho peniques, los cuales robé. También ahorcaban a los ladrones, pero supuse que no podían colgarme dos veces.

No podía volver a casa. Los alguaciles me buscarían en Henley Street,

pero tampoco podía quedarme allí. Era incapaz de pensar. El pánico que me había hecho coger el mazo seguía haciéndome temblar. Tenía catorce años y era un asesino. Así que corrí. Lloraba, eso lo recuerdo bien, lloraba mientras corría hacia el mundo inmenso.

El destino es una cosa extraña, pero es real. Me dijeron, mucho después, que había nacido con estrella, mientras que mi madre, Dios se apiade de su alma, creía que los ángeles nos cuidaban, un ángel por persona, y mi ángel estaba atento esa mañana. Hui del taller y giré hacia el norte, hacia Warwick. ¿Por qué Warwick? Quizá porque seguía atormentado por la amenaza de la horca, y Warwick era el lugar en el que se ahorcaba a los asesinos, pero unas yardas más allá vi a Peg Quiney, una amiga de mi madre que me hubiera reconocido, así que di media vuelta y corrí en dirección opuesta. Corrí a ciegas, sin detenerme a recuperar el aliento hasta haber cruzado el puente y dar con el camino que llevaba a Ettington. Las ovejas balaban en un prado, más allá de una zanja y un cerco. Dos jinetes llegaban del sur, así que me escondí en un seto de perifollo verde. Los jinetes pasaron de largo sin verme. Yo seguía temblando e intentando no llorar.

Los jinetes se dirigieron a Stratford y yo me quedé dormido. Aún me sorprende que, aterrorizado, lograra dormir, y solo el Señor sabe por cuánto tiempo. ¿Una hora? Puede que dos, pero me despertó un perro lamiéndome la cara, y oí la voz familiar de un amigo.

—¿Estás escondido, chico?

Era Edward Sales, un carretero de Stratford y un hombre bueno, que iba sentado en lo alto de su carreta, tirada por dos caballos, Gog y Magog, uncidos al yugo del vehículo. La carreta estaba repleta de sacos y canastos. Edward, en un tiempo, había llevado sacos de lana a Londres para mi padre, cuando en casa había dinero.

—¡Ven aquí, Lucifer! —llamó a su perro—. No te habría visto —dijo— si Lucifer no te hubiera olido.

Lucifer, un perro grande y feo, tenía un aspecto terrorífico, pero yo sabía desde hacía mucho tiempo que era más probable que matara a un hombre a lametazos que a mordiscos.

—Te están buscando, Richard —siguió diciendo Edward—, hay bastante revuelo por colinas y dehesas.

—Yo no quería matarle —balbucí.

—¿Qué? ¡Matar a Tom Butler! —rio—. No está muerto, le dolerá la cabeza durante un mes, y le viene bien la lección a ese maldito imbécil. Pero no le has matado. Tiene un bulto en la cabeza del tamaño de un tocón de roble.

—¿Está vivo?

—Vivo y escupiendo juramentos.

—Me matará si vuelvo —dije.

—Es lo más probable, sí. No es un hombre misericordioso, ¿verdad? Aunque yo tampoco lo sería si estuviera casado con esa arpía. Esa sería capaz de sacarle los ojos a un ángel y mearse en los agujeros.

Salí de mi escondrijo.

—Tampoco puedo ir a casa.

Había robado dinero. Era un ladrón, y a los ladrones se los ahorcaba. Ned parecía saber lo que estaba pensando porque sonrió.

—No te colgarán, chico. Quizá te marquen con una L en la frente. Pero lo más seguro es que tu padre le dé a Tom Butler unas monedas y vuelvas a casa.

Dudé por un momento, y luego le hice la pregunta que cambió mi vida.

—¿A dónde te diriges, Ned?

—A Londres, chico. A la gran pocilga.

—Tengo dinero. —Saqué dos de los chelines que llevaba en el bolsillo y les sacudí el serrín con la mano—. ¿Puedo ir contigo?

Ned se me quedó mirando durante lo que se me antojó una eternidad. Uno de sus caballos, Gog o Magog, pastaba la gruesa hierba que crecía al borde del camino.

—Si come eso tendrá gases —dijo Ned, y tiró de la rienda—. ¿Y qué vas a hacer en Londres, Richard?

—Mi hermano está allí.

—Cierto. Pues venga, arriba. Sube.

Y fui a Londres.

¡Londres!

Desde que mi hermano se fuera a Londres me había fascinado la ciudad, las historias que hombres y mujeres contaban sobre ella, sobre su grandeza,

mayor que la que exhibían Warwick o Kenilworth, y mucho menos Stratford. Ned Sales había hablado mucho de ello cuando se sentaba en nuestra cocina.

—Una vez vi a la mismísima reina —recuerdo haberle oído decir—, y tenía a mil jinetes portando antorchas que ardían a su alrededor. ¡Resplandeciente! ¡Cómo un rubí rojo y brillante! Claro que habían limpiado la ciudad para ella —había reído—. Cuelgan tapices y banderas de las ventanas. A veces solo sábanas. —Le había dado un sorbo a su cerveza y me había mirado—. Es para que la gente no eche pis y mierda por la ventana. No está bien que la mierda de la plebe le salpique el cabello a Su Majestad.

—No hables así —había dicho mi madre, aunque con una sonrisa.

—Es verdad, Mary, lo juro. —Se había santiguado, y mi madre había chascado la lengua para reprobarle, aunque, una vez más, con una sonrisa.

—Nunca he ido a Londres —había dicho la mujer, anhelante.

—Está llena de extranjeros. De Francia, de Holanda, de las Germanías... ¡Hay hasta gente negra! Y los edificios... Dios bendito, ¡se podría meter a todo Stratford en Saint Paul y aún quedaría sitio para los de Shottery!

—Me preocupa que Will esté allí —había dicho mi madre.

—Le va muy bien, Mary. Le vi la semana pasada cuando me dio la carta. —Ned había traído una carta de mi hermano, junto con dos águilas de oro envueltas en un trozo de lino—. Le va muy bien —dijo de nuevo—. Lleva ornamentos de plata en los lazos.

Mi madre había jugueteado con las monedas de oro.

—Dicen que la peste se ceba más con Londres.

Ned había vuelto a santiguarse.

—Todo en Londres es más grande, mejor y peor. Es lo que tiene.

Ahora, en la carreta de Ned, tras las enormes grupas de Gog y Magog, tenía toda una semana para hacer más preguntas.

—Es una ciudad sucia, chico —me dijo mientras avanzábamos lentamente entre los amplios pastos y los campos de cebada de Oxfordshire—, sucia como no puedes hacerte una idea. Y huele... Mierda en el suelo y humo en el cielo, pero entre el humo y la mierda hay oro. Aunque no para gente como nosotros, claro.

—Mi hermano envía oro...

—Sí, pero Will es un tipo listo. Siempre lo ha sido.

—Madre dice que debería volver a ser maestro de escuela.

—Las madres son así, chico. Piensan que no debemos volar muy alto por si caemos.

Sabía lo que pensaba mi madre porque solía escribirle las cartas a medida que las iba dictando, y en todas ellas le pedía a mi hermano que volviese a su antiguo trabajo en una escuela de Warwickshire.

—Pero no lo hará —dijo Ned con una sonrisa—, está en su mejor momento. Espera y verás.

En aquel tiempo mi hermano vivía en El delfín, la taberna al norte de Bishopsgate, y allí fue a donde me llevó Ned.

—No voy a permitir que recorras Londres, chico, preferiría dejarte en medio del infierno.

Detuvo la carreta bajo el enorme cartel de una posada en el que había dibujado un pez grotesco saltando fuera del agua, y me dio la carta más reciente que había dictado mi madre, una carta que probablemente hubieran escrito Gilbert o Edmund. Luego me dio los dos chelines que le había entregado.

—Cuídate, chico. Puede que sea una ciudad magnífica, pero Londres puede ser peligrosa.

Me apeé de la carreta de un salto, pero antes de que pudiera acercarme a la puerta de la taberna un hombre me cogió del brazo con una fuerza digna de Thomas Butler.

—Un poco de caridad para un viejo soldado, caballero —dijo.

Mientras una de sus manos me aferraba, la otra me palpaba el jubón, buscando una bolsa o alguna baratija que me hubiera colgado del cuello.

El látigo de Ned chascó en el aire y la punta abrió un surco en la mejilla del hombre del que manó un hilillo de sangre.

—Deja al chico en paz —gruñó Ned, y volvió a sacudir el látigo—. Métete dentro, Richard —dijo—. Métete dentro.

Vacilé. Por un instante sentí la tentación de rogarle a Ned que me llevara de vuelta a casa. Me darían una paliza y, probablemente, me marcarían como ladrón, pero estaría a salvo. Me quedé ahí, temeroso e indeciso, luego recordé a Thomas Mulliver golpeándome con su cachava mientras recitaba su latín: «*¡Audaces fortuna iuvat, chiquillo insoportable!*». La fortuna favorece a los

audaces. Así que el chiquillo insoportable se dio media vuelta y entró en El delfín.

Allí me quedaría.

Mi hermano no estaba allí.

—No sé muy bien dónde está, querido —me dijo Nell. Estaba en la cama de mi hermano, aunque todo lo que pude ver de ella fue una mata de pelo rojo desparramada encima de la almohada—. ¿Eres su hermano?

—Sí.

Se quitó la manta de la cara y me observó.

—Qué mono eres. ¿Cómo te llamas?

—Richard.

—¿Y cuántos años tienes?

Vacilé y mentí.

—Diecisiete.

—Y yo soy virgen, querido —dijo con una sonrisa—. ¿Te has escapado de casa?

Una vez más, titubeé, y luego asentí.

—Sí.

—Yo también lo hice —dijo ella, y bostezó—. Tu hermano se ha ido a algún lugar de Sussex, querido, a actuar en alguna mansión. A la mansión de lord algo o no sé qué. Deberían estar de vuelta mañana.

Estaba avergonzado. Ahora podía ver sus hombros desnudos y la parte superior de sus pálidos pechos. Era guapa. Tenía los ojos verdes y brillantes, una boca generosa y una mata de pelo rojo. Probablemente no tuviera más de dieciséis o diecisiete años, pero me hizo sentir muy joven y muy incómodo.

—¿Tú...? —dije, y callé.

—¿Que si vivo aquí? En esta habitación no, querido, pero su cama es más cómoda que la mía. Supongo que querrás dormir aquí esta noche.

No supe qué decir, así que miré alrededor de la habitación, amueblada con una cama, una silla con retrete, un arcón para ropa, una mesa amplia bajo una ventana orientada al norte y una silla maciza. La mesa estaba repleta de papeles. Había tres tinteros y un tarro de peltre repleto de plumas. También

había un pequeño hogar con un montón de cenizas.

—Puedo dormir en el suelo —balbucí.

—No seas tonto. Aquí hay sitio para los dos. —Rio al ver que me sonrojaba—. No te preocupes, cariño, puedes quedarte con la cama, yo puedo volver a la buhardilla.

—Puedes... —empecé a decir y, una vez más, vacilé. Había estado a punto de sugerir que podía quedarse, pero me acobardé.

—¿Sí? —preguntó, sabiendo perfectamente lo que había estado a punto de decir, y volvió a reír, se quitó la manta de encima y puso los pies en el suelo. Estaba desnuda. Lo hizo a sabiendas, por supuesto, consciente de que me sonrojaría aún más. Se colocó una bata sobre los hombros y se puso en pie.

—Pareces un niño muy dulce, Richard —dijo sin maldad—. ¿Cuándo has comido por última vez?

—Anoche.

—Te llevaré abajo para que cenes algo, si me das un minuto. Ahora, date la vuelta, tengo que mear.

Miré a la pared, aún abochornado. Era una prostituta, por supuesto, eso lo sabía, pero también me habían dicho que las prostitutas eran criaturas del demonio. Había mujeres en Stratford a las que llamaban putas, y nadie hablaba de ellas sin condenarlas airadamente, pero a nosotros, los chiquillos, nos fascinaban. Recuerdo a Susan Fletcher, cuando la hicieron ponerse en pie en la iglesia y la acusaron de adulterio. Yo la había mirado con los ojos abiertos al máximo.

—¡Mirad a esta mujer depravada! —había declarado el reverendo Bramhall—. ¡Una criatura de Satán!

Pero Susan no tenía aspecto ni de depravada ni de satánica: era guapa, y vestía como cualquier otra esposa respetable de Stratford, aunque eso no sirvió para que el reverendo Bramhall dejara de atacarla con un sermón salvaje que acabó por provocar el llanto.

Así que Nell era otra criatura de Satán, pero a mí me había caído bien nada más verla. Más que bien. De hecho, confiaba en que se quedara en la cama de mi hermano una noche más, pero mis esperanzas se convirtieron en decepción, aunque esa tarde sí me dio pan, pastel de guisantes y cerveza.

—¿Verdad que es muy mono? —le preguntó a Meg, otra de las chicas que

vivían y trabajaban en El delfín—. Deberías mantener el blanco de los dientes, Richard —añadió dirigiéndose a mí.

—Me los lavo —farfullé.

—¿Cómo? ¿A lengüetadas? No, querido, hay que triturar hueso de sepia y mezclarlo con sal y vinagre.

—U hollín —dijo Meg enseñándome sus dientes blancos—. El hollín también sirve para lavar los dientes.

—Sabe a mierda.

—¡Pero funciona! —dijo Meg.

—Es mejor hueso de sepia con sal y vinagre —dijo Nell—. Lo mezclas y luego te lo restriegas. ¡Con fuerza! Supongo que sabrás cómo restregar, ¿no? —Ambas muchachas rompieron a reír y yo, como no podía ser de otro modo, me ruboricé.

Mi hermano volvió al día siguiente. Oí sus pisadas por las escaleras, y luego la puerta se abrió. Simplemente se detuvo y frunció el ceño al verme.

—Dios bendito que estás en los cielos —dijo al fin—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Dejó caer un pesado saco al suelo, lanzó su sombrero a la cama y se acercó a la ventana de dos zancadas para abrirla—. Apesta a curtiduría aquí dentro. ¿Has vaciado el retrete?

—No. —Me arrugué ante su enfado—. No sabía dónde.

—Abajo; vas por la salida de atrás, luego al patio y sigues tu olfato. Aclara el caldero con agua del bebedero de los caballos, luego vuelve y me lo explicas todo.

Hice lo que me ordenó; después, vacilante, nervioso, ofrecí mis explicaciones. Se sentó a la mesa mirando sus papeles mientras yo hablaba. No me miró ni una vez mientras le contaba mi historia, y ni siquiera apartó la vista de los papeles.

—No puedes quedarte aquí —dijo al fin sin dejar de leer.

No sabía qué decir, así que solté de golpe:

—He conocido a Nell.

—Nell no tiene nada que ver con esto, y cuando vuelvas a Stratford, no dirás una palabra sobre ella.

—¡No pienso volver!

—Aquí no te vas a quedar, e insistes en no volver a casa... —Al fin se

volvió para mirarme—. ¿Qué vas a hacer entonces?

—Pensé que me ayudarías...

—No empieces a llorar, por el amor de Dios. —Golpeó la mesa con la palma de la mano—. Aquí no te puedes quedar. No voy a permitirlo. Necesitas un lugar donde dormir, un lugar donde comer, y un sitio en el que puedas aprender un oficio.

—No quiero ser carpintero —dije de mal humor.

—¿Entonces qué? —preguntó, pero la pregunta se la había hecho a sí mismo más que a mí. Me observó, con la frente arrugada, y yo pensé en todo lo que había cambiado en esos años. Era más ancho de hombros, su rostro era más severo, sus cabellos más finos y sus gestos firmes y decididos—. ¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—Ser un actor —balbucí—, como tú.

Rio.

—Por Cristo misericordioso, la mitad de la haragana juventud de Londres quiere actuar. ¿Eres bueno? ¿Puedes hablar con claridad? ¿Sabes bailar? ¿Sabes esgrima? ¿Sabes hacer piruetas?

—Puedo aprender —dije.

—Tendrías que haber empezado a aprender hace ocho años. —Volvió a centrarse en sus papeles y, de pronto, se detuvo—. *Sir Godfrey* —dijo.

—¿*Sir Godfrey*?

Me miró de nuevo.

—No puedes quedarte aquí —dijo—, y no quieres volver a casa. Así que te daré una oportunidad. Y esa oportunidad se llama *sir Godfrey*. ¿Tienes equipaje?

—¿Quién es *sir Godfrey*? —pregunté.

—¿Tienes equipaje? —volvió a preguntar, molesto. Y no, no tenía equipaje—. En ese caso, sígueme —dijo, y le seguí por las calles de Londres.

¡Caos! Esa había sido mi sensación cuando Ned me llevó por las atestadas calles y mientras su carreta pasaba junto a carruajes y carromatos. Ahora, siguiendo a mi hermano, que caminaba por delante de mí a grandes zancadas, estaba aterrado. ¡Gente! Más gente de la que jamás hubiera visto, y ruido. Los buhoneros vociferaban, los caballos relinchaban, los perros ladraban. Había mujeres que llevaban zuecos para protegerse el calzado de la mierda, y niños

recogiendo las cagadas de los perros para luego vendérselas a los curtidores que trabajaban junto al río Fleet. Las campanas de una iglesia tocaban a muerto. Aprendices con gorros azules, apostados ante las puertas de las tiendas de sus maestros, contemplaban a los viandantes y abordaban a cualquiera que pareciera lo bastante rico como para comprar sus mercaderías. Llevaban garrotes. Otros hombres, acaudalados, portaban espada, y la gente se apartaba a su paso. Torcimos por callejones y calles tortuosas, y mi hermano no se dirigió a mí hasta que llegamos a Cheapside, una calle más amplia, donde un predicador vestido de negro le gritaba a la muchedumbre desde unos escalones que llevaban a una gran cruz de piedra.

—¡Esta es la señal de Satán! —gritaba—. ¡Un excremento papista! ¡Arrepentíos de vuestros pecados y echad abajo esta cruz!

Mi hermano, con su gorro ancho bien calado, se detuvo para escuchar la arenga. Parecía divertirse. Me coloqué a su lado, con timidez, escuchando al airado predicador mientras denunciaba todas las cruces como imágenes del demonio.

—¡Londres está maldita! —espetó el hombre—. ¡Permite cruces, lupanares y corrales de comedias! ¡La ciudad debe ser purgada! ¡Lavada con la sangre del cordero!

—Dios mío —dijo mi hermano, y pareció reparar en mí—. Vamos, no te entretengas.

Reanudó la marcha y yo le seguí sin saber adónde me llevaba ni por qué. No volvió a hablarme hasta que llegamos a una alta casa de piedra junto a una pequeña iglesia. La casa tenía una puerta pesada y tachonada.

—Estamos en Blackfriars —dijo, como si eso lo explicara todo. Luego llamó a la puerta.

Un hombre gigantesco, con la constitución de un toro, abrió. Tenía un rostro ancho y aplanado, con la nariz rota y cicatrices en torno a los ojos. Nos miró y arrugó la frente.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—¿Está *sir* Godfrey en casa, Buttercup? —preguntó mi hermano.

¿Buttercup? ¿Ranúnculo? No podía creer lo que estaba escuchando, pero el uso de ese nombre por parte de mi hermano provocó en el gigante un gesto de sorpresa.

—¿Te conozco? —dijo dubitativo.

—En efecto —dijo mi hermano con brusquedad—, y deseamos ver a *sir* Godfrey.

El hombre me miró y frunció el ceño.

—Pues será mejor que entres —dijo abriendo la puerta de par en par.

Dos minutos más tarde estaba ante *sir* Godfrey.

Y dos días después deseé haberme quedado con Thomas Butler.

—No has escrito ni una palabra desde que Saint Leonard dio las diez — me reprendió el padre Laurence—, y debe de hacer diez minutos de eso.

—Estaba pensando —dije, y hundí la punta de la pluma en la tinta.

—Eso ya lo veo. ¿Cuál es la última línea que has copiado?

—«Cambian las estaciones —leí en alto—, el granizo de cabeza cana cae sobre el fresco regazo de la rosa encarnada».

—Vaya, un poco florido —dijo con una risilla—. Florido, rosa —explicó su chascarrillo; luego suspiró cuando no sonreí—. Entonces ¿qué harías, Richard, si dejases la compañía?

—Unirme a otra.

—¿A los hombres del Almirante?

Negué con la cabeza.

—No necesitan actores. Pero he oído que se está reclutando una nueva.

—¿Ah, sí?

—El conde de Lechlade.

—Debe de ser ese conde nuevo —dijo el padre Laurence—, y supongo que el hijo no debe de ser como el padre.

Me volví para mirarle.

—¿Conociste a su padre?

—Oí hablar de él, y era un hombre muy desagradable. —Su mano agarrotada emergió de debajo de la manta y perfiló el símbolo de la cruz sobre su pecho—. Pecados de la carne —dijo sin más.

—¿Le gustaban las mujeres, padre? —pregunté sonriente.

—Mujeres, chicos, niñas, niños. ¿Le gustaban? Disfrutaba haciéndoles daño. Claro, que no es más que un rumor. Quizá esté mancillando su nombre,

pero los rumores eran abundantes, y la reina le expulsó de la corte. ¿Así que su hijo está reclutando una compañía?

—Eso he oído.

—Pues le deseo mucha suerte. Me pregunto quién le escribirá las obras.

—No lo sé.

—Dicen que es rico. Su padre lo era. De hecho, su padre solía solucionar problemas a base de dinero, siempre, o eso se decía. ¿Está intentando hacer méritos?

—¿Méritos?

—El nuevo conde. A la reina le gusta el teatro; qué mejor forma de complacerla que ofrecer una nueva compañía con nuevos actores. Quizá sea una buena oportunidad para ti.

—He prometido quedarme en el Teatro unas semanas más, padre —le dije, y sentí un latido de placer por el hecho de poder representar un papel masculino—. Y quizá me quede después de eso.

Entonces recordé que comenzábamos los ensayos el lunes, y esos ensayos serían en el gran salón del lord Chambelán en Blackfriars. Y el placer se convirtió en entusiasmo cuando pensé en Silvia, la dama de compañía. Pasé las hojas que aún me quedaban por copiar y vi una frase que me hizo sonreír:

«¡Y la fuerza de tu fascinación me mueve nada más verte a decirte, a jurarte, que te amo!».

El lunes, me prometí, el mundo empezaría de nuevo. Estaría representando a un hombre.

SEGUNDA PARTE

RAZÓN Y AMOR

Aunque, a decir verdad, la razón y el amor se avienen bastante mal en estos tiempos.

El sueño de una noche de verano
Acto III, escena I, línea 138

4

Me preparé a conciencia el lunes. Me levanté pronto y sentí un escalofrío de expectación, no solo porque al fin estaba a punto de ensayar para representar el papel de un hombre, sino porque estaría haciéndolo en la mansión del lord Chambelán, en Blackfriars, y allí era donde trabajaba Silvia. Procuré evocar una imagen de ella en mi imaginación, pero aunque fuera capaz de recordar sus ojos grises, su boca generosa, su cabello castaño y su pícaro sonrisa, no pude ver su rostro al completo. Mi mente era incapaz de dibujarla, y, sin embargo, quizá hoy la viera de nuevo. ¡Silvia!

Me aseeé con un trapo húmedo, luego me lavé los dientes restregándome con fuerza las encías, hasta que sangraron, con pasta de hueso de sepia. Vestía ropa limpia, recién lavada por Agnes, la criada, que se sonrojaba cada vez que nos topábamos en las escaleras o en la cocina, en la parte trasera de la casa de la viuda Morrison. Agnes tenía uno o dos años más que yo, tenía la piel picada de viruela, cabello castaño y raquítico, y cojeaba. A veces la ayudaba a cargar agua del surtidor de la parroquia, y ella solía tartamudear al dar las gracias y sus mejillas se tornaban escarlata.

Yo llevaba mis medias más limpias, de color gris oscuro, atadas con lazos de seda blanca y, sobre estas, unas calzas acolchadas que había cogido prestadas del vestuario del Teatro. Todas las prendas negras eran caras por el tinte, y mis calzas eran elegantes, aunque habían sido remendadas muchas veces y, en ocasiones, parcheadas con tela de color azul oscuro que casi parecía negra. Vestía una camisa blanca de lino y, sobre esta, un jubón gris con

rayas amarillas cuyas mangas iban atadas con lazos a los hombros con cuerda blanca rematada con puntas de plata. ¡Puntas de plata! Sonreí al recordar a Ned el carretero hablándole a mi madre de los adornos de plata de mi hermano, aunque los de William habían sido comprados, mientras que los que yo llevaba habían sido robados del vestuario. El jubón, al igual que las calzas, pertenecían a la compañía, y yo confiaba en que los socios se hubieran olvidado de las prendas, del mismo modo que esperaba que se hubieran olvidado del chaleco color mostaza decorado con botones de plata que llevaba sobre el jubón. Los botones solo eran de adorno, porque el chaleco se llevaba suelto, y sobre este, en vez de gola, un pañuelo blanco. Le sacudí el polvo al sombrero gris oscuro de fieltro y de ala ancha, me abroché el cinturón de cuero negro a la cintura y colgué mi cuchillo envainado junto a la hebilla del cinturón, luego me calcé mis mejores botas. Estas últimas me llegaban a las rodillas, para evitar que el barro me manchara las calzas.

—¡Dios bendito! —dijo la viuda Morrison cuando me vio en la cocina—. ¡Mira lo que ha vomitado el gato! ¿Vas a una boda, Richard? —Alargó la mano para atusarme el pañuelo—. ¿O te casas tú?

Puse un chelín en la mesa.

—Sé que te debo más —dije.

—Así es. —El chelín desapareció como por arte de magia—. Podrías empeñar esas ropas, Richard.

—Está muy apuesto —farfulló Agnes.

—No sé cómo puede permitirse vestir tan bien —dijo la viuda—. No puede pagar el alquiler, pero puede acicalarse. Supongo que también querrás un trozo de pan —me dijo—. No me gustaría que murieses de inanición antes de que me pagues.

—Por favor —dije con humildad.

La viuda cortó un trozo de pan.

—¿Ensayas hoy?

—En casa del lord Chambelán —dije con naturalidad, como si lo hiciera todos los días—. En su mansión de Blackfriars.

—¡Oh! —Se le iluminó el rostro. Mencionar a la aristocracia siempre atraía la atención de la viuda, mientras que relatar una función ante la reina valía lo que una semana de alquiler.

Eso está muy bien, querido —dijo, y me recompensó esparciendo un poco de tocino en el pan—. Me lo tendrás que contar todo.

—Es el primo de la reina —dije, aprovechando la ventaja que se me brindaba.

—Eso lo sé, querido —dijo. La viuda Morrison es una mujer de aspecto impactante, ruda y de pelo negro, estuvo casada con un actor—. Conocí a Su Excelencia —dijo—, cuando vivía mi marido, Dios le tenga en su gloria. —Se santiguó—. Era un hombre muy elegante.

—¿Tu marido?

—Por supuesto que era elegante. Por Dios, cuando veo a los actores de hoy deseo que mi señor Morrison siguiera vivo. Era capaz de alumbrar el escenario con un solo gesto —suspiró—. ¡Y su voz! Podía convocar a los ángeles del cielo con esa voz. Nada de arrastrar los pies ni de mascullar, que es lo que hacen hoy en día los actores. Su Excelencia también era un hombre elegante. Gracias por el alquiler, querido.

El día anterior le había entregado la parte que había copiado de Titania a mi hermano, y, para mi sorpresa, me había entregado los dos chelines prometidos sin que tuviera que pedírselos. Primero le había echado un vistazo a mi trabajo y había gruñido a modo de aprobación.

—Copias bien —había dicho.

Después, también para mi sorpresa, me preguntó si me había gustado lo que había copiado. Dudo que le importara mi opinión: supongo que lo que quería era escuchar un cumplido.

—Sí —dije, entonces recordé el consejo del padre Laurence en cuanto a que debía ser más amable con mi hermano—. En particular me gustó... —empecé a decir, pero titubeé.

—¿El qué?

—«Para que nuestros rizos bailen al son del viento sibilante» —recité.

Sonrió al oírlo.

—A veces —dijo— las palabras surgen sin que tengas ni la menor idea de dónde han venido. A mí también me gusta esa frase. —Sumó mi copia al taco de papeles que tenía en la mesa—. Gracias, te veré mañana.

Señalé los papeles.

—¿Está ahí la parte de Francis Flute?

—Todas las partes están ahí.

—Por favor, ¿puedo verla?

—La verás mañana —había dicho, y su voz volvió a adoptar ese tono seco —. No llegues tarde.

¿Tarde? ¿Con Silvia en Blackfriars? Si hubiera podido, habría caminado hasta Blackfriars el domingo y hubiera esperado toda la noche con tal de ver a Silvia. En vez de eso, me levanté temprano el lunes y ahora, vestido para impresionar, le di las gracias a la viuda, cogí el pan que me ofrecía, bebí un poco de cerveza suave y salí a toda prisa. Salté la zanja de desagüe sin caer en ella, y seguí el camino que atravesaba Finsbury Fields, creado por nuestro público, donde los molinos de viento chirriaban al recibir un leve viento del sur. El día era frío, pero el sol brillaba, y eso se me antojó un buen presagio. Las lavanderas habían extendido grandes sábanas de lino sobre el suelo para que se secaran, sábanas que eran custodiadas por niños pequeños y perros grandes. Sobre la ciudad flotaba una gruesa capa de humo, como siempre, y el sol aún proyectaba las sombras alargadas de las almenas de Moorgate. Cuando atravesé la puerta me vi obligado a caminar más despacio, porque las calles estaban atestadas de gente. La ropa que había tomado prestada me hacía parecer rico, y los aprendices procuraban llamar mi atención ofreciéndome plata, ropa, talabartería, guantes o prendas con encaje francés. Los ignoré, caminando con firmeza por la ciudad, aunque siempre recordando el miedo que sentí cuando llegué por primera vez. Nadie me abordó ni me amenazó, porque después de siete años me había convertido en un londinense. Había desarrollado el ojo de un londinense y sabía identificar a los recién llegados que se aferraban a sus bolsas y miraban alrededor con ojos nerviosos. Se apartaban de los mendigos, muchos de los cuales lucían horribles heridas sufridas en las guerras de Irlanda o los Países Bajos, la mayoría de los cuales se morían de hambre.

Era un buen paseo. El Teatro estaba al norte de la ciudad, en el extremo este, mientras que Blackfriars estaba junto al río, cerca de la muralla occidental. Odiaba Blackfriars y, después de bordear la enorme mole que es Saint Paul, caminé por Carter Lane y escupí hacia Addle Hill. Allí era donde vivía *sir* Godfrey, en su gran casa de piedra, junto a la iglesia de Saint Benet. Un día, soñaba, tendría el placer de hundirle una hoja en las tripas. Solía

pensar en ello, solía pensar que veía sus ojos aterrorizados mientras le abría las entrañas, soñaba que me pedía clemencia, y soñaba con mi sonrisa al negársela. Entonces me olvidé de *sir* Godfrey al torcer hacia Saint Andrew's Hill y dirigirme hacia el lugar donde el lord Chambelán tenía su mansión en la ciudad. La gran casa había sido en su día un monasterio y se alzaba en el extremo occidental de la calle, sobre el río. Jamás había estado en esa casa, pero no me fue difícil encontrarla porque, tallada en la piedra, sobre la puerta principal, había una rosa pintada de blanco. El acceso estaba atestado de peticionarios y custodiado por dos hombres que vestían libreas y portaban alabardas. Uno de los centinelas me abordó después de haberme abierto paso entre las manos agarrotadas de los mendigos.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Voy... —empecé a decir.

—¿Eres uno de los actores? —me interrumpió. Era una bestia de aspecto severo, su rostro barbudo enmarcado por un yelmo bien calado.

—Así es.

—Entonces vete por la parte de atrás, muchacho —dijo dedicándome una burlona sonrisa mientras me miraba de arriba abajo. Era evidente que mis elegantes ropajes no le impresionaban—. Por la parte de atrás —repitió, lentamente. Cambió de postura y el sol se reflejó en el hierro de su alabarda—. Hay un acceso para el servicio en Water Lane —añadió haciendo un gesto con su cabeza acorazada— entra por allí.

Di media vuelta, pero volví a ser interrumpido.

—¡Estamos al servicio de Su Excelencia! —rugió una voz—. Y accederemos a su casa como queramos, por donde queramos y haciendo uso de la puerta que nos venga en gana.

Era Alan Rust, quien me aferró del brazo y me giró hacia la imponente entrada.

—Más te vale... —dijo el hosco centinela.

—... informar a Su Excelencia de tu insolencia —dijo Rust completando la frase del centinela—. ¿Cómo te llamas? —Ambos guardias se observaron confundidos—. Se nos ha convocado, amigo —le dijo Rust al hombre que me había negado el acceso—. Su Excelencia nos ha hecho llamar, y no le gustará saber que nos has hecho perder el tiempo. La puerta, por favor. —Señaló

hacia el pequeño postigo que había en una de las grandes puertas—. ¡Vamos, amigo! ¡Ahora! —Usó su voz de rey tirano, y el hosco centinela se apresuró a abrir el postigo en vez de discutir—. Adelante, señor Flute —me ordenó Rust.

Accedí a un patio bañado por la luz del sol. Alan Rust me siguió para dejar que el centinela cerrara el postigo tras él. Sonreía.

—Eso es lo que yo llamo una entrada —dijo—. ¡Usar la puerta del servicio de Water Lane! ¿Quién se cree que somos? ¿Las criadas de Su Excelencia? ¿Adónde demonios hay que ir ahora?

Solo podía ver una puerta de acceso a la mansión desde el patio, y señalé hacia ella.

—Por allí, supongo.

—Sí, yo también. —Cruzó el patio empedrado—. ¡Luce el sol! Se me había olvidado cómo era. ¡Sol y nada de lluvia!

—Nada de lluvia —repetí con alegría.

El verano y el otoño habían sido fríos y húmedos, lo que significaba que, una vez más, la cosecha había sido escasa. La gente se moría de hambre, y por las calles se oían murmullos que llamaban a asaltar y saquear las casas de los ricos. Los precios estaban subiendo, y había rumores de que ya había habido disturbios en Londres y que estos habían sido sofocados por las tropas. Los cabecillas habían sido ahorcados sumariamente. Sin embargo, los corrales de comedias seguían estando llenos.

La puerta, a la que se accedía por una pequeña escalinata de piedra, estaba ubicada bajo una imponente arcada. Estaba atrancada. Alan Rust llamó con el puño cerrado y luego me miró de arriba abajo.

—Veo que te has acicalado para la ocasión, Richard.

—Me parecía lo correcto —dije vagamente.

—¡Lo correcto! —dijo divertido—. Que Dios nos confiera a todos la misma cortesía. ¿Dónde está esta maldita gente? —Volvió a aporrear la puerta y, una vez más, no hubo respuesta—. Debes de estar contento de representar a Francis Flute.

—Mucho.

—Es un buen papel —dijo con entusiasmo.

—Es un enamorado, al menos eso me ha dicho mi hermano —dije, dándole a la frase un aire de pregunta confiando en que me dijera algo más sobre el

personaje.

—Así es, Flute está enamorado —dijo Rust con el ademán severo—, y si la obra no fuera una comedia, casi podría decirse que es un personaje trágico.

—¿Trágico? —pregunté intrigado.

Rust volvió a golpear la tenaz puerta cerrada.

—¿Están todos dormidos?

Y justo entonces oímos los cerrojos de la puerta deslizándose. La puerta se abrió y una mujer nerviosa asomó la cabeza.

—¿Caballeros? —dijo.

—Se nos ha convocado al gran salón, mujer —dijo Rust grandilocuentemente.

—Sí, señor —dijo la mujer, y abrió la puerta al completo. Era mayor y llevaba una escoba de ramas de abedul. Al ver mis ropas me dedicó una reverencia.

—¿Y dónde está el gran salón, buena mujer? —pidió saber Rust al tiempo que entraba en la enorme estancia de suelo adoquinado cuyas paredes estaban repletas de tapices.

—Todo recto, señor —dijo la mujer señalando hacia un amplio pasillo—. Por allí.

—Estaremos siempre en deuda contigo —dijo Rust, y le seguí por el pasillo, que daba a una enorme puerta doble. Abrió ambas mitades y se detuvo de pronto—. ¡Vaya! —dijo después de una larga pausa—. ¡Vaya, vaya, vaya!

Habíamos llegado al gran salón, y era evidente que éramos los primeros de la compañía en hacerlo.

—¡Vaya, vaya, vaya! —volvió a decir Rust.

El salón era inmenso, algo sombrío y grandioso. Unas vigas elegantemente curvadas sostenían los techos altos; cada una de ellas estaba decorada con rosas pintadas de blanco y ribeteadas con pan de oro. Las paredes eran paneladas, y de ellas colgaban grandes tapices que mostraban escenas de caza. Entre los tapices había espadas, lanzas y hachas antiguas, todas ellas colocadas de forma exquisita.

Habíamos entrado por uno de los extremos alargados del salón. En el lado opuesto había una gigantesca chimenea; las jambas y la repisa estaban hechas de mármol blanco y enmarcaban un amplio espacio renegrido por el fuego en

el que hubiera podido asarse un buey entero. No ardía ningún fuego, tan solo había dos enormes morillos sobre un montón de ceniza. En el centro del salón había una mesa larga rodeada por sillas de respaldo alto. Las conté: eran treinta y seis. A nuestra izquierda había una tribuna para músicos bajo la cual se alzaban unas puertas que llevaban al resto de la mansión. En el extremo opuesto, mirando al sur, había un gran ventanal con mirador que sobresalía de la pared panelada y al que se accedía mediante dos escaleras de madera tallada.

—Debe de dar al río —dijo Rust.

Había un asiento acolchado que ocupaba todo el frente del mirador, único punto de luz natural del cavernoso salón.

—¿Solo una ventana? —dijo Rust—. ¡Imagina lo que deben de gastar en velas! —Se acercó al espacio oscuro bajo la tribuna de los músicos y allí se volvió para observar el salón al completo.

—¡Hágase la luz! —dijo en alto, luego gruñó—. Hay eco. Aunque cuando esto se llene de comensales para la boda no será tan grave. ¿Alguna vez has actuado en una representación nupcial?

—No.

—Yo las odio —gruñó—. Las odio.

—¿Por qué?

—Porque el público está borracho, por eso. Los muy bastardos empiezan a beber antes del mediodía, y para cuando toca actuar por la tarde, o bien están que se caen o bien están demasiado ausentes. Es como actuar en una estancia repleta de cadáveres con flatulencias.

Caminó por todo el salón, sus pisadas resonaban sobre los adoquines; luego subió las escaleras que subían al mirador y se quedó mirando la luz del sol, nublada por el humo suspendido sobre el Támesis.

—Y tienen sus privilegios, Richard. No se les puede mandar callar. Si se aburren, no harán más que hablar durante toda la representación. Lo único que hace que guarden silencio es que la reina esté presente y que esté disfrutando de la obra. Si es así, callarán.

—¿Vendrá la reina?

Se encogió de hombros.

—Quién sabe. Es la prima de lord Hunsdon, así que puede que sí. Eso

espero: no soporto actuar en un salón repleto de noblecillos parloteando.

—¿Y para qué contratamos si no nos prestan atención? —pregunté.

—Para demostrar que pueden pagarnos, por supuesto. Somos como perlas lanzadas a cerdos adormecidos.

Le seguí escaleras arriba. La luz del sol brillaba en el río, repleto de chalupas. Una gran gabarra avanzaba corriente abajo; probablemente trajera trigo o verduras desde el interior. Los cisnes nadaban entre las embarcaciones. En la margen derecha vi el recinto donde se llevaba a cabo el hostigamiento de toros.

Se parecía extrañamente al Teatro. Hacia el oeste se alzaba el nuevo corral de comedias que estaba construyendo Francis Langley. El edificio se erguía entre las pequeñas casas de la margen derecha, aunque sus paredes de pedernal aún estaban inacabadas y rodeadas por una densa maraña de andamios de madera.

—Mira qué tamaño tiene —dijo Rust con desdén—. ¡Harán falta tres mil personas para llenarlo!

—Necesitaré actores —dije, pensando en mi conversación con el reverendo Venables.

Me dio la sensación de que Rust no me había oído. Estaba ensimismado contemplando los lejanos andamios.

—Hace veinte años —dijo pensativo— no había ni un corral de comedias en Londres. Ni en ningún otro lugar. Actuábamos en los patios de las fondas, tres veces a la semana. Los lunes en Gloucester, los miércoles en Worcester, los sábados en Warwick, y representábamos la misma mierda en los tres. Ahora actuamos para el mismo público una semana tras otra, tras otra, tras otra y necesitamos... ¿cuántas? ¿Treinta, cuarenta obras al año? ¿Dónde las va a encontrar Langley? No necesita actores, los puede encontrar a docenas por un cobre. Lo que le hace falta es gente que le escriba obras, y ese tipo de hombres no crece en los árboles. Si quieres ganar dinero, hijo —me dio un leve puñetazo en el brazo—, no pierdas el tiempo yendo de un lado a otro en el escenario. ¡Escribe obras de teatro! Ahí es donde está el dinero.

—No puedo escribir.

—Gracias a Dios, tu hermano sí. Solo me gustaría que escribiera más. Hay que alimentar a la bestia.

—¿La bestia?

—El público. La gran bestia híbrida que siempre quiere algo nuevo.

El resto de los actores empezó a llegar cruzando la puerta que había debajo de la galería de los músicos. Oí sus exclamaciones de asombro a medida que barrían el gran salón con la mirada. Kit Saunders y Simon Willoughby se subieron a la gran mesa y bailaron sobre ella de un lado a otro, uniendo los brazos y girando sobre sí mismos, riendo cada vez que estaban a punto de caerse. Isaiah Humble, el apuntador, pasaba papeles en un extremo de la mesa y emitía quedas protestas cuando Simon Willoughby se acercaba demasiado a sus cuidadosamente organizados tacos de papel. Alan Rust bajó para unirse a mi hermano y a Will Kemp, que estaban junto al fuego extinguido, con las cabezas muy juntas. Allí se les había unido un solemne sujeto de pelo cano que vestía los colores de lord Hunsdon. El hombre se volvió con el ceño fruncido y se dirigió a Kit y a John:

—Caballeros, por favor —dijo con severidad—. Esa mesa es de madera pulida. ¡Tened cuidado!

—Quiere decir que bajéis vuestros apestosos pies de la mesa —gruñó Will Kemp.

Observé a los dos jóvenes desde lo alto del mirador y sentí una oleada de satisfacción. ¡Al fin iba a tener un papel masculino! Ya no era un chiquillo. Era todo un actor, un hombre. ¡Uno de los hombres del lord Chambelán! Hasta el momento no había sido ni lechón ni burra, ni aprendiz ni empleado. Tan solo se me había soportado por ser el hermano pequeño de uno de los socios, pero ahora tenía un papel de verdad, y bajé las escasas escaleras dispuesto a demostrar que era digno de confianza. Haría que los socios me valorasen.

—Necesitamos velas —dijo Isaiah Humble tímidamente—. Si puede ser, claro. Lo siento, pero es que está muy oscuro.

—Están de camino —dijo el hombre que vestía los colores del lord Chambelán: una prenda gris oscura con pieles, y tenía una cadena de cargo colgada del cuello.

—¿Y encender la chimenea? —preguntó mi hermano—. Hace frío.

—Estoy seguro de que Su Excelencia os permitirá encenderla.

—Gracias —dijo mi hermano, y luego golpeó la mesa para llamar la atención de todos—. ¡Sentaos, sentaos! Y gracias a todos por haber acudido

tan temprano. —Se oyó un murmullo de risillas. La compañía fue tomando asiento, los socios en un extremo, los chicos en el otro y los empleados entre ambos. Yo me senté entre John Duke y John Sinklo, ambos empleados—. Quería que nos encontráramos aquí —continuó diciendo mi hermano cuando las sillas dejaron de moverse— para que podáis ver el lugar en el que vamos a actuar. Tendrá un aspecto diferente, por supuesto. Su Excelencia nos ha dado permiso para montar un escenario. —Se volvió para mirar al hombre de pelo cano, quien asintió—. Permitid que os presente a Walter Harrison, el mayordomo de Su Excelencia; será él quien vele por los intereses de Su Excelencia mientras estemos aquí. ¿Deseáis decir algo? —le preguntó al mayordomo.

Harrison se había quedado de pie ante la chimenea, pero ahora se acercó a nosotros y nos miró con severidad.

—Su Excelencia os da la bienvenida —dijo—, y podéis hacer uso de este salón para vuestras prácticas con total libertad.

—Ensayos —dijo John Sinklo, molesto, aunque no lo bastante en alto como para que lo oyera el mayordomo.

—Entraréis y saldréis por la puerta de Water Lane —siguió diciendo Harrison—, y vendréis al salón por el pasillo del servicio, no por la puerta principal como habéis hecho hoy algunos.

—Culpable —dijo Alan Rust, jocoso.

—El pasillo del servicio os trae hasta aquí por esas puertas. —Harrison señaló las dos que había debajo de la galería de los músicos—. Detrás están las escaleras que llevan a la galería de los músicos. También podéis hacer uso de ellas. ¿He de suponer que también queréis utilizarla? —le preguntó a mi hermano, que asintió—. Y eso es todo —dijo Harrison con total firmeza—. Podéis usar el patio del establo, el pasillo del servicio, el zaguán que hay tras esas puertas, la galería y este salón. El resto de la casa os está vetado.

—¿Y dónde meamos? —preguntó Will Kemp con brusquedad.

—En el patio del establo —dijo Morrison.

—¿Y qué usamos como vestuario? —preguntó George Bryan con la frente arrugada. Su nariz rota ya había sanado, aunque todavía la tenía hinchada y el moratón todavía no había desaparecido.

Respondió mi hermano.

—Su Excelencia ha aceptado que hagamos una nueva pared bajo la galería, así que el espacio que queda debajo de la galería será nuestro vestuario. El escenario estará delante de la nueva pared. Habrá tres puertas. Una puerta grande central y dos más pequeñas, una en cada lado.

—Como en el Teatro —ofreció John Heminges.

—Como en el Teatro —afirmó mi hermano.

—Es una obra considerable —intervino Will Kemp poniéndose en pie para dirigirse a todos nosotros. Le gustaba dejar patente su autoridad. Era uno de los socios, por supuesto, y mi hermano había hablado ya durante bastante tiempo para su gusto.

—Hay muchas partes. Eso significa que muchos de vosotros estaréis sentados por ahí sin nada que hacer salvo tiraros pedos mientras los demás ensayan, ¡así que guardad silencio! Cuando os miro a los aprendices...

—¿Me permites? —preguntó Walter Harris mirando a mi hermano, aunque fue Will Kemp el que respondió.

—¡Hablad, maese mayordomo!

—Su Excelencia —dijo Harrison— ha dado instrucciones, instrucciones muy precisas: nadie de esta casa deberá ser testigo de las prácticas. Su Excelencia y su esposa han leído la obra, por supuesto, y les gusta, pero su deseo es que sea una sorpresa para el resto. Sé que *lady* Elizabeth fue a hablar con vosotros al Teatro, pero ella no sabe de qué trata la obra, y no debe saberlo. Si veis a algún sirviente escuchando, desde la galería, por ejemplo, habréis de pedir que se vaya. Habréis de insistir en que deben irse —dijo con severidad, y yo hice una mueca. Me había vestido así esperando ver a Silvia, la dama de compañía de Elizabeth Carey, pero, por lo visto, tal esperanza era vana—. La única excepción —continuó diciendo el mayordomo— son los tutores que acompañarán a los niños.

—¿Niños? —preguntó Will Kemp con horror.

—Habrá música —dijo mi hermano—, y los coristas de Su Excelencia cantarán haciendo de coro de las hadas.

—¡Que Dios nos asista! —gruñó Will Kemp.

—¿Baila el coro de las hadas? —preguntó Ralph Perkins, el hombre que entrenaba a los bailarines en el Teatro.

—Bailarán, Ralph, y tú les enseñarás a hacerlo. Y ahora —mi hermano dio

un paso al frente, haciendo valer su autoridad con sutileza sobre Will Kemp—, no tenemos todo el tiempo que querríamos, porque necesitamos estar en el Teatro justo después del mediodía, pero leeremos todo lo que podamos. Podréis quedaros con vuestros papeles: quedáoslos y aprendéoslos.

—Cameladlos bien —dijo Will Kemp.

—Y no los perdáis —gruñó también mi hermano.

—Explícales de qué trata la obra —le dijo Will Kemp, aún en pie, a mi hermano.

—Es una obra nupcial —dijo mi hermano—, y la acción se desarrolla a lo largo de una noche en Atenas.

—¿Atenas? —preguntó George Bryan. Frunció el ceño—. ¿Por qué Atenas?

—Porque en la maldita Atenas no llueve —dijo Will Kemp.

—Llueve en todas partes.

—¿Atenas está en Francia? —preguntó Simon Willoughby.

Mi hermano golpeó la mesa para que se detuviera la cháchara.

—Empezaremos por encajar la obra —dijo, lo que significaba que le entregaría a cada actor su parte—. La historia empieza en el palacio de Teseo, duque de Atenas, que se va a casar con Hipólita, reina de las amazonas.

—Esa soy yo —dijo Thomas Belte alegremente desde el extremo de la mesa donde estaban los aprendices.

—Señor Humble, por favor —dijo mi hermano, e Isaiah cogió dos tacos de papel de la pila que tenía en la mesa y colocó el primero ante George Bryan. Todos nosotros intentábamos adivinar, por el número de hojas, cómo de grande era la parte de Teseo. Parecía sustancial.

—¿Tengo que aprenderme todo esto? —dijo George mirando los papeles.

—Si no quieres ser Grano de Mostaza, sí —dijo mi hermano.

—Yo soy la reina de las amazonas —repitió alegremente Thomas Belte, un muchacho enjuto y con pecas, cuando Isaiah le entregó un taco más pequeño.

Llevó unos minutos entregar todos los papeles y, a medida que se iban dejando en la mesa, mi hermano describía la obra, que, a mí, me parecía bastante enrevesada. Estaban el duque e Hipólita, que se casaban, y luego dos parejas de enamorados de la corte de Teseo. Una de las chicas, Hermia, sería representada por Kit Saunders, que, supuestamente, debía casarse con

Demetrio, cuyo papel era para Henry Condell, pero en realidad estaba enamorada de Lisandro, representado por Richard Burbage. Por otro lado Helena, a la que daba vida Alexander Cooke, también estaba locamente enamorada de Lisandro, y los cuatro vagan por un bosque iluminado por la luna donde una poción mágica administrada por Alan Rust, que hacía de un personaje llamado Puck, los confundía aún más. Este, a su vez, servía a Oberón, rey de las hadas, papel representado por John Heminges.

Richard Burbage hojeaba su parte, que, como no podía ser de otro modo, parecía abultada.

—¿Por qué vamos al bosque, Will? —preguntó.

—Te estás fugando con Hermia.

—¿Y qué hace ese Puck?

—Sembrar la confusión.

—¿No debería hacer yo el papel de Puck? —preguntó Will Kemp.

—No —dijo mi hermano sin más—. Mientras tanto —continuó—, un grupo de comerciantes atenienses también se adentran en el bosque para ensayar una obra de teatro que quieren representar ante el duque en su noche de bodas.

—¡Un bosque concurrido! —gruñó Will Kemp.

—¿Por qué no ensayan en un cobertizo? —preguntó George Bryan, quejumbroso—. ¿O en casa? ¿Por qué ir a un bosque?

—Está todo explicado en la obra —dijo mi hermano haciendo acopio de paciencia.

—De la que nos gustaría saber más —gruñó Alan Rust—, así que callaos y dejad que Will nos lo cuente.

Mi hermano continuó, explicando cómo Nick Bottom, un tejedor cuyo personaje representaría Will Kemp así como uno de los comerciantes se transformaba en asno, y Titania, la reina de las hadas, representada por Simon Willoughby, se enamoraba de él gracias a la poción mágica de Puck. Mi hermano describió todo esto mientras yo procuraba organizar en mi cabeza las diferentes historias y me mantenía alerta para cuando mencionara a Francis Flute o a la mujer que amaba. No oí nada que arrojara luz sobre ello, y supuse que debía esperar hasta recibir mi parte.

Hicimos una pausa cuando dos sirvientes trajeron velas que colocamos a

lo largo de la mesa para disponer de luz con la que leer nuestras páginas. Walter Harrison, el mayordomo, asintió aprobatoriamente cuando las velas estuvieron encendidas.

—Os dejaremos solos —dijo, y sacó a los sirvientes del salón.

—Ahora los mecánicos —dijo mi hermano.

—¿Mecánicos? —interrumpió Will Kemp—. ¿Qué demonios son los «mecánicos»?

—Son comerciantes de Atenas —dijo mi hermano, cortante—. Yo haré el papel de Peter Quince, un carpintero.

—¿No había un Peter Quince que tenía un taller en Cow Lane? —preguntó John Heminges.

—Así es —dijo mi hermano—. Will, ya tienes la parte de Bottom, ¿verdad?

—Era carpintero —dijo John Heminges.

—¡Hacía y reparaba ruedas! —le corrigió Henry Condell—. El carpintero era su hermano James.

—Los dos murieron durante la peste, que Dios los tenga en su gloria —dijo John Heminges.

—¿Habéis acabado? —Will Kemp los miró con rabia—. Y sí, Will, tengo la parte —dijo agitando sus hojas de papel.

—Richard. —Mi hermano miró a Richard Cowley, no a mí—. Serás Snout, un hojalatero. —Esperó a que Isaiah dejara la parte de Snout frente a Cowley—. ¿John? —miró a John Sinklo, a mi lado—, eres Robin Starveling, un sastre.

—¡Starveling! —dijo Simon Willoughby, y rio. El nombre era apropiado, porque John Sinklo era tremendamente delgado.

—¿John Duke? —Mi hermano miró alrededor de la mesa—. Ahí estás. Eres Snug, un carpintero.

Isaiah colocó una sola hoja de papel delante de John Duke. Alguien rio entre dientes, y John Duke, uno de los empleados, frunció el ceño.

—Es una parte muy pequeña —dijo quejumbroso.

—Mucho es improvisado —dijo mi hermano—, tendrás que rugir.

—¿Rugir? —Duke parecía confundido.

—¡Yo sé rugir! —dijo Will Kemp entusiasmado y, al momento, lo

demostró rugiendo como una bestia enloquecida. Simon Willoughby rio entre dientes e intentó imitarle.

—¡Basta! —Mi hermano golpeó la mesa—. ¡Snug ruge, pero solo Snug! — Miró encolerizado a Will Kemp y este se limitó a sonreír—. Y el último de los mecánicos —continuó mi hermano— es Francis Flute, que se dedica a reparar fuelles. Y esa parte —me dedicó una sonrisa, me sonrió, a mí—, esa parte es toda tuya, Richard.

Isaiah colocó el último taco de papeles delante de mí. Había cuatro o cinco hojas, lo que significaba que el papel era lo bastante sustancial y, sin duda, mucho más largo que el de otros mecánicos. Mi hermano empezó a explicar la primera escena de la obra, que tenía lugar en el palacio de Teseo, pero no escuché. En vez de eso, estaba leyendo las primeras líneas de Flute, buscando al personaje del que iba a enamorarme. ¡Era mi primer papel como hombre! Estaba emocionado.

Entonces llegué a la tercera línea de Francis Flute y se me encogió el corazón. Por un instante no pude creer lo que estaba viendo; luego volví a mirar el principio de la página y leí las entradas y las primeras líneas de nuevo. «Bastardo —pensé—, ¡maldito bastardo!».

—Comencemos —dijo mi hermano—. ¿George? Tú dices la primera línea. ¡Bastardo!

Quise levantarme y marcharme. En vez de eso me quedé sentado, me hervía la sangre. El principio de la obra zumbó a mi alrededor con los habituales monólogos interminables.

—Pleno de indignación —le oí decir a Thomas Pope, una frase que no era lo bastante fuerte como para describir cómo me sentía. Yo sí que me sentía pleno de indignación, humillado, enfadado y menospreciado. «Levántate —me dije a mí mismo—, ponte en pie y vete». Pero una hogaza de pan costaba un penique en aquellos días, y necesitaba el dinero. Me veía obligado a verme humillado si no quería morir de hambre.

La obra continuó. Nadie parecía muy entusiasmado con lo que estábamos escuchando. El duque amenazaba con matar a Hermia si se negaba a casarse con Demetrio, pero ¿qué me importaba eso a mí? Sabía que mi rostro se había

tornado rojo, estaba ensimismado con la página que tenía en la mesa, sin atreverme a mirar a mi hermano a los ojos.

—¿Está aquí toda la compañía? —irrumpió la voz de mi hermano.

—Será mejor que los llames uno a uno, según el guión. —Will Kemp, que representaba a Nick Bottom, al fin daba cierta energía a la lectura. Los presentes levantaron la cabeza esperando a que Will Kemp dijera algo gracioso. Supuse que mi parte estaba al caer, así que centré la vista en las primeras líneas de la página.

—Aquí está la lista —leyó mi hermano—, con los nombres de todos los de Atenas a los que se considera aptos para representar la comedia ante el duque y la duquesa en la noche de su boda.

—Primero, mi buen Peter Quince —interrumpió Will Kemp con energía—, primero di de qué trata la obra; después, nombra a los actores y entonces llega al final.

Los hombres rieron, porque la interrupción de Nick Bottom y la manera en que increpaba a Peter Quince eran idénticas al modo en que Will Kemp interrumpía e increpaba al resto de los socios siempre que interpretaban una obra. Kemp comprendió el chiste y rio.

—¡Llega al final, Will! —aulló.

—Pues la obra se llama *La dolorosísima comedia y la crudelísima muerte de Píramo y Tisbe*. —Esta vez las risas fueron más estruendosas; los actores, en torno a la mesa, estaban disfrutando del diálogo.

La dolorosísima comedia y la crudelísima muerte de Píramo y Tisbe era el nombre de la obra que los comerciantes de Atenas querían representar en la boda del duque. Sería, sin lugar a dudas, una burla al tipo de representación que todos habíamos presenciado hecho por sastres, carpinteros y campesinos que organizaban el entretenimiento de las noches invernales en el pueblo.

—Un gran trabajo, te lo digo yo —dijo Will Kemp con pasión—. ¡Y divertido! Ahora, mi buen Peter Quince, pasa lista a los actores. Señores, separaos.

—Responded conforme os llame. ¿Nick Bottom, el tejedor?

Sabía que mi parte llegaría pronto. No podía apartar la mirada del papel. A mi alrededor todos reían mientras Will Kemp declamaba un ampuloso discurso. Nick Bottom tenía el papel de Píramo en la obra que representaban

los mecánicos, pero le suplicaba a Peter Quince que le diera un papel más heroico. Los hombres sonreían al reconocer que Nick Bottom era una caricatura de Will Kemp, y Kemp mismo estaba disfrutando de la chanza.

—Es el tono de un Hércules —concluyó—, el tono de un tirano. Un amante es más doliente.

—¿Francis Flute? —dijo mi hermano—, ¿el remiendafuelles?

Esa era la primera frase que había en mi hoja de papel.

—Presente, Peter Quince —leí sin ganas. Los socios me observaban, sonriendo a la luz de las velas. Sabían lo que venía ahora.

—Flute —pude oír la diversión ahogada en la voz de mi hermano—, te toca hacer de Tisbe.

—¿Quién es Tisbe? —leí sin entusiasmo—. ¿Un caballero andante?

—Es la amada de Píramo —dijo mi hermano, incapaz de ocultar su regocijo, y, con esas palabras, el salón al completo estalló en estruendosas carcajadas.

—¡Muy bueno, Will, muy bueno! —dijo John Heminges.

—¡Es la amada de Píramo! —chilló Simon Willoughby. Hubiera estrangulado a ese mierda.

—¡Habla, Tisbe! —dijo Will Kemp disfrutando como un salvaje—, ¡oigámosle!

—¡No, por piedad! —leí—. ¡No me hagáis actuar de mujer! —Al acabar la línea, todos volvieron a estallar en carcajadas. Esperé, pero las risas no se detenían, así que alcé la voz, enfurecido, para acabar la línea—. ¡Me está saliendo barba!

—¡Le está saliendo barba! —coreó Simon Willoughby.

—No importa —dijo mi hermano sin mirarme mientras leía su parte—, actuarás con una máscara y hablarás fino.

—¡Una máscara! —dijo Richard Burbage cubriéndose el rostro con las manos para imitar el tipo de máscara que llevaban las mujeres de alta cuna para evitar que el sol del verano les oscureciese la cara.

—¡Y habla fino, Richard! —chilló Simon Willoughby alegremente—. ¡Habla fino!

—¡Tienes un papel de hombre —dijo Rust—, como siempre has querido!

—Que hace de mujer —dijo Simon Willoughby, por si a alguien de los

presentes se le había escapado el chiste.

Will Kemp, o, mejor dicho, Nick Bottom, hizo una interrupción para exigir que fuera él quien representara a Tisbe en vez de hacerlo yo, y eso dio lugar a más risas, porque Kemp era conocido por querer hacer más papeles, además del suyo. La compañía empezaba a disfrutar de la obra y el entusiasmo crecía a medida que avanzábamos mientras yo permanecía ahí sentado, hirviendo de furia y resentimiento. Alan Rust tenía razón: yo hacía un papel masculino, pero el hombre al que representaba tenía que fingir ser una mujer. Y no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Mi hermano, sonriente, se había burlado de mí.

Entonces, cuando concluyó el ensayo, pensé que había algo que podía hacer al respecto.

No acabamos de leer toda la obra, no tuvimos tiempo. Mientras las iglesias de la ciudad inundaban el ambiente al dar las once, mi hermano nos ordenó que nos hiciéramos responsables de nuestros papeles, que nos los aprendiéramos y que nos reuniéramos en el Teatro a la mañana siguiente para acabar la lectura.

—Todos aquellos que toman parte en *Los siete pecados capitales*, que se dirijan al Teatro ahora —dijo.

—¿Por qué no ensayamos aquí mañana? —pidió saber George Bryan.

—Peter Strete estará aquí mañana —explicó mi hermano. Strete era un carpintero que hacía la mayor parte de las chapuzas en el corral de comedias—. Ensayaremos aquí casi todos los días —continuó mi hermano—, pero mañana van a traer la madera para el nuevo escenario y la pared y no podríamos estar tranquilos.

Yo no tenía un papel en *Los siete pecados capitales*, así que no me necesitaban. Mi hermano, sumido en una conversación con John Heminges y Henry Condell, me ignoró cuando me fui. En cambio Alan Rust me siguió.

—Estás siendo un necio —dijo.

—¿Por qué?

—Porque Flute es un buen papel. La idea es que hace muy mal de mujer. El público sabrá que eres un hombre.

—Eso ya lo saben —dije de mal humor.

—Por los clavos de Cristo, ¿tan necio eres? Cuando haces de Uashti, el público no ve a un hombre vestido de mujer, ve a una reina. ¡Hasta escucha a una reina! Los embaucamos, Richard. ¿Y Flute? La idea es que no logras embaucarlos. Que eres lo que la obra dice que eres, un hombre haciendo de mujer. Así que tienes que representar a una mujer como un hombre, y tienes que hacerlo mal. Es una chanza, y una muy elegante. —Me había llevado hacia una de las dos puertas bajo la galería de los músicos, pero vaciló, incapaz de decidir cuál elegir—. Esta debe de ser la que lleva al pasillo del servicio.

Lo era, y llevaba al patio de los establos, donde un par de caballos de tiro estaban siendo lavados y peinados.

—Me atrevo a decir —dijo Rust mirándome— que tu última escena con Will Kemp será la más graciosa de toda la representación. ¡Es un buen papel! Deberías estar contento.

—¿Tengo que enamorarme de Will Kemp? —dije indignado.

—No es fácil, lo reconozco, pero eres actor. Finges. De verdad te lo digo, Richard: deberías estar contento.

Estaba de todo menos contento. Rust tenía razón, era una chanza, pero esa broma estaba dirigida a mí, y, para exacerbar mi desgracia, ni siquiera había visto a Silvia.

Salimos del patio del establo y, al salir a Water Lane, Rust se dirigió hacia el Teatro, pero yo caminé hacia el río. Tenía un puñado de monedas en la bolsa, y, por mucho que me doliera deshacerme de ellas, había decidido subirme a una chalupa y cruzar hasta Paris Garden Stairs, en la margen derecha del Támesis. No tenía más que hacer ese día salvo, quizá, aprenderme las frases de Francis Flute, y eso no me apetecía lo más mínimo.

Había media docena de barqueros esperando junto a las escaleras al final de Water Lane, pero antes de que pudiera llamar a una de las embarcaciones, me llamaron a mí o, mejor dicho, me di la vuelta al oír un resuello y allí, para mi sorpresa y júbilo, estaba Silvia. Era evidente que me había seguido por Water Lane hacia las escaleras que llevaban al río. Iba vestida con una larga capa gris con capucha, y llevaba una cesta cubierta con un trapo de lino. Sonreía, lo cual me resultó muy grato.

—¡Eres el actor! —dijo.

—Francis Flute —dije por impulso. ¿Por qué? No tengo ni idea. Y, para ocultar mi confusión, le dediqué una reverencia—. A vuestro servicio.

Río ante mi elaborada reverencia.

—¿Vas a cruzar el río?

—Así es.

—Entonces puedes venir conmigo —dijo ella con alegría—. La barcaza del fondo.

Señaló hacia el extremo del muelle donde dos barqueros estaban sentados en una chalupa.

—¿Por qué esa?

—Porque el hombre robusto que está junto al remo es mi padre —dijo sonriendo.

Todos los barqueros que había allí esperando la conocían. La saludaban, ya fuera por su nombre o llamándola «querida» o «encanto».

—¿Qué muchacho más guapo te has echado, preciosa! —gritó uno.

—Para ti es «señor Flute», Billy —dijo ella.

—¿Vas a montarle en tu barca, encanto?

Pensé que se sentiría avergonzada, pero se volvió y le dedicó al hombre una sonrisa.

—¡No me fío de tus vaivenes, Billy!

Los barqueros la vitorearon, mientras su padre, sonriendo orgulloso, se puso en pie para ayudarla a subir a su barcaza. Ella asintió con respeto e inclinó la cabeza para que el hombre pudiera besarla en la mejilla.

—¿A donde siempre? —preguntó.

—A donde siempre —dijo ella, y me miró con preocupación—. ¿Te va bien Paris Garden Stairs?

—Precisamente hacia allí me dirigía —dije subiéndome al bote.

—Este es el señor Flute —me presentó Silvia—. Es uno de los hombres de lord Hunsdon, un actor.

—Es un honor conocerle, señor —dijo el padre, claramente impresionado por mis elegantes ropas prestadas—. Me llamo Joe Lester.

—Es un honor conocerle, señor —repuse, y luego me senté junto a Silvia en la amplia bancada que había en la popa de la barca. La muchacha se despidió, agitando la mano, del resto de los barqueros a medida que nos

alejábamos.

—Los conozco desde niña —me dijo, explicando el porqué de su familiaridad con ellos; luego le sonrió a su padre, un hombre robusto que bogaba con un gran remo—. Por Dios —dijo Silvia—, ¡qué placer salir de allí!

—Tienes suerte de trabajar allí, Silvia —dijo su padre—, tú y tu hermano.

—¿Tienes un hermano? —pregunté.

—¡Dos! Tipos grandes. Sí, Ned trabaja para Su Excelencia. Sé que soy afortunada, papá, y nos tratan bien, pero, Señor, hay veces que estamos por ahí, sin hacer nada, mientras la señora lee. Bueno, nada no, pero ¿cuántos unicornios puede bordar una en un día?

—¿Es eso lo que hace una dama de compañía? —dijo su padre.

—Esta en particular preferiría estar trabajando —dijo ella.

La miré. ¿Cómo me había olvidado de ese rostro? Solo verla era recibir la saeta de Cupido. Hacía que el aliento se me pegara a la garganta, que la sangre se me transformara en humo, me dejaba sin sentido. Recordé una de las frases que había copiado de Titania, y murmuré en voz baja:

—¡Oh, cómo te amo! ¡Cómo te adoro!

—¿Qué has dicho? —preguntó Silvia.

—Nada, nada.

—Así que eres actor —me dijo su padre—. ¿Actúas en la Rosa?

—En el Teatro —dije—; la Rosa es la compañía del lord Almirante.

—A veces vamos a la Rosa —dijo Joe alegremente—. La última vez vimos *Fray Bacon* y *Fray Bungay*. ¡Cómo me reí!

—Es una obra graciosa.

—Estará bien cuando abran el corral —dijo Silvia señalando con el mentón hacia el monstruoso edificio que se alzaba entre las pequeñas cabañas de la margen derecha—. ¡Lo vas a tener a la puerta de casa, papá!

—Y a todos los malditos borrachos también —dijo su padre—. Sin ánimo de ofender, señor. —Giró la cabeza para valorar el progreso de la embarcación en relación a la corriente y a la marea—. El pato feo ya es bastante incordio.

—¿El pato feo?

—Una taberna —explicó Silvia—. Está cerca de la casa de mis padres. Yo

solía trabajar allí.

—¿Trabajabas allí? —dije sorprendido.

—¡Pero no de eso! —repuso ella riendo. Me ruboricé cuando supe que había entendido lo que quería decir, aunque ni ella ni su padre se lo tomaron a mal—. No —continuó—, cuando era pequeña les lavaba los cacharros.

—Nuestra Silvia es una muchacha muy trabajadora —dijo su padre con orgullo.

—¿Para eso vas al otro lado? —me preguntó—. ¿Para ver el nuevo corral de comedias?

—Quiero verlo —dije con cierta torpeza.

—¡Yo también!

—Tienes que pasar a ver a Milly Dodds —dijo su padre con tono autoritario.

—Lo voy a hacer, papá. Lo voy a hacer —dijo Silvia, y me miró—. Milly Dodds es la vieja ama de cría de *sir* George —explicó.

—¿*Sir* George? —pregunté extrañado.

—Es el hijo de lord Hunsdon —dijo—, el padre de la novia. Un buen hombre, ¿verdad, papá?

—*Sir* George Carey es todo un caballero —dijo su padre.

—Así que todos los lunes, al mediodía, le llevo a Milly Dodds confituras y dulces —dijo Silvia señalando la cesta—. *Sir* George se empeña en ello. A veces va él mismo.

—Todo un caballero —dijo su padre de nuevo, levantando su remo.

—Le han regalado una preciosa casita —siguió diciendo Silvia—. Bueno, no se la han regalado, pero la dejan vivir allí. Es una viejecita encantadora. Los jueves la llevo a ver hostigamiento de osos; le encanta hacer ese tipo de saliditas. ¿Te gusta el mazapán?

—Nunca lo he comido.

—¡Nunca has comido mazapán! ¡Dios bendito! —Levantó el trapo de lino y sacó un cuadrado de color amarillento lo bastante blando como para romperlo en cuatro partes—. A Milly Dodds no le gusta el mazapán, pero no se lo digo a *sir* George, porque a mí me encanta. Toma, un trozo para ti, uno para mí, uno para mi padre y otro para Tom. —Por lo visto, Tom era el nombre del otro remero, que no había dicho una palabra desde que me había montado

en el bote—. No es más que almendras, azúcar y agua de rosas —dijo—. También le añadimos clara de huevo, aunque no todo el mundo lo hace. Pruébalo. Es como darle mordisquitos al cielo.

El bote giró a favor de la corriente y se aproximó a Paris Garden Stairs. Yo me bajé primero y luego alargué la mano para ayudar a Silvia. ¡El tacto de sus dedos!

—Vendré a por ti, cariño —dijo su padre.

—A eso de la una, papá —dijo—, y gracias, Tom.

Tom, un joven corpulento, se limitó a asentir.

—¿Le debo algo? —le pregunté a su padre.

—De ningún modo, chico —dijo.

Me había llamado «señor» cuando me metí en el bote, pero era evidente que durante la corta travesía se había percatado de mi auténtico rango social.

Le di las gracias y subí las escaleras de piedra con su hija. Tenía muchas ganas de estar con ella, pero no sabía qué decir, o, mejor dicho, tenía la mente en blanco. Había ensayado mil frases para impresionarla, pero no podía recordar ni una sola. Eso me había ocurrido una vez en el Teatro: estaba haciendo el papel de reina en la obra de mi hermano *Ricardo II*, un papel que conocía perfectamente, y, sin embargo, una tarde las palabras se desvanecieron como la niebla al sol. John Duke, un empleado, se dirigió a la izquierda del escenario:

—Aquí viene el duque de York —había dicho, y George Bryan, ataviado con un gorjal, había hecho su entrada. Yo tendría que haber hablado de inmediato.

»Con marcas de guerra en torno a su anciano cuello:

¡Oh! Su rostro habla de cuitas y preocupaciones.

Tío, por Dios misericordioso, dime palabras de aliento».

En su lugar yo había farfullado incoherencias, e Isaiah Humble, que debería haberme recordado las palabras, había salido a mear. George Bryan se había quedado mirándome boquiabierto, y la turba había empezado a

abuchear.

—¡Apréndete las frases! —había gritado uno de ellos, y el corazón de una manzana había surgido de entre el público golpeando y derribando mi pequeña corona de bronce.

Al fin, George había dicho su siguiente frase, después de una terrible pausa, que comenzaba con «Si lo hiciera...». Las palabras no tenían sentido porque me transformé en un idiota inútil que no hacía otra cosa que balbucir. Así fue como me sentó con Silvia cuando subimos las Paris Garden Stairs.

—Es un amor, mi padre —dijo Silvia.

—Parece muy agradable —dije como un tonto.

—Es amable —dijo—. Aunque finge no serlo, pero lo es. En realidad es tierno como un corderito.

Pensé en algo que decir, ¡cualquier cosa!

—¿Puedo llevarte eso? —espeté abruptamente, señalando la cesta.

—Casi he llegado —dijo, señalando con el mentón las casas cercanas. Me dedicó una sonrisa luminosa como el sol—. Si quieres volver, mi padre estará ahí cuando dé la una.

—Me encantaría —dije.

—Hasta entonces —dijo ella, y se fue.

—¡Me llamo Richard! —le grité.

—Lo sé —dijo ella sin volverse—. ¡Pero me gusta Francis Flute!

Silbó un par de notas y, sin girarse siquiera, agitó la mano para despedirse. La vi llegar a la puerta de una pequeña casa, la vi entrar, y entonces me encaminé al nuevo corral de comedias. Buscaban actores.

El mazapán estaba dulce, delicioso, divino.

¿Cómo sabía que me llamaba Richard?

5

Caminé hacia el sur desde el río, maldiciéndome por haberme quedado trabado de lengua con Silvia. ¿Qué les había ocurrido a todas aquellas frases inteligentes que tanto había soñado con decirle? Me prometí que las diría todas a la una, cuando compartiese bote de nuevo con ella y volviéramos a Blackfriars.

La mayoría de las casas de la margen derecha estaban construidas cerca del Támesis, a ambos lados de una calle que seguía el curso del río. Cogí un callejón que llevaba hacia el interior, pasé junto a una cruz de piedra medio caída y recubierta de musgo y cuarenta o cincuenta pasos más tarde ya había dejado atrás las casas y caminaba entre setos y zanjas repletas de ortigas. Vacas famélicas pastaban en pequeñas dehesas. Los pocos árboles que había se alzaban lúgubres y desnudos; el camino estaba repleto de surcos de rueda con agua, así que tuve que ir saltando de un lado a otro para evitar que mis botas se llenaran de barro. El nuevo corral se erguía a mi derecha, y se accedía a él a través de una puerta muy deteriorada que estaba abierta. El terreno alrededor del nuevo edificio estaba lleno de tablones de madera y montones de sillares. Una docena de hombres trabajaban en lo alto del andamio; dos de ellos tiraban de una polea para subir una precaria plataforma repleta de tejas.

Era enorme. Más grande que el Teatro, y más grande que la Rosa, que estaba hacia el este, cerca del extremo sur del puente de Londres. Este nuevo corral, pensé, atraería al público de Westminster y también de Londres, y casi

todos ellos pagarían a los barqueros para que los llevaran hasta Paris Garden Stairs. El padre de Silvia podía quejarse lo que quisiera sobre el ruido que acabaría trayendo el corral de comedias, pero también le proporcionaría clientela. Un perro de pelaje áspero se despertó cuando sorteaba los montones de tablones, y empezó a ladrar enloquecido. Saltó hacia mí, pero le detuvo de un tirón una cadena anclada a una argolla que había a la entrada del corral.

—¡Sultán! —gritó una voz desde el andamio—. ¡Deja de hacer ruido! —El perro gruñó, lloriqueó y me dejó pasar.

—No se preocupe por Sultán, señor. No le tocará a no ser que Jem se lo ordene. —Me hablaba un artesano que estaba encaramado a una escala, desde donde daba forma a la escayola blanca que decoraba el techo arqueado del túnel de entrada—. Y tenga cuidado, señor —añadió cuando un pegote de escayola cayó desde su espátula—. ¡La estás dejando demasiado líquida! —le gruñó a su aprendiz, un joven menudo que estaba inclinado sobre un gran barril—. Ahora puede pasar sin problema, señor —añadió dirigiéndose a mí, así que sorteé el barril y la escala y accedí al gran patio central.

Me detuve y resollé. El nuevo corral de comedias tenía una estructura parecida al del nuestro, pero todo era más grande y estaba ricamente decorado. Había hombres decorando las balaustradas de las tres gradas con metal dorado. Estas, al contrario que las dos del Teatro, tenían su acceso desde el enorme patio por unas escalinatas con puertas. Dos trabajadores colocaban adoquines sobre una base de arena y gravilla. Nadie, pensé, podría lanzar un adoquín hacia el escenario, mientras que el del Teatro era vulnerable a los guijarros del suelo. Will Kemp había pedido que los guijarros fueran sustituidos por otra cosa.

—No me importa que esos cabrones nos lancen cosas blandas —decía—, pero los guijarros duelen.

—Pues piensa en los guijarros como una razón más para complacer a nuestro público —había respondido mi hermano, y los guijarros allí se habían quedado.

La parte frontal del escenario se adentraba en el patio y estaba decorada con telas bordadas con cisnes que nadaban entre juncos. Una marquesina con alicatados cubría la parte trasera del escenario, y, debajo de este, justo encima de las tres puertas por las que los actores harían sus entradas y salidas, había

una galería con columnas que, supuse, estaba destinada a los espectadores más acaudalados que podrían ver las obras desde lo alto. Dos enormes columnas sostenían la marquesina. Allí un pintor encaramado a un andamio estaba transformando la madera viva de la columna de la derecha en el más exquisito de los mármoles. Era evidente que había empezado arriba y que iba hacia abajo, porque la mitad inferior aún parecía madera mientras que la parte superior brillaba como una piedra de color crema con vetas grises. Era extraordinario. Me acerqué, y hubiera podido jurar que la mitad superior estaba hecha del más costoso mármol. El pintor, un hombre lúgubre que llevaba una bufanda enrollada en la cabeza en vez de un gorro, percibió mi interés.

—¿Te gusta? —preguntó sin entusiasmo.

—¡Es una maravilla! —dije, genuinamente emocionado.

El pintor dio un paso atrás en su andamio y frunció el ceño contemplando su trabajo.

—Es un corral de comedias —dijo sin más.

—Claro que lo es —dije, confundido por su respuesta.

—Un lugar de engaño —dijo con enfado.

—¿No lo apruebas?

—¿Que si apruebo la mentira? ¿La falsedad? No, señor, no lo apruebo. ¿El lisonjeo? ¿Las patrañas? ¿Cómo puedo aprobar tal cosa? ¿La blasfemia? ¿El libertinaje? Lo aborrezco, caballero, lo aborrezco, pero un hombre tiene que ganarse la vida. —Volvió a centrarse en su meticuloso trabajo—. Un hombre tiene que ganarse la vida —repitió, esta vez con resentimiento, hablando para sí.

—Timothy Nairn es un puritano —dijo una voz a mi espalda—, pero se encorva para decorar esta casa de placeres satánicos.

—Son malos tiempos, señor Langley —dijo el pintor—. Le doy gracias a Dios Todopoderoso de que me envíe trabajo para poder llevarle pan a mi familia. Y será Dios quien decida cuál ha de ser el destino de este lugar, no yo.

—Me sorprende que Dios no te fulmine por pintar mis columnas.

—Todo lo que hago es para mayor gloria de Dios —repuso Timothy Nairn hoscamente—, incluso en este antro de perdición.

—¡Perdición! —dijo Langley divertido.

Me había dado la vuelta para verle; era un hombre fornido, de facciones duras, con una barba castaña y corta. Vestía ropas elegantes de lana azul oscura ribeteada con sedas amarillas. Estas contrastaban con su rostro sagaz, surcado de cicatrices y estropeado. Un hombre formidable. Sabía que era miembro del gremio de los orfebres, pero se decía que su fortuna no tenía su origen en el negocio de la joyería fina, sino en la media docena de burdeles de los que era propietario. Le dediqué una respetuosa reverencia.

—Señor Langley —dije—, soy...

—Sé quién eres, chico. Te vi en el Teatro. —Frunció el ceño intentando recordar—. Hacías el papel de una idiota que se desmayaba. ¿Cómo se llamaba la obra?

—¿*Los dos hidalgos de Verona*, señor? —sugerí, aunque había media docena de obras en las que fingía desmayarme—. Hacía el papel de Julia.

—Puede que fuera esa. Una obra plana, fuera la que fuese —dijo con desprecio—, pero lo hiciste bien. ¿Quién era el otro muchacho?

—Simon Willoughby, señor. Hacía de Silvia. —La sola idea de que Simon Willoughby hubiera representado a un personaje llamado Silvia me consternó. ¡No era digno!

—Simon Willoughby, sí. —Algo de aquel nombre le hizo gracia a Langley, porque soltó una carcajada—. ¿Y a qué has venido?

—Curiosidad, señor.

—¡Curiosidad! —dijo la palabra con desprecio—. Esperemos que no seas un cagalindes, ¿eh? Súbete al escenario, chico, a ver qué te parece.

Di dos o tres zancadas y salté al escenario, que era casi tan alto como un hombre. Vi que tenía tres trampillas que podían servir de fosas, puertas hacia y desde el infierno, o simplemente para efectuar apariciones sorpresa. En el Teatro solo teníamos una, a la que se accedía por un espacio apestoso bajo el escenario donde Pickles el gato libraba su particular y eterna guerra contra ratas y ratones. Paseé bajo la marquesina, o bajo los cielos, como lo llamaban algunos actores, y miré hacia arriba para ver unas nubes delicadamente pintadas de blanco surcando un cielo azul. Había dos trampillas en el techo nebuloso, y, tras ellas, sabía que estaban los tornos que se usaban para hacer descender a los actores del cielo. Dioses, diosas y ángeles se engancharon a una cuerda, abrían la trampilla y confiaban en que el hombre que manejaba el

torno no estuviera borracho. Me volví para mirar hacia la entrada y pensé en lo grande que era esa casa con sus enormes gradas y un patio que era una mitad más grande que el del Teatro.

—La semana pasada vino por aquí un idiota —dijo Langley— que me dijo que el edificio era demasiado grande. Que su voz no llegaría a las galerías de arriba. Di algo, chico, pero no grites. Solo habla como si estuvieras actuando normalmente. —Se volvió y miró hacia lo alto—. Ben, ¿estás ahí arriba?

—¡Aquí estoy, señor! —Ben, fuera quien fuese, estaba oculto en la grada superior, desde donde me llegaba el sonido de un serrucho mordiendo la madera.

—Escucha con atención, Ben —dijo Langley—, y dime si puedes oír al muchacho. —Se volvió para mirarme—. Vamos, chico, habla.

Mi mente se quedó en blanco. Busqué palabras, pero no hallé ninguna.

—¡Vamos, chico! Ben te está escuchando.

—¡En cuanto a vos, muchacho —de pronto recordé algunas frases—, apartaos de mi vista! ¡Sois un exiliado, y no debéis permanecer aquí!

No grité las palabras, aunque hablé todo lo alto que lo hubiera hecho en el Teatro, y, consciente de que tendría público tanto delante como detrás de mí, me fui girando lentamente mientras hablaba. Las frases eran de la segunda obra que había representado con la compañía de mi hermano. En esa obra yo había sido una chica llamada Lavinia que había sido brutalmente violada y a la que habían cortado la lengua y las manos, aunque las palabras que estaba recitando eran las de George Bryan, que había hecho el papel de padre, un romano llamado Tito Andrónico.

—Y si me amáis, tal y como creo —dije concluyendo mi giro—, besémonos y despedámonos, porque es mucho lo que queda por hacer.

—¡Besémonos y despedámonos! —repitió Langley, divertido—. ¿Has oído eso, Ben?

—¡Todas y cada una de las palabras, señor Langley!

—Sí, ya me imaginaba yo que aquel baboso de mierda de la semana pasada estaba sordo.

—Pero si el corral de comedias estuviera lleno... —empecé a decir, pero vacilé.

—¡Vamos, chico, dilo!

—Si estuviera lleno, señor, el sonido no se transmitiría tan bien. Más aún si hubiera llovido. —Intentaba parecer un experto, repitiendo cosas que les había oído decir a gente como Alan Rust, mi hermano y James Burbage. Pero era cierto. Si el público llegaba con las ropas empapadas, nos veíamos obligados a hablar más alto.

—Entonces esos sodomitas tendrán que gritar —dijo Francis Langley—. Es demasiado tarde para hacer el recinto más pequeño.

—¡Porque es mucho lo que queda por hacer! —gritó en alto una voz enfadada—. ¿Has oído eso, Langley? «Es mucho lo que queda por hacer». — La voz parecía llegar de lo alto del escenario, de la galería de las columnas, justo debajo de la marquesina decorada como el cielo—. ¿Es un actor?

—Lo es, señor de Valle.

—¡Súbele aquí!

Langley usó una pequeña escala para subir al escenario.

—Muéstrate respetuoso cuando estemos ahí arriba —murmuró en voz baja; luego me llevó por una de las tres puertas que daban al vestuario. Dejó la puerta abierta para que entrara algo de luz en esa estancia carente de ventanas. Era grande, el doble de la que teníamos en el Teatro, y olía a madera recién serrada—. Me he gastado casi trescientas libras en vestuario —dijo Langley amargamente—. ¡*Trescientas* libras! Él insiste en ello. Por aquí, chico. —Me llevó por una puerta y hacia un pasillo en el que había unas escaleras que llevaban hacia arriba—. Esto lleva a la estancia de los nobles —explicó mientras subía.

—¿Nobles?

—Un lugar para que los ricos oigan las obras —dijo con avidez—. Seis peniques el asiento, por lo menos. Puede que un chelín.

—¿Quién pagaría un chelín por ver una representación teatral? —pregunté.

—Quien quiera sentarse ahí arriba, por supuesto. Y no solo será una obra, chico —nos habíamos detenido en un rellano y me había guiñado un ojo—, también habrá muchachas. Así que, si no les gusta la obra, se pueden beneficiar a una puta. Y, sinceramente, las putas son más baratas. No hay que comprarles disfraces, ¿verdad?

Un segundo tramo de escaleras, más estrecho y empinado, ascendía desde el rellano, supuse que hacia la plataforma desde donde los trompeteros harían

sonar su fanfarria para anunciar las representaciones, pero Langley lo ignoró y, en su lugar, abrió una puerta ricamente tallada que daba a la estancia de los nobles. Me hizo un gesto para que entrara.

Resollé. Puede que hubiera crecido en una casa modesta, que ahora viviera en una buhardilla sin comodidades, pero sabía lo que era el lujo. Habíamos actuado en el salón de banquetes de la reina, en Whitehall, le habíamos servido de diversión en Greenwich y la habíamos entretenido a la luz de las velas rodeados del esplendor de su palacio de Richmond. El reservado de los nobles no hubiera desentonado en ninguna de esas mansiones. Los muros estaban hechos de paneles tallados, pintados con resina negra que los hacía brillar. El olor a resina anegaba el ambiente a pesar de que la galería abierta coronase el escenario. El suelo brillaba con idéntica intensidad, mientras que el techo estaba decorado con ángeles desnudos que volaban entre nubes celestiales. Me pregunté si el señor Nairn, el pintor puritano, habría sido el encargado de dibujar a las impúdicas mujeres aladas que observaban desde lo alto la enorme mesa que había en el centro de la habitación. La mesa estaba cubierta con planos del nuevo corral de comedias, mientras que la pared trasera albergaba una gran chimenea de piedra, casi tan ornamentada como la que había en el gran salón del lord Chambelán, solo que la repisa de mármol estaba sostenida por dos mujeres desnudas talladas en piedra blanca, con los brazos cruzados sobre sus cabezas flanqueando un hogar de ladrillo en el que ardía un fuego. A la izquierda de la chimenea había un banco tapizado sobre el que se tumbaba una muchacha. Parecía estar borracha, o al menos dormida. Tenía el cabello cobrizo, miles de pecas sobre un rostro pálido, la boca abierta y las piernas abiertas, una sobre el banco, la otra en el suelo. Por lo que pude ver, no llevaba puesto más que un sencillo vestido.

—¿Quién es este? —preguntó a bocajarro un hombre.

Había estado sentado a la mesa, pero ahora se ponía en pie. Era tan alto como yo e iba bastante mejor vestido. Llevaba un estoque cuya empuñadura era un remolino de plata recubierto de cuero rojo, mientras que en el hombro derecho lucía un elaborado distintivo que mostraba a un cisne rodeado de lirios. Supuse que tenía unos treinta años, y parecía pleno de arrogancia y de confianza en sí mismo. Tenía la barba corta y de pelo claro, la cual se proyectaba desde su mentón, mientras que sus bigotes eran largos y

redondeados en las puntas. Me sorprendió mirando a la muchacha.

—No mires a Becky —gruñó—, mírame a mí.

—Señor —dije haciendo una reverencia.

—¿Quién eres?

—Richard Shakespeare, señor.

—¿Eres el escritor? —preguntó intrigado—. ¿El que tiene una parte de los prostíbulos de Langley?

Me sorprendió tanto la segunda pregunta que no dije nada. ¿Mi hermano era socio de Francis Langley? ¿Participaba en el negocio de los burdeles? ¡No podía ser cierto!

—¿Y bien? —preguntó de Valle.

—Richard es su hermano, señor de Valle —dijo Langley, sin negar su conexión comercial con mi hermano.

—¿Hermano de tu socio el de las putas? —le dijo de Valle a Langley con brusquedad—. Y no quiere escribir obras para ti. ¿Es eso?

—Escribe para su propia compañía, señor de Valle.

DeValle resopló y observó unos instantes, como quien contempla una novilla a la que no sabe si comprar.

—Me llamo Christopher deValle —dijo al fin—, y no vayas a pensar que mi apellido es francés. Los deValle no son franceses. Los deValle detestan a esa nación de sapos babosos y apestados. Los deValle estamos hechos de roble inglés desde el cuero cabelludo hasta el agujero del culo. Somos nacidos en Berkshire, y leales súbditos de nuestra reina, que reine por mucho tiempo y que Dios bendiga sus níveas tetas. Soy administrador del conde de Lechlade.

—Sí, señor —dije, porque parecía estar esperando algún tipo de respuesta.

—¿Eres bueno? —preguntó deValle, imperativo.

—Es bueno, señor —repuso Francis Langley por mí—; es famoso por los papeles femeninos que representa.

—¡Mujeres! —DeValle parecía horrorizado.

—Ahora hago papeles de hombre, señor —intervine a toda velocidad—. Cuando era un muchacho hacía de mujer —añadí, procurando ocultar mi nerviosismo—, pero ahora se me confían papeles masculinos. —Lo que, a mi entender, sé acercaba bastante a la verdad. Francis Flute era un hombre.

—¡Becky! —gritó deValle—. ¡Despierta, maldita zorra! —La muchacha se revolvió, se sentó y se apartó los cabellos cobrizos de la cara. Miró a de Valle sin decir palabra y este me señaló—. Dime lo que piensas —le ordenó.

La chica bostezó, se estiró, se puso en pie y dio la vuelta a la mesa para echarme un vistazo. Le devolví la mirada. Supuse que debía de tener mi edad, pero su rostro desprendía una sagacidad que la hacía parecer mayor. Tenía los ojos verdes, como los de un gato, la cara llena de pecas y el cabello hecho una maraña de rizos gruesos. Era atractiva: ningún hombre hubiera podido mirarla sin sentirse excitado, pero esa mirada le daba un aspecto un tanto aterrador. Alargó la mano y me acarició la mejilla.

—Es mono.

—¡Mono! —espetó de Valle.

—Bueno, pues guapo. —Sonrió y me dio un golpecito en la nariz con el dedo—. Me gusta.

—Si pudiera permitirse pagar por tus servicios —dijo deValle con mal humor—, no estaría aquí. ¿Por qué estás aquí?

¿Qué se supone que debía decir ante eso? ¿Que era pobre, que debía mi alquiler, que necesitaba un trabajo? ¿O que quería vengarme de mi hermano, socio de unos burdeles, que se había burlado de mí dándome el papel de un hombre solo para descubrir que Francis Flute representaba a una mujer? Mi enfado ante una traición tal me había hecho cruzar el río, pero no era el momento de decir verdades.

—He oído que buscáis actores —dije con toda la dignidad de la que fui capaz.

De Valle gruñó al oírme.

—¿Tienes trabajo ahora?

Asentí.

—En el Teatro, señor.

—¿Entonces por qué quieres dejarlo?

—Soy un empleado, señor —dije—, y de esos ya tienen muchos.

—Así que no te dan muchos papeles, ¿es eso?

—Me gustaría estar más ocupado, señor —dije.

—Es bueno, señor deValle —dijo Francis Langley con entusiasmo. Cuando habíamos hablado en el escenario Langley desprendía confianza, pero ahora,

en presencia de deValle, actuaba con humildad.

—También todos los que hemos visto hasta ahora —dijo deValle—, o eso dices.

—Pero no son tan guapos como este —dijo Becky.

—Échale algo de leña al fuego, niña —dijo deValle—, y mantén cerrada esa boca de puta. —Aún me miraba, con una expresión de disgusto en el rostro—. Tengo entendido —dijo— que los actores también tienen que ser buenos esgrimistas. ¿Es eso cierto?

—Si la obra así lo exige, sí, señor.

—¿Y la mayoría lo exige?

—A la gente le gusta ver peleas de espadas —dijo.

—Entonces veamos si les gustaría verte —dijo deValle, y se acercó a un arcón que había oculto entre las sombras en un extremo de la habitación. Levantó la tapadera, rebuscó un instante entre su contenido y sacó una espada que sacó de su vaina. Me lanzó la espada y yo dejé que cayera en el suelo en vez de intentar cogerla por la hoja. La recogí y me di cuenta de que se trataba de un viejo sable romo y con la empuñadura hecha trizas. El arma estaba mal equilibrada y era incómoda. DeValle sonrió al ver mi expresión y sacó su espada ropera con cazoleta de plata; la larga hoja salió de su funda sin apenas un siseo.

—Hagamos una prueba —dijo deValle—, a ver si eres lo bastante bueno como para entretener a las masas.

—Señor deValle —dijo Francis Langley nervioso.

—Cállate, Langley —dijo deValle con la mirada centrada en mí. Me dio la sensación de que Becky se excitaba—. ¿Primera sangre? —sugirió de Valle, queriendo decir que la pelea concluiría cuando uno de los dos hubiéramos sido heridos.

—En ese caso, quizá debería rendirme ahora —dijo. Blandía la espada torpemente, con la punta hacia el suelo.

—Si deseas un trabajo aquí, no —respondió de Valle con ademán salvaje mientras alzaba su espada ropera.

Estaba proponiendo un combate entre una espada vieja y mal equilibrada contra una ropera. En el escenario los combates solían ser con espadas destinadas tanto a tajos como a estocadas, porque para ellas hacía falta menos

espacio que para blandir las largas hojas de las roperas, y porque a la gente le gustaban los tajos de barrido y las estocadas elegantes. Las roperas no servían para tajar, solo para dar estocadas. Era necesaria tanta habilidad como para cualquier arma, pero su manejo era diferente. Henry Condell y Richard Burbage eran quienes representaban la mayoría de los combates en el Teatro, eran capaces de luchar con ambos tipos de arma, pero el *signor* Mancini, en cuya escuela yo practicaba al menos una vez a la semana, solo me había enseñado a usar el sable.

—Primero aprende con esta —le gustaba decir con su acento líquido—, porque la ropera es así más fácil de aprender.

Fingí no saber nada al encararme con deValle. Sospechaba que era un buen espadachín, orgulloso de su habilidad y deseoso de hacer carne, pero yo no era tan torpe como estaba fingiendo ser. Era actor, así que actué dando la impresión de ser un hombre temeroso y falto de maestría. Permanecí ahí, con los pies juntos ante de Valle, que había adoptado una elegante pose con el pie derecho avanzado y la hoja en ángulo ascendente.

—¿Listo? —preguntó.

—¿Señor? —dije dubitativo.

—Primera sangre, chico —dijo, y dio un paso al frente lanzando un ataque contra mi cara.

Aparté la hoja de un golpe usando el extremo débil de mi espada. Trastabillé de espaldas y esboqué una mueca de alarma.

—Su cara no, señor de Valle —dijo Francis Langley—. Por favor, señor, su cara no. ¡Es actor!

DeValle ignoró las súplicas. Había dado un paso atrás, sonriente. Pensaba que mi bloqueo había sido un golpe de suerte, porque ningún espadachín detenía una estocada con la punta si podía evitarlo. Volvió a dar un pisotón al frente y a lanzar otra estocada, y yo di un paso atrás de inmediato. Era una finta, pero sacudí mi espada y retrocedí como si fuera presa del pánico. DeValle rio.

—Quizá deberías limitarte a hacer papeles de mujer, Shakespeare —dijo.

—Dale, Kit —dijo Becky con crueldad.

—¡Su cara no! —volvió a rogar Langley.

—Su cara no —dijo deValle—. En ese caso, le daré en un muslo.

Sabía que podría atacarme a la cara. Era un matón, confiaba en sus dotes, y quería humillarme. Pero era un mal actor, porque había mentido al decir sin convicción que me alcanzaría un muslo. Solo quería despistarme y luego hacer carne en mi mejilla. Tal y como esperaba, me miró a las piernas, bajó ligeramente el arma, sonrió y atacó. Efectivamente, la larga hoja se dirigió hacia arriba, hacia mi rostro. Di un paso a la izquierda, di un tajo fuerte y rápido a la derecha para desviar la ropera hacia abajo y ataqué para alcanzarle el antebrazo expuesto. La hoja golpeó y deValle esbozó un gesto de alarma. Dejé de mostrarme vacilante y torpe. Me moví ligero; había ganado la iniciativa, su ropera estaba a mi derecha, y, dada la longitud de la hoja, tenía que dar un paso atrás para poder hacer uso de ella, pero no se lo permití. Di un paso al frente, lancé una estocada y detuve la punta a una pulgada de su barba.

—Primera sangre, señor —dije, señalando con el mentón a su antebrazo, donde una mancha de sangre empezaba a empaparle la puñeta.

Por un instante pareció enfurecerse, pero luego forzó una sonrisa.

—Muy listo —dijo.

—La suerte del principiante, señor —dije, al tiempo que bajaba el arma para dar a entender que daba el combate por concluido. Le entregué la espada a Francis Langley.

—La suerte del principiante, ¿eh? —dijo deValle. Envainó el arma—. No lo creo. Creo que eres muy astuto, Shakespeare. Creo que eres una comadreja. Y un granuja. Pero has hecho sangre. —Se subió la manga. Mi hoja roma le había abierto la piel, poco más que eso, pero había sangre, y el moratón que le saldría le serviría para recordarme. Escupió sobre la sangre, restregó la saliva y dejó que la manga bajara de nuevo—. ¿Quién te entrena?

—El *signor* Mancini.

—En Silver Street —dijo de Valle—. Es bueno —añadió a regañadientes.

No podía permitirme las clases de esgrima, pero no tenía forma de hacer papeles masculinos si no hacía alarde de habilidad con la espada. Yo le caía bien al *signor* Mancini, lo que significaba que me dejaba deberle dinero, pero ¿cuánto duraría su paciencia? Pensé en lo desesperado que estaba por ganar unas monedas. Tenía que pagar el alquiler, tenía que comprar comida, tenía que vivir. Y el Teatro apenas se abría ahora que el invierno se recrudecía y el

tiempo empeoraba. Me enfrentaba a la miseria, y ¿cuánto tiempo pasaría antes de que la viuda Morrison me echara a la calle?

—Siéntate. —De Valle señaló a una de las sillas de la mesa. Me senté y de Valle ocupó la silla que había enfrente. Mi espalda daba a la parte abierta de la galería, con lo que la luz invernal le iluminaba la cara. Me observó, aún con desprecio—. Así que sabes luchar —dijo.

—En el escenario —dije desdeñoso—, donde procuramos no herirnos ni hacernos daño, sí.

—El conde de Lechlade, milord —dijo ignorando mis palabras— desea formar una compañía de actores. No comprendo su deseo, pero se ha empeñado. Los actores, tal y como acabas de demostrar, no saben hacer otra cosa que engañar. —Hizo una pausa para servirse un vaso de vino tinto—. Mi labor es encontrarle a mi señor actores que puedan poner en práctica sus artimañas en el corral de comedias del señor Langley.

—El Cisne —apuntó Francis Langley.

—Se llama así —dijo de Valle— porque el emblema de mi señor es un cisne. —Se tocó la enseña que llevaba en el hombro—. Aunque todavía no le hemos dicho el nombre a nadie. Lo divulgaremos cuando anunciemos la primera obra. —Le dedicó a Francis Langley una malévola mirada, y luego volvió a mirarme a mí—. ¿Te gustaría actuar en el Cisne, señor Shakespeare?

—Sí, señor —dije, aunque no estuviera del todo seguro de mi respuesta.

—¿Cuánto ganas ahora? —preguntó.

—Eso depende, señor —dije—, depende de si soy necesario para una obra o de si abre el Teatro. Cuando hace malo no actuamos. Y ahora que es invierno, señor, hay semanas enteras en las que no actuamos.

—No te he pedido una conferencia —dijo—. ¿Cuánto ganas ahora?

—¿En una semana mala? Nada. ¿En una buena? Tres o cuatro chelines. La mayoría de las semanas, uno o dos chelines.

—Una miseria. Nosotros les pagaremos más a los actores que luzcan el delfín de mi señor, ¿verdad que sí, señor Langley?

—Si usted lo dice, señor —dijo Langley.

Parecía alarmado, y tuve la sensación de que el coste de levantar el Cisne se le estaba yendo de las manos, arrastrado por las promesas y exigencias del conde de Lechlade. La nobleza tenía fama de no pagar sus deudas, o de

retrasar sus pagos durante meses o incluso años, y no cabía duda de que el conde esperaba que hubiera más mármol falso, más dibujos de chicas desnudas y mayores cantidades de pan de oro, y Francis Langley estaba haciendo frente a los pagos confiando en que le sería devuelto.

—Pagaremos bien —me dijo deValle. Sus ojos azules, desdeñosos y hostiles, estaban fijos en los míos—. Pero debo decirte que no es complicado encontrar actores. En Londres levantas una piedra y te sale reptando un actor. —Hizo una pausa como si esperara una protesta por mi parte, pero le sostuve la mirada y no dije nada—. Por lo que dice Becky, eres guapo —dijo de mala gana—, y Dios sabe que ha visto a suficientes hombres como para juzgar.

—Es un chico apuesto —dijo Francis Langley.

DeValle no le presto atención.

—¿Sabes bailar?

—Sí —dije.

Vaciló, puede que molesto por que no me hubiera dirigido a él como «señor».

—En ese caso, deberíamos tenerle en cuenta, ¿no es así, Langley?

—¿Tenerle en cuenta? Sí, señor. ¡Es bueno! A la gente le gusta verle.

—¿Pero para qué sirven los actores? —preguntó deValle—. ¿Para qué sirve un corral de comedias? —Hizo esas preguntas y las dejó suspendidas en el aire. Nadie respondió. La leña crepitó en la chimenea y el fuego escupió pavesas cuando cayó un tronco entre las llamas—. Un corral de comedias no sirve para nada —continuó diciendo deValle con desprecio—, y los actores son un desperdicio de dinero, a no ser que haya un guión. Tenemos un corral de comedias, y Dios sabe que podemos encontrar actores, pero ¿dónde está el hombre que escribe los guiones?

Francis Langley arrastró los pies.

—He estado hablando con el reverendo...

—¡No me hables de Venables! ¿Quién representa sus obras?

—Los hombres del lord Chambelán —dijo Langley—, bueno, representaron una.

—*Hester y Asuero* —dije.

—¿Y? —preguntó deValle.

—Una mierda —dije.

Esbozó una genuina sonrisa al oír aquello.

—¡No queremos esas mierdas! ¡Queremos obras de teatro!

—Tom Nashe ha aceptado escribir algo —dijo Francis Langley sin mucha convicción.

—¿Lo has leído?

—Bueno, creo que aún no ha empezado. Dijo que comenzaría en breve. Y Ben Jonson, no le ha conocido aún, señor, pero Ben dice que está dispuesto a pensar en algo... —Su voz fue perdiendo fuerza.

—Ben escribe para la Rosa —apunté.

—Y ha exigido veinticinco libras por un guión —gruñó deValle.

—Sí, señor —dijo Langley.

—Su Excelencia no es una vaca que pueda ser ordeñada —dijo, airado, deValle. Saltaba a la vista que el Cisne tenía su escenario, y no cabía duda de que podría contar con actores, pero no tenía ni un solo guión. DeValle se puso en pie y se acercó a la balaustrada, desde donde observó el escenario que había abajo—. ¿Cuándo estará acabado el corral, Langley?

—A finales de enero, señor. Si hay dinero. —Añadió las tres últimas palabras con un tono desesperado.

DeValle hizo caso omiso de su desesperanza.

—Entonces ¿podríamos hacer una representación a finales de enero?

—Si el tiempo acompaña, sí, señor.

—¡Pero no tenemos un guión! —DeValle, iracundo, se volvió hacia Langley—. ¡No tenemos un guión!

—Lo tendremos, señor. —Langley no lo dijo muy convencido—. Y siempre podemos representar *Los siete pecados capitales*. A la gente le gusta.

—¡Por el amor de Dios! ¡Es una obra antigua! ¡Agotada! Su Excelencia no se gasta una fortuna para que pongas en escena una vieja absurdez que medio Londres ha visto ya. ¿Abrirías un nuevo burdel repleto de viejas sifilíticas y colchones mohosos y apolillados?

—No, señor.

—Tus clientes quieren putas nuevas. Carne fresca. No quieren zorras de segunda mano como Becky.

—Gracias —dijo Becky.

DeValle la ignoró y se volvió para observar el corral.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó de pronto.

—¿Señor? —preguntó Langley, confundido.

—No te lo estoy preguntando a ti. —DeValle seguía dándonos la espalda.

—¿Boda? —pregunté dubitativo.

—La nieta del lord Chambelán se casa con Thomas Berkeley —dijo deValle amenazante—. ¿Cuándo?

—En febrero, señor —dije.

—En febrero —repitió deValle—, y en la corte se habla mucho de esa boda. El lord Chambelán y su esposa han estado alardeando de la obra que se representará en su casa. «Una comedia», ha dicho Su Excelencia. «Una auténtica maravilla literaria», ha dicho ella. ¿La has visto?

Vacilé.

—Partes —admití al fin. No dije que aquella misma mañana había escuchado gran parte de la obra.

—¿Cómo se llama?

—Mi hermano aún está pensando en el título, señor —mentí.

—¿En serio? —DeValle dio media vuelta y se acercó al extremo de la mesa. Se sentó, palpó la bolsa que le colgaba del cinturón y sacó un puñado de monedas de oro. Hizo girar una sobre la mesa. Observé absorto el brillo de la moneda, Becky la miró fijamente y Langley la contempló con avidez—. Tráeme ese guión —dijo deValle quedamente.

Alcé la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Señor?

—Tráeme... ese... guión —repitió, haciendo una pausa entre las palabras. No dije nada. Sentí alarma, miedo, peligro.

—¿Es buena la obra, Richard? —preguntó, nervioso, Francis Langley.

—No lo sé.

—*Lady Anne Hunsdon* dice que es buena —dijo, artero, deValle—. Le ha hablado maravillas a la reina. Dijo que jamás había leído una comedia tan exquisita.

—Sé que la ha leído —dije—, pero es su marido el que paga, y si otro corral de comedias la representara antes...

—También nosotros tenemos amigos en la corte —me interrumpió deValle bruscamente—. El enojo del lord Chambelán es cosa nuestra, no tuya.

—¿Cuántos actores, Richard? —preguntó Langley.

—¡Muchos, señor! —dije, confiando en que la respuesta le resultara desalentadora—. Al menos una docena.

—En ese caso, será caro —dijo Langley.

DeValle hizo caso omiso a lo anterior.

—¿Tienes miedo, muchacho?

—No creo que pueda robar una copia, señor. Las hojas están a buen recaudo.

—¿Lo escribió tu hermano?

—Sí, señor.

—Entonces ¿quién mejor que tú para robarlo? —Hizo rodar por la mesa una de las monedas, y me vi obligado a cogerla antes de que cayera al suelo—. Quédate esa, muchacho —dijo deValle—, y te daré seis más cuando me traigas esas hojas.

Contemplé la valiosa moneda, que lucía enorme, pesada y brillante en mi mano. Una efigie poco agraciada de la reina adornaba una de las caras; su corona colgaba inestable sobre una abundante cabellera. La monarca miraba hacia un lado y su nariz picuda, de algún modo, le daba un aire de petulancia. Le di la vuelta para ver el blasón real, flanqueado por las letras I y R.

—Es un soberano, chico —dijo deValle—, un soberano de oro. ¿Alguna vez has tenido un soberano en las manos?

Negué con la cabeza. Jamás había visto un soberano. Se decía que estaba hecho casi por completo de oro puro, y, aunque su valor era de veinte chelines, se rumoreaba que valía muchísimo más. Coloqué la moneda en la mesa, respiré profundamente y la deslicé hacia deValle.

—El guión está a buen recaudo, señor.

—¿Quiere decir eso que no quieres trabajar aquí?

Si el momento de la zanja en el camino de Stratford a Ettington había cambiado mi vida, ese momento en que le pregunté a Ned Sales adónde iba y le pedí, por impulso, que me llevara a Londres en su carreta, este fue otro de esos momentos. Tenía que elegir. Podía aceptar el oro de deValle y traicionar a mi hermano. Podía robar *El sueño de una noche de verano* y quizá, también, la nueva obra que estaba escribiendo con Verona como telón de fondo. ¡Sería rico! Tendría trabajo. Sería una dulce venganza por el papel de Francis Flute,

por los desgraciados años al servicio de *sir* Godfrey, pero las palabras del padre Laurence también me atormentaban: «No busques la ayuda de tu hermano, ayúdale tú a él».

Me quedé mirando a deValle, quien me observaba con ojos fulminantes.

—¿Y bien, chico?

—¿Quiere que le robe el guión a mi hermano, señor?

—Por Cristo en la cruz, ¿eres imbécil? ¿Acaso no es eso lo que acabo de decir?

Respiré profundamente.

—Si ese es el precio, señor, no.

—En ese caso, fuera de aquí —rugió—. ¡Fuera! ¡Ahora!

Nadie dijo una palabra cuando me puse en pie. Mi silla se deslizó con estruendo sobre el suelo de la estancia. DeValle me miró con odio, Francis Langley arrugó la frente, Becky sonrió, y todos permanecieron callados mientras me dirigía a la puerta. Corrí escaleras abajo, crucé los vestuarios y salí al escenario.

Allí había un hombre vestido de negro, larguirucho y enjuto como un mosquito humano; su cabello, negro y grasiento, asomaba bajo un gorro oscuro de ala ancha; lucía una barba negra y puntiaguda que le llegaba al pecho y su rostro, de facciones angulosas, esbozaba una malévola sonrisa. Alargó un brazo para detenerme.

—Mira quién está aquí —dijo con una mueca digna de deValle—. Pero si es el pequeño Richard... Aunque ya no eres tan pequeño, ¿verdad?

Le aparté el brazo de un manotazo, observé horrorizado su cara macilenta y sonriente, salté del escenario y me alejé. Quise correr, pero decidí caminar, porque no estaba dispuesto a darle a aquel hombre la satisfacción de huir de él.

Era *sir* Godfrey. Su risa burlona me acompañó hasta que abandoné el corral de comedias.

Sir Godfrey Cullen no era caballero. El «*sir*» no era más que el trato cortés que se dispensaba a los ministros de la Iglesia de Inglaterra, y *sir* Godfrey era el párroco de Saint Benet, en Blackfriars. También era propietario

del Scavenger's Yard, ubicado al norte de la ciudad, en Clerkenwell, desde donde suministraba osos, perros y otras bestias para los espectáculos de Londres, aunque su actividad principal había sido la de regente y depredador del coro-escuela para niños de Saint Benet.

Al llegar a Londres mi hermano me había confiado al cuidado de *sir* Godfrey y de Saint Benet. Me uní a otros veintitrés muchachos, la mayoría más jóvenes que yo, que vivían en una cabaña apestosa en el camposanto que había detrás de la iglesia de Saint Benet, *y junto a un* antiguo claustro que había sido convertido en un corral de comedias con capacidad para doscientas setenta personas. Puede que los padres puritanos de Londres detestaran los corrales de comedias, y que los hubieran prohibido intramuros, pero no tenían potestad para prohibir un coro-escuela, y si este decidía representar obras de teatro como parte de la educación de los muchachos, el concejo de la ciudad tenía que tragarse la rabia y soportar tal indignidad. Había tres teatros de jóvenes intramuros, de los cuales el de Saint Benet era el más pequeño, y todos eran muy populares. A ellos acudían ávidas masas de espectadores dispuestos a pagar tres o cuatro peniques para ver brincar, posar y actuar a un grupo de chiquillos.

—Es un chico guapo —había dicho *sir* Godfrey al examinarme durante mi primera visita. Estábamos en la sacristía de Saint Benet, donde *sir* Godfrey estaba despatarrado tras una mesa sobre la que había una biblia, dos espigados cirios y una jarra de vino. Permanecí de pie ante él, preguntándome lo que me aguardaba.

—Ha huido de casa —había dicho mi hermano—, quizá debería mandarle de vuelta.

—Quizá —había respondido *sir* Godfrey sin dejar de mirarme. Su rostro era enjuto, anguloso, y sus ojos, negros y sardónicos—. Quizá —había dicho de nuevo—, pero es guapo. ¿Qué edad tiene?

—Catorce.

—¡Catorce! —Se había estremecido *sir* Godfrey—. Me gusta que mis chicos sean más jóvenes. Es más fácil entrenar a un cachorro. Perros viejos, trucos nuevos, señor Shakespeare, como bien sabes. ¿Sabes leer, muchacho?

—Sí, señor —había dicho yo.

—No puedes ser actor si no sabes leer.

—Sé leer, señor.

—Demuéstralo —había dicho. Cogió una Biblia, buscó una página y empujó el libro hacia mí. Una uña sucia me indicó el verso que quería que leyera.

—«No te acostarás con varón como con mujer —leí, y estuve a punto de titubear, porque no conocía el texto y me sorprendió—, es abominación. Tampoco te acostarás con...»

—¡Suficiente! —*Sir* Godfrey, divertido, había reído—. Así que sabe leer. Y tiene una voz lo bastante agradable.

—Es un muchacho listo —había dicho mi hermano a regañadientes, y recuerdo cómo me sorprendió, porque jamás me había considerado listo.

Sir Godfrey me había observado durante unos latidos.

—Listo y travieso, ¿eh? Sí, ¡travieso! Te escapaste de casa. Listo y travieso. Dista de ser una feliz combinación. Pero es guapo, muy guapo —había dicho con avidez—. Aunque entrenar a los muchachos cuesta dinero, señor Shakespeare, cuesta dinero.

Mi hermano le había pagado. No sé cuánto, tan solo oí el tintineo de las monedas cuando se las entregó, lo que significaba que había sido vendido a Saint Benet y a *sir* Godfrey del mismo modo que había sido vendido a Thomas Butler en Stratford. Así que empecé a vestir una túnica gris y una gola medio almidonada y dio comienzo mi educación de verdad. El lugar, supuestamente, era un coro-escuela, y cada domingo nos calábamos los sobrepellices y cantábamos salmos en la iglesia de Saint Benet, pero en realidad nos estaban entrenando para ser actores, porque ese era el negocio con el que *sir* Godfrey ganaba más dinero: actuaciones en el corral del viejo claustro.

Por ley se nos limitaba a hacer una obra de teatro a la semana, pero muchas veces representábamos tres o más, y dado que actuábamos en el interior, el tiempo no importaba. Nuestro escenario se iluminaba con velas. Los actores más jóvenes tenían ocho o nueve años, yo estaba entre los mayores, y, dado que era alto y que *sir* Godfrey había descubierto que tenía talento para actuar, no tardé en representar los papeles principales. Fui el rey Ciro en *Las guerras de Ciro*, y Faón en *Safo y Faón*. Faón era un humilde barquero al que Venus le había hecho entrega de una exquisita belleza para que sedujese a la reina Safo.

—Ha nacido para ese papel —recuerdo haberle oído decir a *sir* Godfrey mientras hablaba con un noble que asistió a uno de los ensayos—. ¿No te parece guapo?

—Exquisito, *sir* Godfrey —había dicho el noble—. ¿Dónde tiene lugar la acción?

—En Sicilia, milord.

—Y supongo que sabrás que los barqueros sicilianos trabajan desnudos.

—¿De verdad, milord?

—Así es, *sir* Godfrey. Una costumbre extraña, debo admitirlo, pero cierta.

—Una costumbre extraordinaria, milord —había dicho *sir* Godfrey. Era obvio que no se había creído una palabra de lo que había dicho el noble, pero le encantó aquella mentira. Me había sonreído, o, más bien, me había ofrecido una extraña mueca con sus dientes renegridos—. Desvístete, chico.

Sin embargo, ni siquiera *sir* Godfrey se hubiera atrevido a hacerme actuar desnudo en público; en su lugar, actué vestido con un brevísimo taparrabos y con la piel embadurnada de una gruesa capa de albayalde con polvo de perlas para que, a la luz de las velas, mi cuerpo pareciera titilar. *Sir* Godfrey subió el precio de acceso a la obra, que hicimos dieciséis veces, todas ellas con la sala llena.

Yo hacía papeles de hombre porque era alto; sin embargo, todos los muchachos del coro de *sir* Godfrey tenían la obligación de aprender los trucos necesarios para hacer de mujer. Fui Cynthia, la diosa de la luna, en *Endymion*, flotando por el escenario iluminado por las velas con una bata de gasa plateada. Lo hice bien. Sabía que era bueno. Y quería ser bueno, porque actuar bien era un modo de evitar las brutales palizas de *sir* Godfrey o los latigazos propinados por sus dos matones.

Estuve allí tres años. En contra de mi voluntad, pero no tenía adónde ir, y cuando un chico se escapaba de Saint Benet acababa siendo devuelto por los alguaciles, a los que *sir* Godfrey sobornaba. Hasta que cumplí los diecisiete no me atreví a huir, y para entonces *sir* Godfrey parecía satisfecho de verme marchar. A los diecisiete yo ya era demasiado mayor para él. Volví con mi hermano, que me había visto hacer una docena de papeles en el claustro de *sir* Godfrey; mi hermano cedió y me permitió actuar en *Los dos hidalgos de Verona*.

—Eres mayor para ser aprendiz —me había dicho—, así que supongo que eres un empleado. No puedes vivir conmigo. Hay una viuda en Bishopsgate Street que alquila habitaciones baratas. Su marido era un excelente actor, pobre hombre. Le echamos de menos.

Así que hui de *sir* Godfrey, pero en esos tres años había aprendido muchísimo.

Había aprendido gestos para expresar rabia, pena, placer y deseo.

Había aprendido a bailar la giga, el *courante* y la gallarda.

Había aprendido a luchar con espada, ya que la esgrima era habitual en el escenario del claustro de Saint Benet.

Había aprendido a hablar con claridad de modo que mi voz llegara a los espectadores que ocupaban las localidades más baratas, al fondo, o las galerías, en lo alto.

Había aprendido a tocar el laúd, aunque no muy bien, pero sí lo bastante como para cantar una canción en el escenario.

Había aprendido a cantar.

Había aprendido a ocultar mi rostro de modo que los hombres me mirasen con deseo.

Había aprendido a robar.

Había aprendido que los espetones de chimenea que blandían los matones de *sir* Godfrey dolían como los mordiscos de una serpiente, que hacían sangre.

—¡En la cara no! —les ordenaba *sir* Godfrey—. ¡En la cara no! ¡En el culo, dadle en el culo! ¡Y que yo vea esa sangre!

Había aprendido a mentir para evitar las palizas.

Había aprendido a ser chica. Nos hacían vestirnos como muchachas y caminar por las calles, y si ningún hombre intentaba besarnos o manosearnos bajo las faldas, entonces habíamos suspendido el examen, y el fracaso suponía otra paliza. Buttercup nos seguía. Su nombre real era John Harding, pero de algún modo habían acabado llamándole Buttercup. Era el guarda de Saint Benet, y le ayudaba a *sir* Godfrey en todo; era un hombre grande, con músculos de buey y lento tanto de pensamiento como de habla, pero muy correcto. Existía el rumor de que Buttercup era de noble cuna, y quizá fuera cierto.

Aprendí que ser convocado a la sacristía en cualquier momento, pero en

particular después de la misa de vísperas, era convertirse en el juguete de *sir* Godfrey. Y, a veces, algún parroquiano pudiente, cubierto de terciopelo y perlas, perfumes y satén, me esperaba.

—Ve, chico —decía *sir* Godfrey—, y quiero que me hablen bien de ti.

Ganaba dinero con tales encargos. El parroquiano solía recompensarnos, pero nos cacheaban en cuanto volvíamos a Saint Benet, y nos quitaban las monedas.

—Es para los pobres de la parroquia —decía *sir* Godfrey con malicia.

En ocasiones, aquellos hombres eran gordos y asquerosos, mal hablados y sudorosos, y eso nos aterraba.

—Ve, chico. Buttercup te irá a buscar por la mañana —decía *sir* Godfrey, y oíamos el tintineo de una moneda mientras nos sacaban de allí para seguir con nuestra educación.

Había aprendido mucho. De la aburrida inocencia de Stratford, mi hermano me había enviado a la caldera de Saint Benet, que me abrió los ojos al mundo. Ahora, aunque odie a *sir* Godfrey más de lo que odio a cualquier criatura de Dios, le estoy agradecido por la educación recibida. Sé cantar, bailar, hablar, luchar, robar, mentir y disimular. Soy actor.

Buttercup estaba esperando fuera del corral de comedias como el mastín que espera a su dueño. Sonrió con alegría al verme:

—¡Pero si es Richard!

—Buttercup —saludé, suspicaz.

Rompió una avellana con su enorme manaza.

—¿Has visto a *sir* Godfrey?

—He tenido el placer, sí.

—¡Calla! —La abrupta orden estaba dirigida a Sultán, el perro, que había empezado a gruñir, pero dejó de hacerlo al comprobar que Buttercup era una bestia más peligrosa que él—. Buen perro —dijo Buttercup, y luego me miró—. ¿Cómo te va, Richard?

—Bastante bien. ¿Qué os trae por aquí?

—Quieren muchachos —dijo Buttercup señalando con el mentón el túnel de entrada donde el escayolista empezaba a retirar las escalas.

Rompió otra avellana con sus enormes dedos índice y pulgar, y me ofreció una. Se acercó a mí, con ese rostro plano como una pala, la nariz rota, la dentadura aserrada, una cicatriz en la frente y otra en la mejilla. Sus manos eran gigantes; sus piernas, como los troncos de un árbol, y el pecho, como un barril. Era todo hueso y músculo; vestía con lana tosca y cuero lustroso.

—Muchachos —repitió.

—*Creía* que el coro —escuela había cerrado— dije.

—Así es, así es. —Buttercup frunció el ceño, como si le costase recordar el cierre de la escuela de Saint Benet. Yo había oído que el techo del corral se había venido abajo dado que las viejas vigas se habían ido pudriendo. *Sir* Godfrey tuvo la suerte de que, en ese momento, el viejo claustro estaba vacío —. Pero *sir* Godfrey aún tiene muchachos —siguió diciendo Buttercup—; ahora son siete, los suficientes para un coro. No es como en los viejos tiempos, Richard. ¡Aunque también tenemos bestias!

—¿Vais a hacer espectáculos de animales aquí? —pregunté.

Volvió a fruncir el ceño como si no comprendiera la pregunta. Luego asintió.

—El señor deValle nos ha contratado para hacer los espectáculos de animales. Podemos traerle perros, el oso y los gallos, aunque los gallos no son tan populares como los perros. ¡Echo de menos los viejos tiempos! Pero, dado que tenemos a los muchachos del coro, podemos ofrecer chicos y bestias. — Se le iluminó el rostro al decir eso—. ¡Chicos y bestias! —rio. Luego partió otra avellana—. ¡Te vimos!

—¿Me visteis?

—En esa obra de *Hester* —dijo—. Lo hiciste bien. Cómo te arrugaste cuando aquel cabrón intentó violarte. Me gustó.

—Me violó —dije.

—Me gustó esa parte —dijo—, y lo hiciste bien. —Hizo una pausa, y luego me dedicó una sonrisa—. Sigues siendo la chica más guapa del escenario, Richard.

—Ya estoy mayor para eso.

—¡No, no, no! Lo haces de maravilla. Y la voz está muy bien.

—Mi voz cambió hace mucho tiempo, Buttercup. —A mí me gusta así, gutural y ronca. ¿Otra avellana?

—No, gracias.

—Pero tu hermano... balbucía.

—Le dolía la garganta.

—Y estaba rígido. Caminaba como un pato.

—Hacía de villano —dije, al no tener más que añadir.

—Pero tú me gustaste —dijo Buttercup con calidez—. ¿Y qué? ¿Vas a actuar aquí?

—No —dije con firmeza. Aunque me hubiera sentido tentado por el oro de deValle, habría declinado su oferta en cuanto hubiera sabido que *sir* Godfrey formaba parte de sus planes—. Solo he venido a ver el corral de comedias —dije a modo de explicación. Las campanas de las iglesias empezaban a dar la una por todo Londres—. Y tengo que irme, Buttercup.

—El otro chico también ha estado aquí —continuó Buttercup.

—¿El otro chico? —pregunté. El sonido de las campanas arreciaba a medida que más y más iglesias daban la una.

—Ese al que le besaste los pies —dijo, refiriéndose al momento en el que Uashti se arrastraba a los pies de Hester. Así que Simon Willoughby había pasado por aquel corral de comedias. Entonces recordé al noble que le había acosado en el palacio de Whitehall. El noble de cabello claro que había comprado un corral, que contrataba actores y que no tenía guiones—. Un chico guapo —añadió Buttercup con un tono melancólico.

—Tengo que irme —dije.

—Que Dios te acompañe —dijo Buttercup educadamente.

Caminé por el callejón a toda prisa, hacia el río, y corrí por la margen hasta las escaleras de Paris Garden. Los cisnes se amontonaban en torno al embarcadero. Allí esperaban dos barqueros.

—¿Necesita un bote, joven señor? —preguntó uno.

Negué con la cabeza. Pude ver que Silvia estaba ya en mitad del río. Estaba de espaldas a mí, mientras su padre la llevaba remando hacia las escaleras de Blackfriars. Sentí una profunda tristeza. Unos minutos más y la habría alcanzado. Yo era el hazmerreír en la compañía de mi hermano. Me sentía solo, abandonado, pobre y triste. Me dirigí al este, al puente, y aunque debería haber estado pensando en Simon Willoughby, lo que ocupaba mi mente era una canción, una canción de la obra de mi hermano *Los dos hidalgos de*

Verona. Había sido mi primer papel en una obra de los hombres del lord Chambelán, y ahora, echando la vista atrás, me preguntaba si se había tratado de un presagio. Había hecho el papel de Julia, disfrazada de muchacho, y Henry Condell, en el papel de tabernero, me había cantado.

«¿Quién es Silvia, y por qué a tantos hace de amor suspirar?

¿Quién es Silvia, que consigue de todos hacerse amar?

La dama pura y hermosa, fragante como una rosa.

Tiene gracias a millares y es su rostro angelical.

Pero ¿qué son sus encantos, conociendo su bondad?

Para realzar su candor reina en sus ojos amor.

Cantemos todos a Silvia, a sus dones y ternura.

Rindámosle pleitesía por su exquisita hermosura,

pues nadie al verla a su lado no se siente enamorado».

6

No quise reír.

Seguía resentido con la jugarreta de mi hermano, aunque, por resentido que estuviera, me vi recitando la parte de Flute cada vez con mayor entusiasmo. No era de extrañar, pensé, que la esposa del lord Chambelán hubiera alardeado de la obra en la corte, porque cuando llegué a las escenas finales me resultó difícil seguir adelante de la risa.

El duque Teseo y su novia, Hipólita, querían entretenimiento para su noche de bodas, y tuvieron la mala fortuna de elegir una obra representada por un grupo de comerciantes atenienses, «los mecánicos», los había llamado mi hermano. Francis Flute era uno de ellos. Al duque le habían advertido de que la obra de los mecánicos era mala, horrible, de hecho, pero insistió en que quería verla, así que teníamos que representar *Píramo y Tisbe*.

La falta de tiempo nos había obligado a abandonar la primera lectura de *El sueño de una noche de verano* en la mansión de Blackfriars, así que acabamos dos días después encaramados a las incómodas banquetas que había en torno al gélido escenario del Teatro, y, mientras leíamos, recordé la primera obra de mi hermano. Yo tenía diez años entonces y él, veinte. Solo llevaba dos años casado, y enseñaba en una escuela de aldea cerca de Stratford. Sir Robert Throckmorton, un gran terrateniente de la cercana Coughton, quería lo que él llamaba un «interludio» para la boda de su nieta, y mi hermano se encargó de escribirla. El interludio, en realidad una obra de teatro corta, se llamaba *Dido y Acerbas*. La representaron mi hermano, que hacía el papel del villano

Pigmalión; uno de sus alumnos, que hizo de Dido; un comerciante de lana de Alcester, que era el desafortunado Acerbas, y otra media docena de vecinos, todos ellos artesanos. Ensayaron durante al menos tres semanas, y, dado que *sir* Robert era un hombre generoso, la gente de las aldeas circundantes fue invitada a ver la representación.

La historia, como sabe todo aquel que ha estado en una escuela, es una tragedia que acaba cuando Dido se suicida lanzándose a las llamas. No sé lo que le hizo pensar a mi hermano que era buena idea celebrar una boda con una obra sobre la muerte, es un misterio, pero la tragedia, en vez de provocar lágrimas, primero fue recibida con risas nerviosas, que fueron creciendo y creciendo hasta que los asistentes no pudieron contener su júbilo, y todo el público, burgueses y plebeyos, acabaron llorando de risa. *Sir* Robert, lejos de mostrarse contrariado por el desastre, declaró que había sido lo mejor que hubiera visto nunca, pero mi hermano lo sufrió mucho. Una vez le pregunté si había guardado una copia del guión y él frunció el ceño al oírlo. Luego murmuró, sombrío, que había compartido el destino de Dido.

—Lo he quemado.

El interludio había concluido con la heroína muriendo en las llamas. Mi hermano primero había pensado en usar braseros de hierro con leña ardiendo para recrear la crucial escena, pero *sir* Robert había temido por la seguridad de su gran casa y, por tanto, en vez de eso, seis de los alumnos de mi hermano, que no tenían más de diez años, se vistieron con túnicas rojas, capuchas rojas y guantes rojos.

—¡Somos las llamas! —había proclamado uno de ellos al entrar en fila en el provisional escenario. Se acuclillaron al borde de la plataforma para ir poniéndose en pie lentamente mientras se bamboleaban de un lado a otro moviendo las manos por encima de sus cabezas al tiempo que decían una y otra vez:

—¡Somos las llamas! ¡Somos el fuego! ¡Llamas ardientes, fuego llameante!

Mientras tanto la heroína, vestida con una túnica blanca que era demasiado grande para el cuerpo menudo del actor, aullaba en su agonía de muerte e intentaba que sus palabras se oyeran por encima de las llamas cantarinas. Al igual que el resto de los integrantes de la obra, los muchachos habían sido valientes, siguiendo adelante con sus intervenciones a pesar de las risas que

inundaban el salón, y todos, adultos y niños, fueron generosamente recompensados por *sir* Robert en metálico. Mi madre rio con el resto de los presentes, aunque Anne, la esposa de mi hermano, estaba furiosa, y se quejaba de que su marido había avergonzado a la familia.

Sin embargo, en su nueva obra escrita para la nieta del lord Chambelán, mi hermano había convertido la morralla de *Dido y Acercas* en el oro de *Píramo y Tisbe*. Recordaba a medias la historia de Píramo de mis clases de latín en Stratford, sabía que trataba de una pareja de amantes a los que sus padres les habían prohibido que se casaran, pero que se daban cita, en secreto, a ambos lados del muro que separaba sus casas. El muro tenía una grieta por la que los infortunados enamorados susurraban o, en nuestro caso, declamaban sus palabras de eterna devoción.

Yo tenía que hacer de Tisbe y Will Kemp de Píramo, y me daba pavor, porque Will Kemp era todo un matón. Ante el público que abarrotaba el Teatro y para la gente que le saludaba por la calle, Will se mostraba jovial y abierto, de sonrisa fácil, con chispa, pero en la compañía, alejado de sus admiradores y adoradores, podía ser hosco y brutal. También era buen actor, tan bueno que mi hermano escribía papeles diseñados específicamente para él, pues sabía que la gente pagaría más de una vez por verle hacer el payaso, cantar y brincar. Kemp siempre se enfadaba si la compañía representaba una obra que no tenía una parte cómica acorde a sus talentos, porque estaba convencido de que el público venía a verle a él, no a Richard Burbage. Pero en Nick Bottom, el tejedor, sabía que había encontrado una joya, y, por primera vez, ni gruñó ni discutió, sino que se lanzó a representar al personaje con entusiasmo. Cuando llegábamos el final de la obra y los comerciantes de Atenas al fin le presentaban el interludio de *Píramo y Tisbe* al duque, Kemp ya era incapaz de seguir leyendo sentado. Tenía que ponerse en pie y moverse. Llevaba sus hojas consigo y leía mientras actuaba.

«*¡Oh, noche enlutada! ¡Noche severa!*

¡Oh, noche, que eres siempre cuando no es de día!

¡Oh, noche, oh, noche, me turbas, me turbas, me turbas!».

Le dio al estúpido discurso una entonación a la vez heroica y burlona, lamentándose de que su amada, Tisbe, no se había acercado al muro hasta que, al fin, llegó. Me puse en pie y recorrí el escenario. Will Kemp había levantado a Richard Cowley, el empleado que hacía de Tom Snout, de su banqueta y le había arrastrado al centro del escenario.

—Tú eres el muro —le dijo; le cogió la mano e hizo que separase los dedos—. Esta es la grieta del muro —explicó Kemp, y luego me hizo un gesto con la cabeza—, venga.

—¡Oh, muro —declamé—, que demasiado a menudo oyes mis lamentos porque te interpones entre mi amado Píramo y yo! —Le di a mi voz un tono demencialmente agudo. Me había quitado el sombrero para liberar mi melena; moví las caderas, di pasos pequeños, y, dado que ya me había aprendido las palabras, tenía las manos libres para llevármelas al pecho—. ¡Cuántas veces han besado tus piedras mis labios de color cereza! —me lamenté; luego me incliné hacia delante y le di un beso baboso a la mano extendida de Cowley. La compañía al completo rio, solo que ahora no se reían de mí, sino de Francis Flute, el personaje que hacía de mujer de manera tan grotesca.

Kemp llevó la escena más allá haciendo cada gesto más pronunciado, esbozando muecas muy exageradas y marcando la estupidez de las palabras:

—¡Veo una voz! —exclamó con los ojos abiertos al máximo—. Me acercaré a la grieta —se aproximó al muro dando sonoros pisotones— y miraré. —Se inclinó poniendo el culo en pompa; luego se volvió con gesto de asombro hacia el patio—. ¡Puedo oír el rostro de mi Tisbe! ¿Tisbe?

Resollé de emoción, volví a juntar las manos, giré sobre mí mismo, hice una coquetería y hablé con voz más aguda aún:

—¡Mi amor! ¡Eres mi amor! ¿Verdad?

Kemp arrugó los morros y los juntó a la mano de Cowley; luego gruñó y le dio a su voz un tono bestial y ansioso.

—¡Oh! ¡Bésame a través de la grieta de este vil muro!

Corrí hacia «el muro», me detuve y besé la mano.

—¡Solo beso el agujero —me lamenté—, pero no tus labios!

En el escenario todo el mundo reía. Will Kemp se irguió.

—¿No sería mejor «agujero»? —le sugirió a mi hermano.

—¿Agujero?

Kemp imitó mi voz de mujer:

—¡Solo beso el agujero —chilló—, pero no *tu* agujero!

De nuevo, hubo risas.

—Queda mejor —reconoció mi hermano—, pero al lord Chambelán puede que no le guste. Y a su esposa, aún menos.

—Tienes razón, Will, ¡tienes razón! —Por una vez Will Kemp no se lanzaba a discutir—. Déjalo como está —me dijo.

Momentos después fue Will Kemp el que volvió a pensar en un pequeño cambio del guión. Tenía que ver con la escena de su muerte. Creía, aunque por equivocación, que Tisbe ya estaba muerta, así que se clavaba la espada una y otra vez. La muerte, como no podía ser de otro modo, nos hizo reír. Se dio varias puñaladas, todas ellas dramáticas, dio vueltas sobre sí mismo, cayó, volvió a ponerse en pie y cayó de nuevo. Sus últimas palabras como Píramo fueron susurros agónicos:

—Muero, muero, muero, muero... —declamó; luego hizo una pausa: era evidente que no recordaba lo que seguía. Frunció el ceño, incapaz de recordar o dar con la siguiente palabra. Miró la hoja buscando la línea y permaneció en silencio hasta que, al fin, Isaiah Humble, el apuntador, le ayudó:

—Es «muero», Will.

—¡Muero! —aulló Will.

Y todos reímos, tal y como él pretendía. Incluso mi hermano, a quien las modificaciones de Will Kemp a sus palabras le crispaban los nervios, rio.

—Eso sí que lo haremos —dijo—, gracias Will.

—¡Ah! —dijo Will Kemp entusiasmado—. ¡Qué buenos somos!

Los rostros de los integrantes de la compañía se mostraban ansiosos. La obra nos había cautivado; sabíamos que iba a funcionar, ya anticipábamos las risas del público, el brote de los aplausos, la emoción de saber que la gente clamaría por ver la obra.

Mientras que, al otro lado del gélido río, había hombres dispuestos a robárnosla.

Al día siguiente llovió. Y al otro. Y siguió lloviendo, sin descanso,

jarreando, inundando las calles y cayendo agua en cascada de los tejados de Londres. También hacía frío, tanto frío que al tercer día la lluvia se convirtió en granizo, traído por un implacable viento del norte. El Teatro permaneció cerrado. A veces actuábamos cuando hacía malo, aunque solíamos acelerar las obras cuando empezaba a llover, pero no había forma de actuar con aquel vendaval. Así que no había bandera en la torre, ni trompeta que convocara al público para que atravesara Finsbury Fields.

Yo lo que quería era quedarme en casa, bajar a la habitación del padre Laurence y temblar ante su hoguera, pero también quería volver a ver a Silvia, así que me inventé una excusa. Alan Rust, viendo que las nubes se acumulaban antes de que llegaran las lluvias, había anunciado que la compañía ensayaría las últimas escenas en Blackfriars.

—El lunes —dijo— empezaremos con los cortesanos. Esto es, el duque Teseo, Hipólita, los cuatro amantes y Filóstrato.

Los mecánicos, aunque aparecían en la corte ducal al final de la obra, no fueron convocados, pero yo recorrí Londres envuelto en una gran capa que ya estaba empapada antes de que llegara a Moorgate.

—Pareces una rata ahogada —dijo mi hermano a modo de saludo—. ¿Qué haces aquí?

—Puede que lleguemos a la escena de Píramo y Tisbe —sugerí, consciente de que no sería así.

—No llegaremos —dijo él bruscamente—, y no harás más que estorbar. Vete a casa.

—Dentro de un rato —dije.

Un gran fuego ardía en la enorme chimenea, y me acuclillé junto a esta para que su calor se colara entre mis ropas empapadas. Mi hermano dudó, como si quisiera insistir para que me fuera, pero Isaiah Humble, que no hacía más que sorberse los mocos, quería que mi hermano le descifrara algunas de las palabras, dado que no las entendía. Así que me dejaron solo.

El gran salón era un hervidero de actividad. Los cortesanos estaban al fondo, bajo el ventanal del mirador, donde Alan Rust los iba guiando escena a escena, decidiendo por dónde debían entrar y dónde debían colocarse. Tres carpinteros serraban y martilleaban bajo la galería de los músicos, preparando el escenario y el nuevo biombo, mientras que Jean, nuestra sastra,

desenrollaba grandes rollos de tela sobre la gran mesa.

—Ven a echarme una mano, querido —me dijo.

Jean estaba entusiasmada. Nuestro vestuario era variopinto; algunos atuendos era bonitos, la mayoría desgastados, y en todos se notaba el uso, pero por lo visto *lady Anne Hunsdon* había decretado que el vestuario para *El sueño de una noche de verano* fuera vistoso y distinto.

—Quiere que sea como en una mascarada —me dijo Jean—, y me ha puesto a una chiquilla muy avispada para que me ayude. ¡Mira esto! —Desenrolló uno de los tacos de tela; era seda brillante—. Solo el Señor sabe lo que cuesta. ¡Y esto! —Sacó un rollo de terciopelo azul oscuro de debajo de la pila—. ¡Y esto! ¡Dios misericordioso! —Pasó la mano por un rollo de satén amarillo pálido y luego sacó otro—. ¡Y terciopelo! Treinta chelines la yarda en Cheapside. ¡Y *sarsenet*! ¡Solo Dios sabe lo que cuesta esto! ¡Puntilla! ¡Paño! ¡Tafetán! ¡Ahhh! Y esto. —Hizo una mueca.

—¿Qué es eso?

—Fustán —dijo—, verde, como las cagadas de ganso. Odio este color. Aun así, servirá para tu abrigo. ¿Puedes llevarme todo esto?

—Quiero un abrigo de seda.

—Francis Flute no lleva seda, tontorrón. Extiende los brazos.

Obedecí y alargué los brazos.

—¿Adónde vamos?

—A las habitaciones de la señora —dijo mientras amontonaba los rollos de tela sobre mis brazos—, y no digas ni una palabra sobre la obra.

—Descuida.

—Su Excelencia confía en que la reina venga a la boda, así que todo tiene estar perfecto —dijo al tiempo que se me adelantaba para abrir las puertas principales. Esperó a que estuviéramos en el gran pasillo, se volvió hacia mí y bajó la voz—. ¡Dicen que Su Excelencia es hermanastro de la reina!

Sonreí.

—Habladurías, Jean, habladurías.

—¡No, es cierto, lo juro por Dios! Su madre era María Bolena, la tía de la reina. Y María Bolena fue la amante de Enrique el Gordo antes de que la casaran. Pobre muchacha. ¿Puedes imaginar a una bola de carne como esa embistiéndote entre las piernas? Por aquí. Y no digas nada.

Jean siguió adelante a toda prisa, luego se detuvo y se volvió una vez más.

—Pero puede que la reina no venga a la boda. No le cae bien la madre del novio.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Todo el mundo lo sabe!

—Pues yo no.

—*Lady Berkeley* compró un laúd cubierto de piedras preciosas. Y la reina se había propuesto que debía ser suyo, pero *lady Berkeley* lo compró primero y no quiso dárselo, así que no se hablan. Si yo fuera *lady B*, le daría el laúd sin pensarlo, y asunto concluido. A ver, un laúd es un laúd, ¿no crees? Todos hacen el mismo sonido. Y ahora calla. Ni una palabra.

Me llevó por un laberinto de pasillos que desembocaba en una puerta entreabierta, donde me indicó que esperara mientras ella entraba en la habitación. La vi hacer una reverencia.

—¿Puede entrar el señor Shakespeare, *milady*?

—¿Tiene los pies limpios? —preguntó una voz, provocando un coro de risillas.

—Tan limpios como nunca vayan a estarlo, *milady*.

—En ese caso nos arriesgaremos a que esté presente.

Jean se volvió y me dedicó una sonrisa.

—Entra, Richard.

Tuve que entrar de lado, porque los rollos de tela eran demasiado grandes. La estancia era panelada, un fuego le daba calor y había tapices colgados de las paredes. Seis mujeres me vieron entrar y me hicieron sonrojar. Dos de ellas estaban sentadas en sillas de respaldo alto, e hice una aparatosa reverencia en su dirección. Una de ellas era Elizabeth Carey, la novia, y junto a ella había una mujer mayor, agraciada, con el mismo tono de cabello que Elizabeth. Los ojos de la mujer eran brillantes e inteligentes, y su sonrisa se agrandó cuando le dediqué la reverencia.

—¡Cómo me alegra ver a un hombre haciendo algo útil! —comentó.

Todas las mujeres rieron. Cuatro de ellas eran sirvientas o damas de compañía, todas estaban sentadas en cojines y, entre ellas, estaba Silvia. La vi mirarme, vi la sonrisa en su rostro, y, temiendo sonrojarme, aparté la mirada a toda velocidad.

—El señor Shakespeare es uno de los actores, madre —dijo Elizabeth Carey.

Vestía de azul pálido; el satén de su falda estaba ricamente bordado con hilo de plata en forma de hiedra. Sus cabellos claros era largos, tal y como correspondía a una muchacha soltera. Su madre, *lady* Carey, llevaba un vestido rojo oscuro con rayas blancas, y parecía divertirse mi presencia.

—¿Tu hermano es el poeta? —preguntó al fin, después de mirarme de arriba abajo.

—Así es, *milady*, sí.

—Eres muy afortunado.

—Deja los rollos, Richard —dijo Jean mientras señalaba una alfombra turca en el centro de la estancia. Una feroz hoguera ardía tras las dos sillas con respaldo. La lluvia repiqueteaba en las ventanas de patrones romboidales que daban a un patio.

—Tu hermano es un hombre inteligente —dijo *lady* Carey.

—Lo es, *milady* —afirmé al no tener más que decir. Luego, torpemente, dejé los rollos de tela en la alfombra.

—Puede que sea inteligente —dijo con malicia Elizabeth Carey—, pero no es tan guapo como tú.

Todas las muchachas rieron entre dientes y yo, por supuesto, me puse de color escarlata.

—¿Elizabeth! —dijo *lady* Carey, aunque sin severidad.

—¿Sabrás volver al salón tú solo? —me preguntó Jean.

—Creo que sí. —Lo dije dubitativo, porque el viejo monasterio era un laberinto de habitaciones, pasillos y antecámaras.

—¿Vas a privarnos de la compañía del señor Shakespeare? —preguntó *lady* Carey—. Confiaba en que nos contara algo sobre la obra. Tu abuela la ha leído —le dijo a su hija—, y afirma que es asombrosa, aunque al resto se nos niega el placer.

—Efectivamente, madre, se nos niega —dijo Elizabeth Carey.

—Y aquí está el mismísimo señor Shakespeare —dijo *lady* Carey—. Te ordeno, señor Shakespeare, que nos hables de la obra. —Me dedicó una mirada imperativa—. ¿De qué trata?

—Yo... —dije, y me detuve—. Es muy complicado, *milady* —dije

vacilante—. Solo me sé las pocas partes en las que actúo yo.

—¡Pocas partes! —Esbozó una media sonrisa que convirtió en un ceño fruncido—. ¡Para ser actor mientes muy mal! ¿Qué personaje representas?

Dudé. Hubiera querido decir «un enamorado», para impresionar a Silvia, pero pensé que esa respuesta no haría más que generar más preguntas que no podía responder; entonces, antes de que pudiera decir nada, Elizabeth Carey preguntó, desafiante:

—¿Eres un hada?

—¡No, *milady*! —dije con demasiada vehemencia.

—Pero ¿hay hadas en la obra?

—Sí, *milady* —dije, sabiendo que mi hermano ya se lo había desvelado.

—Pero si no eres un hada —dijo *lady* Carey fingiendo confusión—, ¿qué eres? ¿Un ogro? ¿Un demonio?

—Soy un reparador de fuelles, *milady*.

Sus ojos se abrieron al máximo. Era evidente que lo estaba disfrutando.

—¡Un reparador de fuelles! Bueno, supongo que es una labor muy útil. ¿Hay muchos fuelles en la obra? —No supe qué responder, así que no dije nada—. Por lo visto, ya sabemos algo más, amigas —continuó—. ¡La obra cuenta con un reparador de fuelles! Debo confesar que estoy intrigada. ¿Reparas fuelles en el escenario?

—No, *milady*.

—¡En ese caso eres un reparador de fuelles que no repara fuelles! ¡Qué intriga! ¿Y qué haces si no es eso?

—Actúo en una obra, *milady* —dije, y esa era, por supuesto, la respuesta más verdadera que le ofrecí.

Lady Carey suspiró.

—Es un reparador de fuelles muy terco. Silvia, guía al tozudo reparador de fuelles hasta el salón.

—Sí, *milady*.

—Y si te topas con algún fuelle roto, dáselo para que lo arregle. Pero primero acércate, jovencito. —Obediente, caminé hacia su silla e hite una reverencia—. Solo te estaba tomando el pelo —dijo—, pero estamos ansiosas por ver vuestra obra.

Dicho esto, hurgó en su monedero, sacó unas monedas y me las ofreció.

—*Milady*... —Empecé a balbucir mi agradecimiento.

—Ve —dijo con una sonrisa.

Por casualidad Silvia era la sirvienta que estaba más cerca de la puerta, y, por eso, fue elegida para hacerme de guía. Le hice una reverencia a *lady* Carey una vez más, caminé de espaldas, con desmaña, y a punto estuve de tropezar con los rollos de tela. Luego crucé el umbral siguiendo a Silvia. Reía entre dientes.

—¿Un reparador de fuelles? —dijo, y me tiró de la manga para alejarme de la habitación y que no nos oyeran—. *Lady* Carey es un encanto —dijo.

—Es amable —repuse. Me acababa de dar cuatro chelines. ¡El sueldo de una semana!

—Y le encanta la poesía. A veces nos lee. No entiendo ni la mitad, pero tenemos que escuchar. Ahora está leyendo un poema sobre un caballero que luce una cruz roja y un dragón. Es muy bonito. Pero... por Dios... qué largo es. —Rio—. Y su hija es igual, siempre está leyendo poesía. Y, claro, las dos están entusiasmadas con la obra. Todas lo estamos. ¿Viste el corral de comedias? ¿Cómo era?

—Grande.

—Eso ya lo he visto yo —dijo con desdén. Caminaba con calma—. Me encantaría ir a un corral de comedias.

—¿Nunca has ido?

—Jamás.

—Yo te llevaré —dije con un poco de vergüenza.

—Eso será si algún día me dejan salir de aquí. —Rio—. Tengo que volver, se supone que tenemos que coser los atuendos. —Siguió caminando lentamente—. ¡Están gastando un montón de dinero! Bueno, tienen mucho para gastar. —Hizo una pausa al torcer por un pasillo panelado—. Supongo que veré la obra que hagáis aquí, ¿no?

—Eso espero.

—Y estarás aquí en Navidad.

—¿Ah, sí?

—Van a hacer una obra en Navidad, ¿no lo sabías? Por eso se están dando tanta prisa con el salón. Tienen que acabar con la carpintería. Así que veré dos obras de teatro.

—Así es —dije—, pero no es lo mismo que verlas en un corral de comedias.

—¿No?

—El corral es más bullicioso.

—Me gusta el bullicio —dijo con una sonrisa.

—Si acaba en disturbios, seguro que no —dije.

—¿Disturbios?

—Hubo disturbios el año pasado —le dije—; a algunos aprendices no les gustó la obra y empezaron a tirar cosas, y luego se subieron al escenario, y tuvimos que echarlos amenazándolos con trabucos y alabardas. También pasó en Greys, la taberna. Estábamos representando *Ricardo II*, y lo que querían era *La comedia de las equivocaciones*.

—¿Y qué hicisteis?

—*La comedia*. Mejor eso a que te rompan la cabeza.

Sonrió.

—No queremos que a Francis Flute le revienten la cabeza, ¿verdad? ¡Ten cuidado! Esto está muy oscuro.

El aviso tenía que ver con que había torcido hacia un pasillo estrecho alejado de cualquier ventana. Me percaté de que me estaba llevando de vuelta al gran salón por un camino más largo del que había usado Jean, y ahora, en la esquina oscura en la que se unían ambos pasillos, se detuvo y me miró a los ojos. Por un instante no dijo nada, se limitó a observarme, y el momento se me hizo extrañamente largo. Luego, haciendo acopio de valor, me incliné y la besé. Fue un impulso. Un impulso orquestado por ella, por supuesto. Se había detenido, me había sonreído y había esperado. Y yo, simplemente, había hecho lo que ella quería. La besé y ella me besó a mí, y a partir de entonces ni ella ni yo tuvimos nada que decirnos. Me sentí aturdido.

Ella seguía sonriendo, seguía sin moverse.

—¿Quién es Silvia? —pregunté—. ¿Y por qué a tantos hace de amor suspirar?

Volvió a mirarme; sus ojos, enormes, flotaban en la oscuridad.

—¿Te lo has inventado?

—Sí —dije.

—Eres muy gracioso. —Se puso de puntillas y volvió a besarme—. Tengo

que volver, ve recto por ese pasillo.

—¿Volveré a verte? —le dije cuando me dio la espalda.

Se despidió de mí con un gesto de la mano sin volverse y se fue.

Estaba enamorado.

Seguía lloviendo. Cuando regresé al salón pude ver el granizo cayendo al otro lado del mirador y oír el lamento del viento en la gran chimenea. Seguía aturdido, intentando aliviar la sensación que había dejado en mí el beso de Silvia y, al mismo tiempo, sintiéndome decepcionado por el hecho de que ahora estuviera ocupada tejiendo, porque no tendría forma de verla. No tenía nada que hacer en el salón, pero no quería marcharme. Me acerqué al fuego generoso para intentar una vez más que se secaran mis ropas. Richard Burbage, Henry Condell, Alexander Cooke y Kit Saunders estaban ensayando para Alan Rust mientras el resto de los actores observaban. Alexander y Kit hacían de muchachas, y estaban en la parte frontal del escenario imaginario, mientras los dos hombres observaban desde atrás. Kit era bajo para su edad, y Alexander era alto. Mi hermano había escrito para ellos según su estatura.

—¡Eres una marioneta! —chilló Alexander.

Cuando habíamos leído la escena por primera vez *la gente* había reído al ver la pelea entre las dos muchachas, pero el tiempo parecía haber empañado nuestro ánimo, y nadie hacía gala de entusiasmo alguno.

—Muévete más hacia la izquierda —le dijo Rust a Kit.

Una ráfaga de viento salpicó la ventana de lluvia, y las llamas, en la chimenea, bailaron.

—¿Cuán baja soy, maldita cucaña de colores? ¡Habla! —le gritó Kit a Alexander—. ¿Cuán baja soy? ¡No tanto como para que mis uñas no puedan alcanzarte los ojos! —Corrió por el escenario con los dedos como garras para arañar los ojos de Alexander.

—Grítale mientras corres —le dijo Alan a Kit—. ¡No quiero silencio! ¡Y tú, no dejes que te alcance! —añadió Alan dirigiéndose a Alexander—. Deja que se te acerque y luego huye para salvar la vida. Refúgiate detrás de los dos hombres.

—¿Y yo la sigo? —preguntó Kit.

—No, te quedas donde estaba ella. Te vuelves, la miras, pero no vas a atacarla mientras está con los hombres. Hagámoslo de nuevo.

Richard Burbage, ya fuera por cansancio o por aburrimiento, cogió una de las sillas de la gran mesa y la llevó al improvisado escenario. Se sentó. El escenario real lo estaban construyendo en el otro extremo del salón, inundando el ambiente con el sonido de las sierras y los martillos. Alan Rust miraba por encima del hombro de Isaiah Humble y leía el texto cuando, de pronto, Isaiah estornudó.

—¡Por el amor de Dios, Isaiah! —Rust dio un paso atrás como respuesta al estornudo.

—Perdón —dijo Isaiah, y volvió a estornudar.

Rust le arrebató las hojas y se alejó de Isaiah.

—¿Kit? —dijo—. Empieza desde «tramposa, oruga roedora, ladrona de amores».

—Perdón —repitió Isaiah. Tenía aspecto de estar enfermo, pero quién no se encontraba mal con ese tiempo triste, frío y húmedo.

Mi hermano se acercó a la chimenea.

—Mañana ensayaremos Titania y Oberón —me dijo—, y los mecánicos el viernes. ¿Te sabes tu parte?

—Me lo sé todo.

—En ese caso no tienes por qué quedarte —dijo sin rodeos—. Vuelve el viernes.

—Esperaré a que escampe.

—No va a escampar. No escampará nunca. El cielo está más negro que el culo de Satán. —Se volvió para ver cómo gritaba y corría Kit por el escenario.

—¡Más rápido! —gritó Alan Rust—. Corre como si quisieras matarla. Hazlo de nuevo.

—¿Vas a hacer una obra aquí en navidades? —le pregunté a mi hermano.

Hubiera preferido preguntarle si era verdad que era socio de Francis Langley en un burdel, pero sabía que esa pregunta solo hubiera dado lugar a una burla y que no habría obtenido respuesta.

—¿Una obra para navidades? —dijo, luego esbozó una mueca como si no le gustara la idea, pero cedió y respondió—. Sí, Su Excelencia quiere una.

—¿Cuál? —pregunté con demasiado entusiasmo, lo que hizo que mi hermano frunciera el ceño. Confiaba, por supuesto, en que fuera una obra en la que yo tuviera un papel, cualquier cosa con tal de volver a Blackfriars y a Silvia.

—Estaba pensando en *Trabajos de amor perdidos* —dijo mi hermano—, pero no sería de buen gusto.

—¿Buen gusto?

Isaiah Humble empezó a toser y no podía parar. Rust se volvió y arrugó la frente.

—Perdón —logró decir Isaiah.

—Que Dios nos libre de la peste —dijo mi hermano en un susurro.

—Es invierno —dije—, la peste no ataca en invierno.

—Ataca cuando le place —dijo mi hermano bruscamente—. Y *Trabajos de amor perdidos* no sería de buen gusto porque al final de la obra la princesa decide aplazar la boda un año. No creo que *lady* Carey lo considerara un buen presagio de cara a la boda de su hija. Y en Navidad las obras deben ser breves. La mayor parte del público suele estar borracha, dormida o ambas, así que debemos darles algo ligero y rápido.

—¿*Trabajos de amor ganados*? —sugerí.

—La representamos para Su Excelencia hace dos años —dijo con la mirada perdida en el fuego y el ceño fruncido—. ¿Quizá *La bella Em*? Esa no la hemos hecho aquí.

—Creía que no te gustaba.

—Está escrita de aquella manera —dijo burlón—, pero es corta, y a la gente parece que le gusta. Además, Su Excelencia no la ha visto.

Yo tampoco había visto *La bella Em, la hija del molinero*.

—¿Hay un papel para mí? —pregunté, esperando tener una razón para volver a la mansión durante las festividades navideñas.

—No —dijo sin dudar.

Isaiah estornudó, tosió y se lamentó. Cogió un pañuelo y hundió la nariz en él, y luego volvió a estornudar.

—Por el amor de Dios —le gruñó Rust a Isaiah—, llévate ese catarro contigo. Vete a casa. Mejórate.

—¡O muérete! —añadió Will Kemp.

—¡Perdón! —El pobre hombre se puso en pie y huyó, rebasando a los carpinteros y desapareciendo por la puerta.

—Si te vas a quedar aquí —dijo mi hermano malhumorado—, haz de apuntador hasta que Isaiah vuelva.

—¿Me pagarás?

—Por Dios, sí —dijo irritado—, te pagaremos. Ahora siéntate.

Tenía un trabajo. ¡En Blackfriars! Ocupé el sitio de Isaiah, le cogí las hojas a Rust y oculté mi júbilo.

*«¿Es tan amable como hermosa?
Pues la belleza vive en la bondad.
El amor vive en sus ojos
para curarle a él la ceguera».*

Cuelgan a los ladrones. Cualquier ciudad de cierto tamaño tiene cadalso, y Londres tiene varios, aunque los únicos ahorcamientos que yo había visto habían tenido lugar en Smithfield. Los condenados, con las manos atadas a la espalda, eran llevados a su muerte en carreta, se les ajustaba la cuerda al cuello, y la carreta se alejaba para que cayeran uno o dos palmos, un tirón y empezaban su baile. Si tenían amigos, y si los alguaciles y el verdugo no se inmiscuían, morían rápidamente, ya que sus amigos los aferraban de los tobillos y tiraban, pero eso a la muchedumbre no le gustaba. A la gente le gustaba presenciar los espasmos, las piernas bailarinas, la orina cayéndoles por los pies desnudos. Casi siempre iban descalzos; quizá fueran ladrones, pero siempre eran pobres.

—Los ladrones ricos —me había dicho mi hermano más de una vez— no acaban en el cadalso. Viven en Grays o en Middle Temple y visten de negro.

A *sir* Godfrey le gustaba llevarnos a Smithfield a ver las ejecuciones. Cuando yo era un alumno poco dispuesto en Saint Benet, éramos unos catorce o veinte, y caminábamos en procesión, vestidos con nuestras túnicas grises, y *sir* Godfrey, resplandeciente con su casaca de cura, le exigía a la gente que abriera paso, algo que la intimidatoria presencia de Buttercup hacía que fuera

muy fácil. Este solo tenía que gruñir para ahuyentar a la gente.

—Fijaos —nos sermoneaba *sir* Godfrey ante la ansiosa muchedumbre—, este es el destino de los malhechores. ¡Ved lo que cuesta el pecado!

Cuando la vejiga del ahorcado empezaba a vaciarse, *sir* Godfrey nos empujaba hacia delante.

—¡Arrástrate bajo el pis, chico, arrástrate! ¡Recibe un nuevo bautismo! — Creía, como muchos otros, que recibir el bautismo de orina de un moribundo nos alejaba de sufrir un destino parecido.

Aunque, si el precio de los pecados era la muerte por ahorcamiento, *sir* Godfrey no tenía mucha intención de alejarnos de pecar. Cuando comprobaba nuestra habilidad de hacernos pasar por chicas, insistía en que pasáramos por Cheapside o por cualquier otra calle abarrotada, para tentar a los hombres a que nos siguieran. Si se trataba de Cheapside, nos adentrábamos por Cooper's Alley, un callejón oscuro aun en los días de verano más luminosos. El callejón pasaba por debajo de unas casas colgantes y luego giraba bruscamente a la derecha, hasta un patio húmedo, lúgubre y que olía a demonios. Allí, Buttercup y George Harrowby, uno de los ujieres de la escuela, solían esperarnos. El hombre nos seguía, atraído por una sonrisa y por el coqueto vuelo de nuestros pequeños dedos, solo para acabar atrapado entre las terribles zarpas de Buttercup.

—¿Qué es lo que quieres de mi hermana pequeña? —diría Buttercup gruñendo.

El hombre protestaba, pero una protesta dicha cuando te lanzan contra una pared y unos dedos que parecen salchichas te oprimen la garganta es inútil. Había hombres que intentaban desenvainar un cuchillo o una espada, pero George Harrowby tendría su daga preparada.

—¿Te gusta el sabor del acero? —le preguntaría, sonriendo como una rata y con la punta de la daga apretada contra las costillas de la víctima. Siempre acababan pagando.

—Eres bueno, chico —nos decía Buttercup. A veces nos daba una moneda si Harrowby no estaba mirando—. Escóndela, chico.

Los alguaciles sabían lo que hacíamos, pero *sir* Godfrey era muy generoso con ellos, y miraban hacia otro lado.

Al principio me había dado miedo caminar por las calles de Londres

vestido de muchacha, pero aprendí a disfrutarlo. Ser una chica es diferente. Un hombre puede pasear por Londres y nadie le prestará atención a no ser que se trate de un noble con lazos, satén, seda y una espada, pero una chica, incluso una chica vestida humildemente, como una sirvienta, es observada de continuo. Yo me percataba de las miradas inquisitivas, algunas descaradas, otras furtivas, pero constantes. Los hombres nos llamaban.

—¡Ven aquí, encanto, tengo algo especial que darte!

Reían, nos tocaban. Cualquier mujer joven, salvo aquellas de alta cuna que llevaban escolta, eran presas para un hombre. Mi altura intimidaba a algunos, pero a otros les resultaba excitante.

—¡Abrazame con esas piernas tan largas, conejito! —decían.

Y yo les solía dedicar una mirada coqueta, una sonrisa, y los guiaba hasta el callejón donde Buttercup y Harrowby se escondían. Yo ayudaba a estos dos a aliviar a nuestras víctimas de la carga de su bolsa. Me convertí en un ladrón.

Aprendí que el dinero era el objetivo en la vida, y yo quería dinero. Quería sirvientes, ropas finas, el respeto de la calle y un caballo. Quería cabalgar hasta Stratford y escupirle a Thomas Butler y a su amargada esposa, escupirles a todos aquellos que me habían dicho que trabajara más, y más, y más. ¿Trabajar más para qué? ¿Para convertirme en carpintero? ¿En zapatero? ¿Para hacer guantes o cavar zanjas? ¿Para convertirme en alguien que hiciera algo más que arrastrarse ante los demás? ¿Estar siempre haciendo reverencias, lloriqueando y halagando a los demás? Así que empecé a robar, y me di cuenta de que se me daba bien. *Sir* Godfrey me recompensaba ahorrándome los latigazos. Tenía una falda con una abertura que daba a un profundo bolsillo, y me volví todo un experto en dejar caer ahí, en aquel escondrijo, pequeñas cosas de valor. Uno de los otros chicos, vestido como yo, distraía al tendero o a sus aprendices, mientras yo me guardaba una pequeña copa de plata o alguna bagatela en el bolsillo; cualquier cosa que *sir* Godfrey pudiera vender. El truco, según aprendí, residía en quedarse en la tienda un rato después de haber robado el objeto, hacerse la simpática, sonreír y siempre salir sin prisa. A los dieciséis años me había convertido en un experto.

Y a los ladrones los cuelgan.

A los diecisiete me hice actor en la compañía de mi hermano, haciendo papeles pequeños que poco a poco se tornaron mayores, y aunque actuando

ganase dinero de manera honrada, nunca era suficiente, así que me hice ladrón de fortuna, según las oportunidades que se me presentaban, ya no vestía de chica, sino que cazaba por los callejones de Londres. Mis víctimas eran los borrachos y los desvalidos, o quizá algún pipiolo recién llegado que descuidaba sus enseres. Y, un día maravilloso, resultó ser un noble cuya bolsa contenía dieciséis chelines. Aquel caballero había asistido al Teatro, había pagado por las localidades más caras, al borde del escenario, y se había traído una botella de vino consigo, aunque ya estaba bastante borracho cuando se sentó. Al final de la representación la botella estaba vacía, y él se había desplomado junto al muro del escenario y se había quedado dormido. Se despertó después de que el público se hubiera ido, y, balbuciendo, nos pidió a dos de nosotros que le ayudáramos a llegar a casa. No tenía sirviente, algo extraño en un noble, pero Simon Willoughby y yo le llevamos por Finsbury Fields hasta Moorgate, donde de pronto exigió que le lleváramos a La dama española, una taberna que quedaba nada más atravesar las puertas de la ciudad. Le ayudamos a tomar asiento, y él hurgó en su bolsa y me dio una moneda.

—Vino, muchacho, ve y tráeme un buen vino. Y una pipa con tabaco. ¡Venga!

Se quedó dormido en un instante. Simon y yo nos miramos, me llevé el dedo a los labios y, con sigilo y en silencio, le desabroché la bolsa. Salimos de La dama española con ocho chelines más cada uno. Vendí la bolsa, era de una calidad excelente, con hilo de plata y hebilla también de plata, por un chelín más.

Simon Willoughby, al ser más joven que yo, estaba entusiasmado con nuestro robo, y tuve que insistir de malas maneras en que cerrara la boca cuando volviéramos al Teatro. Jamás volví a robar con él, aunque a veces me miraba alzando la ceja como sugiriendo que intentáramos hacerlo de nuevo. Era el aprendiz de John Heminges, y lo que cobraba se lo quedaba su maestro, quien no necesariamente lo compartía con él, aunque lo más probable era que a Simon le diese lo mismo. Era un muchacho agraciado, y, tal y como había dicho mi hermano, había calentado con alegría la mitad de las camas de Whitehall. No le faltaba dinero, eso yo lo sabía. Era un buen actor, ansioso por recibir loas, pero en el escenario podía confiarse en él. Y el público le quería.

Aunque aquellas navidades, mientras ensayábamos *El sueño de una noche de verano*, su actitud era extraña.

Hacía el papel de Titania, reina de las hadas, una de las partes más extensas. Ella y Oberón, el rey de las hadas, habían discutido por un huérfano al que tanto la una como el otro querían como compañero y que Titania se negaba a ceder. Para vengarse, Oberón le hacía una jugarreta, derramando sobre sus ojos el jugo de una flor mágica que haría que se enamorase sin remedio de la primera criatura que viera al despertar.

—A quien veas al despertar —recitó John Heminges inclinándose sobre el cuerpo dormido de Simon Willoughby— por tu amado has de tomar.

*«Por él de amor has de penar.
Leopardo u oso de pelaje erizado,
tomarán tus ojos por tu amado.
Despierta cuando algo odioso esté cerca».*

Y aquella cosa odiosa era Will Kemp, que hacía el papel de Nick Bottom, cuya cabeza humana había sido mágicamente cambiada por la de un asno.

—¡Dios te valga, Bottom, Dios te valga! —exclamó mi hermano en el papel de Peter Quince—. ¡Te han transformado!

Era una tontería, claro. Era, tal y como decía Hipólita en *Píramo y Tisbe*, «lo más idiota que jamás había oído». Pero, por alguna razón, las idioteces funcionaban. Es una de las maravillas del teatro, que el público se cree todo lo que le pongan por delante.

—Quiéren creer —me había explicado una vez mi hermano—. La mitad de nuestro trabajo lo hacen ellos. Vienen para divertirse, para que les impresionemos, para asombrarse, para temer. Y ellos también tienen imaginación, y su imaginación corrige nuestro trabajo.

Pero la imaginación durante los festejos nupciales necesitaría más trabajo para corregir el trabajo de Simon Willoughby, porque era incapaz de recordar su papel. Tampoco recordaba en qué parte del escenario tenía que colocarse para actuar. Estaba nervioso y muchas veces al borde del llanto,

particularmente cuando Will Kemp se enfadaba con él. No era propio de Simon; este, a pesar de su estupidez y sus flirteos, era muy diligente a la hora de aprenderse su papel, y se enorgullecía de su habilidad para representarlo. Él, al igual que la mayoría de los muchachos, quería seguir siendo actor, y soñaba con convertirse en socio de una compañía algún día, pero ahora, día tras día, en el gran salón de Blackfriars, se equivocaba y balbucía en todos los ensayos.

Había un momento en el que Nick Bottom aparecía en el escenario después de que Puck le transformara la cabeza en la de un asno. Nosotros, los mecánicos, huíamos horrorizados, dejándole solo, salvo por Titania, que estaba durmiendo, oculta a nuestros ojos al fondo del escenario. Nick Bottom, confundido ante el terror de sus compañeros y sin ser consciente de que se había convertido en un monstruo, iba de un lado a otro cantando.

*«El mirlo de negro color,
con su pico anaranjado;
el tordo con su bello son,
el reyezuelo de corto plumaje».*

—Perdona, Will —interrumpió John Heminges. Se dirigía a mi hermano—. ¿El mirlo? ¿Pico anaranjado? ¿No tiene el pico negro?

—¿A quién demonios le importa eso? —estalló Will Kemp.

—Es la hembra la que tiene el pico anaranjado... —empezó a decir John Heminges, pero luego reculó a toda prisa al percibir el enfado de Kemp.

—¡A nadie le importa! —gritó Kemp—. ¡Pico negro, pico azul, culo verde, culo rojo, culo del color que quieras, maldita sea! ¿Podemos seguir adelante?

—Sigue adelante —dijo Alan Rust en voz baja—. Simplemente canta la última línea de nuevo.

Will aulló la última línea y Titania despertó, vio a la grotesca figura cantando y habló:

—¿Qué ángel me despierta del lecho?

—«Lecho florido» —le corregí a Simon.

—Mierda —dijo Simon.

—Hazlo de nuevo —dijo Alan Rust armándose de paciencia.

Simon lo hizo bien al siguiente intento. Will Kemp siguió cantando al tiempo que la corte de hadas de Titania aparecía en el escenario. Cuatro de las hadas tenían alguna línea que decir, y el papel lo representaban unos aprendices. Las otras tres eran niños pequeños, del coro de la capilla de lord Hunsdon, y los siete se unían delicadamente a la canción de Will Kemp:

*«El jilguero, la alondra y el gorrión,
la voz plana del cuco,
cuya melodía todos suelen escuchar,
pero nadie responder».*

Titania estaba ahora completamente despierta y contemplaba al humano de cabeza de asno con los ojos completamente abiertos. Se había enamorado al instante por efecto de la poción mágica. Will concluyó su parte y esperó. Y esperó. Silencio, salvo por el ruido que hacían los carpinteros que trabajaban en el escenario. Una sierra cantaba y un martillo daba golpes.

—Titania —dije en voz baja—, te toca.

—Perdón.

—«Te lo ruego, gentil mortal, canta...» —dije para recordarle su línea.

—Te lo ruego, gentil mortal —Simon se apresuró para interrumpirme—, canta de nuevo. Mis oídos están... mis oídos están... —Vaciló una vez más.

—«Enamorados».

—Enamorados de tu tonada, al igual que cautivados están mis ojos de tu figura.

Simon parecía estar a punto de llorar, y calló una vez más.

—Por Cristo misericordioso —gruñó Will Kemp.

—Lo siento.

—¿A quién le importa una mierda lo que te pasa? Apréndete tus malditas líneas, enano pollafría.

—¡Los niños! —protestó uno de los hombres de lord Hunsdon que estaba al cargo de los chiquillos.

—Dale la hoja a Simon —sugirió mi hermano quedamente.

Le di la hoja a Simon.

—Empieza desde «por más que grite cucú» —dijo Alan Rust.

Y Simon, a pesar de tener la hoja en la mano, vaciló de nuevo, lo que provocó una ráfaga de juramentos sucios e impíos por parte de Will.

—No puedo leerlo —protestó Simon—. Está demasiado oscuro.

Era cierto, el gran salón era oscuro; la única luz provenía de la ventana del mirador más allá de la cual el cielo de Surrey parecía un sudario de humo bajo las oscuras nubes invernales. Yo, sobre la mesa, tenía cuatro velas que me ayudaban a leer, pero el lugar en el que ensayaban Simon, Will y las hadas era sombrío.

—Richard —dijo mi hermano mirándome—, repásalo con Simon. Arriba, en la bancada del mirador.

El resto de los actores se arremolinaron en torno al fuego que ardía en la gran chimenea mientras Simon y yo nos subíamos al mirador. Yo leí la parte de Nick Bottom, y Simon, las suyas. Las recordaba todas salvo dos.

—Me las sé, de verdad —me dijo.

—Así es.

—Pero cuando Will está ahí se me olvidan continuamente —dijo con tristeza.

—Will puede dar miedo —dije—, pero Bottom no. ¡Lleva una cabeza de asno! Hagámoslo de nuevo —sugerí, pero ya no me estaba escuchando, sino mirando al otro lado del río, al enorme corral de comedias que estaba levantando Francis Langley. El andamiaje del exterior había sido retirado, ya que, por lo visto, habían acabado de hacer el tejado.

—No es solo Titania —dijo Simon, todavía afectado—. También tengo que aprenderme las frases de Em. ¡Y tiene muchas!

La bella Em, la hija del molinero era la obra que la compañía representaría en el gran salón para la Epifanía, como parte de las celebraciones navideñas de lord Hunsdon. Estaba presente en los ensayos, y agradecido por el hecho de que Isaiah Humble siguiera tosiendo en sus aposentos, y me alegré de formar parte de aquella obra. Era una obra pobre

comparada con *El sueño*.

—El de Em es un buen papel —dije, mintiendo para animar a Simon.

No respondió, ni siquiera me miró; en su lugar siguió mirando fijamente al otro lado del río, donde el nuevo corral de comedias quedaba recortado contra el cielo oscuro.

—Es grande —dije, y Simon se limitó a asentir. Recordé el momento en el que un joven noble de cabello claro le empotró contra la pared en el patio del palacio. Le observé—. Me pregunto —dije— cómo lo piensan llamar.

—El Cisne —dijo, casi sin pensar, con la mirada perdida en el río lento y gris. La marea estaba baja, y finas placas de hielo brillaban en las orillas embarradas.

—¿El Cisne? —pregunté—. ¿Cómo lo sabes?

Me miró con cierto gesto de alarma.

—Se lo oí decir a alguien —dijo, pero se sonrojó al hablar—. Puede que lo llamen de otro modo. Leamos el guión de nuevo, por favor.

—¿El Cisne?

—Empieza desde donde me despierto —dijo.

—He oído que buscan actores —insistí.

—¿Qué ángel me despierta del lecho florido? —recitó. Tenía lágrimas en los ojos.

Leí la siguiente frase de Nick Bottom, y Simon respondió, y esta vez supo recitar su parte al completo. La sabía. Sonrió cuando acabamos.

—¿Lo ves? ¿A que soy bueno?

—Lo eres —dije.

—¿Sabía que podía hacerlo!

—Ahora hazlo con Will —dije, y él asintió. Llamé a mi hermano, que estaba con el resto de los actores junto al fuego—. Se sabe sus frases.

—Richard. —Simon me agarró de la manga. Su satisfacción después de haber dicho todas sus frases sin errar había desaparecido y había sido sustituida, de nuevo, por una mueca de terror.

—¿Qué pasa?

—Venga, bajad —dijo mi hermano.

—¿Hay alguna otra puerta de acceso a la mansión? —me preguntó Simon en voz baja. Se había acercado mucho a mí, y pude ver rastros de tinte rojo en

sus labios.

—La puerta principal de Saint Andrew's Hill —dije.

—Los centinelas no me dejan salir por allí. Necesito otra puerta.

—¿Bajáis o no, tortolitos? —gruñó Will Kemp.

—Hay alguien a quien no quiero ver —me susurró Simon.

—No conozco ninguna otra puerta —le dije a Simon.

—¡Muchachos! —gritó Alan Rust, impaciente.

—Se sabe sus líneas —dije de nuevo para tranquilizar a Alan.

Simon se las sabía. Titania, reina de las hadas, se enamoró de Nick Bottom, un tejedor con cabeza de asno, sin olvidar una sola palabra.

Titania sabía que el nuevo corral de comedias se llamaría el Cisne.

Lord Hunsdon era generoso. Cada día, además de ordenar que el enorme salón se calentara con una gran hoguera, hacía que nos enviaran cerveza, pan y vino. Él, o su hijo *sir* George, a veces venían para supervisar el trabajo que estaba llevando a cabo Peter Strete, nuestro carpintero, quien, con sus cuatro hombres, había acabado el escenario, que tenía unos cinco pies de altura. Ahora estaban trabajando en un falso muro que escondía un espacio bajo la galería de los músicos.

—Hemos pensado, milord —le dijo mi hermano al lord Chambelán al día siguiente de que Simon Willoughby me hubiera preguntado si había otra puerta para salir de la mansión—, que vamos a cubrir el muro y la parte frontal del escenario con tela.

—¿Con tela?

—Y en lugar de puertas, milord, cubriremos las tres entradas con cortinas.

—¿Cubrir el muro con tela? —preguntó lord Hunsdon—. Creía que querías panelarla entera.

—Podríamos hacer eso, milord, y tinter la madera como propusimos en un principio, pero en Navidad seguirá oliendo.

—Ah —dijo lord Hunsdon—. Cierto, no queremos unas navidades con esa peste, ¿verdad? Entonces ¿quieres que compre tela?

—Tela común, milord. Lana teñida, por ejemplo.

—¿Cuánto cuesta eso?

—Un rollo de color púrpura oscuro, seis peniques. Aunque preferiríamos el amarillo, que cuesta un penique más.

—¿Y cuántos rollos?

—Treinta, milord, al menos.

—¡Por el capazo de Cristo! ¡Esto tuyo del teatro es caro de bemoles!

—Gasto o peste, milord —dijo mi hermano.

Lord Hunsdon rio.

—En ese caso habrá que gastar. Las mujeres quieren esta obra, y lo que quieren las mujeres hay que proporcionarlo, ¿no es así? Habla con Harrison. Le diré que organice lo de los rollos.

Walter Harrison, el secretario, debía de estar ansioso por ahorrarle dinero a su señor, porque esa misma tarde fue al gran salón a decirnos que ya había algo de tela azul en la casa, y para preguntar si serviría para ocultar el andamiaje de madera de la parte frontal del escenario. Por lo visto, sí servía, porque una hora más tarde dos sirvientes trajeron los dos rollos disponibles, que dejaron bajo el escenario. Para mi júbilo y sorpresa, Silvia vino con ellos. Me regaló una furtiva sonrisa, y luego le dedicó a mi hermano una reverencia.

—*Milady* quiere saber si podemos bordar rosas blancas y cruces rojas en la tela azul, señor —dijo.

Mi hermano, distraído, asintió.

—Claro. Sí, claro. —Luego arrugó el ceño—. ¿Cruces rojas?

—El emblema de la casa Berkeley, señor —dijo Silvia.

—Ah, el novio. Sí, claro.

—Me encargaré de ello, señor —dijo ella al tiempo que hacía una reverencia; luego me dirigió un gesto casi imperceptible con la cabeza mientras subía las escaleras provisionales que llevaban al escenario, y desapareció.

—Tengo que mear —dije, aunque nadie me prestó atención.

Los socios estaban discutiendo sobre cómo llevar a cabo el fin de la obra en el escenario. Mi hermano quería que las hadas estuvieran en la galería, y a Alan Rust le preocupaba que hubiera suficientes velas como para alumbrar aquel espacio, por lo que no se dieron cuenta de que seguí a Silvia.

Silvia estaba al fondo del salón, en el espacio oscuro que había bajo la

galería de los músicos, un espacio que estaba destinado a convertirse en nuestro vestuario. Su rostro se mostraba pálido en la penumbra.

—Solo quería verte —dijo.

—Y yo verte a ti.

La besé, y se aferró a mí.

—Estamos muy ocupadas, las navidades están a la vuelta de la esquina —dijo—. Cose esto, cose lo otro... Las cosas mejorarán cuando todo esto acabe.

La abracé, y entonces recordé la pregunta de Simon.

—¿Hay algún otro modo de salir de la mansión? —le pregunté—. Quiero decir, aparte de la puerta principal y la de los establos.

Se inclinó hacia atrás y me miró.

—¿Estás pensando en entrar a hurtadillas para venir a buscarme, Richard Shakespeare?

—Por supuesto.

Rio.

—Hay una puerta que da al callejón del río. Pero la atrancan por la noche.

—Enséñamela.

—Tendremos que hacerlo rápido —dijo—, *milady* me espera. ¡Vamos!

Me llevó por un corredor estrecho que salía de la trascocina. Pasamos por los almacenes, en algunos de los cuales había leña amontonada, en otros, barriles de cerveza, y al final del pasillo había una robusta puerta de madera cerrada con un enorme pestillo de hierro.

—Ahí —dijo—. Se nos permite usarlo, pero Harrison siempre envía a un sirviente antes del anochecer para asegurarse de que está atrancada.

—En ese caso, será mejor que venga de día —dije.

Soltó una risilla, se puso de puntillas, me besó y echó a correr.

Me quedé allí un instante, desatranqué la pesada puerta y la abrí. Comprobé que daba a un estrecho callejón que llevaba a Water Lane y de ahí al río.

El granizo se había convertido en nieve. Contemplé cómo los lentos copos de nieve caían sobre el suelo empapado y grasiento del callejón, donde se derretían. Pero la nieve caía con fuerza y no tardaría en cuajar. Era raro que nevase antes de Navidad. En enero y febrero no era extraño, pero ¿antes de Navidad? Temblé, cerré la pesada puerta, volví a colocar el cerrojo y regresé

al salón.

—Está nevando con ganas —dije.

—Que Dios nos asista —gruñó Will Kemp.

—¿Podemos seguir? —preguntó Alan Rust.

Ahora estábamos ensayando dos obras. *La bella Em* y *El sueño de una noche de verano*. Pudimos hacer uso del escenario, ya acabado, y ensayamos a la luz de los quinqués que ahora colgaban de la galería de los músicos. Faltaba una semana para la Navidad, y la mansión era un hervidero de sirvientes rellenando despensas, colgando jamones y haciendo rodar cubas de vino. Los hombres adornaban el gran salón con hiedra y acebo, y un enorme tronco de Navidad fue llevado junto a la chimenea. Al tronco se le prendería fuego el día de Navidad, y se esperaba que ardiese a lo largo de los doce días de celebraciones; de lo contrario, supondría un mal augurio para la casa. Al dejarlo junto al fuego, los bichos que vivían dentro revivieron al sentir el calor y fueron emergiendo de la corteza.

—No podremos usar la mansión durante esos doce días —anunció mi hermano—, salvo para un último ensayo la mañana de la representación. ¡Recordad vuestras partes! —Miró a Simon Willoughby con rabia al decir esas tres palabras—. Los atuendos se quedarán aquí, y los guiones también.

—¿Puedo llevarme los míos? —preguntó Simon Willoughby. Seguía nervioso, aterrado de Will Kemp, pero seguía vacilando durante los ensayos, y había sido necesario recordarle sus frases.

—Puedes llevarte a casa *La bella Em* —dijo mi hermano—, pero no Titania.

—Vaya —dijo Simon desilusionado.

—Tienes tiempo suficiente de aprenderte Titania antes de la boda —le consoló John Heminges—. Simplemente asegúrate de que te sabes el papel de Em.

—¿Sabe alguien dónde está Isaiah? —pregunté.

—Tosiendo sangre y esputo, por lo que tengo entendido —dijo Will Kemp con impía satisfacción—. Puede que para la Epifanía ya esté muerto y bajo tierra.

—En ese caso, asegúrate de estar aquí ese día —me dijo mi hermano. Se giró hacia el mirador, aunque estaba todo tan oscuro que apenas se veía nada

—. Será mejor que volvamos a casa antes de que la nevada empeore.
Disfrutad de las navidades, caballeros.

Disfrutar de las navidades.

Volví solo a casa.

7

Guillermo el Conquistador observa el dibujo de una princesa en el escudo del marqués de Lubeck, quien se encuentra en Inglaterra para disputar un torneo. El rey se enamora de la muchacha, cuyo retrato decora el escudo y, al saber que se trata de la princesa Marianne de Suecia, rehén en la corte del rey Zweno de Dinamarca, se embarca para cruzar el Mar del Norte y así poder cortejarla.

Sin embargo, la princesa Marianne está enamorada del marqués de Lubeck, y el rey de Inglaterra no le suscita interés alguno, por lo que rechaza sus avances, pero su amiga, la princesa Blanche, hija del rey Zweno de Dinamarca, se enamora del Conquistador. Para desgracia de Blanche, el Conquistador no le corresponde en su amor, así que la princesa Marianne y la princesa Blanche fraguan un plan. Blanche se disfraza de Marianne, y el disfraz burla a Guillermo, quien huye con la princesa Blanche porque en realidad piensa que se trata de Marianne.

—Por el amor de Dios —había dicho Alan Rust durante uno de los primeros ensayos—. ¿Quién ha escrito esta mierda?

—Yo no —gruñó mi hermano.

—¡Por la sangre de Cristo! ¿Dónde te lo has encontrado? ¿En las cloacas? Decidlo rápido. No le deis al público tiempo de pensar.

Guillermo el Conquistador descubre el engaño, pero felizmente se percata de que en realidad llevaba todo ese tiempo enamorado de la princesa Blanche, así que se casa con ella, mientras que la princesa Marianne se casa con el

marqués de Lubeck. Mientras tanto, en Manchester, a Em, la bella hija de un humilde molinero, la pretenden tres hombres. Los dos primeros no le gustan, así que finge estar ciega para ahuyentar al primero, y estar sorda para espantar al segundo, pero al fin el hombre con el que se quiere casar resulta haber sido infiel, ya que le ha jurado amor eterno a otra muchacha. Así que Em se casa con lord Valingford, el hombre que había creído que estaba ciega. Entonces Em descubre que sí le ama después de todo. Al final resulta que su padre es *sir* Thomas Goddard, un caballero que ha sufrido pena de destierro decretada por Guillermo el Conquistador, y que, en vez de huir del país, ha tomado la identidad de un humilde molinero en Manchester. Se desvela que Em, por tanto, es de noble cuna, y, de ese modo, tiene el rango social para ser la esposa de lord Valingford. Guillermo el Conquistador, representado por mi hermano, reconoce la injusticia del destierro de *sir* Thomas y le devuelve sus bienes, y así concluye la obra.

—¿Y qué le dice Em al maravilloso Valingford? —preguntó Guillermo el Conquistador.

Simon Willoughby le dedicó a mi hermano una exagerada reverencia.

—Em está al servicio de Su Majestad —dijo. Hizo una pausa, y la pausa se alargó. Desde mi puesto privilegiado vi el pánico en sus ojos cuando las siguientes palabras huyeron de su mente.

—¡Y desearía ser esposa a su discreción! —chilló Willoughby a toda prisa.

—En ese caso, acércate, lord Valingford —dijo mi hermano con voz grandilocuente, y pude sentir el alivio en su voz al comprobar que Simon Willoughby no había olvidado demasiadas de sus frases y la obra tocaba a su fin—, y recibe a la bella Em...

«Ven, tómala, haz de ella tu esposa.

Después, entremos para disponerlo todo,

para que los esponsales sean celebrados con solemnidad».

Mutis. Florituras de tambores y trompetas. Aplausos.

Fueron unos aplausos desgastados, que cobraron vida tibiamente cuando *lady Anne*, la esposa del lord Chambelán, se puso en pie y dijo en alto:

—¡Bien hecho!

Entonces, el resto de los invitados, por cortesía a la esposa de Su Excelencia, imitaron su *entusiasmo* cuando los actores se alinearon en el escenario y le dedicaron al público una reverencia. Esta fue pronunciada, pero también fugaz, y entonces, con toda la celeridad de la que fueron capaces sin que pareciera una huida vergonzosa, los actores volvieron al vestuario.

—¡Jesús bendito! —dijo Phil—. ¡Qué agonía!

Yo había escuchado la obra desde la galería de los músicos, que no era el mejor lugar para ser el apuntador, pero cuando intentamos que me metiera debajo del escenario nadie podía oírme si no gritaba, así que compartí la galería con Phil y sus músicos. En algún momento me había asomado para ver a los actores que estaban debajo. Mi hermano llevaba una corona que le rodeaba una calva que lentamente se iba expandiendo hacia la frente. Cualquiera hubiera dicho que un barbero malintencionado le había recortado la forma de un reloj de arena en la coronilla. Tanto él como el resto de los actores se habían saltado frases, acelerando la obra porque el público se mostraba impaciente. Muchos habían bostezado y algunos se habían dormido a lo largo de toda la obra, algo que quizá fuera excusable, pues habían dado cuenta de un generoso banquete y en el gran salón llameaba un fuego digno del mismísimo infierno en el que los últimos restos del tronco de Navidad ardían y brillaban y al que se añadían cestas enteras de leña para ahuyentar el frío del invierno. Los sirvientes recorrían el salón para servirles vino caliente a aquellos que todavía permanecían despiertos. Vino y calor, los peores enemigos del actor. Había visto a Silvia, quien, cuando no estaba ocupada evitando manos aristocráticas mientras servía el vino, observaba embelesada el escenario. A ella, al menos, le había encantado cada momento de *La bella Em, la hija del molinero de Manchester*, aunque la mayor parte de los invitados no habían dejado de parlotear y de reír al margen de la obra, y se mostraron tan aliviados como los actores cuando concluyó.

Incluso ahora, tras el fracaso de la obra, reían. Ahora, de pronto, se mostraban despiertos y atentos porque Will Kemp, que había hecho el papel de molinero, volvía a estar en el escenario. Dio varias zancadas al frente, alzó las

manos y pidió atención.

—¡Damas! ¡Caballeros! ¡Amable público! —El jaleo del salón poco a poco fue muriendo, y Will, después de hacer una pronunciada reverencia, les prometió a los presentes algo nuevo y algo mejor—. Presentaremos una obra en la boda. ¡Algo que ha de encantaros a todos! Y puedo asegurar que no habrá ni molineros de Manchester ni conquistadores normandos en nuestra nueva representación. Será una obra digna de las nupcias de una belleza.

Aquello provocó risas, luego aplausos, y *sir* George Carey, el hijo de lord Hunsdon, hizo que su hija se pusiera en pie para recibir la ovación. Elizabeth, obediente, se incorporó, pálida, avergonzada y bella a la luz de las velas, y a Will Kemp le sacudió una repentina inspiración:

—¡Damas! —aulló—. ¡Caballeros! ¡Amable público! Ruego vuestra atención, pues tengo un poema para la novia.

—No —gruñó Phil, el jefe de los músicos—, no, por favor, no. La canción de los pedos no, Dios, por favor, eso no.

—¿Puede alguien decirme cuál es mi dolencia? —Will mudó su voz a una más aguda y chillona, de mujer.

—Gracias a Dios —suspiró Phil—. No es la de los pedos. —¿Le ocurrió alguna vez a una mujer lo que a mí?— declamó Will.

*«A los quince años empecé a marchitarme,
y a esta quita me he acostumbrado.
¡Ni puedo ni quiero ya dormir sola!
Si los sueños son verdad, puedo cabalgar,
¡tan solo me falta un hombre!».*

Le ovacionaron. Elizabeth Carey rio, y el lord Chambelán rugió su aprobación. Will Kemp hizo una pronunciada reverenda dirigida a Su Excelencia, y alzó las manos pidiendo silencio de nuevo. Saltaba a la vista que había decidido compensar la decepción causada por la obra haciendo el papel de Señor de la Discordia, el tradicional diablillo de la Epifanía.

—Un último poema —anunció Will—, antes de que nos retiremos en esta

noche sagrada.

—No —dijo Phil quedamente—, no lo hagas, Will, no lo hagas.

—Era un hombre joven... —empezó a decir Will.

—Dios mío —se lamentó Phil—, lo va a hacer.

—... que vivía en un pueblo —continuó Will—. Era buen marido...

*«Pero comía más en cualquier cena
que otros veinte comieran en tres...».*

Will se detuvo porque mi hermano y Alan Rust salieron rápidamente al escenario, cogieron a Will de los hombros y tiraron de él hacia el vestuario. Phil, pensando a toda prisa, miró a sus músicos:

—¡La floritura, otra vez! ¡Uno, dos, uno, dos tres!

Los tambores y las trompetas empezaron a sonar, las velas se fueron apagando, el tronco de Navidad se partió y se convirtió en brasas brillantes, y los invitados rieron.

Las navidades habían concluido.

Yo, por mi parte, no había disfrutado de la Navidad.

Para mí no hubo banquete, salvo por los restos de la cena que se había servido a los invitados de lord Hunsdon durante la Epifanía. Fue la primera vez que comí cisne frío: estaba duro y sabía a cordero amargo. También había habido mazapán, y comí demasiado, así que empecé a encontrarme mal. Éramos un grupo taciturno, sentados a las mesas en las que habían comido los invitados, rodeados de velas a punto de consumirse y rodeados de cera y de las carcasas de cisnes y gansos. *Lady Anne Hunsdon*, la abuela de la novia, nos encontró allí. Todos nos pusimos en pie cuando llegó e hicimos torpes reverencias. Las pesadas sillas se deslizaron sobre los adoquines. Los sirvientes, que estaban limpiando lo que quedaba del banquete, se arrodillaron.

—Vaya —dijo *lady Hunsdon* con brusquedad—, eso no es para nada lo

que esperaba. Sentaos.

—Lo lamento, *milady*. —Mi hermano permaneció en pie.

—¿Lo escribiste tú?

—No, *milady*.

—Eso creía. Le faltaba chispa. Y tú, jovencito —dijo mirando a Simon Willoughby—, debes acordarte de tus palabras.

Simon Willoughby balbució y asintió. Su rostro aún lucía la lustrosa pasta de polvo de perlas y albayalde, pero pude ver cómo se sonrojaba.

—La obra nupcial... —empezó a decir mi hermano, nervioso.

—Es mejor, lo sé, mucho mejor —le interrumpió la esposa de Su Excelencia—, ¿pero merecerá la pena si se hace mal? Muchos de los invitados serán los mismos de hoy. Quizá prefieran otra cosa. ¿Saltimbanquis? ¿Equilibristas?

Nadie respondió. Yo sabía lo que estaban pensando los socios: que si se prescindía de nosotros para la boda, no se les pagaría todo el trabajo dedicado a *El sueño de una noche de verano*. Silvia estaba entre los sirvientes que recogían los restos de la festividad navideña. Me miró con desasosiego.

—La música ha sido agradable —continuó *lady* Hunsdon.

—Qué buena es esta mujer —dijo Phil, a mi lado, en un susurro.

—¡Más música! ¡Más baile! —dijo la noble—. A la reina le gustan esas cosas.

—¿Su Majestad asistirá a la boda? —preguntó mi hermano, que seguía de pie.

—No se ha dignado a decirnos si asistirá o no, pero, si viene, señor Shakespeare, esperará algo con chispa, algo con espíritu. Nada burdo ni vulgar. —Le dedicó a Will Kemp una certera mirada.

—Nosotros... —empezó a decir mi hermano.

—Y —le interrumpió *lady* Anne— ¡esperará que los actores se sepan su papel! Todo. Disfrutad de la comida.

Se fue del gran salón.

Hubo un instante de silencio, y entonces Will Kemp emitió un sonoro eructo.

—¿Significa eso que siguen contando con nosotros?

—Significa que comenzamos a ensayar de nuevo mañana —dijo mi hermano.

Cuando *lady* Hunsdon había llegado, distraendo a todo el mundo, sobre la mesa había habido un cuchillo con la empuñadura de hueso, pomo de plata y el grabado de una rosa. Conseguí ocultarlo en mi manga. Lo podría vender por uno o dos chelines, y necesitaba todo el dinero que pudiera reunir. Un invierno duro significaba un corral de comedias muerto, y un corral de comedias muerto suponía penurias.

Una docena de nosotros dormimos aquella noche en un establo vacío de la mansión porque ya se había dado el toque de queda y no íbamos a poder salir de la ciudad. Recuerdo mirar hacia una ventana en la que refulgía la luz de una vela y preguntarme si Silvia estaba allí, pero no había forma de saberlo, porque las puertas que daban a la mansión desde el patio de los establos estaban atrancadas. Y así pasó la Navidad de 1595.

En Stratford, cuando era niño, esperaba con ansia la llegada de la Navidad. Mi madre hacía pastel de carne, el plato tradicional, mezclando carne picada de cordero, que representaba a los pastores, junto con trece frutas y especias, que representaban a Cristo y a sus doce apóstoles. Solía hacer cuatro o cinco, cada uno de ellos lo bastante grande como para alimentar a una docena de personas. Yo ayudaba a llevarle los pasteles sin hornear a Hamnet Sadler, el panadero de Sheep Street, que era adónde todos los vecinos llevaban sus pasteles para hornearlos en sus grandes hornos. Luego, a lo largo de los doce días, visitábamos las casas de unos y otros y comíamos los pasteles de carne. Se cantaba, se bailaba y se reía, había cuencos con *wassail*, una bebida hecha con cerveza caliente, especias y trozos de manzana. Aún estaban por llegar los peores días del invierno, cuando los pastos que rodeaban el pueblo se endurecían merced a las heladas y el río, a veces, se congelaba y la campana de la Santa Trinidad tocaba demasiado a menudo anunciando una muerte. Pero durante doce días disfrutábamos del calor de los hogares, de la comida y de la risa.

Mi madre creía que cuando daban las campanadas, a medianoche, en Nochebuena, los animales en sus establos y las ovejas en sus pastos se

arrodillaban para celebrar el nacimiento de Jesús. Una vez me escapé de casa para echar un vistazo a la cuadra que había detrás de la casa de Goodwife Larkin.

—Las vacas no se han arrodillado —le había dicho a mi madre el día de Navidad.

Rio al oírme.

—¡Qué niño más tonto! ¡Claro que no! Nunca lo hacen si las estás mirando.

Decorábamos la casa con guirnaldas de hiedra, dábamos techo a los mimos enmascarados que daban vueltas por el pueblo ataviados con sus vistosos disfraces y olvidábamos los días oscuros que estaban por llegar. Pero en Londres, aquel invierno, viví unas navidades oscuras. La viuda Morrison había hecho sus pasteles de carne, pero se me prohibió probarlos.

—Me debes el alquiler, Shakespeare —me había dicho el día de Navidad.

—Lo sé, señora. —Le había dado dos de los chelines que *lady* Elizabeth Carey me había entregado con tanta generosidad, pero no había sido suficiente.

—¡Un chelín y tres peniques! Para el Lunes de Arado, o te echo a la calle.

—Sí, señora.

—¡A la calle! ¡A la nieve!

La nieve se había derretido el Lunes de Arado, y yo seguía en la buhardilla, sospecho que el padre Laurence había pagado lo que debía.

—¿Lo has hecho, padre? —le pregunté.

—Me estoy quedando sordo, Richard, sordo. ¿Qué tal ayer en los ensayos?

—Mal, padre.

—¿Otra vez el joven Willoughby?

—Se sabe su parte —dije, y luego me encogí de hombros—. Bueno, se la sabía antes de Navidad. Pero ahora... en cuanto tiene que decírsela a Will Kemp, se le vuelve a olvidar.

—Pobre chico.

Pero el padre Laurence era el único que sentía lástima por Simon Willoughby, a quien, cuando acabó diciembre y comenzó enero, con más granizo y más frío, las frases de Titania parecían costarle cada vez más. Isaiah Humble había vuelto unos días, pero luego empezó a toser de nuevo. Augustine Phillips y su aprendiz seguían enfermos, y la moral de la compañía se hundió

todavía más cuando mi hermano anunció que había acabado su nueva obra.

Aquello debería haber sido una buena noticia. Todos sabíamos que estaba entusiasmado con la historia que había tenido que dejar en suspenso para escribir la obra nupcial, y se mostró pletórico cuando llegó al gran salón una mañana y dejó caer sobre la gran mesa un grueso taco de papeles.

—La historia, compañeros —anunció—, de Romeo y Julieta.

—¿Y quiénes son esos, por el culo de Satán? —quiso saber Will Kemp.

—Dos desgraciados enamorados —dijo mi hermano.

—¡Eso está muy bien, Will, muy bien! —repuso Richard Burbage al instante.

—Dime que yo soy Romeo —gruñó Will Kemp.

—Tú... —Era evidente que mi hermano estaba asombrado con la exigencia, como todo el mundo, aunque también era igual de evidente que Will Kemp no estaba de broma—. Richard hará de Romeo —dijo mi hermano con firmeza señalando a Richard Burbage con el mentón—, y Julieta... —Calló de pronto. Sospecho que había estado a punto de decir el nombre de Simon Willoughby para que hiciera ese papel, pero Simon se había mostrado tan voluble últimamente que mi hermano no se atrevió a sugerir su nombre—. Si Christopher Beeston estuviera recuperado, el papel de Julieta le encajaría perfectamente.

—Pero creía que... —empezó a decir Simon Willoughby, que parecía estar al borde del llanto.

—Christopher sería una elección excelente —dijo Alan Rust con crueldad—. Él sí recuerda sus frases.

—¿Acaso los socios no valemos para la obra? —preguntó Will Kemp.

—Julieta tiene trece años —dijo mi hermano ignorando la pregunta—, así que Romeo no puede tener muchos más. ¿Diecisiete? ¿Dieciocho quizá? Y es imberbe.

Miró a Richard Burbage, que tenía una barba corta y castaña.

—Me puedo afeitar —dijo Burbage.

Kemp gruñó desilusionado, aceptando a regañadientes que su edad le excluía de ser Romeo, pero seguía teniendo ganas de pendencia.

—¿Qué papel hago yo?

Mi hermano esbozó un gesto de pesar.

—Hay un sirviente que se llama Peter.

—¿Un papel extenso?

—No es una comedia —dijo mi hermano, evasivo.

—¿Cuántas frases?

—He dicho que no es una...

—¿Cuántas frases?

—Tantas como he escrito —gruñó mi hermano.

—La gente no viene al corral de comedias para ver desgracias —dijo Kemp con contundencia—. Quieren reírse.

—El de Peter es un buen papel —dijo mi hermano sin mucha convicción, y eso provocó que Will Kemp estuviera de mal humor el resto del día, y cuando Kemp estaba de mal humor, lo pagábamos todos.

Aquellas tardes de invierno acabamos pronto. Quienes vivíamos extramuros teníamos que salir antes del toque de queda, y quienes vivían dentro tenía que estar en casa antes de que oscureciera. Los alguaciles rara vez molestaban a quienes desobedecían, pero a nadie le gustaba caminar de noche por las calles sin compañía, y era mejor si esta iba armada.

Aquella tarde acabamos pronto, era la misma tarde que Kemp se había quejado de su papel de Peter. Los relojes de las iglesias daban las cuatro y mi hermano metió los guiones en el enorme baúl de madera que había junto a la chimenea del gran salón. Aunque ese día fueron dos las obras que entraron en el baúl: *El sueño de una noche de verano* y la nueva obra.

—¿Tiene título? —preguntó Alan Rust.

—Creo que *Romeo y Julieta*.

—*Romeo, Julieta y Peter* —sugirió Will Kemp de malos modos.

—*Romeo y Julieta* —dijo mi hermano con firmeza—, seguro. —Cerró con llave el baúl, y luego volvió a meter la llave en su escondrijo, en el alto marco tallado de la chimenea—. Nos vemos aquí mañana —concluyó.

—Si es que podemos llegar —dijo John Heminges, apesadumbrado—; parece que va a volver a nevar.

—¡Vosotros aseguraos de estar aquí! —espetó mi hermano. El día de ensayos y el mal humor de Will Kemp había provocado que todos estuviéramos irascibles.

Nos reunimos alrededor del fuego para ponernos las capas que habíamos

dejado allí a secar. Simon Willoughby fue el primero en marcharse.

—Tengo que mear —anunció.

—Tienes que aprenderte tus líneas —gruñó Will Kemp.

—Os espero en el patio —dijo Simon, y luego huyó por el escenario y hacia el pasillo de servicio.

—Mañana por la mañana —dijo mi hermano dirigiéndose a la galería de los músicos—, misma gente, misma hora. Seguiremos desde donde lo hemos dejado hoy.

Todos nos fuimos juntos, dirigiéndonos a la puerta de Water Lane y al anochecer invernal. Nadie sintió la necesidad de decir nada hasta que fuimos saliendo uno a uno al patio de los establos, donde Will Kemp empezó a jurar.

—¡Maldito tiempo!

El granizo caía con fuerza.

—Se convertirá en nieve antes de que oscurezca —me dijo John Heminges—, y será mejor que te apresures a salir de la ciudad antes de que anochezca del todo. —Frunció el ceño y miró alrededor del patio—. ¿Dónde está Simon?

—Había ido a mear —dijo Kemp—, es uno de los pocos talentos que le quedan.

—¡Simón! —gritó Heminges—. ¡Simón! —No hubo respuesta. Un mozo de cuadra asomó la cabeza por una de las puertas y luego desapareció—... ¡Simón! —gritó Heminges una vez más, pero siguió sin haber respuesta—. Dijo que nos esperaría aquí, ¿no? —preguntó Heminges, lastimero.

—Puede que haya quedado con alguien —sugirió Richard Burbage— y que no quiera que sepamos qué cama va a humedecer esta noche.

—Le doy a ese chico demasiada libertad —dijo Heminges—. La mitad de las veces no sé dónde pasa la noche.

—Nunca llega tarde a los ensayos —dije.

—¿Y de qué sirve eso si no recuerda su papel? —gruñó Will Kemp.

John Heminges parecía dolido, porque cualquier crítica hacia un aprendiz repercutía en la reputación del maestro.

—Suele ser fiable —me dijo cuando el resto de los actores se adelantaron—, pero no comprendo por qué está tan nervioso.

—El de Titania es un papel muy importante.

—Los ha tenido más importantes. Mucho más. ¡El muy malcriado...! —

Dijo las últimas palabras con ademán vengativo.

—Estará aquí por la mañana —dije, intentando tranquilizarle.

Heminges arrugó el ceño. Era uno de los socios, por supuesto, también un hombre amable, pero aquella fría noche estaba furioso.

—¿Le espero o no? —preguntó.

Esperaba que el joven Simon le acompañara de vuelta a la cómoda vivienda de Saint Mary Axe, donde vivía con su joven esposa y sus tres hijos pequeños.

—Sabrá volver a casa —dije.

—Tendrá que hacerlo —dijo Heminges, y luego se estremeció—. Será mejor que te apresures.

Las puertas de la ciudad cerraban al caer la noche, y esta llegaba pronto en aquellos días oscuros de invierno, y los alguaciles de las puertas se mostraban ariscos con cualquiera que quedara atrapado dentro. Si quería llegar a casa tenía que usar la puerta más cercana, y hacerlo rápido. Seguí al resto de los actores hasta Water Lane y miré a un lado y a otro de la colina, pero si Simon Willoughby había venido por allí, haría tiempo que habría desaparecido. Era posible que hubiera usado la puerta que daba a River Alley, una puerta que le había enseñado el día anterior, y estaba claro, al menos para mí, que, fuera quien fuese la persona a la que Simon quería evitar, era alguien a quien no quería que viéramos. Y eso, necesariamente, significaba alguien de una compañía rival, del Cisne, y recordé al noble que le había subido las faldas a Simon en el palacio.

—Te veo mañana —le dije a John Heminges.

—Que te vaya bien —dijo—. ¡Y apresúrate!

Las campanas de las iglesias no tardarían en repicar el toque de queda, anunciando el cierre de todas las puertas de la ciudad, así que salí por la más cercana, Ludgate, y seguí la muralla, primero hacia *el* norte y luego hacia *el este* bordeando la ciudad. Tenía frío, y estaba empapado y triste. El toque de queda sonó cuando pasé por Newgate, y para cuando llegué a Smithfield estaba calado hasta el tuétano, y aún me quedaban por pasar Aldersgate, Cripplegate y Moorgate. El granizo parecía estar arreciando, traído por un viento desagradable que, poco tiempo después del anochecer, se convirtió en fina nieve que empezó a cubrir mi capa mojada. Estaba solo, pero ningún

salteador saldría de casa en una noche tan gélida.

No fui a casa. No tenía chimenea en la buhardilla, que estaría congelada, y yo necesitaba calor. El padre Laurence podía estar dormido o despierto, y si estaba despierto quizá estuviera en compañía de algún católico en busca de confesión. Pero a tan solo dos puertas de la casa de la viuda había una pequeña y barata taberna llamada El halcón, y El halcón, a pesar de ser un lugar mediocre, al menos tenía la chimenea encendida en invierno.

El grandioso nombre de la taberna no le hacía justicia. La mayoría de los vecinos la llamaban «El pollo apestoso», porque estaba lo bastante cerca de las cloacas de Finsbury Fields como para oler a pozo negro. El pollo tenía una habitación para bebedores, una puerta que daba a Bishopsgate Street, otra que daba a un callejón y una tercera que llevaba a la hedionda habitación en la que el tabernero, Harold el Grasas, hacía su cerveza. Unas escaleras cochambrosas llevaban a una habitación en la que Marie, una viuda francesa venida a menos, complementaba la escasa recaudación de El halcón, o, lo que era más frecuente, albergaba a viajeros que no habían logrado alcanzar Bishopsgate antes del toque de queda y que dormían bajo mantas infestadas de chinches por un penique. Aquella noche no había viajeros. Entré por la puerta principal, temblando, gimoteando y más muerto que vivo, y me encontré con un lugar casi vacío. Harold el Grasas y su esposa Margaret estaban allí, con Marie y con Dick, un viejo taciturno que parecía vivir en la taberna. Los ignoré porque, gracias a Dios, había fuego en la chimenea.

Me acuclillé junto a las llamas; tenía demasiado frío como para hablar.

—Estás coqueteando con la muerte, Richard —dijo Margaret. Era una buena mujer, con todos salvo con su marido—. Quítate esa capa, está empapada.

—Está nevando, ¿no? —dijo Harold el Grasas.

—¿Tú qué piensas? —le espetó Margaret, que luego se acercó a mí y me retiró la capa de los hombros—. ¡Mírate! Estás calado. ¡Eres un necio!

—Tengo frío —logré decir.

—Quítate todo eso, está mojado. Te traeré una manta. Sírvele algún caldo, mala bestia.

—Si paga —dijo Harold.

—Pagaré —balbucí mientras me castañeteaban los dientes. Había vendido

el cuchillo con pomo de plata por un chelín y tres peniques, un buen precio.

Las noches eran siempre la peor parte de mi jornada. Las mañanas solía pasarlas ensayando, las tardes eran para representar obras, siempre que el tiempo lo permitiera, pero las noches, y en particular las noches de invierno, estaban vacías. En verano siempre había gente en Finsbury Fields; algunos hacían prácticas de tiro con arco, otros jugaban a los bolos, algunos apéndices escandalosos le pegaban patadas a una pelota y la mayoría holgazaneaba durante las largas tardes, pero en invierno el frío caía como una maza, la oscuridad llegaba pronto y el toque de queda sellaba la ciudad. Detestaba volver a la gélida buhardilla, solo, y era frustrante ir a El delfín, aunque la cerveza fuera mejor, porque las putas de El delfín eran guapas, y rara vez tenía el dinero suficiente como para pagar tales compañías. Nell, por desgracia, se había ido, había muerto por culpa de la peste hacía dos años. Pero Alice, la bella chica élfica de Huntingdonshire, seguía allí, y a veces se sentaba conmigo hasta que un cliente le pedía compañía.

—¡Y dale! —decía siempre que un hombre la llamaba—. ¡Toca jugar al tentetieso!

El polloapestoso era más barato. La cerveza estaba aguada y la conversación era banal, si es que alguna vez se hablaba de algo, pero había compañía, calor y velas por las que otra persona había pagado. Y estaba Margaret, una madraza, siempre dispuesta a mimarme. Colgó mis ropas entre dos sillas, junto al fuego, y me trajo una jarra de lo que llamaba caldo, una cerveza en la que su marido había echado, a regañadientes, una pizca de aguardiente. Margaret había calentado un espetón al fuego, y lo introdujo en la jarra para calentar el caldo. El espetón siseó.

—Bébetelo, Richard —dijo.

—El aguardiente es de calidad —dijo Harold el Grasas desde el otro lado de la estancia—, no es de esa mierda barata.

—No le hagas caso —dijo Margaret. Sobre la repugnante cerveza flotaban pequeñas motas de ceniza, pero estaba caliente, y me lo bebí. Seguía temblando, pero volvía a sentirme vivo.

—Vi a tu hermano ayer —dijo Dick.

Permanecí en silencio mientras Margaret me cubría los hombros con una manta.

—Solía beber aquí —dijo ella—, pero ya no.

—Se está quedando calvo —dijo Dick—. Lo sé porque el viento le voló el sombrero.

Todos meditamos ante tal revelación. Las conversaciones en El pollo solían ser así, aunque Margaret solía preferir que me pasara cuando había estado en el palacio porque, al igual que su amiga, la viuda Morrison, quería saber cada detalle de lo que la reina llevaba puesto, de lo que había dicho y de quién se había sentado a su lado. De algún modo, en su cabeza yo era un íntimo amigo de Isabel, reina de Inglaterra, Irlanda y Francia por la gracia de Dios.

—Se le voló el sombrero —repitió Dick, preocupado de que no hubiéramos comprendido la noticia—, y estaba calvo.

—Ayer hizo viento —dijo Margaret para animar la charla.

—No está calvo del todo —elaboró Dick—, pero lo estará pronto.

—*Votre frère est chauve, oui?* —preguntó Marie.

—Está calvo —dije, adivinando a lo que se refería. Y es listo el muy bastardo. Bueno, igual no era un bastardo, aunque yo quizá sí, porque no me parezco en nada a mis tres hermanos.

—Deberías hablar en inglés —dijo Harold el Grasas mirando a Marie con el ceño fruncido—. Como una cristiana.

—Sé hablar inglés —dijo ella—, y soy cristiana.

—Eres francesa —dijo Harold—, no es lo mismo.

—¿Crees que Jesús no murió también por los franceses? —le retó Margaret.

—Si tenía un poco de sentido común, lo dudo.

—Me sorprendió —dijo Dick—. ¡Se le voló el sombrero en la calle y estaba calvo!

—Como otros que yo conozco —añadió Margaret mirando a su marido, quien arrugó la frente. Harold el Grasas estaba gordo como un cerdo y tenía la cabeza como el culo de un bebé: blanca, pelona y repleta de mierda.

—No es muy mayor, ¿verdad? —preguntó Dick.

—Treinta y uno —dije.

—Pues no es tan mayor. Yo tengo cuarenta y siete.

—Está en sus mejores años —dijo Margaret—. Prepara otro caldo,

Harold.

—Si paga —repuso Harold hoscamente.

—Pagaré —dije.

—¡Calvo! —dijo Dick, intentando recuperar una conversación que parecía haber llegado a un punto muerto, porque la taberna permaneció en silencio salvo por el silbido del viento y el crepitar de la leña de pino en el fuego.

Dick era basurero, uno de los hombres a los que pagaba la parroquia para limpiar las calles, y se consideraba un experto en fogatas, quizá porque toda la basura que recogían la quemaban en Spital Field, y no hacía más que advertirle a Harold sobre los riesgos de quemar pino.

—Te provocará un incendio en la chimenea y adiós casa —le gustaba decir, pero a Harold le gustaba comprar madera barata tanto como le gustaba el calor.

Margaret me trajo una segunda jarra de caldo.

—Sabía que había algo que quería comentarte —dijo—. Los *percies* han vuelto hoy.

—Otra vez no —dije.

—Antes del mediodía —dijo—. Pobre padre Laurence, deberían dejarle en paz. No le hace daño a nadie.

—Es un maldito católico —dijo su marido.

—Es un viejo inofensivo —dijo Margaret—, y estoy segura de que ama a la reina tanto como nosotros.

Eso lo dudaba, pero no dije nada.

—Yo amo a la reina —dijo Marie.

—Dios la bendiga —dijo Dick, pues sabía que si decía algo malo sobre la reina, Margaret se aseguraría de que no volviera a beber en El pollo.

—También en el Teatro —dijo Harold.

—¿La reina? —preguntó Dick.

Todos le ignoramos. Me volví a mirar a Harold.

—¿En el Teatro?

—Los vi. Vi sus enormes caballos en el patio.

Lord Hunsdon había prometido que hablaría con los perseverantes y que les prohibiría volver a registrar el Teatro de nuevo, pero si Harold decía la verdad, significaba que habían vuelto, y en un momento en el que estábamos en

Blackfriars.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Pues claro que estoy seguro —dijo Harold, disfrutando de mi malestar—. Había cinco de esos hijos de puta, justo antes del mediodía, y fueron de la casa de la viuda al Teatro. ¡Yo los vi!

—Idiotas... —dijo Margaret alegremente—. No encontrarán jesuitas en el Teatro. No albergáis jesuitas allí, ¿verdad, Richard?

—Ni uno —dije.

Pero allí guardábamos los guiones. Nuestros preciados guiones.

Aquellos que alguien quería robarnos.

Mi hermano me golpeó a la mañana siguiente. Era sorprendentemente fuerte, y el golpe me dolió. Fue una bofetada a mano abierta en la cabeza que hizo que me pitaran los oídos.

—¡Vete —rugió—, vete y no vuelvas jamás! ¡Sinvergüenza! ¡Eres un mierda! —Volvió a golpearme.

—¡Will! —dijo John Heminges, y luego alzó la voz—. ¡Will, detente!

Había llegado tarde a Blackfriars. La mañana había amanecido luminosa y fría, y Londres estaba cubierta por una capa de varias pulgadas de nieve que brillaba al sol. Las campanas de las iglesias me decían que debía apresurarme si quería llegar a Blackfriars a tiempo, pero en vez de dirigirme a Bishopsgate, había ido al Teatro. Mis botas hacían crujir la nieve mientras caminaba. Recorrí el callejón, pasé junto al bebedero congelado de los caballos y entré en el patio exterior del Teatro. Ví entonces que la puerta que daba a los vestuarios estaba abierta y que el pestillo en el que poníamos el candado estaba roto.

Subí los tres escalones que llevaban al vestuario. La nieve se había colado por la puerta entreabierta y estaba por el suelo. No daba la sensación de que faltara nada. Capas, jubones, vestidos, batas y camisas estaban colgados y amontonados en sus percheros de madera, como siempre, y los grandes baúles seguían repletos de pantalones, botas y camisas. Subí las escaleras y abrí las puertas del balcón para dejar que entrara la luz de la mañana, brillante por efecto de la nieve.

Los grandes tamboriles seguían ahí, al igual que las velas, el arpa al que le faltaban cuerdas, las copas, los platos y el resto de cosas que usábamos en el escenario. A primera vista parecía que nadie había tocado nada, pero entonces me fijé en la puerta que daba al cuarto de la caja: así lo llamábamos porque era donde se vaciaban, sobre la mesa, las cajas en las que se recogían los peniques que pagaba el público. El candado de la puerta había sido forzado, y la madera en torno a la cerradura estaba astillada. Empujé la puerta para abrirla. Dentro estaba oscuro, pero pude ver las dos cajas aún sobre la mesa. No habría habido dinero en ninguna de ellas, así que nadie habría robado dinero. Luego vi el baúl en la esquina opuesta de la pequeña habitación. Al igual que la puerta, había sido forzado, el candado estaba roto y la tapa, abierta. Crucé la habitación y, aterrado, miré dentro del baúl.

Estaba vacío.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz recelosa desde el vestuario.

—¿Jeremiah? —dije—. Soy yo, Richard.

Jeremiah, el soldado tuerto cuyo trabajo era cuidar del corral de comedias, subió las escaleras. Empuñaba una pistola.

—Semillas de cáñamo —dijo, dando a entender que la pistola estaba cargada con semillas, que picaban pero que no mataban.

Cruzó hasta el cuarto de la caja, se detuvo en la puerta y se quedó mirando la tapa abierta del baúl.

—Jesús en la judería —dijo espantado.

—Te va a hacer falta su ayuda —dije con gesto adusto.

Dejó la pistola en la mesa y, cauteloso, se acercó al baúl. Miró dentro, como si esperara que el contenido desaparecido volviera a manifestarse de forma milagrosa. Luego juró.

—¿Se los han llevado todos?

—Todos —dije.

—¿Todos los guiones? —Parecía costarle comprender el desastre que aquello suponía para nosotros.

—Todo —dije—. Los socios no se lo van a tomar bien.

Aquello era un eufemismo. El baúl contenía todas nuestras obras, los papeles de todos nosotros, todos los guiones. No estaba seguro de si mi hermano había guardado una copia de *El sueño de una noche de verano* o de

su nueva obra italiana en el pesado arcón, pero todo lo demás había estado allí.

—¿No andabas por aquí? —le pregunté a Jeremiah.

—Ayer hacía demasiado frío —explicó. Solía ser un gruñón y hacer gala de mal humor, pero ver el baúl saqueado le había arrancado de cuajo su bravuconería—. Y nevaba —continuó—; supuse que no habría cristiano que saliese de casa con tal vendaval, así que me fui a casa. En casa tengo una chimenea, ¿sabes? Y aquí no hay... —Su voz fue muriendo. Sabía que perdería su trabajo debido a lo ocurrido.

—Harold el Grasas cree que han sido los *percies* —dije.

—¡Los *percies*! —Parecía indignado—. ¿Qué demonios les importan a esos cabrones las obras de teatro?

—Solo Dios lo sabe.

Cogió la pistola. Era un arma alemana, la pólvora la encendía una llave de rueda, el cañón estaba chapado en plata y el pesado pomo del mango estaba hecho del mismo material. Era propiedad del Teatro, una de las pistolas que usábamos para hacer ruido, fuera del escenario, durante las escenas de batalla.

—Si han sido los *percies* —dijo Jeremiah avergonzado—, no podría haberlos detenido, ¿no crees?

—No.

—Los malditos *percies* pueden hacer lo que les viene en gana. Esto no habría servido de nada, ¿a que no? —Alzó la pistola—. ¡Me habrían matado!

—Sí, lo habrían hecho.

—¡Entonces no es culpa mía! —Me miró con rabia, esperando un gesto de asentimiento por mi parte, pero me limité a encogerme de hombros—. ¿Qué hacemos? —preguntó.

—Tú quédate aquí —sugerí—. Tengo que ir a Blackfriars, se lo diré a los socios. Ellos enviarán a alguien para reparar las puertas.

—Diles que no ha sido culpa mía. Diles que estaba aquí —suplicó—. Diles que no pude detenerlos. ¡Eran *percies*!

—Les diré que no hubieras podido detener a los *percies* —le prometí.

—Diles que estaba aquí —repitió—. Jesús, María y José no habrían podido detener a esos sodomitas. ¡No es culpa mía!

Allí le dejé, suplicándome, y me dirigí a Bishopsgate. La visita al Teatro

había hecho que me retrasara, al igual que la nieve de las calles, que ya se estaba convirtiendo en barro gris. Me resbalé en Water Lane por culpa del hielo, cayendo de lleno sobre mi cadera y raspándome la mano derecha. Temblaba. Los pordioseros que solían amontonarse junto a las grandes casas habían desaparecido para buscar refugio Dios sabe dónde. Pude ver que el Támesis estaba parcialmente congelado, un canal gris fluía entre placas de hielo. Los barqueros habían abierto un camino hasta Paris Garden Stairs, pero había pocas barcas a la espera de clientes. El centinela que solía hacer guardia ante las puertas del patio de los establos del lord Chambelán no estaba, pero di con él dentro, en el pequeño refugio de uno de los establos, vigilando la entrada al patio.

Esperaba encontrar a la compañía ensayando, pero, en lugar de eso, los vi arremolinados en torno a la chimenea del gran salón. Discutían airadamente, se interrumpían los unos a los otros, era evidente que estaban enfadados, pero en cuanto llegué, se hizo el silencio de inmediato y todos se volvieron a mirarme. Tenía demasiado frío como para percatarme de su animosidad. Yo solo quería llegar al fuego y darles la noticia.

—Acabo de llegar del Teatro —dije—. Los *percies* estuvieron allí ayer, y se llevaron los guiones. ¡Todos! Se...

—¡No se llevaron nada! —me interrumpió mi hermano.

—He pasado por allí esta mañana —insistí—. Estuvieron ayer, rompieron la puerta del cuarto de la caja.

Fue el momento en que se acercó a mí y, sin avisar, me abofeteó. Simon Willoughby, de pie con el resto, resolló. Sentí alivio al ver a Simon. Fuera cual fuese la aventura que le había llevado a salir de la mansión la noche anterior, esta había concluido.

—¡No se llevaron nada! —repitió mi hermano, y volvió a abofetearme—. Pero tú...

—¡Will, no! —John Heminges se apresuró a intervenir.

—¡Maldito ladrón! —me espetó mi hermano a la cara—. ¡Vete! ¡Vete y no vuelvas jamás! —Intentó girarme y empujarme hacia la puerta y, cuando me resistí, me golpeó por tercera vez—. ¡Sinvergüenza! ¡Eres un mierda! —Volvió a golpearme.

—¡Will! —dijo John Heminges, y luego alzó la voz—. ¡Will, detente!

Mi hermano volvió a alzar el brazo para atizarme de nuevo, pero logré pegar primero y le propiné un puñetazo en el pecho.

No fue un puñetazo fuerte, pero sí lo bastante como para obligarle a retroceder un paso.

—¡Will! —gritó John Heminges, y aferró el brazo de mi hermano—. ¡Will! ¡Para! —Agarró a mi hermano—. Él no se los ha llevado.

—Solo tenemos tu palabra —gruñó mi hermano.

—¿Y mi palabra no es suficiente? —Heminges, que solía ser un hombre calmado, estaba ahora furioso.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto! —aulló Alan Rust mientras corría hacia nosotros.

—¡No, no pares! —dijo Will Kemp. Sonreía, estaba disfrutando de la escena—. Dale fuerte a ese cabrón, Will, ¡dale fuerte! ¡Rómpele esa cara bonita! ¡Que veamos sangre!

—¡Ya basta! —gritó Rust. Se metió entre mi hermano y yo, y luego me empujó hacia la gran mesa—. ¿Qué viste en el teatro? —preguntó.

Describí lo que había visto, las puertas forzadas y el baúl abierto en el cuarto de la caja.

—El baúl estaba vacío —dije—, y todos los guiones habían desaparecido.

—¿Dónde estaba Jeremiah? —exigió saber Henry Condell, furioso.

—Fueron los *percies* —dije—. Jeremiah no los habría podido detener. Tenía la pistola cargada con semillas de cáñamo, pero, de haber hecho uso de ella, ahora estaría muerto.

Había decidido mentir por Jeremiah y no desvelar que había abandonado el Teatro antes de que llegaran los persevantes. Lo cierto era que no podría haber hecho nada porque llevaban el salvoconducto real, y su presencia o ausencia no habría supuesto diferencia alguna.

—¿No se llevaron nada más? —preguntó Rust.

—Que yo sepa, no.

—En ese caso no se han llevado nada —dijo mi hermano, aún enfadado.

—Se llevaron todos los... —empecé a decir.

—Saqué los guiones más valiosos del corral de comedias —gruñó—, y solo dejé la mierda. Han cogido las hojas de *Los siete pecados capitales*, y otra docena de guiones basura.

—¿Los sacaste? —pregunté en voz baja.

—Porque era evidente que podían volver —dijo—, a pesar de los esfuerzos de Su Excelencia. Alguien nos odia, alguien está intentando destruirnos. ¡Y eres tú! —Volvió a cargar contra mí, pero Alan Rust le detuvo.

—Los guiones más valiosos —me explicó Rust— los hemos traído aquí. Están bajo llave —asintió hacia el gran baúl que había junto a la chimenea—, y anoche alguien robó las páginas de *El sueño de una noche de verano* y de *Romeo y Julieta*.

Aquello me impactó. Balbucí un instante bajo la airada mirada de sus rostros barbudos.

—¡No he sido yo! —protesté.

—Fuiste al nuevo corral de comedias de Langley —me acusó mi hermano—. ¿Crees que no lo sé? ¡Francis Langley es mi amigo!

—¿Porque eres su socio en el negocio de los burdeles? —contesté.

—¿De verdad, Will? —preguntó Kemp, entusiasmado.

—¿Es cierto? —Alan Rust ignoró a Will Kemp y me miró—. ¿Visitaste el nuevo corral de comedias de Langley?

Vacilé un momento, luego asentí.

—Sí, fui. Tenía curiosidad. Y me ofrecieron oro, pero lo rechacé. ¡Dije que no!

—¿Te ofrecieron oro?

—Querían el guión de *El sueño de una noche de verano* —dije—, porque no tienen obras de teatro.

—Pues ahora sí las tienen —dijo mi hermano con amargura.

—¿Y cómo iba yo a robar los dos guiones anoche? —dije—. Salí con todos vosotros.

—Eso es cierto —dijo John Heminges.

—¿Y dices que dejaste aquí los guiones —le pregunté a mi hermano—, pero no te llevaste la llave?

—Este baúl no es nuestro. Lo usa la gente de la casa. No puedo llevarme la llave.

—Entonces puede haber sido cualquiera —dije—, pero yo no he sido.

—¿Quizá alguien de la casa los haya cogido prestados? —sugirió, nervioso, John Heminges.

—Nadie los ha cogido prestados —espetó mi hermano—. Se lo he

preguntado a Harrison. —Harrison era el secretario de Su Excelencia—. Dice que solo él sabe dónde se guarda la llave. Ha sido uno de nosotros, y los guiones han sido robados. Y tú podrías perfectamente haber vuelto anoche.

—¿Con esa nevada? ¡No!

—Pero hablaste con Langley —me acusó malhumorado.

—¿Y tú todavía no has ido a ver el nuevo corral de comedias? —le pregunté, y vi, por su expresión, que yo tenía razón—. ¿Y quién más de los que aquí estamos ha ido a ver lo que están construyendo?

Nadie respondió. Nadie se atrevió a cruzar miradas con el resto.

—Sí, fui allí —admití—, y hablé con Langley, y con un hombre llamado deValle, y me ofreció el dinero del conde de Lechlade. ¡Me ofreció oro! Y dijo que me pagaría un sueldo si me unía a su compañía. Langley estaba allí, estoy seguro de que te ha contado lo que ocurrió. —Hice una pausa y mi hermano no respondió, lo que significaba que, efectivamente, se lo habían dicho—. Y seguro que te ha contado —continué— que dije que no. —Dije esas cuatro últimas palabras lenta y claramente.

—¿El conde de Lechlade? —preguntó Henry Condell.

—El dinero es suyo —dije—, y van a llamar al nuevo corral de comedias «El Cisne».

—No ha sido Richard. —John Heminges se puso a mi lado—. Estaba conmigo cuando nos fuimos anoche. Caminé con él hasta Ludgate, y no quedaban más que unos minutos para el toque de queda.

Esta vez se convencieron, pude verlo, aunque mi hermano, resentido y dolido, se negaba a mirarme a los ojos.

—Entonces ¿quién? —preguntó taciturno.

—¿Quién no salió con nosotros anoche? —pregunté.

Oí resollar a John Heminges. Se volvió y miró hacia la chimenea, donde permanecían los chicos, todos ellos intimidados por la discusión. Yo también miré, y crucé miradas con Simon Willoughby. Este me observó a mí, y luego a su maestro, y vi que el pánico se apoderaba de su rostro. Era actor, pero en ese momento sus dotes le abandonaron. Debería haber fingido, debería haberse hecho el inocente, pero huyó. Echó a correr por la habitación, saltó sobre el escenario a medio construir, brincó por la parte trasera y desapareció por el pasillo del servicio.

—¡Simón! —gritó Heminges, pero su aprendiz se había esfumado.

Todos le seguimos, pero éramos demasiado lentos. Todos nos amontonamos en el escenario y corrimos hacia la puerta, pero Simon Willoughby ya estaba lejos.

—¡Por aquí!

Alan Rust echó a correr por el pasillo del servicio hacia los establos, pero yo sabía que Simon Willoughby usaría el otro corredor, aquel que le había enseñado y que llevaba al callejón del río. Se había adentrado en el Londres invernal. Y nuestros dos nuevos guiones desaparecieron con él.

Esa mañana el ensayo fue apagado, y no era de extrañar. Titania se había ido, y Oberón, su maestro, se sentía a un tiempo traicionado y avergonzado. Peter Quince estaba rabioso. Nick Bottom no podía evitar hacer chistes, lo que al final provocó en mi hermano, que solía ser un hombre compuesto, un estallido de ira.

—¡La obra se ha echado a perder, cabrón! ¡Has perdido tu dinero!

—No había ningún buen papel para mí —gruñó Will Kemp—, así que no importa.

—No todas las obras tienen un bufón.

—Las que sirven para ganar dinero sí. ¿A quién le importan una mierda dos enamorados italianos?

—¡Caballeros! —intervino Alan Rust. Ambos Williams callaron, contentándose con mirarse con odio.

John Heminges, hundido en su tristeza por la traición de su aprendiz, se sentó en una silla.

—No lo sabía —dijo por centésima vez.

—Ninguno de nosotros lo sabía —dijo Rust bruscamente.

—Es un traidor —dijo John Heminges con amargura—, pero no entiendo por qué.

—Por el dinero —dijo mi hermano con tristeza.

—Estaba resentido —dije— porque no se le había elegido para hacer el papel de Julieta.

—¿Eso lo sabías? —Mi hermano se volvió violentamente hacia mí.

—Todos lo sabíamos —dijo Will Kemp—, ese pequeño hijo de puta no lo ocultaba.

—Ahora podrá hacer de Julieta —dijo mi hermano— en el maldito Cisne.

—O podrá hacer de Titania —dijo, lastimero, Thomas Pope, el más callado de los socios.

—Representarán *Romeo y Julieta* —dijo mi hermano—. Saben que ya casi estamos preparados para *El sueño*. Quieren algo que nadie más haya hecho. Será *Romeo*, malditos sean.

—Pero aún podemos hacer la obra —sugirió Pope—. El Cisne no estará listo hasta dentro de unas semanas. ¡Podemos hacerlo antes que ellos!

—Solo había una copia —dijo mi hermano.

—Mierda —dijo Richard Burbage.

—Y la hemos perdido —dijo mi hermano.

—No si la recuperamos —dije abruptamente.

¿Por qué dije aquello? Supongo que fue por impulso. Temía la ira de mi hermano, y sabía que no le caía en gracia, pero en aquel momento no sentí por él más que lástima. Yo sabía, como lo sabían todos, que estaba muy orgulloso de su nueva obra, que estaba entusiasmado con la historia de los dos amantes de la lejana Verona. Había querido presentar *Romeo y Julieta* pronto, en la corte quizá, o, si el tiempo mejoraba, en el Teatro.

—¿Recuperarla? —Mi hermano se burló de mí—. ¿Cómo?

—Dices que Francis Langley es tu amigo —sugirió Rust.

—¿Amigo? —Mi hermano se encogió de hombros y pareció avergonzarse—. Hacemos negocios juntos, eso es todo.

—Y los negocios de Francis Langley son los burdeles —dijo Will Kemp con entusiasmo.

—¿Y qué pasa si es así?

—Podrías hablar con él —dijo John Heminges.

—Necesita los guiones más de lo que necesita mi amistad —dijo mi hermano—. Necesita guiones y necesita dinero. Está endeudado hasta las orejas con el Cisne.

—Pues tendréis que hacer que las putas trabajen a toda velocidad —dijo Will Kemp.

—Negaré tenerlos —dijo mi hermano ignorando a Kemp—, hasta el día

que representen *Romeo y Julieta*. Así que no —se volvió y me miró—, no podemos recuperarlos.

—Ellos nos los robaron —dije—, así que podríamos robárselos nosotros. Se me quedó mirando, y yo a él.

—No eres tan buen ladrón —dijo al fin.

—¡Soy mejor de lo que crees! —Lo dije de forma violenta, desafiándole, y mi tono truculento cogió a todo el mundo por sorpresa. Yo también me sorprendí, porque gran parte de mi rabia afloró con esas seis palabras. Mi hermano dio un paso atrás, creyendo que iba a golpearle, y nadie dijo nada hasta que Alan Rust rompió el silencio.

—Señor —dijo, citando la obra que tendríamos que estar ensayando—, qué necios son estos mortales.

—¡Dale un puñetazo, chico! —dijo Will Kemp.

—¿Podemos empezar? —intervino Rust—. Tenemos mucho que hacer.

—Pero no tenemos el guión —dijo Richard Burbage.

—Seguimos teniendo los papeles de cada uno de *El sueño* —dijo mi hermano, apesadumbrado—. El muy cabrón no robó esas páginas.

Lo primero que teníamos que hacer era reemplazar al cabrón. Los socios se arremolinaron, y los vi mirarme un par de veces: yo a ellos no les quitaba la vista de encima, retándolos a que me dieran ese papel, y al final le dieron Titania a Bobby Gough, el aprendiz de Thomas Pope. Tenía un año menos que Simon Willoughby, y la elección me sorprendió. Bobby era delgado, muy vergonzoso, muy callado y dado a llorar si algo salía mal o si se le regañaba. Disfrazado, y con la cara pintada, desprendía una delicada belleza, pero a mí me parecía que Titania era de todo menos delicada. Era una reina temible, más que capaz de enfrentarse a su caprichoso marido, y Bobby, aunque tuviera una voz clara y potente, y aunque hubiera hecho un par de papeles largos en el Teatro, parecía más apto para papeles de mujer delicada diferentes a los de la desafiante Titania. Sin embargo, fue elegido, y mi hermano le dio las páginas de la reina de las hadas.

—Por ahora puedes leerlas —dijo.

Y un día que había empezado mal simplemente empeoró. Estábamos ensayando una escena cercana al final de la obra en la que Titania, rodeada por su corte de hadas, estaba mimando al monstruoso Bottom, el hombre con

cabeza de asno. La primera vez que habíamos leído la escena, la habíamos interrumpido continuamente con nuestras risas, pero hoy solo había tristeza. Will Kemp, por supuesto, se sabía sus frases.

—Tendré que acercarme al barbero —declamó frotándose la mejilla—, pues me da la sensación de que tengo la cara cubierta de pelo, y soy un ser sensible; cuando el pelo me roza, tengo que rascarme.

Bobby Gough, sentado al lado de Will, estaba mirando el guión.

—¿Gustarías de escuchar una...? —leyó, e hizo una pausa al tiempo que se acercaba la página—. ¿Pone «dulce»?

—Dulce —confirmé.

—¿Gustarías de escuchar una dulce tonada?

Will Kemp se estiró, disfrutando de los gruesos cojines que hacían las veces de guarida de la reina de las hadas.

—Tengo bastante buen oído para la música —dijo—. Traigan cencerros y carracas.

Bobby sostenía la hoja muy cerca de los ojos. La luz era tenue, pero no era imposible ver.

—O dime —dijo dubitativo—, amor mío... —hizo una pausa y frunció el ceño—, qué... —otra larga pausa— deseas. —Me miró—. Esta palabra es...

—¡Comer! —rugió Will Kemp—. Por las tripas de Cristo, chico, es «comer». ¿Acaso no sabes leer?

Bobby parecía estar al borde del llanto.

—Sé leer, señor.

—No tiene muy buena vista —dijo con ansiedad Thomas Pope, el maestro de Bobby—. Tiene que leer las cosas muy de cerca, pero es muy concienzudo.

—¿Concienzudo? ¡A la mierda! —Kemp se puso en pie, furioso.

—Bobby. —Alan Rust cogió al muchacho del brazo—. Ve a la ventana. —Señaló hacia el mirador, donde la luz era mejor—. Empieza a aprenderte las frases.

—Sí, señor.

Rust se volvió hacia mí.

—Richard, ocupa su lugar y lee las frases.

—No necesito hacer la escena —dijo Will Kemp de malos modos—, me sé mi parte. Podemos seguir adelante.

Y seguimos adelante. Con tristeza.

Silvia y otra de las sirvientas vinieron al salón justo antes de que acabara el ensayo. Empezaron a coser rosas blancas y cruces rojas en la tela que ahora embellecía la parte frontal del escenario. Silvia no hacía más que mirar hacia mí. Estábamos ensayando una escena cercana al final, con George Bryan en el papel del duque Teseo, y Thomas Belte, el segundo aprendiz de John Heminges, en el papel de Hipólita. Ambos se sabían sus partes. Y yo, aparentemente, volvía a ser el apuntador, trabajando con todas las partes, que estaban mezcladas, pero por suerte los actores, salvo por Bobby Gough, se sabían sus líneas. Miré a Alan Rust.

—Tengo que mear.

—Ve —dijo distraído agitando la mano para que me fuese.

Subí al escenario y crucé la cortina que lo separaba del vestuario, y, tal y como esperaba, Silvia me siguió. Me abrazó.

—¡Qué calentito estás! —No dejó de abrazarme—. ¿A qué venían todos esos gritos esta mañana? Mi señora creía que os ibais a matar entre vosotros.

—Hemos estado a punto.

—¡Cuéntamelo!

—Eres curiosa, ¿eh?

Sonrió.

—¿Me estás ocultando algún secreto, Richard Shakespeare?

Así que se lo conté. Le conté que las valiosísimas páginas de las nuevas obras de mi hermano habían sido robadas del baúl del gran salón, y cómo Simon Willoughby debía de haberlas cogido.

—Soy un idiota —dije.

—¿Por qué?

—Porque he prometido robarlos y traerlos de vuelta.

—¿Que has hecho qué?

—He prometido robarlos y traerlos de vuelta —hice una pausa—, aunque no sé adónde se los han llevado.

Me miró a los ojos. Sus brazos aún rodeaban mi cintura, tanto en busca de calor como de afecto.

—¿Así que no sabes adónde ir?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Y cómo piensas robarlos?

—Podrían estar en cualquier lugar —dije.

—¿En cualquier lugar?

—Podrían estar en casa del conde de Lechlade —dije—, esté donde esté.

O en el nuevo corral de comedias.

—¿El conde? Está en Westminster —dijo ella.

—¿Eso lo sabes?

—No lo sé —dijo con firmeza—, pero las damas estaban hablando de él porque apareció por la corte vestido de armiño.

—¿Eso es malo?

—¡Que Dios y sus ángeles te asistan! Claro que es malo. Solo la reina puede llevar armiño. Es la ley. Y llevaba esos estúpidos zapatos de tacón alto. Es bajito, ¿sabes? Dice mi señora que está hecho todo un gallo, pero le mandaron a casa para que se quitara el armiño. Dice que debe de vivir cerca, porque volvió enseguida. Salió y entró, como un hurón. Eso dijo.

—¿Un gallo y un hurón?

—¡No te burles de mí, Francis Flute! Puede que el pequeño hurón esté viviendo en alguna fonda, muchos de los nobles de provincias lo hacen, pero estará en Westminster y cerca de palacio.

—No me estaba burlando de ti.

—¿De verdad?

—Te estoy besando —dije, y era cierto. Ella parecía estar disfrutándolo—. O puede —continué— que Simon llevara los guiones al Cisne.

—¿El Cisne?

—El nuevo corral de comedias.

—Solo si cruzó por el puente —dijo con desdén—. Nadie cruzó el río anoche. Y solo un necio hubiera caminado por ahí con esa tormenta de nieve.

—Yo lo hice.

—Pues eso digo —sonrió—, pero si el briboncete tiene un poco de conocimiento, no habría caminado mucho. Ni a Westminster, ni por el puente. Ambos están demasiado lejos. Debió de llevárselos a algún lugar cercano.

Algún lugar cercano. ¡Por supuesto! El tiempo mismo dictaba que Simon Willoughby no podía haber ido muy lejos, y eso significaba que tenía los guiones robados, o en Blackfriars, o cerca de allí. A algún lugar seguro.

Sabía dónde estaba el briboncete.

TERCERA PARTE

LO GROSERO Y LO VULGAR

Lo grosero y lo vulgar que no alberga cantidad,
el amor puede dotarlo de forma y de dignidad:
no mira el amor a los ojos, sino a la mente,
por eso, el cupido alado ciego es representado.

El sueño de una noche de verano
Acto I, escena 1, líneas 232 y ss.

8

—Hablame sobre *Romeo y Julieta* —le dije a mi hermano.

Estaba caminando con él. Había parecido molesto cuando, al salir de la mansión de Blackfriars, no le seguí el paso, y, desde ese momento, ignoró todo lo que le había dicho. Se había detenido ante la tienda de un talabartero para echar un vistazo a lo que ofrecía.

—Es mejor tener el caballo antes de comprar la silla —le había dicho, un comentario que fingió no oír.

En su lugar, empezó a caminar a grandes zancadas Cheapside abajo, apresurándose para huir de mí, pero logré darle alcance y seguirle la marcha.

—Háblame sobre *Romeo y Julieta* —dije de nuevo.

—Es una obra de teatro —dijo, mordaz; su enfado por la pérdida superaba la molestia que le provocaba mi compañía—, y ese imberbe bastardo me la ha robado.

—Pero yo se lo robaré a él.

Aquello me valió un gesto de desprecio.

—¿De dónde? ¿A quién?

—A quien lo tenga —repuse con displicencia.

—Y quienquiera que lo tenga —gruñó— ya lo estará copiando.

—Copiarlo llevará al menos una semana —señalé—, y solo lo robaron anoche. Puede que hayan copiado una página a estas alturas, puede que dos.

Seguimos caminando en silencio. Mi hermano tenía el ala de su sombrero hacia abajo para ocultar su cara para que no le reconocieran. La gente solía

reconocer a los actores cuando íbamos por la calle, y era habitual que nos abordaran para decirnos lo mucho que habían disfrutado de una representación, aunque no serían muchos los que quisieran importunarnos en una noche gélida como aquella. A algunos actores les gustaban las loas, mientras que otros hacían lo posible por evitarlas. Simon Willoughby, por supuesto, nunca tenía suficiente, y, al igual que Will Kemp, recorría la calle de un lado a otro buscando llamar la atención. Mi hermano prefería esconderse.

—Los elogios de los necios —me dijo una vez— no tienen valor. Quizá sean gratificantes, pero al final no encierran sentido alguno.

—¿No te gusta que te alaben? —había preguntado yo.

—Si la alabanza proviene de una persona con luces, sí. De otro modo no es más que el ladrido de un perro.

Ahora caminaba cabizbajo, no solo para evitar que le reconocieran, sino para poder sortear el barro, el hielo y la boñiga que alfombraban Cheapside. De vez en cuando miraba hacia arriba para valorar el cielo, el cual, siempre huraño debido al humo de Londres, ahora se mostraba amenazante y cargado de nubes de color púrpura oscuro.

—Nevará más —dijo.

—Deberíamos dormir en casa de lord Hunsdon —dije.

—No creo que a Su Excelencia le gustara la idea —dijo cortante—, y después de lo de *La bella Em*, es probable que lamente habernos invitado. —Una ráfaga de viento hizo que cayera nieve de un tejado, desplomándose sobre nuestras capas—. ¿No deberías salir de la ciudad antes del toque de queda? —me preguntó.

—Debería —dije—, pero quiero saber si tendré un papel en *Romeo y Julieta*.

Suspiró, como si me estuviera poniendo pesado, y supongo que así era.

—Eso depende de los socios, no de mí.

—Y tú eres un socio —dije—, y el resto te escucha. Así que ¿hay un papel para mí?

Volvió a suspirar.

—Podrías hacer de...

—¿Es un papel de hombre?

—Deja que piense —dijo; su voz rezumaba sarcasmo—. Richard hubiera

hecho de Romeo si aún tuviéramos el guión, y Henry hubiera sido Mercucio. Está el padre de Julieta, pero no tienes edad para ese papel. Sin embargo, hay un buen número de criados que llenan el escenario. ¿Uno de esos quizá?

—Una parte hablada —dije con paciente persistencia.

—¿Tylbat quizá?

—¿Qué hace?

—Muy poco. Tiene una veintena de líneas. Puede que menos. Más o menos las mismas que Peter.

Me estremecí solo de pensar cómo se sentiría Will Kemp teniendo veinte líneas o menos.

—Lo que te estoy preguntando es —dije—: ¿me darás un buen papel si consigo recuperar el guión?

Se había detenido junto a la vieja cruz de piedra que dominaba Cheapside. La cruz solía estar abarrotada de mendigos, que solo huían cuando el predicador puritano pasaba por allí para exigir la destrucción del símbolo papista, pero aquel día glacial la cruz estaba desierta. Mi hermano me observó con su habitual cara de aversión.

—Tengo tres mínimas esperanzas de recuperar los manuscritos —dijo—. Puedo hablar con Francis Langley. No servirá de mucho, pero puedo intentarlo. Francis vendería a su madre por un penique. ¡Por medio penique! Podría pedirle a lord Hunsdon que hiciera uso de su influencia, pero a Su Excelencia no le gusta inmiscuirse en trivialidades, y no le hará ninguna gracia. Además, ni siquiera tengo pruebas de que las obras sean de mi autoría. Habría abogados de por medio, y Su Excelencia profesa una sana aversión hacia los abogados. O puedo arrodillarme ante *sir* Edmund Tilney e implorar que rechace los manuscritos.

—¿Lo haría?

—Claro que no. Y aunque lo hiciera, eso no evitaría que los representaran en casas particulares.

Sir Edmund Tilney era el maestro de Entretenimientos; y era elegido por lord Hunsdon, el lord Chambelán. *Sir* Edmund convocaba a los actores para que actuaran ante la reina, pero también tenía la responsabilidad de que ninguna obra contuviese material sedicioso o herético. Cada obra, ya fuera representada en la corte, en un corral de comedias o lo fuera por las

compañías que recorrían las provincias, tenía que ser presentada ante *sir* Edmund, y ninguna podía ser representada en Inglaterra o Gales hasta que él hubiera firmado y sellado la primera página del manuscrito. Yo también le había llevado guiones, y me había resultado afable, siempre dispuesto a cotillear sobre los actores.

—Cómete una manzana —me había dicho una vez al recibirme—, es de mi huerto. ¿Cómo está el tobillo de Will?

—Mucho mejor, *sir* Edmund. —Will Kemp se había torcido un tobillo durante la representación de *Los siete pecados capitales*.

—¡Es un pillo! —había dicho *sir* Edmund—. ¡Esas gigas que se gasta! ¿Sabes lo que hace el muy bribón? Se inventa las frases. Se le ocurren sobre la marcha. —Había reído—. Debería encerrarle en los calabozos de Marshalsea, pero es muy gracioso. ¡Confieso que es gracioso! Bueno, ¿qué me traes hoy?

—Otra giga, *sir* Edmund.

—¿Picante, eh? Déjame ver.

Sir Edmund, un hombre decente, tenía la potestad de rechazar una licencia si el Cisne presentaba *Romeo y Julieta* y *El sueño de una noche de verano* para su aprobación, lo que significaría que los actores del conde de Lechlade no podrían representar ninguna de las dos obras en público, pero mi hermano estaba en lo cierto: *sir* Edmund, y mucho menos lord Hunsdon, no querría meterse en marañas legales. Mientras las obras no insultaran a la reina o hicieran apología de la herejía papista, *sir* Edmund probablemente las firmaría.

—Existe una cuarta esperanza —dije.

—¿Cuál? —preguntó mi hermano—. ¿Que los trasgos del bosque rescaten los manuscritos?

—Que yo los vuelva a robar.

Hizo una mueca de desprecio.

—Confío más en los trasgos que en ti.

—Y si los recupero —dije—, quiero un papel de hombre en *Romeo y Julieta*. Un buen papel.

—Si recuperas los manuscritos —dijo con sorna—, puedes hacer del mismísimo Romeo. —Soltó una triste carcajada al oírse, luego se alejó—. Creo que tú tienes que irte por allí —dijo señalando hacia Wood Street.

—¡Mañana llegaré tarde a los ensayos! —le grité.

—Si quieres un trabajo, no —gruñó sin volverse—. Mañana vamos a ensayar la obra completa. Te necesitamos, así que ve.

—Puede que llegue muy tarde —continué—, porque voy en busca de tu *Romeo*.

Aquello hizo que se detuviera. Se volvió y me miró al tiempo que los primeros copos de nieve caían de las oscuras nubes.

—Eres un loco y un idiota, Richard —dijo, aunque no de malos modos. Luego dio media vuelta y siguió su camino.

Pero no me había prohibido que lo intentara. Así que llegaría tarde a los ensayos del día siguiente.

—Ya sé por qué Simon ha robado los guiones —dije aquella noche.

—¿Por qué? —El padre Laurence estaba arrebujado en sus mantas, sentado cerca del fuego que yo acababa de alimentar con leña.

—Estaba molesto porque no se le había dado el papel de Julieta.

—¿Estaba celoso? Pobre muchacho. Los celos son algo muy destructivo.

—Y le dieron oro —añadí.

—¿También sufre de avaricia?

Esboqué una media sonrisa.

—Puedes añadir lujuria, padre.

—¡Señor, señor! ¡Envidia, avaricia y lujuria! Sí que necesita una absolución. ¿Por quién siente lujuria?

—Le vi con el conde de Lechlade. Se estaban besando.

—¿Ese tipo de lujuria? ¡Dios misericordioso!

—Es pecado, ¿verdad, padre?

—Eso dicen, Richard, eso dicen. —Alargó las delgadas manos hacia el fuego—. ¡Vaya, menuda pira has hecho! Espero que no provoquemos un incendio.

La nieve caía lentamente. Podía ver los gruesos copos a través de la pequeña ventana del padre Laurence. Cuando amaneciera, pensé, la helada habría dejado su impronta en el cristal y el día sería frío y quebradizo.

—Hay una cosa que no comprendo —dije.

—¿Y de qué se trata?

—¿Por qué volvieron los *percies* al Teatro? Solo robaron los guiones. ¿Podrían también ellos estar trabajando para el conde?

—Es poco probable.

—¿Lo es?

—El conde no goza de buena reputación. Al igual que nuestro Salvador, se relaciona con públicanos y pecadores.

—¿Y los *percies* no son pecadores?

—Lo son, Richard, pero son de una especie diferente. Todos somos pecadores. Todos somos indignos de la gracia de Dios, pero los *percies* son los más peligrosos de los pecadores.

Esperé a que se explicara, pero no hizo más que observar las llamas.

—¿Peligrosos?

—Creen que hacen el bien, Richard. Cuando los hombres hacen el mal y sostienen que hacen la labor de Dios, es cuando son más peligrosos. ¡Más peligrosos! Esos son los peores pecadores.

Fruncí el ceño intentando recordar los sermones que había oído.

—Pero si los curas, y discúlpame, padre, si los curas conspiran para matar a la reina, ¿eso no es algo diabólico?

—El papa dice que no, aunque he de confesar que no estoy de acuerdo con la opinión del Santo Padre. Con lo que convengamos que matar a la reina es un acto diabólico, pero también lo es destripar a un hombre por su fe. He visto morir a los mártires, Richard, los he visto morir. —Se persignó con esa mano que parecía una garra.

—¿También viste arder protestantes? —Convertí el comentario en una pregunta y no en una acusación.

—Pobres almas, sí, los vi. Y oré por ellos. Estaban errados, por supuesto, pero si quemáramos a todos los hombres y mujeres que se equivocan, las piras nos cesarían nunca. —Suspiró—. La reina María, pobre mujer, pensó que podría purgar Inglaterra con fuego. No lo logró, del mismo modo que Isabel no puede lavar el país con sangre. ¿Nieva mucho?

Miré por la ventana.

—De forma constante, padre.

—Es preciosa, ¿verdad?, cuando acaba de caer.

—Así es, padre.

—El mundo entero parece limpio y luminoso después de una nevada —dijo ensimismado—; luego, el ser humano, con sus pecados, lo mancilla. —Esbozó una triste sonrisa, y parpadeó cuando uno de los trozos de leña se quebró e hizo saltar pavesas sobre el suelo—. Los *percies* no trabajan para el conde —dijo el anciano sacerdote—, de eso estoy seguro. En todo caso, estarán trabajando para la ciudad.

—No es la ciudad la que los emplea —dije.

—¡No, claro que no! Pero comparten ambiciones con esta. El fin de los corrales de comedias. Y muchos de los *percies* son puritanos, y los puritanos consideran un enemigo a quienquiera que no piense como ellos. A los *percies* se les han acabado los curas a los que torturar, así que les toca el turno a los corrales de comedias, y se convencen de que están luchando contra el pecado. Déjame ver. —Se inclinó hacia un lado de la silla para rebuscar en una cesta en la que guardaba todos los libros y panfletos que no le habían arrebatado los perseverantes—. Toma. —Sacó un libro hecho jirones que no tenía cubiertas, y me enseñó la página del título.

Leí en alto:

—«*Tratado contra los dados, el baile, el teatro y los interludios, así como otros pasatiempos frívolos*».

—Lo escribió un hombre de Devon —dijo el padre Laurence—, un hombre llamado John Northbrooke. Le vi una vez. Era un predicador vehemente. —El padre Laurence pasó páginas, y luego arrugó la frente como si estuviera recordando algo—. No era un hombre agradable, nada agradable, pero adoraba a los perros. Es difícil no sentir aprecio por un hombre que ama a los perros, ¿no crees? —Soltó una carcajada, luego encontró la página que buscaba—. El libro es un diálogo —explicó— entre la Juventud y la Edad Adulta. Aquí, la Juventud formula una pregunta: «¿Arremetes también contra esos lugares que se levantan y construyen para representar obras e interludios como el Teatro y el Telón?».

—¡El Teatro! —dije—. ¿Nos menciona?

—Sí que lo hace, y esto es lo que la Edad Adulta dice sobre vosotros: «Así es, pues presiento que Satán no tiene modo más rápido, ni mejor medio, para instruir en la asquerosa lujuria de la fornicación que esos lugares y, por

tanto, es necesario que esos lugares, así como sus actores, sean prohibidos, disueltos y sacrificados».

Reí.

—Pues hay más —dijo el padre Laurence con gusto—: «En sus representaciones aprenderás cosas relativas a lo obsceno. Aprenderás a ser falso, a hacer de ramera, a obtener el favor de alguien, a ultrajar, a engañar, a traicionar, a adular, mentir, jurar, abjurar, la tentación de la carne, cómo asesinar, cómo envenenar, cómo desobedecer y rebelarte contra los príncipes, a consumir tesoros con prodigalidad, a acercarte al deseo, a ser un holgazán, a blasfemar, a cantar repugnantes canciones de amor, a hablar lujuriosamente, a ser orgulloso, a escarnecer, mofarse y ridiculizar». —Volvió a reír; saltaba a la vista que estaba disfrutando. Pasó dos o tres páginas más—. ¡Ah! Y aquí la Edad Adulta habla de ti.

—¿De mí?

—Así es. Te condena por ser «contrario a la naturaleza». —Me dedicó una burlona mirada de desaprobación—. Los hombres se visten, dice, «con atuendos femeninos, con plumas de cisne en la cabeza, sedas y joyas de oro». ¿Sueles ponerte plumas de cisne en la cabeza, Richard?

—Una vez llevé plumas de ganso.

—Debes de ser un chico muy malo —dijo, y dejó caer el libro en la cesta—. Tanto los padres de la ciudad como los perseverantes son puritanos. Podremos reímos de ellos, Richard, pero ahora tienen el poder. Y su número va en aumento. —Cerró los ojos, parecía afectado—. La Iglesia estaba corrupta, Dios sabe que es verdad, pero dábamos de comer al hambriento, vestíamos al desnudo y nos ocupábamos del enfermo. Hacíamos buenas obras, rezábamos por las almas y proporcionábamos sosiego. Pero ahora los puritanos nos demonizan, dicen que somos las criaturas de Satán, y nos odian. Incluso odian a los suyos, otros protestantes. Y cerrarían vuestros corrales de comedias, Richard, despojarían a las iglesias de los pequeños restos de belleza que quedan en ellas, y convertirían el mundo en un lugar anodino.

—Pero aún no, padre —dije—, y antes de que lo logren debo encontrar esos manuscritos.

Me observó con tristeza.

—Espero que lo consigas —dijo—, y creo que tienes razón sobre el lugar

al que los llevó el pobre Simon. —Le había hecho partícipe de mis sospechas poco antes, y era evidente que había estado pensando en mis palabras—. Tiene sentido que el chico se haya refugiado con *sir* Godfrey. Saint Benet está muy cerca. Pero eso ocurrió hace un día y una noche, Richard. ¿Crees que los manuscritos seguirán en Saint Benet?

—No —dije.

—Entonces ¿qué vas a hacer?

—Iré a al lugar en el que *sir* Godfrey los hubiera ocultado —dije—. Un lugar al que no iría nadie que tuviera un poco de sentido común.

—¿Pero tú te vas a atrever?

—Tengo que hacerlo.

—¿E irás mañana?

—Así es, padre, sí.

Cerró los ojos.

—Por el amor de Dios, Richard, ten cuidado. Por favor, ten cuidado.

Porque por la mañana me encontraría con Washington.

A la mañana siguiente pasé primero por el Teatro. Había dejado de nevar y el mundo, por la mañana, era un milagro de blancura, brillante, resplandeciente, esperando a que la pecadora humanidad lo mancillara. Ya había un carpintero en el Teatro: sus pisadas se veían, profundas, en la nieve. Estaba reparando la puerta que llevaba al vestuario, y, a regañadientes, se hizo a un lado para dejarme pasar. Una vez dentro me topé con Jeremiah, cubierto con las prendas más gruesas de la compañía y sentado, con su enorme pistola alemana sobre su regazo.

—Eres tú —me saludó sin entusiasmo.

—Soy yo —confirmé.

—¿Vais a ensayar hoy aquí?

—No, seguimos en Blackfriars. Solo he venido a recoger algunas cosas. Les dije a los socios que no pudiste detener a los *percies*.

Frunció el ceño.

—Claro que no pude. —Habló con hostilidad—. Ni Dios Todopoderoso hubiera podido. ¡Eran los malditos *percies*! Pueden hacer lo que les venga en

gana.

—No pudiste detenerlos —dije— porque no estabas aquí, pero los socios eso no lo saben.

Entonces lo comprendió, y comprendió que había mentido por él y que no perdería su trabajo como guardián del Teatro. La gratitud era una extraña para Jeremiah, pero hizo un gesto con el rostro y logró esbozar una mueca que probablemente pretendiera que fuese una sonrisa.

—Eres un buen chico —dijo de mala gana.

—A modo de agradecimiento —dije—, ¿me podrías prestar una pistola?

—¿Una pistola?

—Una de esas —dije señalando con el mentón al arma que descansaba en su regazo.

Volvió a fruncir el ceño.

—¿Para qué quieres una pistola?

—Para asustar a alguien.

Pude ver que quería discutir, pero entonces recordó que le había hecho un favor y asintió.

—¿Semilla de cáñamo o bala?

—Bala.

—Tienes que tener cuidado, chico. Si matas a alguien, acabarás bailando en el cadalso. Las semillas de cáñamo cumplen su cometido. Si le apuntas al tipo a la cara, sus ojos se harán gelatina.

—Una bala —repetí.

—Espero, por Cristo, que sepas lo que estás haciendo, muchacho. —Se puso de pie—. ¿Quieres pólvora de repuesto? ¿Balas de más?

—Solo una —dije.

Supuse que no tendría tiempo de recargar; es más, confiaba en no tener que usar la pistola, pero el lugar al que me dirigía era peligroso, y una bala bien podía salvarme la vida. O no.

Mientras Jeremiah rebuscaba entre las armas de arriba, me cambié de ropa. Elegí unas calzas de lino grueso, pantalón y un jubón de entre los atuendos que había colgados en el vestuario. Todas las prendas eran de una tela muy oscura, ya fueran de lana o algodón sargado. Eran ropas de trabajador, del tipo que hubieran llevado los mecánicos en *El sueño de una*

noche de verano. La mayoría de los trabajadores llevaban zapatos, pero yo me decanté por unas robustas botas de cuero negro. Amontóné mi cabellera bajo un gorro de lana; luego cogí una capa gruesa y oscura con capucha y una bolsa de tela del tipo que utilizaban los artesanos para llevar sus herramientas. Las mías serían un cincel, una daga y la pistola que Jeremiah había cargado. Era el arma más pequeña de su armería.

—Manténla con el cañón hacia arriba —me aconsejó—. La he cargado a conciencia, y la guata está bien, pero es mejor mantenerla derecha para que no se caiga nada. —Me entregó el arma, que, para mi sorpresa, se me antojó muy pesada—. La he probado —dijo—, chispea bien, pero el gatillo está duro como el pezón de una monja. Tienes que apretar como Dios manda.

La pistola era de rueda. Al apretar el gatillo se abría la pequeña cazoleta en la que estaba la pólvora, y, al mismo tiempo, caía el pedernal sobre una rueda aserrada de acero que giraba para producir una cascada de chispas cuyo objeto era encender la pólvora. Tres o cuatro de nosotros solíamos esperar en el vestuario y, al recibir la señal, apretábamos los gatillos. Lo normal era que solo una o dos de las armas disparasen, a veces ninguna, y si alguna lo hacía, teníamos que empezar a darle pisotones a la guata incandescente que salía del cañón, mientras tanto, otros actores golpeaban metal contra metal y chillaban cosas incoherentes.

—¡No os paséis con el ruido de la batalla! —solía insistir Alan Rust, pero nunca le hacíamos caso.

Me colgué la pesada bolsa del hombro y luego me calé la capucha.

—Pareces un condenado monje —dijo Jeremiah.

—Hace frío ahí fuera.

—¿Te crees que no me he dado cuenta? Deberían poner una chimenea aquí dentro. Un hombre merece cierto calor. ¡Y no te olvides de devolver la pistola! —me gritó Jeremiah cuando volvía a pasar junto al carpintero que reparaba la puerta.

—¡Descuida!

Me dirigí al oeste; primero crucé Finsbury Fields, donde los molinos de viento permanecían inmóviles con carámbanos colgando de las aspas, y luego pasé entre las casas con techumbre de paja que flanqueaban Chiswell Street. A mi derecha, hacia el norte, se extendían los campos congelados, mientras que

al sur había jardines, huertas y casas hasta las murallas de la ciudad. El humo surgía de las chimeneas y oscurecía el cielo nuboso y gris de Londres. Caminé a toda prisa, salvo en los lugares en los que el hielo cubría las calles. Giré hacia el norte para llegar a Olde Street, luego otra vez al oeste para cruzar Saint Alban's Road. Estaban dirigiendo a un ganado hacia el sur, la boñiga humeaba. Una vez crucé la calzada, seguí un sendero que atravesaba un cementerio y que desembocaba en Clerkenwell Road, y allí aminoré la marcha.

Lo hice porque el lugar al que iba no quedaba demasiado lejos. Estaba entre los pastos agrestes al norte de la calzada y rodeado por una cerca de postes de madera de la altura de un hombre. El río Fleet corría por el este de la cerca hacia el Támesis, aunque en aquella mañana gélida el estrecho caudal yacía cubierto por un sudario de hielo. La cerca abrazaba media docena de cobertizos, pero solo salía humo de una de las chimeneas. Crucé el viejo puente sobre el río Fleet, caminando lentamente y encorvado, como un viejo. La gran capucha negra me ocultaba el rostro. La calzada estaba repleta de pisadas humanas y animales, y comprobé que alguien ya había visitado el lugar aquella mañana, porque había huellas de cascos de *caballo en la nieve que* llevaban de la calzada al portón. Había una maraña de pisadas junto al acceso, donde el jinete debía de haber desmontado y donde alguien había salido para recibirle: también había una cicatriz curvada en la nieve allí donde el portón se había abierto para dejar el paso franco al jinete y su montura. No había huellas que salieran del recinto, lo que significaba que jinete y bestia aún seguían dentro. No me detuve y seguí mi camino. Dudaba que alguien estuviera vigilando la calzada desde la estacada, pero no quería suscitar sospechas por aparentar ser un curioso. Una vez pasé el extremo oeste de la cerca, busqué un hueco entre los espinos, di con uno y lo atravesé. Esta vez empecé a correr, dirigiéndome hacia el extremo oeste del recinto y hacia el norte hasta que doblé la esquina. Solo me detuve cuando estaba a medio camino de la cara norte del cercado. Nadie podría verme ahí. No había nada salvo campos, árboles y arbustos entre el lugar en el que me encontraba y el humo que desprendía la lejana aldea de Islington.

La cerca de madera rodeaba el lugar conocido como Scavenger's Yard. Jamás supe por qué lo llamaban así: quizá, en un tiempo, hubiera sido el lugar

al que los basureros de la ciudad llevaban todo aquello que recogían por las calles, pero ahora le pertenecía a *sir* Godfrey Cullen, rector de Saint Benet, acosador de niños, suministrador de bestias para el entretenimiento de Su Majestad y del populacho de Londres. Scavenger's Yard era donde guardaba los gallos de pelea, los perros, los monos y, lo más valioso de todo: Washington. Washington era un oso, una bestia enorme, desgañada y llena de cicatrices, al que encadenaban a un poste para que fuera atacado por una jauría de mastines. El oso se llamaba así en honor al pueblo, en el norte de Inglaterra, en el que había sido criado, y era casi tan famoso como Sackerson, una bestia monstruosa que atraía a multitudes de entre dos y tres mil personas cada vez que combatía. Cuando Washington luchaba, era conducido por las calles y callejones de la ciudad hasta Tiltyard, o donde fuera que lo encadenaran. Le ponían un bozal de hierro oxidado para el trayecto, lo guiaba Buttercup, y lo custodiaba Sam Tripas de Paja, el cuidador, armado con un pesado garrote con pinchos. Los niños corrían a su lado y se retaban a ver cuál de ellos palmeaba los flancos peludos y llenos de cicatrices de Washington. Detrás del oso venía una carreta tirada por caballos con una jaula repleta de mastines que gruñían y aullaban. La mayoría de ellos solían acabar destripados al concluir la jornada.

Cuando yo había sido uno de esos estudiantes vestidos de gris de Saint Benet, a veces me enviaban con un par de compañeros a echarle una mano a Sam, así que conocía bien Scavenger's Yard. Allí había limpiado jaulas, despiezado animales y retirado excrementos de la pequeña arena que había en el centro del recinto, una arena rodeada de bancadas para cuatrocientas o quinientas personas. El lugar quedaba a una buena distancia al norte de la ciudad, así que no era tan popular como Tiltyard o el Telón, pero los sábados de verano se convertía en una excursión apreciada por la gente, que venían a ver cómo los perros atacaban a Washington o, en su defecto, y lo que más gustaba, a ver a un mono aterrado atado a lomos de un caballo barato y condenado intentando evitar los ataques de unos canes enloquecidos. El mono, que solía estar ataviado como un cura católico, moría chillando entre los vítores y risas de la multitud.

Aquella fría mañana sentí alivio de que el jinete hubiera ido a Scavenger's Yard, porque eso significaba que su bestia estaría dentro, en algún lugar, y que

los perros que solían andar sueltos estarían encerrados para no suponer un peligro para el caballo. Scavenger's Yard era, sin lugar a dudas, un lugar peligroso, custodiado por manadas de animales entrenados para matar.

Supuse que la noche en que los manuscritos habían sido robados Simon Willoughby había huido al refugio más cercano, donde encontraría cobijo y calor, y ese refugio tenía que ser la casa de *sir* Godfrey, que no estaba a más de una calle de distancia de la mansión del lord Chambelán. Mi hermano no había pensado en *sir* Godfrey, porque quizá no supiera que el sacerdote se había comprometido a suministrar bestias para los espectáculos del nuevo corral de comedias que se alzaba al otro lado del río. Si hubiese sospechado que *sir* Godfrey estaba dando asilo a Simon Willoughby y a los manuscritos robados, habría reunido a un grupo de socios, los habría armado, y se habría dirigido a Saint Benet. Habría habido una reyerta, o quizá algo peor. Se habrían desnudado espadas, se habría llamado a los alguaciles y, seguramente, al final, los magistrados habrían emitido una orden de embargo para evitar futuros enfrentamientos.

Por lo visto, yo era el único que entendía que Simon se refugiaría con *sir* Godfrey, pero *sir* Godfrey no podía saberlo, y, seguramente, temía la ira de mi hermano. Si un grupo de hombres armados se presentaban en su casa y la registraban, querría asegurarse de que los guiones no estaban allí. Querría que los valiosos manuscritos estuvieran en el lugar más seguro posible, un lugar que nadie se atrevería a allanar. Un lugar custodiado por bestias dispuestas a hacer pedazos a cualquier intruso. Un lugar llamado Scavenger's Yard.

Y yo era un intruso.

Había una pequeña puerta en el lado norte que solo se abría los sábados, cuando acababan los espectáculos de bestias para que los vecinos de Islington no tuvieran que dar un rodeo para volver a casa. Estaba atrancada, por supuesto, pero no había cerradura. No era necesaria. Nadie hubiera tenido los arrestos de meterse en aquel lugar salvo un necio, y esa fría mañana el necio era yo.

Usé el cincel, lo metí en el hueco que había entre la puerta y el marco y busqué el cerrojo para intentar apartarlo a un lado. Pero no se movió: parecía haberse oxidado en el sitio, y cada vez que intentaba levantarlo, la punta del cincel se resbalaba y el cerrojo de hierro chirriaba. La puerta crujía cada vez

que lo intentaba. Golpeé el cincel con la mano y lo intenté de nuevo, y al fin el cerrojo se movió emitiendo un sonido rasposo. Me di cuenta de que empujando la puerta hacia dentro la labor resultaba más fácil. El viejo cerrojo seguía fijo y se negaba a ceder, pero, poco a poco, el pasador fue moviéndose hasta quedar libre del puente y la puerta se abrió una o dos pulgadas.

Me acuclillé por instinto y contuve la respiración. No pude ver a nadie. Los perros ladraban y aullaban, sus pezuñas rascaban y golpeaban las paredes de los cobertizos. Me colé dentro, cerré la puerta y volví a colocar el cerrojo, todo ello con tanto sigilo como me fue posible; luego metí la mano en la bolsa de tela para sentir la seguridad del pomo de la pistola. Frente a mí estaban los desvencijados bancos, ahora cubiertos de nieve, sobre las toscas plataformas de madera sostenidas por un basto andamiaje. Más allá de las bancadas, estaba la arena donde las bestias sufrían y morían, mientras que a mi izquierda, entre el cercado y las bancadas, estaba la pequeña casa de Sam Tripas de Paja; desde ella el humo denso se alzaba desde la chimenea de ladrillo. Entre la casa y yo, levantadas contra el robusto cercado, estaban los cobertizos de las bestias.

—¡Callaos, hijos de puta! —le oí gritar a Sam Tripas de Paja desde el cobertizo más cercano, y luego le oí martillar la barra de una jaula con el garrote que siempre llevaba encima.

El ruido amainó ligeramente, aunque los perros siguieron gimoteando. Uno de los gallos, criados para las peleas, cacareó, pero las aves se guardaban al otro lado del recinto, encerradas y lejos del alcance de los perros. Esperé. Nadie salió del cobertizo de los perros, pero ¿quién lo haría en una mañana gélida como aquella?

Me incorporé y me dirigí a los cobertizos, la nieve nueva crujía bajo mis botas. Oí murmullo de voces, y luego un portazo. Los perros seguían inquietos, gruñían y gimoteaban. ¿Sentían mi presencia? Estaba cerca de su cobertizo, pasando con sigilo entre la pared de esta y el andamiaje. Hubiera querido estar en cualquier lugar menos en ese. ¿Por qué no le había hecho partícipe a mi hermano de mis sospechas? Él podría haber reunido a media docena de hombres, todos armados, y hubiéramos entrado a la fuerza. Los ladridos de los perros me estaban haciendo temblar. Quería estar en casa, o en el gran salón de Blackfriars, y eso me hizo pensar en Silvia.

Y pensando en Silvia me acordé de mi madre, tiempo atrás, cuando le había hecho gracia una pregunta que le hice cuando tenía once o doce años. «¿Cómo encuentra un hombre a una mujer?», le había preguntado. Había reído y me había mirado, tenía las manos blancas de harina.

—No la encuentras tú, Richard, te encuentra ella.

—¿Ella?

—Es lo más seguro —dijo. Había estado mirando por la ventana de la cocina al manzano que teníamos en el jardín trasero—. Las muchachas fijan la vista en el hombre con el que se quieren casar —había dicho, aunque ya no reía—. Fíjate en Will y Anne.

—Willy...

—Que Dios los asista a ambos —me había interrumpido: pude ver que lamentaba haber dicho nada. Empezó a enrollar la masa.

—¿Fuiste tú la que te fijaste en padre?

—¡Así es, así es! Tu padre era un joven muy apuesto. Un joven muy apuesto. Entonces tenía todo el pelo. —Volvió a reír—. Me tropecé con él saliendo de la iglesia, y fingí que había sido un accidente, aunque no lo era, pero así me aseguré de que se fijara en mí. Y lo hizo.

¿Había sido Silvia la que me había encontrado a mí? No veía nada vergonzoso en aquello: de hecho, quería que fuera cierto. Lo quería hasta el punto de necesitarlo. ¿Y por qué estaba pensando en el matrimonio? Apenas la conocía, solo sabía que la quería. Y jamás me había planteado antes el matrimonio, porque se me antojaba algo lejano que le ocurriría a alguien en quien aún no me había convertido. Una persona a la que no conocía. Mi hermano se había casado siendo muy joven, y su experiencia no era alentadora, pero, de pronto, entre la nieve, oyendo a los perros a medida que me acercaba a su cobertizo, sentí el peso de la madurez. Había sido un niño en la compañía, y llevaba demasiado tiempo siendo un niño. Era un buen actor, eso lo sabía, pero había pocos papeles como Uashti. Los chicos más jóvenes representaban papeles que yo había hecho, y me estaba estancando, ni chico ni hombre, y estaba llegando el momento de cortarme el pelo y dejarme crecer la barba. Y esa era la razón, pensé, por la que estaba en Scavenger's Yard, porque le haría un favor a mi hermano que le obligaría a tratarme como a un hombre. Sería Romeo.

Ahora podía oír voces. Voces malhumoradas. Era la voz de una mujer, y recordé que Sam Tripas de Paja tenía esposa, Marion, a la que trataba como a uno de los animales. Era una criatura anodina, de cabello lacio y mejillas hundidas, pero que trataba a su marido igual que él la trataba a ella.

—¡Sí que le doy de comer, señor! —la oí decir, resentida.

—Le das de comer porquería —insistió un hombre, y entonces reconocí la voz de Christopher deValle, el hombre que se encargaba de los negocios del conde de Lechlade, un autoproclamado inglés desde la cabellera al ojo del culo.

—Le das la misma mierda que les echas a tus animales —siguió diciendo con dureza—, así que dale de comer en condiciones, mujer.

Las voces cesaron, y no oí más. Estaba ante la puerta que llevaba a un corto pasillo que conectaba el cobertizo de los perros con la despensa y luego llevaba a la guarida de Washington. La casa quedaba algo más allá de la jaula del oso. Había al menos tres personas en la casa: Sam Tripas de Paja, su zarrapastrosa mujer y deValle, y sospechaba que había una cuarta. Necesitaba que los tres cuyas voces había reconocido se fueran, ¿y luego qué? No lo había pensado con detenimiento. Cuando representamos una obra, ensayamos lo que vamos a hacer en el escenario; los actores se mueven por él, y la gente que observa puede que no repare en esos movimientos, porque parecen naturales, pero en realidad todos ellos han sido planificados y practicados, pero ahora me daba cuenta de que no había planificado nada. Había pensado solamente en cómo entrar en Scavenger's Yard, y esperaba a que se me presentara una oportunidad. Me quedé inmóvil, aterido e indeciso, sin saber cómo enfrentarme a tres, o quizá cuatro personas.

«Entra en uno de los cobertizos», me dije. Dentro había dónde esconderse, pero no había escondrijos en la arena cubierta de nieve ni en su andamiaje y, además, en cuanto deValle se fuera, soltarían a los perros.

Empujé el cerrojo de la puerta. Oí un sonido metálico y el pasador de la pesada puerta se levantó. Me quedé quieto, escuchando por si había movimiento, pero no oí nada. Tiré de la puerta y abrí, y entrecerré los ojos cuando chirriaron los goznes. Luego, con el corazón latiendo como un pájaro enjaulado, entré y cerré la puerta, y me envolvió el hedor a mierda de perro y a carcasa de animal.

Los perros me vieron a través de la apertura que daba a su cobertizo y empezaron a aullar de nuevo. Había toda una manada, todos bien enjaulados, y todos gruñendo y gimoteando, todos ladrando y aullando mientras rascaban los barrotes con las patas. Eran perros grandes, con bocas como abismos, con los ojos amarillos y los dientes sucios, todo maldad y hambre. Se abalanzaron sobre las barras cuando pasé a la despensa, y entonces desaparecí de su vista. La despensa apestaba. Era donde Sam Tripas de Paja guardaba la comida para los animales. Había gatos muertos, dos perros muertos, algunos restos hediondos que podrían haber sido de cualquier bestia; todo colgaba de ganchos, había un enorme cuchillo de carnicero cubierto de sangre sobre una mesa de madera, y, al fondo de la despensa, una pequeña letrina desde donde los desperdicios fluían hacia el río Fleet. Me metí dentro a toda prisa y logré cerrar la puerta en el momento en el que Sam entraba en la despensa y empezaba a gritarles a los perros que se callaran.

El olor de la letrina habría tumbado a un caballo de tiro. Contuve la respiración todo el tiempo que pude, esperando a que los perros se calmaran, y vi a Sam Tripas de Paja por una raja en la puerta de madera. Era como un gnomo encorvado, tan malévolo como sus mastines. Su escaso bigote apenas cubría su labio leporino. Dio golpes con su pesado garrote en los barrotes de las jaulas y, cuando los mastines se tranquilizaron, volvió a su casa, más allá de la guarida de Washington.

Esperé hasta oír el portazo y le seguí.

El siguiente cobertizo, levantado junto a la casa, era el más pequeño, y la mayor parte del espacio lo ocupaba la gran jaula en la que vivía Washington. En la oscuridad parecía una montaña de pelo sucio, pero me vio, o me olió, y levantó su gigantesca cabeza. Sus ojos brillaron, extraños y rojos, en la penumbra. Bostezó, o quizá fuera un gruñido de advertencia, y pude verle los dientes, todos rotos y limados para que sus fauces no pudieran acabar demasiado rápido con los mastines que lo atormentaban. Pasé junto a su jaula y llegué hasta el pequeño paso que separaba esta de la casa.

Y supe que estaba en lo cierto.

—Son las ratas —estaba diciendo Sam Tripas de Paja—; ponen nerviosos a los perros. Malditas ratas.

—No está aquí para... —le oí decir a deValle con firmeza— dar de comer

a tus perros. No es tu sirviente, asquerosa bola de cartílago. Es tu invitado. ¿Comprendes?

—Sí, señor. —Era la voz de Marion. Parecía malhumorada.

—Le darás de comer —dijo deValle—, y le darás de comer bien.

—Sí, señor.

—¡Y tu labor, jovencito, es hacer esa copia, y hacerla rápido!

—Eso intento, señor. —Casi sonreí, porque aquella era la voz de Simon Willoughby.

—¿Cuatro hojas hasta ahora? —gruñó deValle—. ¡Eso no es intentarlo!

—Las velas son malas —se lamentó Willoughby—, y las plumas están partidas.

—¿Quién te dio las plumas?

—Yo —dijo Sam Tripas de Paja con su voz de trapo—, y a las plumas no les pasa nada, señor. Las hice yo mismo con las plumas traseras de un gallo. Son buenas plumas, señor.

—¿Sabes escribir? —exigió saber deValle.

Hubo una pausa mientras Sam Tripas de Paja valoraba su respuesta.

—No como tal, señor. No, señor —dijo al fin—. Escribir no, no del todo.

—Entonces ¿qué demonios sabes tú de plumas? El chico tiene razón. Estas plumas son una mierda —rugió deValle—. Le comprarás unas plumas de verdad. ¡Hoy! ¡Ahora! Y tinta.

—*Sir* Godfrey envió tinta —dijo, avergonzado, Sam Tripas de Paja.

—¡Eso es pis de sapo, no tinta! Comprarás nuevas plumas, buena tinta y velas. ¡Hoy! ¡Esta mañana! ¡Ahora!

—Sí, señor.

Hubo una pausa, luego el sonido de unas monedas cayendo sobre la mesa. A mi espalda, Washington gruñó y se revolvió en su jaula. Estaba listo para volver a toda prisa a la despensa si oía pasos más allá de la puerta.

—Cuando las dos obras estén listas, muchacho, podrás usar la casa de Su Excelencia —continuó deValle en un tono más amable—, pero este es el lugar más seguro hasta que las copias estén hechas.

—Sí, señor, lo sé, señor. —Simon Willoughby parecía completamente hundido.

—Y compra comida —continuó deValle, supuestamente dirigiéndose a

Marion—, algo que sea decente para cualquier cristiano.

—Mi potaje es bueno, señor —protestó la mujer.

—Tu potaje es la mierda que sale del culo del demonio —dijo deValle—. Y hornea pan, mujer, no le des esa plastaja verde.

Oí movimiento y reculé, pero era evidente que los tres se dirigían a la puerta delantera, la que daba al portón principal del recinto, donde, supuse, esperaba el caballo de deValle.

—Volveré mañana, señor Willoughby —le oí decir a deValle—, y espero ver que avanzas.

—Así lo haré, señor, lo prometo.

—Y tú, ven a abrir la puerta —le ordenó deValle a Sam Tripas de Paja—, y luego irás a la ciudad a comprar esas plumas. Queremos la primera copia esta semana, no el año que viene.

—Sí, señor.

—Se te paga bien por todo esto —le recordó.

—Sí, señor —dijo Sam una vez más—. Será mejor que vengas a trancar el portón, Marion —añadió, y luego oí crujir la puerta y unos pasos que se alejaban. Siguió el portazo. Los tres se habían ido y Simon Willoughby estaba solo en la casa.

Había dos de los garrotes de Sam apoyados en la pared. Cada uno de ellos medía cerca de una yarda, robustos palos de madera coronados por un aplique de hierro roñoso. Se usaban en la arena cuando los perros mordían al oso en los flancos y no había forma de que lo soltaran. Sam Tripas de Paja, o a veces Buttercup, metían el aplique de hierro en las fauces del perro y hacían palanca para que el cánido se apartara. Cogí uno. Era pesado, luego esperé unos instantes más. Mi corazón palpitaba con fuerza. Oí una silla o un taburete deslizándose por el suelo, y el sonido casi me hizo saltar aterrado. Entonces, como cuando me disponía a salir del vestuario al escenario, respiré profundamente y abrí la puerta.

Simon Willoughby estaba sentado junto al fuego. Se volvió. Me vio. Sus ojos y su boca se abrieron al máximo.

Y le aticé con el garrote de los perros antes de que pudiera hacer ningún ruido.

No lo pensé, simplemente le golpeé y el aplique de hierro impactó contra

un lado de su cabeza. Presa del pánico, le debí de dar demasiado fuerte, porque resolló y cayó del taburete. Le empezó a salir sangre por la oreja. Luego simplemente se quedó inmóvil. ¿Le había matado? Me lo quedé mirando, horrorizado, recordando a Thomas Butler, en Stratford, tirado en el suelo y sangrando. Entonces Simon Willoughby se movió un poco y gruñó, y supuse que estaba vivo, pero que se levantaría con un soberano dolor de cabeza. Crucé la habitación hasta la mesa que había al caer de la ventana y allí estaban los dos manuscritos.

¡Así de sencillo! Había un montón de papeles, y los cogí todos. Solo me detuve a leer una de las hojas al azar. Leí:

RO

Oh, bendita, bendita noche, temo a la noche,
pues esto no es más que un sueño que oigo y veo,
demasiado dulce para ser verdad.

JUL

Tres palabras, mi buen Romeo, y me despido.
¿Es honorable tu propuesta de amor?
¿Es tu propósito el matrimonio?

Era suficiente. Aquellos eran los manuscritos robados. Embuté los tacos de hojas en la bolsa de tela, oí ruido a mi espalda y me volví para ver a Simon Willoughby intentando ponerse en pie. Le goteaba sangre de la melena.

—¡Richard! —croó, y le propiné una patada en la cabeza. Resolló y, para silenciarle, volví a darle una patada.

—¡Cállate, cabrón! —siseé, sorprendido por la ira de mis palabras.

Oí chirriar los goznes del portón al abrirse. Tenía que largarme de allí. Volví a darle una patada a Willoughby y salí por la puerta por la que había entrado. Me topé con la jaula de Washington y entonces se me ocurrió algo. Desatranqué los barrotes, abrí la puerta y le azucé con el garrote. Se revolvió, se incorporó sobre las patas delanteras y yo solté el garrote y eché a correr por la puerta de la despensa. Los perros me vieron al abrir y empezaron a aullar, corrí por la nieve y hacia los campos.

¡Lo había conseguido! ¡Tenía los manuscritos!
Me detuve a escuchar. Los perros aullaban.
¡Lo había conseguido!
¿Es tu propósito el matrimonio? ¡Silvia!
Entonces Marion gritó.
Y sentí pánico.

¡Perros! ¿Por qué no había pensado en ellos antes? Todo lo que tenía que hacer Sam Tripas de Paja era soltarlos, y me abatirían entre los pastos, y la nieve se tornaría roja cuando me despedazaran.

Corrí a ciegas, trastabillando hacia el oeste entre los campos, pasando entre los arbustos sin dejar de correr, oyendo cómo los aullidos de los perros cada vez eran más altos. Pero no me siguieron. Washington debió de haberme salvado, porque los perros no fueron en mi busca. Supuse que Sam Tripas de Paja no había logrado abrirse paso hasta las jaulas de los cánidos por culpa del oso.

Entonces ¿qué era lo que le había hecho gritar a Marion? ¿Ver a Simon Willoughby sangrando? ¿Descubrir al oso suelto entre los cobertizos? Seguí corriendo por las lomas cubiertas de nieve. El cielo estaba oscuro, repleto de nubes panzudas. Volvería a nevar pronto, pensé, y cuanto antes la nieve cubriera mis pisadas, mejor. Leather Lane tan solo estaba más allá del siguiente seto. Si podía llegar hasta allí, podría correr hacia el sur y perderme entre las callejuelas y tabernas de Holborn.

Entonces miré hacia atrás y vi a Christopher deValle.

Iba a caballo y me estaba persiguiendo. El caballo era grande y negro, deValle vestía una gran capa negra, y en la nieve tanto el caballo como el jinete parecían un demonio vengador. Pude ver a deValle hundiéndose con saña las espuelas en el animal, la nieve saliendo despedida en bolas por los grandes cascos, y supe que no llegaría a Leather Lane, menos aún a Holborn, antes de que me alcanzara.

Me detuve. Me arrodillé en la nieve y busqué con la mano en la bolsa de tela. Que Dios me asista, pensé, pero la pistola estaba apuntando hacia abajo. ¿Seguía cargada? La saqué. Pesaba. Necesité ambas manos para sostenerla, y

estas me temblaban. El demonio negro se aproximaba. Pude ver la boca de DeValle abierta, me estaba gritando, aunque no entendí nada de lo que me decía. Mis oídos parecían estar anegados por el agudo sonido del miedo y la desesperación. Tiré del martillo que sostenía el pedernal. Estaba prieto, comprimiendo el muelle de acero que lo propulsaría hacia delante. DeValle tuvo que haber visto el arma, pero no se detuvo. Le vi espoleando salvajemente los flancos del caballo, le vi desenvainando la espada ropera, y yo temblaba, paralizado de pánico y miedo, con los ojos entrecerrados por el brillo de la nieve, y cuando estaba lo bastante cerca, apunté con el arma al caballo, vi que el cañón temblaba, y apreté el gatillo.

Mis miembros estaban demasiado agarrotados. Volví a apretar, casi chillando de terror, y esta vez el pedernal salió despedido hacia delante, desplazó el rastrillo, la rueda dentada dio una vuelta, saltaron chispas, y no pasó nada. Intenté abalanzarme hacia atrás para apartarme del caballo.

Entonces la pistola disparó.

Hizo un ruido terrible.

Del cañón surgió un humo hediondo. La guata ardió y murió sobre la nieve.

Oí un grito.

Al principio pensé que era yo el que chillaba, luego me percaté de que se trataba del caballo, que había girado bruscamente y había retrocedido. Yo había caído sobre la nieve, derribado por el pánico y por el fuerte retroceso de la pistola. Estaba despatarrado e indefenso, y vi el resplandor de los cascos del caballo sobre mí. Creo que en ese momento sí chillé, temiendo que las pezuñas del animal me aplastaran, pero entonces el semental se inclinó a un lado. DeValle soltó la espada y se aferró a las crines del caballo mientras este caía de costado sobre la nieve. Gritó de dolor cuando el caballo, que había caído sobre él, se puso en pie. La bestia tenía sangre en la cabeza, más sangre le recorría la cara, y unas cuantas gotas cayeron dispersas sobre la nieve, pero se irguió, relinchó y se alejó al trote, la herida no tenía aspecto de ser de importancia. Pero DeValle juraba; tenía la pierna derecha doblada en un ángulo imposible. Su sombrero, que lucía dos largas plumas negras, estaba a una docena de pasos de distancia.

—¡Hijo de puta! —dijo.

Se lanzó a por su ropera, pero yo le di al arma una patada, y él aulló de

dolor al cargar su peso en la pierna rota.

Se me pasó por la cabeza hacerme con el caballo, pero en cuanto me acerqué, el animal emprendió otra vez el trote. En su lugar, cogí el sombrero de deValle, y vi que tenía un agujero en la parte superior. Le sacudí la nieve y me alejé hacia los setos. DeValle intentó ponerse de pie, pero gruñó y su pierna volvió a fallarle bajo su peso.

—¡Morirás por esto! —gritó.

Entonces dejé atrás los setos, los espinos me rasgaron la capa. Me detuve para mirar atrás y vi a deValle arrastrándose hacia su caballo. Estaba temblando, pero no era de frío. Corrí por Leather Lane.

¡Sería Romeo!

9

Llegué a Blackfriars cuando las campanas de las iglesias tocaban las once. La nieve pasaba lentamente junto a los campanarios y las torres, tornando blancos los tejados y convirtiéndose en fango gris al caer en las calles.

No había hecho más que mirar atrás, temiendo que me persiguieran, pero nadie lo hizo. ¿Cómo iban a hacerlo? DeValle tenía una pierna rota, su caballo tenía dolor de cabeza, y Sam Tripas de Paja estaría demasiado ocupado acorralando al oso. Me apresuré, temblando, no solo por el frío, sino porque había estado reviviendo la mañana, recordando el fétido olor de mi escondrijo y el terror del momento en el que el caballo se abalanzó sobre mí.

Entré en la mansión por la puerta de Water Lane, donde el guardia me dedicó un familiar asentimiento.

—Qué frío —dijo dando pisotones en el suelo—. ¡Bonito sombrero, Richard! —Llevaba puesto el pintoresco sombrero de deValle con sus dos largas plumas.

—Tiene un agujero —dije.

—¡Todo lo que es bueno lo tiene!

Crucé el patio de los establos, donde se estaban descargando barriles de una enorme carreta.

—Más vino para la boda —me dijo un sirviente.

—Si se beben todo eso, se dormirán durante la representación —dije.

—¡Más bien durante el sermón!

Una vez en la casa, una de las damas esbozó una sonrisa cómplice.

—Le diré que estás aquí.

Sonreí a modo de agradecimiento y seguí adelante, entrando en el gran salón por el pasillo del servicio, aunque ahora esa puerta daba al lugar sombrío que era nuestro vestuario. Tres pequeñas escalinatas daban a las entradas cortinadas que llevaban al escenario donde la compañía estaba ensayando. Permanecí un instante junto a las escaleras centrales, observando entre las cortinas. Richard Burbage, Henry Condell, Alexander Cooke y Christopher Saunders habían adoptado una postura extraña en el escenario, mientras que mi hermano hablaba con Alan Rust. Era evidente por la conversación que habían acabado con el ensayo de toda la obra, y que ahora comentaban qué escenas necesitaban más trabajo.

—¿Podrías moverte hacia la derecha del escenario? —le sugirió Rust a Richard Burbage.

—Pero Hermia está a la izquierda.

—¿Puede cruzar antes? —preguntó mi hermano.

—Lo intentaremos —repuso Burbage—, pero si... —Entonces calló, porque aparecí de entre las cortinas.

—Pero si... —empezó a decir Rust.

—No importa —dijo mi hermano, cortante.

Me miró, saltaba a la vista que estaba furioso por mi retraso. Era el primer día que la compañía había representado la obra al completo, y se habrían visto obligados a hacer mis escenas sin mí, algo que les habría molestado a todos. El resto de los actores estaban reunidos en el salón, y ellos, al igual que mi hermano, me miraron con rabia.

Ignoré su mal humor, crucé el escenario, salté al suelo del salón y me dirigí al fuego. Allí me acuclillé, sintiendo cómo el calor me penetraba en los huesos.

—Qué bien que te hayas dignado a unirme a nosotros —dijo Alan Rust cáusticamente. Isaiah Humble no había vuelto, y por lo visto Thomas Pope estaba haciendo las veces de apuntador: la mesa estaba repleta de papeles con los papeles de los actores, porque la copia original estaba en mi bolsa. Will Kemp, despatarrado sobre una gran silla, junto al fuego, rio, mientras que el resto de los actores se apartaron de mí como si temieran que les contagiara algo.

Hubo un instante de silencio, como si la compañía estuviera esperando a que mi hermano me regañase por llegar tan tarde, pero cuando no dijo nada, Richard Burbage se volvió a dirigir a Alan Rust.

—¿Desde dónde quieres que empiece? —preguntó.

—Empieza por «Ay, cuando se enfada» —dijo Rust.

—¿Cuál es la frase que va antes que esa? —preguntó Henry Condell.

Thomas Pope rebuscó entre las hojas.

—Es «No, señor, no lo hará...».

—No, no es esa —le interrumpí.

Todos me miraron. Pude sentir su enfado, y a este solo le hacía falta una chispa para estallar. Alan Rust intentó que en el salón se mantuviera la calma.

—Empieza con «No, señor, no lo hará»...

Había sacado la madeja de papeles de mi bolsa. Me puse en pie y esperé a que Henry dijera su frase, y luego le interrumpí.

—Dos familias —declamé en voz alta—, parejas en dignidad, en la hermosa Verona, donde se desarrolla nuestra escena, arrastradas por viejas rencillas hacia la enemistad, donde la guerra civil...

—¡Dame eso! —Mi hermano se acercó a mí, luego se detuvo, aterrado, porque a medida que se aproximaba yo movía los papeles hacia el fuego.

Esperé hasta que estuve seguro de que no se movería más y aparté los manuscritos de las llamas.

—Donde la guerra civil mancilla manos civiles —seguí leyendo—. De las entrañas mismas de estos dos enemigos, surgen dos amantes desafortunados. —Hice una pausa y sonreí—. ¿Quieres que lo queme, hermano?

—¡Richard! —suplicó.

—¿De quién es el papel de Romeo? —pregunté, volviendo a acercar las páginas a las llamas hambrientas.

—No —dijo con los ojos en los manuscritos—. ¡No! ¡Por favor, no!

—¿De quién es el papel de Romeo? —volví a preguntar, esta vez más alto.

—¿Qué es esto? —Richard Burbage saltó del escenario, pero mi hermano alargó la mano para detenerle.

—¿Qué has hecho? —preguntó mi hermano quedamente.

—Te diré lo que he hecho. —Hablé alto y claro, para asegurarme de que tanto los hombres como los chicos presentes en el salón me oyeran—. Le he

partido la cabeza a Simon Willoughby. He disparado con una pistola a un hombre y a su caballo. He jugado a la rayuela con un oso, y te he traído esto. —Alargué la mano con los manuscritos hacia él.

—¿Va a hacer él de Romeo? —preguntó Richard Burbage, furioso.

Mi hermano ignoró la pregunta. Ignoró también los manuscritos que le ofrecía, y vi, para mi sorpresa, que había lágrimas en sus ojos. Se aproximó a mí y me abrazó envolviéndome la cintura con los brazos.

—Gracias —susurró—, gracias.

Dio un paso atrás y cogió los manuscritos, aferrándose a ellos como si fueran lo más preciado del mundo.

—¿Va a hacer él de Romeo? —exigió saber Richard Burbage una vez más.

—No, no —dijo mi hermano distraído—, claro que no. No.

—No puede... —empezó a decir Burbage.

—¡No lo va a hacer! —gruñó mi hermano.

—¿Por qué no? —preguntó Will Kemp, deseoso de crear polémica.

—¡Callaos! —intervino Alan Rust, y su voz de rey tirano bastó para que el salón al completo se sumiera en el silencio. Observó a mi hermano mientras este acercaba las dos obras a la mesa y las posaba con reverencia—. ¿Quién tenía los manuscritos? —me preguntó Rust.

—*Sir* Godfrey —dije.

—¿Dónde ponemos esto? —dijo una voz desde el escenario, y vi a uno de los sirvientes cargando con rollos de tela verde. Silvia estaba detrás de él, también con los brazos cargados.

—En cualquier sitio —dijo Alan Rust, impaciente—. ¡Dejadlos en el suelo! —Volvió a dirigirse a mí—. ¿*Sir* Godfrey los tenía?

—Será él quien se encargue de los espectáculos de bestias en el nuevo corral de comedias —expliqué.

—¡Cristo bendito! —murmuró mi hermano—. ¡Claro!

—Y tenía a Simon Willoughby oculto en Scavenger's Yard —dije.

—¿Es ese el lugar en el que tienen los perros? —preguntó John Heminges, horrorizado.

—Sí, es donde tienen los perros —dije—, los perros, los gallos de pelea y un oso gigantesco.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Heminges.

Somos actores, y nos encanta tener público. A veces, si una obra va mal, es fácil ver en el público al enemigo, pero en realidad son parte de la representación, porque el público cambia la forma en la que actuamos. Podemos ensayar una obra durante semanas, tal y como estábamos haciendo con *El sueño de una noche de verano*, pero en cuanto el Teatro se llena de gente, la misma obra se transforma. Hay una nueva especie de nerviosismo, por supuesto, pero también de energía. Solíamos hacer toda la obra en el Teatro sin público, solo a modo de ensayo. Esto resultaba tedioso y monótono, rancio después de tanto ensayo, pero al día siguiente, con dos mil personas boquiabiertas ante el escenario, cobraba vida. Ahora yo tenía a mi público, aunque fingí ser ajeno al hecho de que Silvia estaba escuchando.

Había visto al sirviente tirarle de la manga, ansioso por marcharse, pero ella, terca, había decidido quedarse, y el sirviente esperó con ella. Ambos escucharon mientras yo relataba mi aventura en Scavenger's Yard. John Heminges, que Dios le bendiga, me iba guiando.

—¿No te preocupaban los perros? —preguntó.

—Me aterraban —admití—, así que me llevé esto. —Saqué la daga de la bolsa de tela—. Supuse que tendría que matar a un par de ellos antes de alcanzar la puerta del cobertizo. —Aquello no era cierto. Los mastines me hubieran convertido en carne picada mucho antes de que hubiera podido hacerles un solo rasguño. Había pensado que si los perros estaban sueltos habría tenido tiempo de llegar al cobertizo antes de que me alcanzaran, y habría podido salir distrayéndolos con carne de la despensa. Pero tal y como se había dado todo, podía considerarme afortunado—. Pero tuve suerte —le dije a John.

—¿Suerte? ¿Cómo?

—Tenían visita, el hombre del conde de Lechlade.

—¿Sabes que era el hombre del conde? —preguntó mi hermano, cortante.

—Le reconocí —dije—, y los oí hablar. —Volví a meter la daga en la bolsa—. Tenía el caballo en el recinto, así que los perros estaban encerrados.

—Tuviste suerte —dijo John entusiasmado.

—¡Continúa! —me urgió mi hermano.

—Me colé dentro —dije—, y eso hizo que los perros empezaran a aullar, pero me escondí mientras Tripas de Paja intentaba calmarlos. Entonces me

acerqué a la puerta de la casa y los oí hablar a todos. Simon Willoughby —le dediqué a John Heminges una mirada comprensiva— supuestamente tema que copiar las obras, pero le habían dado unas plumas bastante malas.

—¡Ah! —exclamó mi hermano.

—Entonces Sam Tripas de Paja y su esposa acompañaron a deValle a su caballo...

—¿DeValle? —preguntó mi hermano.

—El hombre que se encarga de los asuntos del conde —expliqué—, y dejaron a Simon en la casa, así que entré, y le golpeé antes de que pudiese pedir auxilio.

—¿Le golpeaste? —John Heminges parecía angustiado.

—Cuando despierte, no sabrá si es Navidad o Semana Santa —dije—. Sangraba. Le golpeé con demasiada fuerza.

—Bien —dijo mi hermano con firmeza.

—Cogí los manuscritos —continué— y me fui. Ah, y solté al oso.

—¿A Washington? —preguntó Will Kemp—. Me cae bien Washington. Es un viejo cabrón. Le vi acabar con una manada de perros una tarde.

—¿Lo soltaste? —preguntó John Heminges—. ¿Por qué?

—Porque supuse que me seguirían —expliqué—, y un oso de por medio los retrasaría. —La compañía al completo me miraba fijamente—. Y así fue.

—¿Así fue el qué? —preguntó Heminges.

—Los retrasó —dije.

—¿No es peligroso?

—Corrí más rápido que el oso —dije, como si resultara obvio—. Salí del recinto y seguí corriendo, pero entonces deValle me persiguió. A caballo. Yo corría hacia Leather Lane y él me seguía con la espada desenvainada.

—Dios misericordioso —dijo John Heminges para sí.

—Pero también me había llevado esto —dije sacando la pistola de la bolsa.

—Dios misericordioso —dijo mi hermano haciéndose eco de las palabras de John Heminges—, ¡no me digas que le disparaste al hombre del conde de Lechlade!

—Le disparé al caballo —dije—, y con cierta puntería. Logré asustar a la bestia, pero el animal tiró a deValle, cayó sobre la nieve y le rompió la pierna

al hombre del conde. Así que le cogí su sombrero y vine hacia aquí.

—¿Le cogiste el sombrero? —preguntó John Heminges, desconcertado.

—Es un sombrero estupendo —dije—, solo que tiene un agujero de bala.

Silencio. Nos gusta cuando el público guarda silencio, cuando no se oye ni una tos, ni un movimiento, cuando nadie rompe una nuez, ni descorcha una botella de cerveza. El silencio significa que la obra funciona, y que tenemos al público en nuestras manos. Para un actor ese silencio fálto de aliento es mejor que los aplausos, y aquella mañana, en el gran salón, mi público guardaba silencio.

Mi relato, por supuesto, había sido acorde a la verdad, aunque había dejado mucho de lado. Mi hermano, en uno de esos momentos de descuido en los que se olvidaba de ser desagradable conmigo, me había dicho una vez que el arte de contar historias se basa en saber qué no contar, y debo reconocer que tiene razón, aunque muchas veces, al aprenderme las líneas de sus obras, he deseado que hubiera omitido veinte veces más. Había obviado el terror que sentí, el terror incontrolable que casi había hecho que me meara encima. Había obviado relatar cómo mi corazón latía desbocado, el pánico cuando el caballo de deValle se cernía sobre mí y acababa de apretar el gatillo a ciegas y la pistola se había atascado. No confesé que caí de espaldas merced al retroceso de la pistola, que había chillado de terror, tendido en la nieve, indefenso, pero hice que el relato rezumase deliberada frialdad, como si hubiese apuntado cuando, en realidad, tenía los ojos cerrados y el disparo había sido efectivo solo de milagro. Había estado gimiendo, temblando, aterrado, pero, dado que Silvia estaba escuchando, me retraté como un héroe.

¡Y lo era! Mi hermano me miró con un gesto que bien podría haberse tenido por admirativo y que desprendía gratitud, John Heminges estaba asombrado, los jóvenes me observaban boquiabiertos, hasta Will Kemp estaba impresionado. Se levantó de su silla y las patas rasparon el suelo, y luego me dio una palmada en la espalda, lo bastante fuerte como para doler.

—Bien hecho, muchacho —rugió—. ¡Bien hecho!

Solo Richard Burbage parecía contrariado. Apartó a mi hermano y le llevó del brazo al espacio que había bajo el mirador. Los vi hablando, y Richard Burbage me miró, y, luego, en apariencia satisfecho, se dirigió al nuevo escenario. Mi hermano subió a la bancada del mirador y me hizo un gesto para

que me acercara.

—No puedes hacer de Romeo —me dijo.

—Tú... —empecé a decir.

—No puedes —dijo con firmeza pero con sorprendente delicadeza—. Siéntate.

Tomé asiento. Mi hermano miró por la ventana. El calor del salón derretía el hielo y lo convertía en gotas de agua que se deslizaban al otro lado del cristal distorsionando la imagen del río congelado.

—Sigue nevando —dijo—. ¡Un invierno duro!

—Dijiste... —volví a empezar.

—Sé lo que dije —me interrumpió de nuevo—, y lo dije muy a la ligera. Romeo es un papel importante, demasiado importante, y Richard lo hará maravillosamente. Lo que sí te prometo es un papel de hombre y con sustancia, un buen papel.

—¿Sustancia? —repetí la palabra.

—El papel que desempeñaría un socio —dijo—. Te lo prometo.

—¿Un papel de hombre? ¿Pero no como Francis Flute?

Tuvo el detalle de sonreír.

—No como Francis Flute. Te gustará tu parte. Un papel de hombre de verdad. Puedes dejarte crecer la barba, y se te pagará bien. Lo prometo. — Esperó, suponiendo que diría algo, pero callé—. Es una buena obra de teatro —dijo en un tono melancólico—. Incluso muy buena, y podremos empezar a ensayar en cuanto esté copiada. Su Excelencia me dice que Su Majestad le ha pedido que volvamos a actuar, así que ahora tenemos dos obras que llevar a la corte. Y tú estarás en ambas. —Se puso en pie—. Y llegará la primavera. Podremos representar las dos en el Teatro cuando mejore el tiempo. Estarás muy ocupado, Richard, estarás ocupado y se te pagará. Ahora necesitamos acabar con estos ensayos. —Bajó la mirada hacia la bancada de la ventana—. Gracias —dijo, y luego bajó las escaleras.

Seguí su mirada y vi que había dejado unas monedas sobre el cojín. ¡Seis chelines!

—¿Cómo se llama? —dije mientras se alejaba.

Se volvió y me miró.

—¿Quién?

—El personaje que haré.

—Tendrás que utilizar una espada ropera, así que ponte a practicar.

—¿Cómo se llama? —pregunté de nuevo.

Fingió que no me oía y siguió adelante, y me pregunté si podía confiar en su promesa. ¿Qué había dicho el reverendo Venables? Que las promesas en el corral de comedias eran como los besos de la festividad de los Mayos. Y a mí acababan de besarme.

Y más allá de la ventana la nieve caía con más fuerza.

Todavía había tiempo para ensayar más escenas, y fueron bien, quizá porque todo el mundo estaba de buen humor, salvo John Heminges, que aún lamentaba la traición de su aprendiz. Hasta Bobby Gough logró recordar todas sus líneas, aunque seguía nervioso, quizá porque aún era algo joven para hacer el papel de Titania.

El actor que más me sorprendió fue Alan Rust. Era un hombre alto, de constitución fuerte, que solía hacer papeles de hombre maduro y serio. Su voz era grave y su presencia en el escenario, imponente, lo que hacía de él una sorprendente elección para el papel de Puck, el pícaro sirviente de Oberón cuyos errores y chanzas impulsaban gran parte de la obra. Cuando copié el manuscrito había visto a Puck como un duende, un elfo, un trasgo dicharachero que prefería bailar en vez de caminar y cantar en vez de hablar. De hecho, mi hermano ya había insinuado que así era llamando a Puck «Robin Buen Chico», y no había nadie en la compañía que no hubiera crecido oyendo las historias de las travesuras de Robin Buen Chico. Este era un embaucador, un espíritu de los bosques, un urdidor de enredos, y era un papel, pensé, que los chicos podían hacer muy bien, y entonces los socios se lo habían dado a un hombre que solía hacer de rey, de señor o de tirano. Pero Rust transformó el papel y, al hacerlo, competía con Will Kemp por provocar risas. No hacía nada por disimular su estatura, aunque sí hablaba más alto que de costumbre, y todos sus movimientos eran delicados a conciencia. Cuando permanecía quieto desprendía dignidad, pero esa dignidad se desvanecía en cuando empezaba a moverse. Bailaba, temblaba, se mostraba impaciente, era gracioso.

—Mi dulce Puck, acércate —dijo Oberón, y el dulce Puck recorrió el

escenario con excesivo entusiasmo y derrapó para detenerse, listo para salir disparado de nuevo—. Recordarás —continuó Oberón— que una vez me senté en un promontorio y oí a una sirena que cabalgaba a lomos de un delfín. —Y Puck asintió demasiado rápido y con demasiado entusiasmo. Temblaba, como si lo único que quisiera fuera salir volando a cumplir con cualquier cometido que le fuese encargado. Era evidente que no estaba escuchando a su señor. Oberón quería que recordase el momento en el que la sirena cantó, el mar bravío se calmó y las estrellas se pararon a escuchar—. ¿Lo recuerdas?

—¡Lo recuerdo! —dijo Puck a toda velocidad, pero saltaba a la vista que no, y que siguiera lo que siguiera saldría mal, porque el personaje era todo energía y nada de sentido común. La poción de la flor mágica sería derramada sobre los párpados del amante erróneo, y el resultado serían parejas infortunadas y confusión.

—Ve y tráeme esa hierba —ordenó Oberón señalando a la izquierda del escenario—, y vuelve aquí antes de que el Leviatán pueda nadar una legua.

—¡Le pondría una faja a la tierra en cuarenta minutos! —dijo Puck, y salió disparado por la puerta de la derecha como si le persiguiera un oso. Todos reímos.

Silvia también rio. Había salido del gran salón después de entregar los rollos de tela, pero había vuelto poco después con Jean, nuestra sastra, ambas con los brazos cargados de telas. *Lady Anne Hunsdon*, la abuela de la novia, acababa de inspeccionar los atuendos acabados, y ahora insistía en que fueran más vistosos.

—Hay dinero, señor Shakespeare —le oí decirle a mí hermano—. ¡Gástalo!

Mi hermano había hecho una reverencia.

—Sí, *milady* —había respondido asombrado.

—¡Gasta más! —dijo ella, imperativa.

El Teatro tenía un buen fondo de ropa, que yo consideraba mi armario, pero, aparte de diferenciar a los hombres de las mujeres, y de vestir a los personajes nobles con seda y satén y a los plebeyos con fustán, no nos preocupábamos demasiado del atuendo. Cuando Richard Burbage representaba a Tito Andrónico, vestía calzas, camisa, gola y botas, y se envolvía en una sábana blanca que hacía las veces de toga. Sus tropas,

representadas por empleados, llevaban yelmos abollados y corazas dentadas que habían sido utilizadas en las campañas de Irlanda y los Países Bajos. El público nunca pareció darle importancia, pero *lady* Anne quería que todo fuera mejor, mucho mejor.

—Querría que la obra se pareciese a una mascarada —había dicho más de una vez.

Yo jamás había visto una mascarada, pero sabía que eran fiestas que se hacían en las mansiones de campo y en los palacios de la ciudad para la reina y sus aristócratas. Mi hermano me había dicho que no eran obras de teatro como tales, sino representaciones llenas de dioses y diosas, coros y músicos, que sobresalían por disponer de los más elaborados efectos y atuendos que la maquinaria, el ingenio, el dinero y las costureras podían proporcionar. Los dioses volaban, las sirenas parecían deslizarse sobre las aguas, las fuentes escupían agua de colores, se pintaba la hierba del color del oro, los querubines trinaban alegremente, y, lo más asombroso de todo, las mujeres hacían el papel de mujeres.

—Y algunas lo hacen asombrosamente bien —había dicho mi hermano.

—¿Entonces por qué no...?

—¡Porque los puritanos ya nos odian bastante! Pon mujeres en el escenario y los puritanos incendiarán los corrales de comedias. Si hay algo que teme un puritano es a las mujeres. Además, no son obras de verdad.

—¿No? —pregunté.

—Las mascaradas son recitales moralizantes —dijo mordazmente—, diseñadas para que la audiencia encuentre inspiración en interminables discursos sobre la castidad, la nobleza, el valor y todas esas tonterías. Son todo un espectáculo para la vista, pero tediosas hasta el infinito para los oídos.

Así que *El sueño de una noche de verano* sería todo un espectáculo para la vista. Jean y Silvia habían traído yardas de gasa de seda blanca, de satén color crema y de delicados encajes que servirían para vestir a las hadas. Los aprendices más jóvenes tenían los papeles hablados de las hadas, pero a estas las acompañaban media docena de niños de la casa del lord Chambelán para quienes mi hermano había escrito tres canciones a las que Phil les había puesto música. Los niños eran los hijos del servicio, y uno, llamado Robin,

resultó ser el sobrino de Silvia.

—Dile hola a Francis Flute —le ordenó.

—Fíola —dijo el chiquillo, de unos seis o siete años.

—Hola —dijo con torpeza.

—Es un pequeño caradura —dijo Silvia mientras se arrodillaba para envolver a Robin en tela—, y quédate quieto o te daré un bofetón. —Aquellas últimas palabras estaban dirigidas al niño, que me miró con los ojos muy abiertos—. Es el hijo mayor de mi hermano —explicó Silvia.

Su hermano Ned trabajaba en los establos. Toda la familia, por lo visto, estaba ligada a la casa de lord Hunsdon. El padre de Silvia había sido uno de los barqueros de Su Excelencia antes de que comprara su propio bote, y su madre, al igual que Silvia, había sido sirvienta.

—Y espero que Robin, cuando crezca, siga sirviendo a la familia —continuó Silvia.

—Yo quiero ser soldado —dijo Robin.

—No, no quieres ser soldado —dijo ella—, porque a los soldados los hacen trocitos pequeños. Lo que tienes que hacer es trabajar en los establos, como tu papá. ¡Y deja de hurgarte la nariz! —Le golpeó a Robin en la mano; luego le puso más tela en los hombros antes de ceñírsela, ajustarla con alfileres y añadirle un lazo de seda—. ¡Ya está! ¡Eres un hada preciosa!

—No quiero ser un hada.

—Pues lo eres. Y cantas. Eres un hada que canta. —Le ató el lazo y me miró—. Robin tiene una voz maravillosa. Canta como un pajarillo, ¿a que sí? Como todo un petirrojo.

Robin no dijo nada; se limitó a mirarme como si suplicase auxilio ante tan monstruoso abuso femenino.

—¿Así que le disparaste a un caballo? —preguntó Silvia.

—Más o menos.

—¿Entonces no lo mataste?

—No, solo lo asusté.

Me sonrió, y estaba a punto de decir algo cuando Jean llamó a mi hermano.

—¿Vamos a poner alfombras en el escenario?

—¡Sí!

—Entonces las hadas no necesitarán calzado.

—Las hadas nunca necesitan calzado.

—¿Has oído eso? —le preguntó Silvia a Robin—. No vas a necesitar zapatos, así que asegúrate de lavarte los pies.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. —Silvia se inclinó hacia atrás para admirar su labor—. ¡Eres una hadita preciosa! ¿Verdad que está preciosa, Richard?

—Mucho —dije.

—¡Y no te muerdas las uñas! —Silvia le dio a Robin una palmada en la mano.

Robin frunció el ceño.

—La tía Silvia se va a casar con Tom —dijo sin venir a cuento.

Mi mundo se detuvo. No tenía ni idea de qué decir, porque no había nada que decir. Silvia se sonrojó y dejó de mirarme. Estaba haciendo un par de cortes en el vestido de gasa, y las tijeras dudaron un instante y luego empezaron a cortar salvajemente.

—¿Te casas? —preguntó alegremente Jean, que estaba de rodillas delante de otro chiquillo.

Hubo un momento de silencio. Silvia tenía dos alfileres cogidos con los labios, pero se los quitó.

—Mi padre quiere que lo haga —dijo categóricamente.

—¿Quién es Tom? —preguntó Jean.

—Un barquero. —Silvia siguió sin dirigirme la mirada—. Ayuda a mi padre.

—¿Es simpático?

—¿Hacemos el dobladillo del borde con satén?

—Usaremos el azul para los chalecos de los niños. —Jean, aún de rodillas, se arrastró por el suelo para observar a Robin—. ¡Oh! ¡Qué bien queda! ¡Ese cuello alto es muy ingenioso! ¿Y si hacemos lo mismo para Titania? Pero en dorado. ¿Hemos traído el dorado?

Silvia acababa de colocarse los alfileres de nuevo en los labios, así que negó con la cabeza.

—Iré a por ello —dijo Jean empezando a ponerse en pie.

Silvia escupió los alfileres.

—¡No, ya voy yo!

Corrió por el salón y se desvaneció al otro lado de las grandes puertas. Robin se envolvió con la gasa y el satén y empezó a hurgarse la nariz.

—Es una chica maravillosa —dijo Jean cuando Silvia se hubo ido—. Ese Tom es un hombre afortunado.

—Lo es —dije con tristeza.

—¡Y sabe coser! —Jean empezó a hacer el dobladillo del chaleco de Robin—. Hace magia con las agujas. Ojalá pudiera venir a trabajar conmigo.

—Sí —dije.

Jean se sentó sobre sus talones y me miró.

—Dios bendito, Richard, no comprendo a los Shakespeare. Vivís con la cabeza en las malditas nubes, los dos. ¡Estate quieto, mocoso! —Jean atizó a Robin en la mano—. ¡No te hurgues la nariz! ¿Quieres que los sesos se te salgan por ahí? ¿Por qué crees que tu Silvia no está casada?

—¿*Mi* Silvia? —pregunté.

—¡Tiene dieciséis años, por el amor de Dios! La esposa de John Heminges era viuda a los dieciséis. Silvia tendría que haberse casado hace un par de años.

—¿Ah, sí?

—Que no se te ocurra oír lo que estamos hablando —le dijo Jean a Robin—, y no te muerdas las uñas, o acabarás con dos muñones, como Daniel el Anguila. Tendrás que comer como un perro si tienes muñones. No quiere casarse con ese Tom, ¿verdad? Y su padre es demasiado blando como para obligarla.

—¿Quién es Daniel el Anguila? —preguntó Robin.

—No le conoces, cariño, pero verle comer es asqueroso. Tampoco se puede limpiar el culo, así que huele muy mal.

Robin rio y yo miré hacia las puertas del salón, pero Silvia no volvió a aparecer. La nieve caía con más fuerza cubriendo la ventana del mirador de blanco, y los socios decidieron dar por concluido el día y dejar que todo el mundo volviera a casa.

—Nos veremos mañana —anunció mi hermano.

Me fui a casa.

La nevada amainó. La mayor parte del día dio la sensación de que acabaríamos sepultados bajo los enormes y delicados copos, pero, para cuando llegué a casa, ya había dejado de nevar. Le pagué a la viuda Morrison tres chelines en concepto de alquiler, y ella se quedó mirando las monedas como si no hubiera visto jamás algo parecido.

—¡Un milagro de febrero! —dijo, y me besó en la mejilla—. Cómete una torta de avena, querido. Coge dos.

—¿Cómo está el padre Laurence? —le pregunté.

—Está ocupado, querido. —Me guiñó un ojo, lo que supuse que significaba que el viejo cura estaba escuchando confesiones—. Ha venido un hombre preguntando por ti.

—¿Por mí?

—Un tipo con mal aspecto —dijo. Debió de verme alarmado—. No pasa nada, querido —continuó—, le dije que no habías pagado el alquiler y que te había echado a la calle. Es casi verdad, ¿no?

Subí las escaleras hasta la buhardilla. Estaba oscura y congelada. Hice chocar acero y pedernal, encendí un trozo de lino carbonizado en una lata de yesca y pasé la llama a una vela. Estaba triste. El padre Laurence estaba ocupado, y yo no estaba de humor como para acurrucarme solo en el ático. ¡Silvia! Quería creer lo que me había dicho Jean, pero la mente siempre se desliza colina abajo para pensar en lo peor. Y que se casara con Tom tenía sentido. Era barquero, era joven, tendría un oficio, ganaría dinero, y ¿por qué iban a querer los padres de Silvia que se casara con un actor sin dinero? Quizá Jean estuviera en lo cierto, y quizá Silvia no quisiera esos esponsales con Tom, pero el sentido común dictaba que debía casarse con él.

Pensé en algunas de las palabras que Bottom le decía a Titania después de que ella declarara su pasión por él, una pasión ardiente a pesar de la cabeza de asno que tenía sobre los hombros. Bajo la influencia de la poción mágica de Oberón la reina de las hadas le juraba amor eterno, a lo que Bottom respondía:

—A decir verdad, la razón y el amor no suelen caminar de la mano.

¡Y yo deseaba que fuera verdad! Pero temía que la razón y el amor fueran

compañeros de cama. En una obra de teatro puede pasar cualquier cosa. Las reinas de las hadas pueden enamorarse de monstruos, pero los padres de Silvia querían que su hija se casara y fuera a lo seguro y a lo razonable con un hombre que pudiera mantenerla y que fuera el sostén de los padres en la vejez.

No quería estar solo y con frío, pero tampoco quería quedarme vestido con las ropas de artesano que había llevado encima todo el día, así que me puse las ropas finas que había robado del Teatro. Estaba furioso. Me dije a mí mismo que Silvia me había engañado, y que en cuanto supe de su mentira, ella había huido. Así que esa noche buscaría a otra mujer y malgastaría lo que me quedaba del regalo de mi hermano. Elegí un jubón del más suave cuero español, con franjas de terciopelo azul oscuro. En su día había costado una fortuna, pero algún noble, cansado de él, se lo había donado al Teatro. Las mangas estaban atadas al hombro con hilo de plata a través de ojales de plata, y estaban acolchadas con seda blanca que asomaba por las aperturas de los antebrazos. Los puños eran de encaje francés. En resumen, el jubón era toda una belleza. Llevar aquel atuendo parecía un gesto contra mi adverso destino, contra la razón que había agriado el amor. Me colgué una daga envainada del cinturón, cubrí mis galas con una capa gruesa y oscura y después, con las monedas en la bolsa, volví a adentrarme en la gélida noche.

—¿Te vas a la taberna? —me preguntó la viuda cuando salía.

—Un rato.

—Deberías ahorrar ese dinero, Richard.

El consejo era bueno, sin duda; no obstante me dirigí a El delfín, confiando en que Alice estuviera sola, pero cuando empujé la puerta y entré en la sala principal, atestada de gente, llena de humo e iluminada con velas, vi a mi hermano sentado en una mesa más allá de la gran chimenea. Estaba con otros cuatro hombres a los que yo no conocía. Permanecí entre las sombras, observándole. Parecía alegre, debía de estar contando alguna historia, y sus acompañantes reían. También tenía aspecto de sentirse feliz, y ¿por qué me sorprendió? ¿Quizá fuera porque siempre que estaba conmigo tenía el ceño fruncido? Dudé que mi compañía le resultara agradable, a pesar de haber rescatado sus preciados manuscritos, y yo tampoco quería estar con él, así que me confundí aún más en la penumbra y entonces vi que Alice bajaba las

escaleras y recorría la atestada estancia. Estaba pálida y delgada, su pelo claro estaba alborotado, pero cuando vio a mi hermano se le iluminó el rostro, y mi hermano, al verla, extendió el brazo a modo de invitación. Ella se puso a su lado, se sentó en la bancada y se apoyó sobre su hombro. Ya hacía tiempo desde el toque de queda, lo que significaba que las puertas de la ciudad estaban cerradas, así que era evidente que mi hermano no tenía intención de irse a casa. Pasaría allí la noche. Le susurró algo a Alice al oído, y ella rio. Él se inclinó y la besó en la frente, y ella empezó a charlar animadamente. Mi hermano y sus acompañantes la escuchaban. Estaban felices.

No quería quedarme allí, pero tampoco quería escabullirme e ir a casa, así que, con mi tristeza como única compañía, me fui a El halcón, donde, como siempre, Marie estaba junto al fuego, Dick tenía el ceño fruncido y Margaret y su marido discutían.

—¡Pero qué elegante! —dijo Margaret a modo de bienvenida—. ¿A que Richard está muy elegante?

—Ponle un lazo a un perro en el cuello... —gruñó Harold el Grasas, su marido.

—Maldito viejo resentido.

Pedí cerveza caliente y luego me senté junto al fuego de la taberna. Allí pensé en Silvia, y recordé al «tipo con mal aspecto» que había preguntado por mí en casa de la viuda. Sospechaba que había sido enviado por deValle. De algún modo, dadas las emociones y decepciones del día, no me había parado a pensar en la venganza de deValle, pero este querría cobrársela. Era un hombre orgulloso, y yo le había roto la pierna y le había robado el sombrero. Temblé, percatándome de pronto del peligro.

—Puede que duerma aquí esta noche —le dije a Margaret.

—Ha dejado de nevar, Richard, pero eres más que bienvenido, por supuesto.

—Si pagas —dijo Harold el Grasas—, puedes quedarte si pagas. No somos un albergue para pordioseros.

—¿Ah, no? Menuda sorpresa —dijo Margaret—. Claro que puedes quedarte, Richard, no le hagas caso.

—Puede que tenga que compartir cama —refunfuñó John.

—¿Compartir cama? ¿Quién crees que querrá una cama esta noche?

—Puede que alguien.

—Alguien que no haya llegado antes del toque de queda —aventuró Marie, servicial.

—¡Esta noche no hay nadie de viaje! —dijo Margaret a modo de regañina. Y fue entonces cuando oímos unos cascos de caballo.

—¿Ah, no? —ululó Harold—. ¿Así que no hay nadie de viaje?

No suelen oírse cascos de caballo a esas horas de la noche, al menos no en Shoreditch, y había más de un caballo. De hecho, era todo un estruendo de cascos, cuyo sonido la nieve apenas amortiguaba. Se acercaron y esperamos a que pasaran, pero en vez de eso se detuvieron y solo hubo silencio. Los caballos son sinónimo de dinero, el dinero lo es de poder, y el poder lo es de problemas, y todo el mundo sabía eso en El pollo apestoso. Todos nos giramos hacia la puerta que daba a la calle.

—No será nada que nos concierna —dijo Margaret rompiendo el nervioso silencio.

El silencio se alargó.

—Se han ido —dijo Harold sin mucha convicción.

—Tengo que mear —dije. Dejé una pequeña moneda en la mesa, cogí mi capa y fui hacia la puerta de la despensa.

—¡Ahí no, cerdo! —protestó Harold—. ¡Vete al callejón, como un cristiano!

Empujé la puerta y entré. Un par de ratas se metieron bajo los barriles, abrí la puerta que daba al patio del establo y vi al hombre esperando. O, más bien, vi la veta larga y pálida de la hoja de una espada, que, en cuanto apareció, se alzó hacia mí. El espadachín no dijo nada. Estaba vestido de negro, y solo le vi porque había un candil en la habitación de atrás de la casa de Nellie Cotton que daba al patio. Nellie no dormía nunca. La mujer estaría cosiendo en su salita trasera, haciendo continuamente ropas para sus bebés. Todos ellos estaban en el cementerio de Saint Leonard. Estaba loca.

El hombre se acercó a mí, la luz del candil de Nellie se reflejaba en su hoja. Corrí a toda prisa hacia la izquierda, por el portón y hacia un callejón que apeataba a orines, y allí había otro hombre esperando. Este también estaba completamente vestido de negro, y también blandía un arma, una daga corta y de hoja ancha.

—El señor Price quiere verte —dijo, y el hombre con el que me había topado en el patio de El halcón salió del portón. La punta de su espada me tocó la columna entre los omóplatos.

—¿Quién es el señor Price? —pregunté.

Estaba pensando que podía saltar, agarrarme a lo alto de la pared y pasar al patio trasero de Davy Locket, pero la espada que tenía en la columna me dio un ligero empujón. No tendría tiempo de saltar el muro.

—El señor Price —dijo el segundo— es el caballero que desea verte.

—Os habéis equivocado de hombre —dije, y por un instante incluso yo me lo creí. El único señor Price al que conocía vendía pescado y no hubiera podido juntar ni dos peniques, menos aún pagar a dos matones vestidos de negro y con las espadas desnudas.

—No, palomo —dijo el espadachín que tenía a la espalda—. Te aseguro que no.

—No causes problemas, chico —dijo el de la daga—, y puede que conserves las pelotas.

—Al menos una de ellas —dijo el de la espada, que luego deslizó la punta, me rasgó la capa y colocó la hoja entre mis muslos. Luego movió el acero hacia arriba—. Y es mejor una que ninguna, ¿verdad, chico?

Tenía razón, así que los acompañé sin resistirme.

Había seis de ellos, y siete caballos. El séptimo animal era para mí. Era un jamelgo zarrapastroso con silla de montar pero sin estribos: incluso si lo hubiera espoleado para que galopara, jamás habría podido huir de aquellos seis hombres y sus magníficos sementales. Eran *percies*. Persevantes. No me lo dijeron, aunque tampoco había necesidad para ello, porque estaban a las órdenes de los dos bulbosos gemelos a los que había humillado Alan Rust en el Teatro. Uno de los gemelos cabalgaba a mi izquierda y el otro a mi derecha, y ambos empezaron a hablar a un lado y otro de mí.

—Un muchacho guapo, hermano —dijo uno.

—Así es, hermano. Al menos por ahora.

—Lleva un bonito sombrero.

—¡Sí, muy bonito!

—Pero es un poco callado, ¿no crees? —El gemelo que tenía a la derecha me dio un codazo—. ¿Se te ha caído la lengua?

—Lo más seguro es que la pierda —dijo el segundo gemelo— si el señor Price decide arrancársela.

—De raíz.

—Ga, ga, ga —dijo el segundo riéndose—. Así es como hablarás cuando acabe contigo.

—No —dijo el primero—, se parece más a gu, gu, gu, aunque eso es una vez que dejan de gritar.

—Ga, gu, ga, gu, entonces.

Los gemelos eran jóvenes. Quizá mediasen la veintena. Jóvenes y seguros de sí. Los dos hombres que cabalgaban delante de nosotros y los dos que iban detrás eran más corpulentos y mayores, y permanecían en silencio. La pareja de delante escuchaba parlotear a los gemelos y ni siquiera se volvían. Percibí que despreciaban a los hermanos.

Avanzamos lentamente. No se le puede meter prisa a un caballo en la oscuridad, a no ser que quieras que la bestia se rompa una pata, y menos aún cuando el animal recorre un camino incierto cubierto de nieve reciente. Fuimos hacia el norte y luego hacia el oeste bordeando la ciudad, siguiendo Hog Lane entre setos cubiertos de blanco. La muralla de la ciudad era una línea oscura al sur, las almenas ligeramente recortadas por las luces de Londres. El leve viento de la noche soplaba del sur, empujando hacia nosotros el hedor de las cloacas y el humo de la ciudad. La tenue luz de la luna apenas era suficiente para mostrar unos campos blancos y uniformes.

Los caballos apretaron el paso cuando alcanzamos las casas levantadas al norte de Cripplegate. Había candiles brillando en las arcadas y leves estelas de luz surgiendo de las ventanas de las tabernas. Las calles se volvieron estrechas, y tuvimos que agacharnos para pasar bajo balconadas y carteles. Pasamos junto a El pato y la pata, donde una vez había ganado dieciséis chelines jugando a las cartas con un vendedor de ropa que había venido del norte. Las cartas habían estado marcadas. Por un momento temí que los *percies* me llevaran de vuelta a Scavenger's Yard, pero entonces torcimos al sur, hacia Smithfield. Los centinelas se metían en los portales a nuestro paso, y las pocas personas que aún no estaban en la cama se escabullían y desaparecían entre

los callejones antes que permanecer a la vista de aquellos hombres vestidos de negro y montados en poderosos rocines.

—Puede que este chico tan guapo tenga una hermana —dijo el gemelo que tenía a la izquierda cuando entramos en el espacio abierto de Smithfield Market.

Su aliento dibujó una nube a la tenue luz de un candil.

—Nos encantan las hermanas, hermano.

—Así es.

—O quizá tenga una querida.

—También nos gustan las queridas.

—Seguro que tiene una querida. Es un chico muy guapo.

—Y nosotros odiamos a los chicos guapos, ¿verdad, hermano?

—Así es, odiamos a los chicos guapos.

Seguí sin decir una palabra, y mi silencio acabó por resultarles frustrante, así que ellos también callaron. Seguimos cabalgando hacia Westminster, y allí alcanzamos un enorme portón custodiado por dos hombres con libreas escarlata e iluminado por dos antorchas que chisporroteaban merced a la leve brisa de la noche. Los centinelas no dijeron nada, era evidente que reconocían a los jinetes, así que se limitaron a poner rectas las alabardas, y uno de ellos abrió la mitad derecha del portón. Sabía dónde nos encontrábamos. Era el lugar en el que había visto a Simon Willoughby besando a aquel noble en el patio empapado de lluvia.

—Desmonta, guapo —me ordenó uno de los gemelos una vez estuvimos dentro, y obedecí. Los gemelos también desmontaron, y uno me agarró del codo para llevarme hacia una puerta baja que daba a un pasillo iluminado con candiles.

Los palacios se parecen a los corrales de comedias. La fachada es luminosa y llamativa, decorada con estrellas y resplandeciente de falso mármol, pero cuando cruzas el umbral, todo es suciedad, desorden, madera desnuda y escayola agrietada. Estábamos entre bastidores, en las profundidades, en las tripas de un lugar en el que los sirvientes nunca dormían. Había leña apilada a un lado del pasillo, y salía vapor de una puerta. Allí, una lavandera metía una vara en una gran marmita que colgaba sobre un fuego. Vio a los gemelos y se santiguó. Eso sí podía hacerse en el palacio sin arriesgarse

a ser interrogado por los alguaciles. Se rumoreaba que la reina guardaba un crucifijo en una estancia interior, una gran cruz que colgaba de una pared con el Señor crucificado observándola desde lo alto, y quizá fuera cierto. Había hombres a los que les arrancaban las tripas y las echaban al fuego ante sus propios ojos por mucho menos.

—Trabaja mucho —me dijo uno de los gemelos.

—El señor Price —explicó el otro.

—Trabaja mucho.

Hablaban con un extraño respeto, no por mí, sino por aquel señor Price que tanto trabajaba. Mi aversión por los gemelos empezaba a convertirse en odio. Medían una cabeza menos que yo, y, sin embargo, en ellos todo parecía demasiado grande: caderas grandes, narices grandes, mentones grandes, pelo enmarañado bajo sus gorros de terciopelo, músculos prominentes bajo sus mangas negras... Hombres voluminosos y faltos de toda elegancia que me hicieron cruzar un pequeño patio repleto de barriles hacia otro pasillo en el que uno de ellos llamó a una puerta.

—Adelante —dijo una voz.

—Adentro. —Uno de los gemelos me empujó para que entrara.

—Quítate el sombrero —dijo el otro gemelo, y me arrancó de la cabeza el sombrero de ala ancha de Christopher de Valle.

Me siguieron al entrar acompañados por otros dos perseverantes. Todos asintieron con respeto al hombre que había sentado detrás de una mesa.

—Le tenemos, señor Price —dijo uno de los gemelos. No hubo respuesta.

Primero la estancia. No era grande, aunque sí lo suficiente. Había juncos en el suelo, las paredes estaban paneladas con madera oscura y en el techo había dibujado un cielo nocturno con barcos de velas hinchadas por el viento que navegaban entre las estrellas. Percibí que el señor Price no había pedido aquella composición, porque parecía demasiado frívola en comparación con el resto de la estancia, y Price no tenía el aspecto de ser un hombre por quien los barcos surcaran los cielos. Era una persona celosa del orden. Había baldas en una de las paredes, y estas tenían montones de papeles perfectamente apilados y había aún más sobre la enorme mesa que ocupaba la mitad de la habitación. Debía de haber una treintena de velas en la mesa; velas grandes, todas ellas encendidas para iluminar el espacio, y, dado que no había

ventanas, era probable que ardieran día y noche. Más allá de la mesa, y ocupando la mitad de la pared del fondo, había una gran chimenea de piedra en la que rugía el fuego. La leña estaba apilada a la izquierda de la chimenea mientras que, al otro lado, había carbón. El calor era intenso y, sin embargo, el señor Price estaba sentado cerca de la chimenea y vestía un pesado abrigo negro.

El señor Price. Estaba sentado a la mesa, escribiendo. La pluma raspaba el papel. No alzó la mirada, sino que siguió escribiendo, raspando, hundiendo la pluma en un tintero de estaño, drenando el exceso de tinta con mimo, y volviendo a escribir. Todo lo que podía ver de él era su coronilla, que lucía una calva como la tonsura de un monje. Hasta donde podía deducir, vestía completamente de negro y no llevaba gola. ¿Un puritano? Hasta los gemelos llevaban gola, aunque estuvieran mugrientas y medio desprovistas de almidón, aunque les quedasen horribles bajo esos mentones demasiado grandes.

—¿Dónde —dijo el señor Price rompiendo su silencio y sin dejar de escribir— compramos estas plumas?

—En la tienda de la señorita Hamilton, en Grass Street, señor Price —respondió uno de los gemelos.

—Tengo entendido que el nombre correcto es Gracechurch Street.

—Eso quería decir, Gracechurch Street, señor Price, perdón, señor Price.

—Informaréis a la señorita Hamilton de que sus plumas no han sido bien reblandecidas. Preguntadle si se supone que debo chupar yo la punta.

—Estoy convencido de que la señorita Hamilton estará encantada de chuparle la punta, señor Price.

Siguió un silencio. La pluma se detuvo, y el señor Price se quedó muy quieto. Los gemelos no se movieron.

—Yo... —dijo el que había hablado, y luego hizo una pausa—, yo no..., quiero decir que... puedo...

La pluma empezó a moverse de nuevo y los gemelos se relajaron. Un trozo de carbón cayó en el fuego, empujando una nube de humo hacia la estancia.

—Alimentad el fuego —dijo el señor Price, y uno de los gemelos bordeó la mesa y echó más combustible a unas llamas que ya rugían como las del mismísimo infierno.

Price cogió un retal de tela y, con cuidado, secó la punta de la pluma.

Dobló el retal meticulosamente, lo dejó junto al papel y metió la pluma en un tarro. Luego alzó la mirada para observarme.

«Cerdo», pensé al instante, y recordé a lord Hunsdon hablando de Price el Gorrino. Y tenía razón, porque George Price era un cerdo con forma humana. Era un hombre pequeño, rechoncho, de papada prominente y nariz achatada, ojos pequeños, barba escasa y boca fruncida. ¿Edad? Puede que unos cuarenta. Puede que más. Tenía el mentón retirado y una expresión petulante. «Una mala bestia —pensé—, fea, furiosa y peligrosa».

—Me llamo —dijo— George Price. George... Price —repitió su nombre con claridad, separando el «George» y el «Price» con una larga pausa.

No dijo más, quizá esperara que yo hablara, pero también guardé silencio. Empezó a dar golpecitos en la mesa con los dedos. Tenía las uñas mordidas, tenía la piel en torno a estas en carne viva, pero no tenía manchas de tinta en los dedos. Jamás he visto a un escritor, un poeta, un secretario o un escribano que no tuviera los dedos cubiertos de tinta, no así Price el Gorrino. El cerdito quisquilloso. El fuego rugía a su espalda, las llamas iluminaban la estancia casi tanto como sus innumerables velas.

—No es muy hablador, señor Price —dijo el gemelo que estaba junto a la chimenea.

—Calla —dijo el señor Price. Luego me miró, cerró los ojos y juntó sus dedos mordisqueados—. Oremos —dijo.

—Cierra esos ojos indignos —me gruñó el gemelo que estaba a mi lado.

—Señor —dijo Price—, en cuyas manos reside la seguridad del reino, bendice, te rogamos, nuestras obras esta noche para que alimenten tu gloria y aceleren la llegada de tu reino. Así lo pedimos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

—Amén —murmuraron los gemelos a la vez.

George Price abrió los ojos y miró a uno de los dos perseverantes que había junto a la puerta cerrada.

—Tráete al muchacho —dijo.

El hombre se fue y nos quedamos esperando. El fuego crepitaba. La nieve derretida de nuestras botas se convirtió en charcos entre las esteras de juncos y sobre el suelo de tablones.

Oí pasos. La puerta se abrió y entró el perseverante con un muchacho,

tirando del cuello de su chaleco.

Era Simon Willoughby.

—Ahora —dijo Price— podemos empezar.

10

Simon Willoughby parecía aterrado, y cualquier belleza que hubiera tenido era cosa del pasado. El lado derecho de su rostro era un enorme cardenal junto al que corría una costra aserrada de sangre reseca. Parecía que le habían roto el pómulo. Tenía el ojo derecho cerrado, el labio superior hinchado, su larga melena caía lacia y estaba temblando. Me miró y pareció maullar, como si temiera que volviera a golpearle.

—El chico puede sentarse —dijo Price.

El perseverante que había traído a Willoughby arrastró una silla desde la pared.

—Gracias, señor —balbució Simon Willoughby.

—Vosotros dos podéis esperar fuera. —Price les frunció el ceño a los dos hombres que estaban junto a la puerta.

Esperó a que se fueran y allí nos quedamos yo, Price el Gorrino, Simon Willoughby y los gemelos en la calurosa estancia. Uno de los gemelos estaba junto a mí, mientras el otro esperaba junto al fuego.

—¿Estás cómodo, muchacho? —le preguntó Price a Simon Willoughby cuando cerraron la puerta.

—Sí, señor, gracias, señor.

—¿Y reconoces a este hombre? —Price me señaló.

—Sí, señor —dijo Willoughby—, es Richard Shakespeare, señor.

Hablaba con dificultad, quizá debido a que el garrote de los perros le hubiera roto un diente o quizá porque tenía la mejilla hinchada. Sea como

fuera, logró decir mi nombre con un tono envenenado.

—¿Y es el hombre que te atacó y que robó cierta propiedad que se te había confiado para su salvaguarda?

—Sí, señor. Eso hizo, señor. —Asqueroso embustero...— *empecé* a decir, ante lo que el gemelo que tenía al lado me abofeteó la boca con fuerza.

—Permanecerás en silencio —me dijo Price—, a no ser que se te pregunte. —Organizó algunos papeles sobre su escritorio y, puntilloso, alineó las esquinas. Una vez satisfecho, volvió a mirarme—. ¿Eres actor? —preguntó, pronunciando la última palabra como si estuviera cubierta de mierda.

No respondí. Él ya sabía quién era yo y qué hacía, así que ¿para qué hablar?

—Puedo hacerle chillar, señor Price.

El señor Price ignoró el tono ansioso del gemelo que acababa de hablar. Sus dedos tamborilearon sobre la mesá mientras me miraba fijamente.

—A Su Majestad —dijo— le gustan las mascaradas, los interludios y las obras de teatro. —Era evidente que despreciaba todo aquello, pero aquella era su reina y él estaba a su servicio, con lo que sus palabras surgieron respetuosas—. ¿Te crees que eso te confiere privilegios?

—No.

—No, «señor» —me corrigió el gemelo que estaba junto al fuego. Le ignoré.

—Ella no va a protegerte —dijo Price—, ¿y sabes por qué?

No dije nada.

—No lo sabe, señor Price —dijo el otro gemelo. Pude oler una mezcla de tabaco, pescado y cerveza en su aliento.

—Porque eres un actor, un ladrón, un mentiroso y un canalla —dijo el señor Price con repentina malicia—. ¿Qué más eres?

—Un cristiano —dije, sabiendo que eso le molestaría.

—¡Blasfemo! —espetó Price—. ¿Eres papista?

—No —dije.

—No, «señor» —me corrigió Aliento de Pescado—. Muestra respeto por el señor Price.

Me hundió el codo en las costillas mientras enfatizaba la palabra «señor».

Su hermano bufó una risa sofocada. Había echado más carbón al fuego, que atizó vigorosamente con un espetón. Su rostro romo brillaba ahora de sudor.

—Ya aprenderá a respetarme —dijo el señor Price con calma—. ¿Señor Willoughby?

—¿Señor? —dijo, solícito, Simon Willoughby.

—¿Es el señor Shakespeare papista?

—¡Sí, señor, creo que sí, señor!

—Pequeño cabrón... —empecé a decir, y, una vez más, Aliento de Pescado me golpeó en la boca.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Price a Willoughby.

—Porque antes de cada representación, señor, su hermano se santigua. Se lo he visto hacer muchas veces, señor. ¡Muchas!

—Y si uno de los hermanos es papista —dijo el señor Price mirándome—, ¿entonces debemos suponer que el otro también lo es?

—Sí, señor —dijo Simon.

—Y tú te meas encima antes de cada representación... —Y aparté la cara cuando la mano de Aliento de Pescado me golpeó—. Mentiroso, mojacamas —le gruñí a Willoughby.

—Santiguarse —dijo Price lentamente, saboreando cada sílaba—. A tu hermano no le dan vergüenza sus asquerosas creencias y, además, compartes casa con un sacerdote romano. No solo eres actor, eso ya te hace bazofia, ¡también debes de ser un trozo de mierda expulsado por el recto de la puta de Babilonia! ¿Escucha confesiones el padre Laurence?

Hizo la pregunta de repente, y casi me cogió por sorpresa.

—¡No! —logré responder.

Su rostro porcino desveló que no me creía, pero se abstuvo de seguir preguntando.

—Prepáralo —le dijo en su lugar al del rostro sudado, que seguía acucillado junto al fuego. Price se puso en pie, dejando al descubierto una oronda panza de puerco. Empujó la silla hacia atrás, todo lo que pudo, y pasó junto al gemelo de la cara sudada para bordear la mesa y meterme el hocico en la cara.

—¿Crees —me preguntó; su aliento apestaba a compota de manzana— en la salvación a través de nuestro Señor Jesucristo?

Solo hay un modo de responder a esa pregunta.

—Sí —dije.

—¡Sí, «señor»! —dijo Aliento de Pescado.

—Está listo, señor Price —dijo Cara Sudada desde la chimenea, que ahora lucía más que nunca y proyectaba sombras lúgubres sobre los barcos que navegaban entre las estrellas pintadas.

Price le ignoró mientras me observaba con una mueca de indignación.

—Dime —preguntó—, ¿qué hace un actor?

—¿Hacer? —pregunté.

—En esa guarida de perdición a la que llamáis corral de comedias —dijo—, ¿qué hace un actor?

—Fingimos —dije.

—Entonces ¿contáis mentiras?

—Hacemos que las historias se vuelvan verdad —dije. Tuve que inclinar la cabeza hacia abajo para mirarle, porque medía una cabeza menos que yo.

—No se pueden convertir las mentiras en verdades —dijo—, del mismo modo que no puedes hacer natillas removiendo la mierda de las letrinas con un palo.

—Muy bueno, señor Price —dijo Aliento de Pescado con una risilla—. Muy acorde.

Price le ignoró.

—Te disfrazas de mujer, ¿no es así?

—Y Simon Willoughby también —dije.

—¡Pero las Escrituras lo prohíben! —Price obvió mi comentario sobre Simon. Me miró y esbozó una mueca de asco mientras su voz tronaba furiosa—. «Ni el hombre se pondrá ropa de mujer; porque cualquiera que hace esto es una abominación para el Señor». ¡Ese es el mandamiento de Dios, su sagrada palabra! ¿Ves lo que dice Dios? ¡Eres una abominación! Engañas, mientes, finges ¡y te vistes con ropas de mujer! —Ahora sí estaba furioso—. ¿Escucha confesiones el padre Laurence?

—¡No!

Me escupió a la cara y entonces, asqueado, se apartó de mí.

—Dinos, joven Willoughby.

Willoughby tembló.

—En la nueva obra, señor —ceceó; su boca y sus labios estaban demasiado hinchados y ensangrentados como para hablar bien—, hay un personaje llamado fray Laurence, señor. Habla de confesión, señor. Siempre de la confesión.

—¿Dirías que es un personaje que cae simpático?

—¡Oh! Sí, señor.

—La nueva obra —dije— transcurre en Italia. No hay protestantes en...

—¿Te he pedido que hables? —dijo Price dirigiéndose a mí—. Entonces calla. —Volvió a mirar a Willoughby—. ¿Y esa obra ha sido escrita por William Shakespeare?

—Sí, señor.

—¿El que se santigua?

—Antes de cada puesta en escena, señor, sí, señor.

—¿Y cómo acabó esa obra en tus manos?

Simon Willoughby se negaba a mirarme, mientras su ojo bueno brillaba lacrimoso.

—*Sir* Godfrey, señor, temía que la obra pudiera ser herética...

—Eso, sin duda —dijo Price—, deberá decidirlo el maestro de Entretenimientos.

—No si la obra se representa en privado, señor —dijo Simon; sospeché que ya habían ensayado aquella escena, y Simon, a pesar de su inquietud, estaba haciendo bien su papel.

—¡Comprendo! —Price fingió sorpresa—. En ese caso, joven Willoughby, ¿dirías que la compañía del lord Chambelán es un nido encubierto de papistas?

—¡Oh, sí, señor! —dijo el pequeño cabrón.

—¡El lord Chambelán es protestante! —dije.

—Tú... —empezó a decir Price, pero fui yo quien le interrumpió esta vez.

—¡Su madre era una Bolena! ¡No se puede ser más protestante que...! —Tuve que parar, porque Aliento de Pescado volvió a golpearme.

—¿Quién conoce los despreciables secretos que se esconden en el corazón del hombre? —dijo Price con cadencia de santurrón—. ¿Y dices que *sir* Godfrey temía que fuera una obra herética?

—Y me suplicó que buscara el manuscrito, señor —dijo Simon, para luego

añadir en un susurro—: Algo que hice con sumo placer, señor.

—Hiciste la labor de Dios, chico —dijo Price con voz piadosa—, al igual que *sir* Godfrey.

Price el Gorrino no era actor, y mentía mal. Sabía tan bien como yo que *sir* Godfrey era un asqueroso trozo de mierda, pero por el momento aquel asqueroso trozo de mierda era un aliado. Y aquello, pensé, no carecía de interés. George Pierce, el Gorrino, no estaba haciendo la labor de Dios, estaba haciendo la del conde de Lechlade.

—¿Cuánto te paga el conde? —logré decir antes de que Aliento de Pescado me diera un puñetazo en la cara.

—¿Pagar? —Price, furibundo, se volvió hacia mí—. ¿Pagar? ¡Esqueje de Satán! ¿Sabes a qué nos dedicamos aquí? ¡Nuestra labor es erradicar la herejía, acabar con los papistas, destruir la maldad de Roma y ajusticiar a aquellos traidores que matarían a nuestra reina para poner en el trono de Inglaterra a una puta de Babilonia! ¡Aunque la lucha me arruinase, combatiría tal lacra! Es mi deber para con Dios y con la reina. —Habló con pasión, con enfado, y comprendí que decía la verdad. Alguien, evidentemente el conde de Lechlade, estaba usando el empeño de George Price en erradicar la herejía como herramienta para destruir nuestra compañía. ¡Y con qué entusiasmo abrazaba Price la labor! En su mente febril y borracha de Dios se le estaba brindando la oportunidad de destruir un nido de papistas y, al mismo tiempo, cerrar una de esas guaridas de perdición: un corral de comedias.

—¿Crees que el lord Chambelán te protegerá de la acusación de ser papista? —preguntó—. ¿De traición? ¿De sedición? ¿De herejía?

La mejilla me sangraba por dentro. Me tragué la sangre.

—¿Y si tu informante te ha engañado? —pregunté.

Price alzó la mano para detener el puñetazo que Aliento de Pescado estaba a punto de propinarme.

—Si me ha mentido —dijo—, descubriré su mentira. O, mejor dicho, lo harás tú.

—¿Yo?

—Eres un ladrón. ¿Lo niegas?

—Sí, lo niego —dije indignado—. Tan solo recuperaré lo que era nuestro.

—¡No intentes confundirme! —espetó Price—. ¡Eres un ladrón! ¡Dínoslo,

Willoughby!

—¿Decir el qué, señor? —preguntó Simon Willoughby mientras me miraba con miedo.

—¿Es el señor Shakespeare un ladrón?

—Sí, señor —dijo Willoughby quedamente.

—No temas, joven Willoughby —le animó Price—. Ahora estás bajo mi protección y nadie te hará daño. Dinos lo que sabes.

Y Willoughby procedió a contar la historia de cómo él y yo habíamos ayudado a cruzar Finsbury Fields a un noble, de cómo le habíamos llevado hasta la taberna llamada La dama española, en Moorgate, y cómo le habíamos quitado la bolsa y nos habíamos repartido el dinero entre nosotros. Nos habíamos llevado ocho chelines cada uno aquel día, pero Simon Willoughby sostenía que habían sido dieciocho por cabeza, y, al hablar, parecía sumido en el remordimiento, arrepentido por la parte que le tocaba en el robo. Hizo bien su papel.

—Supe que había errado, señor —le dijo a Price el Gorrino—, y mi conciencia empezó a atormentarme.

—¡Ja! —me burlé, lo que me valió otro golpe.

—Continúa —le animó Price el Gorrino.

—Había roto los mandamientos de Dios, señor, y sabía que iría al infierno. El único sacerdote al que conocía era *sir* Godfrey, así que fui a él y oró conmigo. Me dijo que debía buscar el perdón de Dios, señor, y así lo hice.

¡Jesús en toda su gloria! No estaba diciendo más que mentiras, por supuesto, pero mentiras asentadas sobre una brizna de verdad, y las estaba contando un buen actor, así que las mentiras resultaban convincentes. Simon Willoughby pasó a relatar cómo yo le había intentado convencer para robar de nuevo, y acabó por dedicarme una mirada injuriosa con su ojo bueno.

—¿Es un ladrón, señor, un ladrón!

—¿Cómo lo fuiste tú, joven Willoughby! —dijo con severidad Price el Gorrino.

—Sí, señor —repuso Willoughby lastimeramente—. Lo fui, señor.

—¿Pero has llegado a comprender la gracia salvadora de nuestro Señor Jesucristo?

—Sí, señor. Sí.

—Entonces, al igual que el ladrón del Gólgota, tus pecados son perdonados y quedas limpio y blanco como la nieve.

Hubiera reído de haber sido capaz de soportar otro puñetazo de Aliento de Pescado. Price se volvió hacia mí.

—¿Niegas las acusaciones del joven Willoughby?

—Claro que sí —dije—. Es un mentiroso, un mentiroso mojacamas, es patético.

—Y tú eres un ladrón —dijo Price—, y ahora harás uso de tus malignas artes en mi beneficio. ¿Es cierto —volvió a mirar a Simon Willoughby— que los manuscritos de la compañía están a buen recaudo en la casa del lord Chambelán?

—Sí, señor.

—Y tú —el Gorrino volvió a mirarme— nos traerás esos textos inmundos. Me traerás la obra romana y el ejemplar que tiene tu hermano de *Una conferencia*.

Me había olvidado de aquel libro sedicioso que abogaba por hacer de la princesa católica de España la próxima monarca de Inglaterra. Su sola posesión bastaba para condenar a un hombre a una de las prisiones más viles de Londres. Miré a Price.

—Sois perseverantes —dije—. ¿Por qué no registráis vosotros la casa del lord Chambelán?

Hizo una mueca. Conocía la respuesta tan bien como yo. No se atrevía a hacer tal cosa. Su Excelencia era primo, quizá hermanastro, de la reina, y un hombre demasiado poderoso como para que Price el Gorrino pudiera acometerle directamente. Sin embargo, una compañía de actores sí le abría el apetito. Ignoró mi pregunta.

—Nos traerás esos manuscritos y el libro mañana.

—¡Mañana! —dije sorprendido.

—Debería resultarte sencillo. ¿Sabes dónde se guarda la obra?

—Lo sabe, señor Price —dijo Simon Willoughby.

—¿Y si me niego? —pregunté.

—No te negarás —dijo Price—, porque si sales de la casa del lord Chambelán sin los documentos que quiero, ordenaré tu arresto y se te acusará de robo y asalto, se te juzgará, y, te aseguro, serás declarado culpable. Y la

pena —añadió con placer— será la muerte por ahorcamiento.

Aliento de Pescado sonrió e imitó un sonido de ahogo, fingiendo ser un ahorcado.

George Price frunció el ceño y miró a Aliento de Pescado: era evidente que la imitación no le había hecho ninguna gracia.

—Tu hermano y tú —les ordenó a los gemelos— esperaréis en Saint Benet, y el señor Shakespeare os llevará esos papeles. ¡Mañana! —Me escupió aquella última palabra.

—¿Y si no logro traer los manuscritos mañana? —pregunté. No es que me importara, simplemente intentaba encontrar una salida de un escenario en el que parecía no haberla.

—¡Mañana! —gruñó Price.

—No tenemos ensayo mañana —mentí.

—Eso quizá sea verdad, señor —murmuró Simon Willoughby.

—Entonces al día siguiente —dijo Price—, o al otro. ¡Pero ya está! ¡Tres días! Y si me fallas acabarás en la horca. —Se alejó de mí—. Tráelo —le ordenó a Cara Sudada; luego miró a Aliento de Pescado—. Arráncale la manga izquierda —ordenó.

Aliento de Pescado me quitó la capa y resolló. No era de extrañar, porque el jubón de cuero español era digno de un príncipe, y hasta de un rey. Entonces sonrió, pues sabía que estaba a punto de destrozar la prenda.

—A ver esa manga —gruñó, y sacó una daga para cortarla desde la muñeca hasta el hombro.

Yo aún tenía mi daga envainada en el cinturón, aún oculta bajo la belleza panelada del faldellín del jubón, y tanto Aliento de Pescado como el señor Price estaban tan cerca de mí que no pudieron ver lo que mi mano derecha estaba haciendo.

Aliento de Pescado aferró el puño de mi manga izquierda, bellamente acabada en encaje francés sin almidón en forma de puntas de estrella, cada una de las cuales acababa en una perla, aunque antes de que pudiera hacer uso de su arma para rasgar la manga, gimió y se quedó muy quieto.

—Aparta ese cuchillo —dije.

Volvió a gemir y retiró la hoja de mi manga.

—¿Qué...? —empezó a decir el señor Price, y empujé la daga que había

apoyado contra el escroto de Aliento de Pescado. Este emitió una especie de maullido.

—¿Qué ocurre? —preguntó el señor Price contrariado.

—Tengo un cuchillo en las pelotas —dijo Aliento de Pescado con una voz tan tenue que bien podría haber hecho de heroína en cualquier corral de comedias.

Quien me sorprendió entonces fue el señor Price. Quizá pareciera un cerdito, con barriga de cerdo, ojos de cerdo y papada de cerdo, pero se movió con asombrosa agilidad. Aferró el cuello del abrigo del gemelo y tiró de él hacia atrás para apartarlo de la hoja, y el muy idiota a punto estuvo de caer mientras trastabillaba hacia la pared.

—¡Ruthers! ¡Carson! —gritó Price; la puerta se abrió y entraron los dos perseverantes que debían de haber estado esperando fuera. Al ver la daga en mis manos desenvainaron las espadas.

—¡Suéltala! —me gruñó uno de los hombres.

Dudaba que fueran a usar las espadas, porque el señor Price quería un hombre que pudiera responder a sus preguntas y robar el manuscrito, no un inválido acribillado a espadazos, así que sostuve el arma. No dije nada, porque no sabía qué decir. Los dos hombres habían dejado la puerta abierta, y se me pasó por la cabeza hacer una intentona y salir corriendo, pero jamás hubiera llegado tan lejos. Tanto ellos como sus espadas me lo impedían.

—Le mataré —dijo Aliento de Pescado.

Uno de ellos acercó la espada a mí amenazando mi garganta. ¿Qué podía hacer? ¿Cortarle el cuello a Aliento de Pescado y que me abrieran a mí en canal? Bajé el arma.

—No le matarás —le dijo el señor Price a Aliento de Pescado con calma —, solo le arrancarás la manga.

A mi hermano mayor siempre le había gustado decirme que no tentara a la suerte más allá de lo razonable, algo que seguramente sea un buen consejo, y, como todo buen consejo, está condenado a ser obviado. Sin embargo, aquella noche, ante dos espadachines y un cuchillo en manos de un hombre queapestaba a pescado y al que le había agujoneado los genitales, decidí que ya había ido bastante lejos. Había llegado el momento de colaborar. Empujé a Aliento de Pescado antes de que pudiera acercarse a mi brazo.

—¿Deseas —dije— quitarme la manga?

—Así es —dijo Price.

—En ese caso, lo haré yo —dije.

Envainé la daga y deshice los nudos de la manga. Me gusta la ropa, y no tenía deseo alguno, fueran cuales fuesen los males que me deparaba la noche, de ver un precioso jubón de terciopelo, cuero español, encaje francés y seda blanca hecho trizas por un idiota. Los nudos eran viejos, y me llevó tiempo deshacerlos, pero nadie interfirió, y, al fin, la manga se separó del hombro y me la saqué por la muñeca.

—La camisa —dijo el señor Price señalando mi brazo izquierdo.

—Está tejida por elfos —dije—, es lino blanqueado por las hadas.

—Desnúdate el brazo, imbécil —gruñó, y miró a Cara Sudada—. Tráelo, Thomas —dijo—, tráelo ahora.

Soy actor, y soy bueno. Había estado actuando para el público durante siete años y había aprendido todos los trucos del actor, y debo confesar que es un placer provocar silencio entre la multitud, que se les corte las respiración mientras esperan a ser testigos de un asesinato o de un beso. Hay placer en sus aplausos desbocados, en sus vítores, en sus regalos a los actores, en su silencio embelesado. No hay placer cuando están descontentos, cuando el público protesta y la fruta podrida empieza a volar y a reventar en el escenario, pero eso no ocurre a menudo. Los actores podemos tocar al público como un músico toca el laúd. Puede que nos hayas visto, que hayas pagado unos peniques para estar bajo nosotros o para sentarte en las galerías, y si hicimos bien nuestro trabajo habrás pensado que lo que hacemos es sencillo.

Pero no lo es. Es terriblemente difícil. Recuerdo a *sir* Godfrey, el hombre más malvado al que haya podido amamantar el demonio, mientras daba nos daba instrucciones a los chicos.

—Lo que se hace —decía, cortando el aire con la gruesa vara de abedul con la que tanto le gustaba castigar nuestros traseros desnudos— no es natural, y no estoy hablando de vuestras asquerosas prácticas, sino de actuar. Estar en el escenario no es natural, pero aprenderéis a hacer que lo parezca. —Y así lo hacíamos—. Es engaño —nos solía decir, muchas veces lo hacía detrás de alguno de nosotros mientras nos desabrochábamos los pantalones—, tan falso como las tetas de una puta, pero el público quiere que se le engañe, y vosotros

sois sus prestidigitadores. ¡Y el primer paso que hay que dar para que esos necios crean es creerlo vosotros mismos! Os lo tenéis que creer, porque, si no lo hacéis, ellos no os creerán. En el nombre del padre y del hijo, chico, inclínate.

Engañar es una labor difícil. Puede parecer sencillo, pero solo hay que ver a los mimos en las ferias de los pueblos para saber cuál es la diferencia entre los hombres que actúan en los corrales de comedias de Londres y esos extraños idiotas que no pueden ocultar su nerviosismo ni en las camas de sus carretas. Y salir por la puerta del vestuario para enfrentarse a las miradas de dos millares de personas, enfrentarse a un acantilado de londinenses que observan desde las galerías, al mar de rostros que inundan el patio, todos mirando, resulta aterrador. He visto a hombres que llevan actuando toda la vida vomitar en un caldero junto a la puerta del escenario, y a otros pálidos como la muerte mientras tiemblan descontroladamente o hacen el símbolo prohibido de la cruz. Sin embargo, cuando se da la señal, abren la puerta con decisión y salen a la luz plenos de confianza. Sonríen, sus ropas flotan siguiendo sus elegantes movimientos, y el público los recibe resollando, incluso con aplausos. ¿Por qué? Porque fingen.

Y eso es lo que hice aquella noche en la calurosísima estancia de Price. Fingí. En realidad estaba aterrado, porque sabía que no me esperaba nada bueno, pero soy actor, y aunque mi corazón latiera como un pájaro enjaulado, y aunque un músculo en mi pierna derecha empezara a temblar, fingí ser valiente. Entonces vi lo que Cara Sudada llevaba en la mano y mi actuación se vio desbordada por el terror.

Era una marca. Llevaba un largo espetón de hierro que sostenía con un trapo grueso, y en la punta había una filigrana al rojo vivo. La punta de hierro brillaba y siseaba en un aire ya cargado de calor.

—Tráelo —volvió a decir el señor Price, y Cara Sudada bordeó la mesa—. Agarradlo —ordenó el señor Price, y Aliento de Pescado obedeció. Me aferró con fuerza y me giró para que mi brazo izquierdo, desnudo, quedara a merced de Cara Sudada.

—Sentirás la tentación de huir en vez de traerme lo que necesito —me dijo George Price levantando la mano para detener el hierro candente—, así que te marcaré con la letra P. Que bien puede ser de Price —dijo—, aunque no lo es.

También podría ser P de protestante, pero tampoco. Incluso podría ser la P de payaso, pero no. Es la P de papista.

—No soy papista —dije, ya no estaba fingiendo. El miedo había acabado con mi actuación, y mi voz ni siquiera les hubiera llegado a los espectadores que suelen apoyarse al borde del escenario y cascan avellanas a nuestros pies. Estaba aterrado hasta el punto de gimotear.

—P de papista —repitió Price—. La escoria de Roma, los enemigos de nuestro país que se ocultan en las sombras, así que los marco para que no puedan esconderse.

—No soy papista —repetí, fue poco más que un suspiro.

—Puede que no —dijo Price—, pero te marcaré como si lo fueras, y si me fallas, Shakespeare, todos los alguaciles y todos los magistrados de Inglaterra conocerán esta marca y te buscarán. Cada preboste de cada ciudad tendrá una descripción tuya. Serás un hombre marcado y serás mío —le asintió a Cara Sudada—. Hazlo.

Cara Sudada me miró ansioso, y luego hundió la punta del espetón en mi antebrazo.

Y grité.

El dolor fue instantáneo y terrible. Grité y moví el brazo para huir del dolor, pero Aliento de Pescado me aferraba con fuerza. Y entonces intervino Simon Willoughby.

Se lanzó hacia mí desde el otro lado de la habitación.

—¡Dejad que lo haga yo! —chilló—. ¡Él me hizo daño, dejad que se lo haga yo a él! —Y apartó a Cara Sudada haciendo, sin quererlo, que la marca se apartara de la piel efervescente de mi brazo. Se hizo con el espetón, listo para hundirlo de nuevo en mi carne.

Solo que se olvidó de que todo el metal, tanto la P del extremo como el espetón que servía de mango, habían estado al fuego. Al contrario que Cara Sudada, no tenía un trapo doblado, y en cuanto su mano derecha aferró el espetón volvió a chillar. Chilló como un niño y dejó caer la barra de hierro para acto seguido hundir la mano abrasada entre los muslos. Se acuclilló llorando.

—¡Duele! ¡Ayudadme, por Dios! ¡Duele!

Los juncos del suelo empezaron a arder. Estaban completamente secos,

tendrían que haber sido cambiados hacía semanas, y en el momento en el que el hierro incandescente cayó, ardieron, y las llamas empezaron a propagarse a toda velocidad. Aliento de Pescado y su compañero me soltaron y empezaron a pisotear el fuego, Simon Willoughby chillaba, mientras Price el Gorrino le gritaba a Cara Sudada que recogiera el espetón. Así lo hizo, pero había dejado caer el trapo cuando Simon Willoughby le quitó el hierro, así que también usó su mano desnuda. Aulló por el repentino dolor y soltó el metal, que causó un nuevo incendio.

—¡Ruthers! —gritó Price—. ¡Agua!

El perseverante salió de la habitación a la carrera dejando la puerta abierta. Price se puso a pisotear las llamas, Willoughby estaba doblado de dolor, llorando y lamentándose, Cara Sudada había logrado dar con el trapo, cogió el espetón y, sin saber qué hacer con él, volvió a meterlo en la chimenea. Mientras tanto, el humo de los juncos calcinados trepaba hacia los barcos mágicos pintados en el techo.

—¿Estás intentando quemar el palacio de Su Majestad? —preguntó una voz desde la puerta.

Era un hombre alto y saturnino, con cara de estar disfrutando del espectáculo.

—Un accidente, *sir* Leonard —dijo Price con brusquedad—, un accidente.

—A Su Majestad no le va a complacer tu accidente, señor Price. ¡Los palacios cuestan dinero!

—¡Ha sido un accidente! —espetó Price. Estaba avergonzado.

El extraño, que vestía de forma sencilla pero elegante, y que llevaba una cadena de cargo al cuello, entró en la estancia y agitó la mano para disipar el humo.

—Pero qué torpes sois los perseverantes. ¿Es así como purgáis el pecado?

—El fuego está apagado, *sir* Leonard —dijo Price.

—Y veo que tenéis un invitado —dijo *sir* Leonard observando mi brazo con el ceño fruncido—. ¿Por qué no se me ha informado?

—Nuestro trabajo —dijo Price haciendo acopio de dignidad— es proteger a Su Majestad la reina de la sedición.

—¿Quemando el palacio? A Su Majestad la reina, señor Price, se la protege informando a la guardia cuando un desconocido hace noche en el

palacio. Ya se ha dado el toque de queda, ¿o no?

Ruthers, el perseverante, sorteó a *sir* Leonard con un caldero de agua, pero las llamas ya habían sido sofocadas, aunque los juncos calcinados aún humearan. Mi brazo palpitaba en torno a la agonía de la quemadura. La piel estaba negra y roja, y ya había una costra de sangre. Saltaba a la vista que la llegada de *sir* Leonard resultaba incómoda para Price y sus hombres, así que aproveché la ocasión para acercarme a la silla donde había dejado caer mi capa. Apreté los ojos por culpa del dolor mientras me la colgaba de los hombros.

—¡Espera! —gruñó Price.

—¿Qué asuntos estás tratando con este hombre? —preguntó *sir* Leonard.

—Lo que teníamos que tratar está dicho —dijo Price, huraño. El incendio y la burla de *sir* Leonard habían echado a perder su noche de diversión—. ¡Tienes tres días! —me rugió—. ¡Me traerás el libro y el manuscrito de aquí a tres días! ¡De lo contrario acabarás en la horca!

—¡Antes quiero matarle! —sollozó Simon Willoughby, que aún tenía la mano entre los muslos—. ¡Antes de que le cuelguen quiero matarle!

Price le ignoró.

—Ruthers, Carson... acompañad a este miserable a la calle.

Cogí el sombrero de deValle y salí por la puerta, que *sir* Leonard, un oficial de palacio, mantuvo abierta cortésmente para mí. También era evidente que no apreciaba a George Price, como lo era que Price el Gorrino temía a *sir* Leonard, que me dedicó un ausente asentimiento cuando le hice una reverencia. Ruthers me cogió del brazo herido, y resollé de dolor, y luego me llevó por el pasillo.

—Tres días —gruñó.

—Ya le he oído —dije, y me atreví a hacer una pregunta—. ¿Quiénes son los gemelos?

Pensé que ninguno de los dos me respondería, pero entonces Carson soltó una áspera carcajada.

—Sus sobrinos.

—Unos cabrones —añadió Ruthers en voz baja.

Me llevaron por donde habíamos venido, abrieron la pequeña puerta del gran portón y me empujaron a la calle.

—¡Tres días! —gritó Carson a mi espalda.
Y dentro de tres días me ahorcarían.

Tenía frío. Estaba congelado. La noche estaba en calma y el suelo, cubierto de escarcha. La nieve brillaba cuando la luz de un candil la tocaba, y mi respiración creaba nubes. Mi capa era gruesa, pero, aun así, en cuestión de minutos, me vi temblando, impotente. Tan solo me ardía la herida del brazo, quemaba, palpitaba. Me agaché, cogí un puñado de nieve y me cubrí con ella la herida. Me sentí mejor, pero el dolor seguía ahí.

Me alejé de la puerta a trompicones. Había pensado en volver a casa andando, pero hubiera muerto de frío mucho antes de haber alcanzado Shoreditch. Necesitaba guarecerme, pero a esa hora de la noche las tabernas de Whitehall estaban cerradas, no había ni un candil encendido. Pasé por Charing Cross, la nieve crujía bajo mis botas mientras recorría el Strand hacia el este. Casi sollozaba de dolor y frío. Al menos, pensé, quizá encontrara la puerta de una iglesia. Allí, en las noches frías, se refugiaban los pordioseros. Entonces vi el resplandor de una hoguera en un callejón a mi derecha. El callejón, flanqueado por altos muros de piedra, llevaba al río y a Yorke Stairs. La luz provenía del brasero de un centinela.

Al final del callejón pude ver el río cubierto de hielo, y, proyectándose hacia el centro del Támesis, un muelle largo de madera. Había un puñado de barcas atadas al muelle y atrapadas por el hielo, mientras que en la orilla, en lo alto de las escaleras, se alzaba una pequeña choza de madera con uno de los extremos abierto al Támesis. Allí había dos hombres sentados al calor del carbón que ardía en su pebetero de hierro. Aquellos hombres recibían un sueldo de los barqueros del Támesis para que vigilaran sus barcas por la noche, y, cuando surgí del callejón, oí el chasquido de una pistola lista para disparar.

—¿Quieres perder la cara, hijo? —preguntó una voz.

—Por el amor de Dios —dije—. Ten piedad.

—Lárgate, hijo. —Ví que la pistola me apuntaba.

—Soy amigo de Joe Lester —dije. Fue una inspiración repentina.

—¿Joe?

—El que vive allí —dije señalando hacia la margen derecha del río.

—¿Quién es su remero? —preguntó el segundo, suspicaz.

—Tom —dije—, y tiene un hijo que se llama Ned y una hija llamada Silvia. Por el amor de Dios, me estoy congelando.

Bajó la pistola.

—Ahí hay un taburete —dijo el primero de mala gana—. ¿Cómo es que conoces a Joe?

Arrastré el taburete hasta el brasero y me sentí bendecido por el calor.

—Soy uno de los hombres de lord Hunsdon —expliqué. Procuré que pareciera que era un miembro de su casa y no uno de sus actores—. Así que conozco a Silvia y a Ned.

—Silvia es una belleza —dijo el primero, dejando la pistola en la bancada que tenía al lado. Me observó mientras yo temblaba—. ¿Y qué haces por ahí en esta noche tan desagradable?

No quería mencionar a los perseverantes porque hacerlo quizá levantara sospechas, y necesitaba que aquellos hombres me acogieran.

—Estaba con alguien —dije mientras me castañeteaban los dientes; luego hice un gesto hacia Westminster—. Entonces su marido llegó a casa.

Rieron.

—Eso te enseñará una lección, hijo. No ares a la mujer de otro en una noche helada, ¿eh?

—Y ahora es el marido el que disfruta de un surco cálido —dijo el segundo—, no tú.

—Dios mío —dije aliviado cuando al fin el calor empezó a llegarme a los huesos. Encontré un chelín en mi bolsa y lo dejé en la bancada, junto a la pistola—. Como agradecimiento por vuestra amabilidad —expliqué. Fue un gesto extravagante, y tampoco es que pudiera permitírmelo, pero hubiera pagado veinte veces más por huir de aquel frío lacerante.

—Eres más que bienvenido.

Y así me sentí.

—Mantequilla —dijo Silvia.

—¡Ay!

—No seas tan chiquillo y alarga el brazo. —Observó la costra en que se había convertido la herida de mi antebrazo—. ¿Por qué te han marcado con una F en el brazo?

—Es una P.

—No, no lo es. Es una F. F de Francis Flute. Mira.

Silvia tenía razón. O Cara Sudada no había apretado lo bastante fuerte o Simon Willoughby le había arrebatado el espetón antes de que aquel pudiera concluir su labor, así que la curva de la P no estaba.

—F de fantoche —dije.

—No eres un fantoche, al menos no más que cualquier joven. Quédate quieto. Mantequilla. —Me restregó un puñado de mantequilla en el brazo—. Esto lo solucionará. Mantequilla para las quemaduras.

—Mi madre dice que lo mejor son las hojas de vinagrera.

—Ella es de Stratford. ¿Qué sabrán en Stratford? Quédate quieto. —Tenía un retal de lino que usó para vendarme el brazo—. Dime, ¿qué ha ocurrido?

Había dejado mi refugio junto al Támesis cuando las campanas anunciaron el fin del toque de queda. Aún hacía frío, pero el sol naciente ofrecía cierta ilusión de calidez mientras recorría el Strand. Entré en la ciudad por Ludgate, luego fui colina abajo hasta la mansión del lord Chambelán. Los centinelas ya me conocían y simplemente asintieron y me dejaron pasar. Para mi regodeo, la chimenea del gran salón aún estaba encendida, así que alimenté la hoguera con más leña, me acuclillé al calor y esperé a que mi cuerpo dejara de temblar. Ninguno de los integrantes de la compañía había llegado aún, y aún tardarían una hora en hacerlo, así que esperé, y mientras esperaba Silvia dio conmigo.

—Guijarro dice que te ha visto llegar —explicó.

—¿Guijarro?

—El centinela delgado. El que tiene verrugas en la nariz. ¡Dios bendito! ¿Qué te has hecho en el brazo?

Ahora, diez minutos después, me ataba el vendaje.

—Dime, ¿qué ha ocurrido?

—Háblame de Tom.

Me miró a los ojos.

—Por Dios, ¿de verdad te preocupa?

—¿Te vas a casar con él?

—Cuando el cielo se vuelva verde, sí. Mi madre quiere que lo haga.
—Y tu padre también —dije con amargura.
—Mi padre quiere lo que mi madre le dice que quiere.
—¿Y Tom? —pregunté—. ¿Él quiere? —¿Quiere qué?
—¿Quiere casarse contigo?
—¡Eso espero! ¡No soy ningún adefesio! Pero nunca dice nada. Creo que un gato le comió la lengua cuando nació.
—Sería un buen marido para ti —dije apesadumbrado.
—¿Y qué te hace pensar eso, Richard Shakespeare?
—Porque tiene un futuro. Es un barquero, siempre habrá trabajo para un barquero. Gana dinero con regularidad.
—Así es —dijo ella—, al menos cuando el río no se congela.
—Entonces sería un buen marido —dije.
—¡Pues sí, tienes razón!
—Lo sé —dije con absoluta tristeza.
—No digo que tengas razón sobre Tom —dijo—. Digo que tienes razón sobre que la F es de fantoche. No me voy a casar con Tom.
—¿No?
—¡Claro que no! Tiene la nariz demasiado grande.
—¿Entonces te casarías conmigo? —dije de golpe. No tenía intención de decir una estupidez tal, pero lo hice.
—Puede ser —dijo ella—, lo he estado pensando. ¡Y ahora dime qué demonios ha pasado!
Y se lo conté, todo, mientras ella se acuclillaba junto a mí ante la gran chimenea y escuchaba. Frunció el ceño durante partes de la historia, y cuando lo hacía, sus cejas se juntaban mucho.
—Como orugas —dije.
—¿Como qué?
—Tus cejas —dije tocándole una—, son como orugas.
Se sentó sobre sus talones y me dedicó una severa mirada de oruga.
—Pues igual sí que me debería casar con Tom después de todo.
—Tiene la nariz demasiado grande.
—¡Todo el mundo dice que la mía también lo es!
—No es pequeña —dije.

—¡Dios misericordioso! ¡Nariz grande y orugas! —Volvió a arrugar la frente—. Así que los *percies* te esperan, ¿no?

—Eso es.

—Entonces quédate aquí. No se atreverán a entrar en casa de Su Excelencia. Sus cabezas acabarían en un caldero. El viejo puede volverse implacable cuando se le enfada.

La miré a los ojos. Estaba acuclillada conmigo, junto a la chimenea, su rostro iluminado y ensombrecido por las llamas. Parecía estar diciéndolo en serio.

—¿Quieres decir que debería quedarme aquí, en la mansión? —pregunté.

—¡Claro que quiero decir eso! —exclamó—. No le vas a dar al gorrino lo que quiere, ¿no?

—No —dije.

—Y si no le das el manuscrito, entonces los *percies* querrán arrestarte. Pero no se atreverán a entrar aquí. Tendrás que dormir aquí.

—¿Y si me encuentran?

—¡Señor! ¡Esto es un caos! ¡Entra y sale más que gente que por el puente de Londres!

—¿Pero dónde...? —empecé.

—Ven —dijo ella.

Se puso en pie, me cogió de la mano y me llevó hacia el escenario.

—El señor Harrison —dijo, refiriéndose al mayordomo de la casa— siempre echa un vistazo por la casa antes de irse a la cama, pero aquí no mira. —Había subido las escaleras provisionales que llevaban al escenario e intentaba abrir la trampilla que usábamos para alguna de las apariciones de Puck.

—Por Dios —dijo—. Cómo pesa. ¿Cómo se supone que debe abrir esto un hada?

—Usan magia —dije, y abrí la trampilla.

Silvia miró a la oscuridad.

—Espero que no haya arañas ahí abajo. Odio las arañas.

—¿Quieres que viva ahí?

—No te puedes quedar conmigo —dijo—, comparto buhardilla con otras cuatro chicas. —Frunció el ceño, y las cejas de oruga se juntaron—. Ahí

guardamos las telas. Lo que no hemos usado. Será una cama cómoda. Y aquí hace calor —se refería al gran salón—, más que en mi buhardilla.

—¿Duermes en una buhardilla?

—Salvo cuando *lady* Elizabeth me quiere en la antecámara, pero eso no ocurre a menudo. —Volvió a arrugar la frente—. Pero cuando se case se irá, ¿no?

—¿Se irá?

—¡Claro que se irá! Tendrá que vivir con su marido, ¿no? Puede que en Gloucestershire. También tienen una casa en Londres, en el Strand. Pero, sea como sea, querrá que me vaya con ella.

—No puedes irte —dije.

—¿No puedo? ¿Y por qué no, Richard Shakespeare?

—Porque nos vamos a casar.

—¡Ah! ¡Se me había olvidado! —Sonrió, y luego se sentó al borde de la trampilla y saltó al suelo que había debajo—. No podrás encender velas —dijo desde la penumbra—, te encontrarían, pero no está tan mal.

La seguí trampilla abajo. La parte trasera del escenario estaba abierta de par en par, dando al improvisado vestuario, pero había muchos lugares en los que esconderse bajo el escenario porque el espacio se estaba utilizando para guardar madera, barriles vacíos, baúles y rollos de tela.

—Aquí —dijo Silvia en la penumbra—, puedes dormir aquí. Nadie te encontrará. Límitate a no roncar.

Di con ella en la parte delantera del escenario, entre el marco que sostenía el lienzo verde del frente y un montón de madera. Ella casi podía estar erguida; yo, en cambio, tenía que agacharme.

—No te verá nadie —susurró, como si temiera que ya hubiera alguien buscándome—. Es como una pequeña cueva, estarás a gusto.

—Y solo —dije, pensando que tendría que ocultarme en aquel lugar oscuro desde el anochecer hasta el alba.

—No seas tan quejica —dijo—. Es mejor estar solo que colgando de una cuerda.

—¿Y adónde iré cuando se haya acabado la boda? —pregunté.

—Bueno, de eso nos preocuparemos cuando llegue el momento —dijo.

—¿Nos?

—Nos —dijo segura de sí, y recordé las palabras de mi madre cuando decía que eran ellas las que elegían a los hombres. Y yo había sido elegido.

—Los *percies* aún me estarán buscando —le recordé—. Quieren colgarme.

—¡Lord Hunsdon los detendrá! —dijo con firmeza.

Negué con la cabeza.

—Mi hermano no quiere que se involucre.

—¡No seas necio! Es tu patrono. Solo que este no es el mejor momento para hablar con Su Excelencia, ya que está un poco irascible con la cantidad de dinero que está gastando. Pero le caigo bien. Se lo diré cuando le pida permiso para casarme.

—¿Necesitas su permiso?

—¡Claro! Pero dirá que sí. Le dio cincuenta chelines a la última muchacha que se casó.

—Te quiero —dije.

—Claro que sí —se sentó en el suelo—, puede que cincuenta veces más que hace un minuto. Tengo una idea, ¿sabes?

—¿Idea?

—Jean y yo hemos estado hablando. Es una sastra magnífica. ¡Tan meticulosa! Esa mujer podría coserle el culo al diablo y este ni se enteraría. Y los ricos pagan bien por las cosas bonitas. Capuchas, cuellos, máscaras, vestidos, cinturones, mangas, diademas, fajas, velos, tocados franceses, monederos, chaquetillas, ligas... ¡Podemos hacer todas esas cosas!

—¿Jean y tú?

—No espero que te vayas a poner a coser tú —dijo—. ¿Sabes coser?

—No.

—Claro que no. Y sí, Jean y yo, y con cincuenta chelines podríamos comprar un montón de telas preciosas.

—¿Entonces Jean se iría del Teatro?

—Le gusta trabajar allí, y yo la ayudaré. Podemos hacer las dos cosas. Jean estaría confeccionándolo todo si supiera dónde venderlo, pero yo conozco a muchas de las damas de compañía de la nobleza. La esposa de Su Excelencia me comprará, le caigo bien, y otras también lo harán.

—A mí también me caes bien —dije.

—Pero tienes que dejar de robar —dijo de pronto. Abrí la boca para decir algo, pero no supe qué, y entonces ella alargó la mano y me tocó la mejilla—. No pasa nada —dijo—, he oído hablar de ti. Y sé que has hecho algunas estupideces, pero todos hacemos estupideces cuando somos jóvenes. Lo único que tienes que hacer es parar. No quiero verte colgando de una soga.

—¿Tú has hecho estupideces? —pregunté.

—Todavía no, pero las haré.

—¿Y qué estupideces vas a hacer?

—Casarme contigo, por supuesto. —Se acercó a mí y me besó, y justo entonces oímos que se abría la puerta del gran salón, y pesadas pisadas sobre los adoquines.

—Alguien ha echado leña al fuego —dijo la voz de un sirviente.

—Deben de ser las hadas de la obra. —Era Walter Harrison, el mayordomo, quien respondió—. La mansión parece infestada. Ve a sacar agua.

—La casa se está despertando —susurró Silvia—, tengo que irme.

Se escabulló hacia la parte trasera del escenario.

La razón y el amor no suelen ir de la mano hoy en día. Gracias a Dios.

CUARTA PARTE

UNA DULCE COMEDIA

Y, queridísimos actores, no comáis ni cebollas ni ajos, pues nuestro aliento ha de ser dulce en extremo, y no tengo duda de que les oiré decir que es una dulce comedia. Y basta de palabras. ¡Vamos! ¡Vamos!

El sueño de una noche de verano.

Acto IV, escena 2, líneas 39 y ss.

11

Lady Anne Hunsdon, la abuela de la novia, estaba sentada majestuosamente en el centro mismo del gran salón. Dos de las sirvientas, ninguna de las cuales era Silvia, ocupaban sendas banquetas a sus pies, mientras que a su lado, sobre una pequeña mesa, había un reloj de arena. Habíamos concluido nuestro primer ensayo, que habíamos representado con todo el vestuario, o al menos tanto como pudimos, porque muchas de las prendas más elaboradas aún estaban siendo cosidas, y ahora, los actores, todos nosotros, permanecíamos de pie, nerviosos, sobre el escenario, esperando al veredicto de nuestra patrona. Fue la tarde después de mi encuentro con los persevantes: tan solo quedaban seis días para la boda y *lady Anne* había exigido que representáramos *El sueño de una noche de verano* para ella.

—Después del interludio que hicisteis en Navidad —les anunció a los socios—, quiero asegurarme de que nuestros invitados no se duerman.

Lady Anne estaba vestida de un negro muy elegante, su pelo gris caía bajo un tocado francés. Nos observaba mientras sus dedos enjorjados tamborileaban sobre la mesa. Habíamos estado mirándola mientras actuábamos, y su rostro severo, apenas tocado por una ligera sonrisa de vez en cuando, sin una sola carcajada, hizo que todos nos sintiéramos inquietos. Ahora emitía su juicio.

—Casi dos horas y media, señor Shakespeare, ¡dos horas y media!

—¿Tan largo ha sido, *milady*? —repuso mi hermano.

—¡Dos y media! —repitió alzando el reloj de arena como prueba.

—Así es, *milady*. —Su Excelencia no podrá soportar dos horas y media— dijo con severidad.

—Lamento oír eso, *milady*.

—Pero si lo hiciéramos para complacer a mi esposo, señor Shakespeare, apenas habría nadie sentado antes de que acabara la obra.

—Su Excelencia tuvo la gentileza de decir... —empezó a decir mi hermano.

—La opinión de mi esposo no importa —le interrumpió *lady Anne* con brusquedad—, no importa para nada. Lo que le gusta es el entretenimiento en el que la gente muere. De forma frecuente y desagradable. Escribe más de esas, señor Shakespeare, y será tu mecenas para siempre.

Mi hermano hizo una reverencia como toda respuesta.

—Mi opinión, por el contrario —continuó la mujer—, sí que importa. Y me gusta esta obra. Me gusta mucho, y me atrevo a decir que si Su Majestad se digna a unirse a nosotros, también le gustará.

—*Milady*, sois muy amable —dijo mi hermano mientras se inclinaba de nuevo.

—¡No! ¡No lo soy! Como digo, me gusta la obra, pero no me gusta que dure dos horas y media... —Hizo una pausa: era evidente que esperaba una respuesta, pero mi hermano no dijo nada, y el resto de nosotros tan solo movimos un poco los pies—. Quiero hacerte una pregunta —dijo *lady Anne*.

—Por supuesto, *milady*.

—La obra postula —saltaba a la vista que le gustaba esa última palabra, porque la dijo con énfasis— que si la pobre chiquilla, Hermia, no se casa con el hombre que ha elegido su padre, se arriesga a ser ejecutada. ¿Es esa realmente la ley en Atenas?

—Así es, *milady* —dijo mi hermano con confianza.

—¡Extraordinario! —dijo ella—. ¡Extraordinario! Pero, claro, los griegos son extranjeros, así que no se puede esperar de ellos que tengan sentido común. —Se puso en pie, imperiosa y con la espalda recta, y sus dos sirvientas se apresuraron a incorporarse—. Escúchame, Shakespeare. La obra es demasiado larga si dura dos horas y media. Piensa que ya habremos soportado el sermón del obispo, y Dios sabe que ese hombre es capaz de hablar eternamente. Tú —dijo señalando a Thomas Pope—, recuérdame cómo

se llama tu personaje.

—Egeo, *milady*.

—Se queja demasiado y durante demasiado tiempo. Y, de todos modos, es un idiota, así que, cuanto menos hable, mejor. Tú —señaló a George Bryan—, ¿tú haces de duque?

—Así es, *milady*.

—Los duques deberían hablar menos. Te digo por experiencia que rara vez dicen nada relevante, y tú no eres ninguna excepción. Y tú, chico —dijo señalando a Bobby Gough, que estaba ataviado con la gasa y las sedas de Titania—, tienes un discurso que es tedioso en extremo. Las reinas de las hadas no son obispos, así que no deberían ser tediosas.

Bobby, al no saber si debía inclinarse o hacer una reverencia, no hizo ni lo uno ni lo otro.

—Lo lamento, *milady* —farfulló.

—¡Y apréndete el papel, jovencita! —espetó antes de señalar a Puck—. ¿Cómo te llamas?

—Rust, *milady*, Alan Rust.

—Eres una delicia, Rust, una delicia. Al igual que tú, señor Kemp.

—*Milady* es muy amable —dijo Kemp haciendo una pronunciada reverencia.

—La amabilidad es para los perros, señor Kemp, no para actores a sueldo. Y nada de poemas, señor Kemp, ni uno más. Y que la obra no dure más de dos horas, señor Shakespeare. ¡Dos horas! ¡Ven, César, ven!

Salió del salón seguida de sus sirvientas y de César, un perro pequeño y blanco que había estado oculto bajo sus largas faldas.

Hubo silencio en el escenario cuando se marchó, un silencio que George Bryan se encargó de romper.

—¡Actores a sueldo! ¡Claro que sí!

—¿Y qué somos si no? —preguntó mi hermano.

—Una delicia —dijo Will Kemp enfadado—. Somos una delicia.

Will Kemp había hecho muy bien de Bottom, pero aquellos que le conocíamos podíamos percibir el enojo que le había estado carcomiendo durante la representación a lo largo de la tarde. Estaba dándole vueltas a algo, y Alan Rust, temeroso de un estallido de furia de Kemp, intentó desviar la

conversación.

—¿De verdad es la muerte la pena en Atenas para hijas desobedientes? —preguntó.

—¡Pues claro que no! —dijo mi hermano—, pero si lo hubiera admitido habría querido precisión. Como si la precisión importara. ¡Es una obra de teatro!

—Al menos sigue queriendo que hagamos la obra —dijo John Heminges apesadumbrado.

—¡Lo que quiere es que actúe yo! —dijo Will Kemp desatando su furia. Saltó del escenario y de unas zancadas se plantó ante la mesa más cercana, donde se sirvió una copa de la cerveza del lord Chambelán—. Ya la habéis oído. Lo que funciona en esta obra... decidme, ¿qué es lo que funciona?

—Funciona todo —dijo Richard Burbage.

—¿Entonces por qué hay que acortarla? —exigió saber Kemp—. Lo que funciona es la comedia. ¡Lo que funciona es Nick Bottom!

—Nadie niega que seas bueno, Will —dijo mi hermano intentando aplacarle.

—¡Bueno! —espetó Will Kemp—. ¿Y cuántas líneas me das en *Romeo y Julieta*?

Alan Rust gimoteó al percatarse de lo que había causado el estallido. Kemp llevaba días pensando en la nueva obra, y no podía contener su descontento más tiempo.

—Te he dado las suficientes —dijo mi hermano secamente.

—¡A la mierda tus suficiencias! —gruñó Kemp—. A la mierda y al infierno. —Vacío la copa, la dejó en la mesa de un golpe y volvió a rellenarla—. ¡Vienen a reír! —Señaló a mi hermano con la mano con la que sostenía el cáliz y parte del contenido se derramó—. No vienen a pasar un mal rato. Ya tienen bastante de qué lamentarse en sus vidas miserables. No vienen a ver cómo mueren dos amantes, vienen a reírse.

—¿Vienen a verte a ti? —preguntó Alan Rust, mordaz.

—Sí, vienen a verme a mí —repuso Kemp, resentido, y luego miró a mi hermano con rabia—. Le has dado a Peter trece líneas. Las he contado. ¡Trece! Eso es lo que piensas de mí, un sirviente de trece líneas. El maldito Teatro estará vacío cuando hayan pasado trece minutos.

—Will... —dijo mi hermano.

—En dos minutos —rugió Kemp—. ¡Que una mala peste te lleve! ¡A todos vosotros!

Volvió a dejar la copa en la mesa con un golpe, cogió su capa y salió por la puerta principal para evitar cruzar el escenario.

—¡Por el amor de Dios! —dijo mi hermano.

—¿Está la compañía al completo? —dijo Alan Rust parafraseando la primera línea de Peter Quince, pero no logró arrancar ni una sonrisa.

Billy Rowley, el aprendiz de Kemp, parecía estar al borde del llanto, sin saber qué hacer.

—Ve con él, chico —le dijo mi hermano. Luego miró hacia la puerta por la que Kemp había desaparecido—. Es culpa mía —continuó—, nunca debería haberle enseñado el manuscrito.

—Acabaría viéndolo tarde o temprano —dijo Alan Rust.

—¿No hay una parte más grande para él? —preguntó nervioso George Bryan.

—¡No, no la hay!

—Volverá por la mañana —dijo John Heminges, preocupado.

—Eso si no está de camino a ver a Philip Henslowe en la Rosa —dijo mi hermano.

—Hablaré con él —dijo Alan Rust. Nadie dijo nada ante eso, nadie quería enfrentarse a un Will Kemp airado—. Volverá —dijo Rust—. Estoy seguro.

Mi hermano alzó la mirada hacia las vigas del salón.

—Hoy ya no podemos hacer nada, y nuestro último ensayo es mañana.

—¡Mañana! —dije de repente, desconsolado.

—Su Excelencia necesita el salón —explicó mi hermano—. La boda es el próximo jueves. Si mañana va mal, ensayaremos en el Teatro. —Miró a Bobby—. ¡Apréndete las líneas, por el amor de Dios, apréndetelas!

—Sí, señor —dijo Bobby, infeliz.

—Id a casa —dijo mi hermano—, todos, id a casa.

—¿Vas a acortar la obra? —preguntó John Heminges.

—Lo que quiera nuestra patrona es lo que le tengo que dar —dijo mi hermano; luego se sentó a la mesa, se acercó unas velas y abrió la caja en la que tenía sus plumas.

Los actores y los músicos se fueron a casa. Y, a tan solo una calle de distancia, en Saint Benet, me esperaban los gemelos. Había llegado el momento de esconderme.

El sueño de una noche de verano era una obra nupcial, todos los acontecimientos surgían del matrimonio entre el duque Teseo y su novia, Hipólita. La boda era la razón por la que Peter Quince reunía a su *troupe* de artesanos atenienses, que confiaban en entretener al duque con su obra, *Piramo y Tisbe*. Ensayan la obra en un bosque cerca de Atenas, y la mayor parte de la obra se desarrolla entre los árboles, que construimos con cinco pequeños carpes que talamos al norte de Finsbury Fields. Los arbolillos, por supuesto, estaban desnudos porque era invierno, pero mi hermano había insistido en que tuvieran hojas, así que Jean y Silvia habían pasado horas haciendo hojas de tela verde y atándolas a las ramas desnudas.

—¡Podrías haber usado acebo! —había protestado Jean.

—Quiero que parezca espino —había dicho mi hermano.

—¡No me digas que también los quieres en flor!

—Qué buena idea. ¡Sí, en flor!

—¿A mediados del verano? —había protestado Jean—. ¡El espino florece en mayo!

—Son árboles mágicos —había explicado mi hermano despreocupadamente, así que Jean y Silvia había dado forma a pequeños trozos de lana para convertirlos en florecillas.

El bosque de espino era el lugar en el que Oberón, el rey de las hadas, y Titania, su reina, tenían sus desavenencias. Titania estaba dando cobijo a un niño indio, al que representaba el nieto de Walter Harrison, Matthew, cuya cara sería oscurecida con corcho quemado. Matthew, que tenía seis años, solo aparecía una vez en el escenario y no decía nada, pero su abuelo, el mayordomo de lord Hunsdon, había irradiado orgullo al ver al muchacho disfrazado la primera vez.

—Tiene un aspecto magnífico, ¿a que sí? —le había preguntado a Alan Rust, quien en ese momento intentaba organizar a los más pequeños como podía.

—Cuando deje de hurgarse la nariz, sí.

Matthew el hurganarices era la causa de la disputa entre Oberón y Titania. Oberón deseaba que el niño formara parte de su corte, y Titania se negaba a concedérselo, así que, para castigarla, Oberón envía a Puck, su sirviente, a buscar una flor mágica que, una vez exprimida, suelta un jugo que Oberón derramará sobre los párpados de Titania cuando esta esté durmiendo. Cuando se despierta, la primera criatura viva que vea se convertirá en la persona o la bestia de la que caiga prendada de amor sin remedio.

Y ve a Will Kemp con la cabeza de asno.

La cabeza de asno era un armazón de mimbre sobre el que habíamos puesto pieles de conejo. Los ojos eran grandes bolas de cristal en las que habíamos pintado pupilas e iris, mientras que las orejas también estaban hechas de piel de conejo, y se mantenían erguidas gracias a unos palos de mimbre. La boca del asno estaba abierta, para que los invitados a la boda pudieran oír hablar a Will, pero también añadimos gruesos dientes de madera pintados de blanco para que diera la sensación de que la bestia rebuznaba de alegría. Al principio a Will le había costado mantener la cabeza sobre los hombros, porque la parte delantera, con los dientes, resultaba demasiado pesada, así que Jean le había cosido una cincha a la sección trasera del armazón de mimbre que llegaba hasta el cinturón y que quedaba oculta bajo la camisa. A Kemp le encantaba la cabeza y no quería quitársela, y disfrutaba recorriendo los pasillos de la mansión y asustando a los sirvientes más desprevenidos.

Era, sin duda, una gran obra. Había más de veinte personajes. Teseo, Oberón, Titania, Puck, Peter Quince, Nick Bottom, Demetrio, Lisandro, Helena y Hermia temen papeles extensos. Will Kemp, que hacía de Nick Bottom, era el que más frases decía, algo que él consideraba lógico. De hecho, antes de salir indignado del salón, se había deleitado con las absurdas escenas de amor que tenía que hacer con Titania y conmigo. El resto de los enamorados eran más parejas desgraciadas, o más bien, confundidas por la pócima de Puck. Hermia ama a Lisandro, pero su padre insiste en que se case con Demetrio so pena de sufrir un terrible castigo, así que Lisandro y ella huyen hacia el bosque. Los persigue hasta allí Demetrio, que también ama a Hermia, y Helena, la amiga de Hermia, que está enamorada de Demetrio. Oberón,

apiadándose de la desolada Helena, le ordena a Puck que derrame sobre los ojos de Demetrio la flor mágica para que se enamore de Helena, pero Puck confunde a Lisandro con Demetrio, así que el nudo entre los enamorados se enreda y se aprieta. Hay peleas, disputas, persecuciones y risas, y al final Oberón y Titania se reconcilian, Teseo se casa con Hipólita, Hermia se casa con Lisandro, Helena se casa con Demetrio y Píramo y Tisbe mueren.

Era una obra nupcial, no cabía duda.

Las preparaciones para las navidades en la mansión habían sido una locura, pero no eran nada comparado con el jaleo que precedió a la boda. Lord Hunsdon aún no estaba seguro de que su prima, la reina, fuera a venir a la boda, pero tenía que suponer que lo haría, así que se construyó una segunda tarima, un poco más cerca de la chimenea, para que Su Majestad pudiera cenar unos pies por encima de sus súbditos y pudiera estar al calor del fuego. Las pequeñas mesas que habían bastado para los invitados de las celebraciones de Navidad fueron consideradas insuficientes, y se hicieron tres nuevas: una pequeña para la nueva tarima y las otras dos para que hicieran juego con la mesa larga, a la que se podían sentar sesenta personas. Se hicieron sillas, así que el gran salón se vio anegado por el eco de los carpinteros. Lienzos de tela blanca fueron colgados sobre el panelado del salón, pero *lady* Anne Hunsdon, al inspeccionarlo, decidió que eran una vulgaridad, y se cambiaron por satén. Se enrollaron guirnaldas de hiedra en los nuevos lienzos y en torno a las vigas altas del techo, llegaron velas por fanegas, y todas ellas necesitaban candelabros o soportes. *Lady* Anne declaró que el suelo adoquinado del salón era demasiado frío para los pies de los aristócratas, así que se pidieron alfombras.

—Con las esteras de juncos bastaba cuando yo era joven —gruñó lord Hunsdon.

—Las esteras tienen bichos —dijo su esposa con brusquedad.

—¿Y en las alfombras no hay bichos?

—¡En las mías no! ¡Y... Harrison!

—¿*Milady*? —El mayordomo hizo una reverencia.

—Se han visto ratas en el pasillo del servicio.

—Eso he oído, *milady*.

—Es por el río —refunfuñó lord Hunsdon—. Siempre hay ratas junto al

río.

—¡En mi casa no! —dijo la mujer—. ¡Deshaceos de ellas!

—Así se hará, *milady* —dijo Harrison.

—¿Y esto qué es? —Lord Hunsdon se había topado con una caja y había sacado de ella una pequeña vara de plata que se dividía en dos por un extremo—. ¿Y por qué hay tantos?

—Son tenedores —dijo *lady* Hunsdon.

—¿Tenedores?

—Sirven para comer. ¡No finjas que nunca los has visto! Katherine Howard los usa.

—¿Qué problema hay con los dedos y un cuchillo?

—No somos campesinos.

—Tenedor —había dicho lord Hunsdon después de afear la cara al pincharse con uno de ellos en el dedo—. ¡Tenedor! ¡Harrison, tenedor!

—Así es, Excelencia —dijo el imperturbable mayordomo.

Lord Hunsdon se volvió hacia el escenario donde intentábamos ensayar. Hacía tiempo que cualquier intento de mantener la obra en secreto del resto de la casa había caído en el olvido, aunque el caos era tal que dudo que nadie entendiera nada de las ráfagas de diálogo que pudieran oír.

—¿Se supone que eso tiene que ser un bosque? —gruñó lord Hunsdon.

—Así es, milord —respondió mi hermano—, es un bosque cercano a Atenas.

—¡Los bosques de Atenas deben de ser raquíuticos! ¡Se parece más a un seto que se hayan comido las cabras! En esas hojas no podría esconderse ni un gorrión. ¡Gasa verde, Shakespeare, gasa verde! ¡Haz que sea frondoso!

La sugerencia del lord Chambelán funcionó. Pusimos carísima gasa verde entre los árboles y sobre ellos, y la ilusión de que era un bosque tupido fue instantánea. Y tenía aún mejor aspecto cuando colocaron los candelabros detrás de la gasa y la luz se filtraba por ella.

Las velas eran un problema, aunque en ningún modo el peor los retos a los que nos enfrentábamos. Habíamos actuado muchas veces a la luz de las velas en palacios y mansiones, y sabíamos que a medida que la obra avanzaba estas empezaban a apagarse y era necesario detener la actuación para cortarlas.

—Con tres pausas será suficiente —dijo mi hermano.

—Cuatro —repuso Will Kemp de inmediato. Si mi hermano hubiera sugerido cuatro, Kemp habría dicho tres.

—¡Necesitamos música para cuando se corten las velas! —le gritó mi hermano a Phil ignorando a Kemp—. ¡Tres piezas!

Phil asintió. Pero se mostraba pesimista porque los músicos de la casa, que serían quienes tocaran durante el banquete, insistían en que debían ensayar en la galería de los músicos, lo que significaba que los nuestros tenían que esperar mientras tocaba un grupo más grande.

—Ni siquiera son músicos —se me quejó Phil amargamente—, son torturadores de gatos. ¡Por Dios! ¿Has oído esa nota?

—A mí me suena bien.

—Gracias a Dios no cantas en esta obra. Ya sufro suficiente.

El caos en el salón era tal que una semana antes de que Simon robara los dos manuscritos habíamos intentado hacer los ensayos en la espaciosa cripta que había bajo la vieja capilla, pero el lugar era tan húmedo, y el tiempo tan frío, que las viejas paredes de piedra estaban cubiertas de hielo. Sí logramos, a duras penas, hacer una vez la primera parte de la obra, castañeteando dientes y dando pisotones en el suelo, pero la cripta resultó ser completamente inadecuada, más aún a medida que se iba acercando el día de la boda. Los sirvientes traían jamones para colgarlos del techo. El olor a cocina empezó a impregnar la mansión.

Bobby Gough seguía sin saberse la parte de Titania.

Se acabaron los disfraces de las hadas.

Will Kemp había dejado la obra.

La boda estaba próxima.

Y los gemelos me esperaban en Saint Benet.

—¿No deberías irte a casa? —me preguntó mi hermano.

El resto de los actores ya se habían ido. Un carpintero solitario trabajaba al otro extremo del salón, mientras que mi hermano estaba sentado a la mesa central y pasaba páginas. —¿Qué estás haciendo?— pregunté.

—Acortar la obra tal y como desea *lady Anne*. ¿No deberías irte a casa? —volvió a preguntar.

La frialdad de su voz me dejó claro que cualquier cercanía que hubiera podido provocar el rescate de sus manuscritos se había desvanecido.

—Me voy —dije.

Cogí mi capa, cogí el sombrero de deValle y crucé el escenario. Abrí y cerré la puerta del pasillo de servicio haciendo el ruido suficiente para convencer a mi hermano de que me había ido, y luego me metí debajo del escenario. Me arrastré hasta el frente, hasta la esquina en la que Silvia había fabricado un nido de tela verde, y allí me acomodé. El carpintero solitario acabó su trabajo y se marchó. Mi hermano siguió trabajando. La parte frontal del escenario estaba cubierta de tela, pero justo podía ver por donde esta se combaba hacia abajo. El fuego iluminaba el salón, proyectando sombras fantasmagóricas a medida que, una a una, las velas se iban apagando, todas salvo las seis que había en torno a los manuscritos de mi hermano.

Oí que se abría la puerta, y luego pasos. Mi hermano alzó la cabeza y se puso en pie.

—Siéntate, hombre, siéntate. —Era lord Hunsdon, que se sentó en la silla opuesta a la de mi hermano—. No existe la paz en esta casa —refunfuñó.

—Una semana más, Excelencia, y todo habrá acabado.

Lord Hunsdon gruñó.

—¿Tienes hijas, Shakespeare?

—Sí, Excelencia. Dos.

—¡Dos!

—Susanna tiene doce años y Judith diez, Excelencia.

—¡Dos! —volvió a decir lord Hunsdon—. ¡Yo tengo ocho! Las he casado a todas, y ahora son las nietas las que se casan. —Se giró sobre la silla y gritó hacia la puerta—: ¡Harrison! ¡Alguien! ¡Cualquiera!

Respondió un sirviente:

—¿Excelencia?

—Una jarra de generoso, y dos copas. ¡Vamos, muévete! —Volvió a mirar a mi hermano—. Dos hijas, ¿eh? ¿Guapas?

—Eso creo, Excelencia.

—Me gustan las hijas. Hacen que la casa cobre vida. —Su Excelencia se recostó en la silla y estiró las piernas—. La reina me dice que vendrá a la boda.

—Nos honra, Excelencia.

—¡Por el aliento de Jesucristo! ¿Honra? —rió Su Excelencia—. No soporta a la madre del novio. Esperaba que eso la mantuviese alejada. Quizá se encargue de ello el tiempo.

—¿Esperaba, Excelencia?

—¡Por el amor de Dios, muchacho, ser anfitrión de Su Majestad no es tarea fácil! Y solo Dios sabe a cuántos cortesanos traerá con ella, y todos necesitan vino, comida y lisonjas. Pero si el río permanece helado...

—Entonces puede que venga en carruaje, milord —sugirió mi hermano, travieso.

—Está en Greenwich. O viene por el río o no viene —dijo lord Hunsdon; luego hizo una pausa cuando el sirviente trajo una bandeja con una jarra de vino generoso y dos cálices. Su Excelencia agitó la mano para dispensar al sirviente y sirvió el caldo él mismo—. El agua bajo el puente no estaba congelada la última vez que miré. Lo más probable es que venga. —Empujó una de las tazas hacia mi hermano—. Quizá no se quede para el banquete. Quién sabe.

—Si no se queda, Excelencia, se perderá la representación.

—Mi esposa dice que deberíais hacerlo por la tarde, antes del banquete.

—¿De verdad, milord?

—Dice que cuando la gente bebe demasiado vino se duerme. Y le gusta tu obra.

—*Lady Hunsdon* sabe bien cómo ocultar esa opinión —dijo mi hermano secamente.

Lord Hunsdon rio.

—Ya te ha hecho chascar el látigo, ¿eh?

—Así es, Excelencia.

—Ahora ya sabes lo que se siente.

—Lo sé muy bien, milord. También yo tengo esposa.

—¿Aquí, en Londres?

Mi hermano negó con la cabeza.

—Se queda en Stratford —dijo, y luego hizo una pausa—. Es mejor así.

—Pero supongo que no te faltará compañía.

—No más que a Su Excelencia.

Lord Hunsdon rio.

—¿Conoces a Emilia?

—La conozco, milord.

—¡Una buena mujer, una buena mujer! —dijo lord Hunsdon con cierta melancolía.

—Y ahora está casada.

—Así es —dijo Su Excelencia con tristeza; luego le dio un buen trago a su copa y se sirvió más vino.

Escuché fascinado. Saltaba a la vista que Su Excelencia apreciaba a mi hermano, y, de igual modo, que mi hermano se sentía cómodo con Su Excelencia, y me pregunté si algún día llegaría yo a tener una charla en confianza con algún gran señor. Y lord Hunsdon, el pariente más cercano de la reina, era, sin lugar a dudas, un gran señor. Se recostó en la silla y miró hacia las vigas en sombra de donde colgaban los carísimos lienzos de satén.

—¡Ocho hijas! ¡Ocho bodas! Que Cristo me asista.

—Quizá él pueda convertir el agua en vino.

Lord Hunsdon rio.

—Dicen por ahí que tu payaso se ha ido.

—Así es, milord —dijo mi hermano disgustado.

—¡Una lástima! Anne dice que es gracioso. ¡Muy gracioso!

—Y tiene razón, es gracioso, pero también se cree indispensable.

—Nadie es indispensable —dijo lord Hunsdon—, bueno, quizá Harrison.
¿Crees que volverá?

Vi que mi hermano se encogía de hombros.

—Tarde o temprano, supongo. No es la primera vez. Imagino que empapará su orgullo en cerveza mañana y que volverá arrastrándose.

—¿Pero le necesitáis mañana?

—Sí, milord.

—¿Quieres que envíe a Ryker a buscarle?

Mi hermano no dijo nada, sorprendido y complacido. Ryker era el jefe de la guardia de palacio de lord Hunsdon.

—¿Lo haría, milord?

Lord Hunsdon sonrió.

—Será un placer, señor Shakespeare. Habrá que recordar a tu compañero

que es uno de mis hombres, ¿no crees? Y Ryker puede meterle el miedo en el cuerpo a cualquiera. Hasta a mí me da miedo. ¿Dónde vive?

—En El fénix, en Lombard Street.

—¡Buena taberna! Ryker estará allí por la mañana, y me atrevo a garantizar que tu compañero estará aquí poco después. —Su Excelencia empujó la jarra por la mesa—. He de ir a cenar. Tengo ganas de ver tu obra, Shakespeare.

Mi hermano se puso en pie al tiempo que lo hacía lord Hunsdon.

—Su Excelencia es muy amable —dijo formalmente.

—Estoy viejo, es por eso. La amabilidad resulta más fácil cuando se es viejo.

Mi hermano no se quedó mucho más una vez que Su Excelencia se hubo ido. Le vi escribir notas en las páginas, luego metió el manuscrito en un gran baúl, lo cerró y dejó la llave en la repisa de la chimenea. Se puso la capa y el sombrero, y oí sus pasos sobre el escenario. La puerta se abrió y se cerró, y todo lo que quedó fue el leve crepitar del fuego. Había momentos en que, desde algún lugar lejano de la mansión, podía oír música, y una o dos veces, pasos por el pasillo del servicio. El frío empezó a colarse en la habitación a medida que el fuego iba muriendo. El tiempo pasaba lento, marcado por las campanas de las iglesias que daban las horas en la lenta oscuridad.

En un momento de silencio aparté la tela que cubría el frente del escenario y, de puntillas, me acerqué a la mesa. Cogí la jarra de vino y me la llevé a mi guarida, donde me envolví en los restos de tela verde. Hubo un tiempo en el que me hubiera guardado la jarra de plata y la hubiera vendido, pero ese tiempo había pasado. «Silvia —pensé—, Silvia».

Me quedé dormido, solo para despertarme al oír pisadas. Una luz tenue iluminó el gran salón y miré por el hueco de las telas. Entonces vi a Walter Harrison con un sirviente que llevaba un candil en alto mientras el mayordomo miraba alrededor.

—Todo en orden —anunció Harrison, y los dos se fueron.

Me quedé muy quieto. Apenas me atreví a respirar hasta que sus pisadas se difuminaron. Me cubrí con más tela y me convertí en un capullo. Seguía temblando. No hacía más frío que en la buhardilla que ocupaba en casa de la viuda Morrison, pero se me hacía extraño estar tan solo en una casa tan

grande. Me sobresaltaba cada crujido, cada mínimo ruido, las carreras de las ratas en la cripta que había bajo el salón. El fuego aún brillaba, pero el poco calor que daba no alcanzaba el escenario. Las campanas de la iglesia guardaban silencio, los encargados de hacerlas sonar se habían ido a casa, y Londres dormía.

Me quedé dormido por segunda vez, y me desperté cuando una pesada manta cayó sobre mí. Chillé, alarmado, y una voz pidió silencio.

—¡Richard! ¡Richard! —Era Silvia, susurrando—. Dios, qué frío —dijo, y sentí cómo se metía bajo la manta para estar junto a mí. Por un instante temblamos juntos, quizá ambos estuviéramos sorprendidos por lo que estaba ocurriendo, pero entonces alargué la mano para tocarla, ella hizo un ruidito y vino a mis brazos—. No podía dejarte aquí —susurró. La manta era de piel gruesa, forrada de satén, y tomada, según me dijo, del armario de su señora—. Tiene cuatro, no necesita esta. Y es muy calentita. La necesitamos.

Era calentita, y la necesitábamos. Y después, mucho después, nos quedamos dormidos.

Llega un momento en muchas obras, cuando todo parece estar al borde del desastre, y, de pronto, aparece un personaje en el escenario que lo soluciona todo. Mi personaje, Emilia, hace eso en *La comedia de las equivocaciones*. Su marido perdido ha sido condenado a muerte, pero Emilia aparece justo a tiempo de salvar su vida.

—Poderosísimo duque —exclama—, ¿este es un hombre que ha sido agraviado!

Recuerdo cuando hice de Emilia la primera vez y pensé que el público no se creería su repentina intervención. Es una abadesa que se cree viuda, y que su marido y uno de sus dos hijos se han ahogado. Los ha llorado durante años, y entonces, de forma inesperada, tanto el marido como el hijo aparecen en Éfeso. Egeón, el marido, está a punto de ser ejecutado, pero Emilia la abadesa corre por el escenario y da un grito de reconocimiento: «¡Este es un hombre que ha sido agraviado!». La familia se vuelve a unir, se evita la ejecución, se sirve un banquete y el público llora, pero son lágrimas de alegría, no de pena. Recuerdo a Richard Burbage, haciendo el papel del hijo perdido,

despreciando la escena cuando la ensayamos por primera vez.

—¡La vida no es así! —le dijo a mi hermano—. ¡Es demasiado fácil, demasiado conveniente!

—Esto es un escenario —había dicho mi hermano—, traficamos con sueños.

Y tema razón. Ningún público se había burlado nunca de la repentina intervención de la abadesa; en su lugar resollaban de alivio, sonreían, lloraban, estaban felices.

Necesitaba una Emilia. Necesitaba un personaje que exclamara: «¡Este es un hombre que ha sido agraviado!». Esa noche dormiría a salvo, pero solo quedaba un ensayo en el gran salón, después del cual tendría que abandonar la mansión y arriesgarme a ser arrestado.

—Pensaré en algo —había dicho Silvia, pero todo lo que podía sugerir era que me escondiera en casa de sus padres.

—Entonces los arrestarán a ellos también —dije.

—Dios, no —susurró.

Necesitaba una Emilia, pero, en su lugar, me encontraron Colmillos y Buscón. Silvia me había dejado en plena oscuridad, susurrando que tenía que encender las chimeneas. Me había besado.

—Quédate aquí —me advirtió.

Se fue; la mansión volvió a sumirse en el silencio y me quedé dormido otra vez. Era el sueño de la extenuación, un sueño profundo, por lo que no oí el rascar de las patas, las voces ni los pasos, sino que me desperté sobresaltado al oír el aullido de un perro en mi oreja. Un segundo animal ladró.

—¡Han encontrado algo! —dijo una voz.

Estaba mareado de sueño, mi corazón palpitaba desbocado. Apareció una tenue luz al fondo del escenario. Intenté ponerme en pie y me golpeé la cabeza con los tablones del escenario. Me dolió.

—¡A por él, Buscón! —gritó una segunda voz, y ambos perros reanudaron sus ladridos aún con más fuerza.

Eran ladridos sonoros, estridentes, no era el sonido amenazante y grave de los mastines de pelea, pero me aterró. Cogí la manta y salí por la tela que cubría la parte frontal del escenario arrancándola de los clavos que la sostenían. La luz gris de primera hora de la mañana entraba por la ventana del

mirador, mientras un sirviente avivaba el fuego, que proyectaba sombras a lo largo del salón. El sirviente cogió un espetón para defenderse, pero se me quedó mirando mientras dos hombres cruzaban el escenario; uno de ellos llevaba un candil.

—¡Eso no es una rata! —dijo uno.

—Pero sí está desnudo como una rata —dijo el segundo. Los perros, ambos terriers, orgullosos de su trabajo, aullaban junto a mis talones.

—¡Callad! —gritó el hombre—. ¡Abajo, Buscón! ¡Abajo, Colmillos!

Logré ponerme las calzas, la camisa y el jubón antes de que llegara el secretario. Habían entrado más perros en el salón, así que ahora había seis de ellos dando vueltas, ladrando entusiasmados y meando sobre las alfombras nuevas de *lady* Hunsdon. Eran perros ratoneros, tenían el pelo enmarañado y los hocicos ensangrentados.

—¡Un poco de silencio! —exigió Harrison a voz en grito—. ¡La familia está durmiendo, este ruido es indecoroso!

Hasta los perros callaron. El mayordomo debía de estar recién levantado y, sin embargo, estaba vestido de manera impecable: su cadena de cargo brillaba sobre su jubón de botones plateados. Me miró de arriba abajo, desde mi melena revuelta a mis calzas mugrientas, por las que asomaba un dedo.

—Señor Shakespeare —dijo con un tinte de decepción en la voz—, explícate.

—¡Estaba robando, señor Harrison! —Un sirviente se había metido entre las telas rasgadas de la parte frontal del escenario y emergió con la jarra de plata vacía—. ¡He encontrado esto, señor! —Los terriers debieron de considerar aquella prueba como incriminatoria, porque empezaron a aullar.

—¡Silencio! —aulló Harrison. Luego me miró con el ceño fruncido—. ¿Robando, señor Shakespeare?

—He robado el vino, señor, pero no la jarra.

Pareció aceptar la explicación, porque volvió a mirarme de arriba abajo; luego habló:

—No estás vestido como un ladrón. Explícate, por favor.

Ahora había seis o siete sirvientes en el salón, junto con los ratoneros. Todos ellos en torno a mí mientras temblaba.

—He dormido aquí, señor —dije.

—Has dormido aquí —dijo Harrison llanamente—[^]—. ¿Por qué?

—Se me hizo tarde para dejar la ciudad, señor.

—¿Y le has robado una manta a *lady Anne*? —preguntó mirando a la carísima manta de piel forrada de satén.

—La encontré —dije en voz baja.

—Pero, por lo que tengo entendido, las mantas se guardan en los aposentos de *lady Anne* —dijo Harrison, lo que provocó la risilla de uno de los sirvientes. Harrison se volvió hacia él—. ¡Fuera de aquí! ¡Tenéis trabajo!

—Me la encontré, señor —repetí, incapaz de pensar en otra mentira.

Uno de los terriers orinó sobre la leña apilada junto a la chimenea.

—¡Llevaos a esos malditos perros de aquí! —ordenó Harrison—. Las ratas están en la cripta, no aquí. ¡Fuera! —Esperó a que se marcharan—. Bueno, parece que no has causado ningún problema —declaró, altivo—, y no se hablará más del asunto. Hoy es vuestro último ensayo en el salón, ¿no es así?

—Sí, señor —dije.

—En ese caso, señor Shakespeare, acaba de vestirte, haz el ensayo y asegúrate de que te vas.

—¿Irme, señor? —dije como un imbécil.

—Sí, señor Shakespeare. Sal de la mansión. Vete. A casa. Márchate. ¡No puedes dormir aquí! La residencia de Su Excelencia no es un albergue. Te irás.

—¡Pero no puede! —protestó una voz desde la puerta.

—¿No puede? —Harrison se volvió hacia la puerta y alzó la voz, indignado—. ¿No puede?

—¡Le colgarán! —gritó Silvia.

Mi Emilia había aparecido en escena.

Will Kemp llegó poco después de que las campanas dieran las nueve. Entró en el salón como si no hubiera provocado una discusión la mañana anterior.

—¡Buenos días a todo el mundo! —dijo animado—. Hoy no hace tanto frío, o eso creo.

Le seguía su aprendiz, Billy Rowley, y un hombre alto y de gesto severo

con la librea de lord Hunsdon. Supuse que se trataba de Ryker, el jefe de la guardia del lord Chambelán. El hombretón se detuvo sorprendido cuando vio que lord Hunsdon estaba en el gran salón.

—No te vayas, Ryker —dijo Su Excelencia—. Te necesito.

—¿Milord?

El lord Chambelán estaba furioso. Silvia me había dicho que podía ser un viejo implacable cuando se enfadaba, y tenía razón; cualquier rasgo de afabilidad se había disipado por completo, y Will Kemp, sorprendido al igual que Ryker de la presencia de Su Excelencia y temiendo que el enfado tuviera que ver con él, se retiró unos pasos.

—¡No soporto que se me desafíe! —gruñó lord Hunsdon.

—No quería causar problemas, Excelencia —dijo Kemp con una humildad impropia de él.

Lord Hunsdon le ignoró. No habló nadie más. Todos los actores estaban en el salón y todos estábamos nerviosos. Los músicos miraban desde la galería, mientras Walter Harrison, el único que parecía impasible ante la furia de Su Excelencia, permanecía junto al fuego con su brazo protector en torno a los hombros de Silvia. Ella parecía inquieta, y no dejaba de mirarme. Me habían quitado la venda del brazo izquierdo, y la quemadura, supurando pus, me dolía.

—¡Un caballo, Ryker! —exigió lord Hunsdon.

—De inmediato, milord.

—Tú te vienes conmigo.

—Por supuesto, milord. ¿Adónde, milord?

—¡A Whitehall, ahora!

Su Excelencia salió del salón y Ryker, aún atónito, le siguió.

—Por las tripas de Cristo —dijo Kemp—. ¿Qué está ocurriendo?

—¡Tú! —dijo mi hermano—. ¡Todos nosotros! ¡Los socios! Empezamos con el ensayo a mediodía.

—¿Mediodía? —dijo Kemp confundido—. Pero...

—Acabaremos más tarde de lo prometido, señor Harrison —dijo mi hermano.

—Estoy seguro de que no será un problema —dijo Harrison con calma.

—No te quites la capa, Will —le dijo mi hermano a Kemp—, te vienes

con nosotros.

De dos zancadas se plantó ante el baúl que había junto a la chimenea, sacó un libro, un montón de papeles, su caja de las plumas y tinta. Se lo llevó todo a la gran mesa donde estaban amontonadas las cosas que utilizaríamos para la obra.

—¡Espadas! —dijo—. Si eres un socio, coge una espada. —Me miró a mí—. Tú no la necesitarás, hermano.

¡Me acababa de llamar «hermano»!

Se sentó, cogió una hoja de papel limpia y empezó a escribir.

—Ralph —dijo mientras escribía—, practica los bailes. Phil, puedes llevar los ensayos del coro.

Acabó de escribir lo que fuera, secó el papel y se puso en pie. Los socios, perplejos, se estaban ajustando los cinturones y las vainas. Mi hermano hizo lo mismo.

—Volveremos pronto —anunció.

—¿A dónde vais? —preguntó Ralph Perkins.

Ignoró la pregunta.

—Volveremos pronto —repitió—, vamos.

Y fuimos.

El papel que mi hermano había escrito con tanta prisa solo contenía ocho palabras:

Romeo y Julieta,
una tragedia.

Por William Shaksper

Debajo había un grueso taco de papeles, la copia del manuscrito para el registrador. Yo llevaba tanto el manuscrito como el libro, que no era otro que el ejemplar sin tapas de *Una conferencia*. Caminaba por Addle Hill y mi hermano me seguía con Will Kemp, Alan Rust, John Heminges, Richard

Burbage y Henry Condell. Los seis llevaban espada o ropera; las largas vainas de las espadas quedaban ocultas por sus capas.

—No quiero asesinatos. —Esas habían sido las últimas palabras de mi hermano antes de salir de la mansión.

Caía una pequeña llovizna empujada por el viento sur, lo que hacía que el empedrado de la colina se volviera resbaladizo. El hielo casi había desaparecido del río, y los muelles volvían a estar llenos de vida, llevando pasajeros de un lado a otro por los embarcaderos de la ciudad.

—Tendrás que hablar con mi padre —me había dicho Silvia en la corta noche—, si es que quieres que nos casemos.

—Nos vamos a casar ahora —había respondido yo, y ella se había reído.

Quiso venir con nosotros a Addle Hill, pero Walter Harrison se burló de la idea, y le dijo con severidad que tenía mucho que explicar.

—Entonces ¿estuviste con la muchacha anoche? —había preguntado mi hermano.

—Con Silvia, sí.

Gruñó.

—Puede que a Su Excelencia no le haga gracia oír que has seducido a una de las damas de compañía de su familia.

—Nos vamos a casar —dije desafiante. Se me antojó extraño decirlo en alto, y en particular a mi hermano.

—¡Cristo redentor! —dijo, y luego rio—. ¡Señor, qué necios son estos mortales!

Su tono de mofa me molestó, porque, como siempre, me hacía sentir de nuevo como un chiquillo.

—Tú eras más joven que yo cuando te casaste —repliqué.

—Así es.

—Y Silvia dice que a Su Excelencia no le importará.

—Dudo que a Su Excelencia le importe que se case o no —dijo, afable—, pero sí le fastidiará perder a una buena sirvienta. Y, por lo que me dicen, es buena chica.

—¿Quieres decir demasiado buena chica para mí?

—Seguro que es buena para ti —dijo, y me pregunté si había sido mi hermano el que le había dicho a Silvia que yo era un ladrón. Estaba a punto de

preguntárselo, pero fue él quien tenía una pregunta que hacer—. ¿Sabes que Jean y ella han estado hablando?

—Lo sé.

—Jean quiere que ayude en el Teatro.

—Es una sastra excelente —dije para animarle.

—Hay muchas sastras excelentes —dijo displicente. Entonces, de pronto, nos encontramos ante la entrada de la iglesia de Saint Benet—. Te seguiremos adentro —dijo mi hermano—, y recuerda, no quiero asesinatos.

—Nada de asesinatos —repetí, y bajé aquellas escaleras que tan bien conocía.

La iglesia, de la que *sir* Godfrey gustaba alardear porque decía que era anterior a los tiempos del Conquistador, estaba a casi tres pies bajo el empedrado de Addle Hill, y los parroquianos tenían que bajar cuatro viejas y desgastadas escaleras de piedra para alcanzar la puerta. La entrada a la casa de *sir* Godfrey estaba unas yardas más allá, colina abajo, y estaría atrancada, pero la puerta de la iglesia solo se cerraba con el toque de queda.

—Los fieles —le gustaba decir a *sir* Godfrey— deben tener acceso a la gracia salvadora de Dios. —Con lo que quería decir, en realidad, que los fieles debían tener acceso a la enorme caja de limosnas, chapada en hierro y con grandes candados, que le daba la bienvenida a cada visitante. *Sir* Godfrey sermoneaba sobre la caridad, animaba a la generosidad y se guardaba las monedas. Tuve que agachar la cabeza bajo el arco de piedra para entrar en Saint Benet, el lugar en el que tantos salmos había cantado en el coro. La iglesia había estado decorada en su día con escenas bíblicas, había lucido un púlpito ricamente tallado y recipientes de plata en el altar, pero *sir* Godfrey, sintiendo el frío viento puritano, se había asegurado de que cualquier cosa que fuera bella acabara vendida o destruida. Ya no había un púlpito, el altar era una mera mesa de despacho y los candelabros eran de madera de haya. Tan solo la caja de las limosnas era llamativa, con sus flancos blancos y el frente pintado de rojo, con un texto del libro de los Proverbios: «Al Señor agrada el que se compadece del pobre».

Sorteé la enorme caja, recorrí la pequeña nave y abrí la puerta de la sacristía. Estaba vacía. Crucé la estancia y giré la manilla de la puerta siguiente. Si *sir* Godfrey estaba en casa, aquella puerta no estaría atrancada, y

no lo estaba. Empujé para abrir, y *sir* Godfrey, sentado a la mesa en la que desayunaba, se volvió sorprendido.

—¡Richard! —exclamó.

—Pero si es el chico guapo —rugió una voz burlona, y vi que los dos sobrinos de Price el Gorrino también estaban sentados. Supuse que se habrían ido después de haber esperado una noche, pero, por lo visto, tenían intención de quedarse hasta que hubieran pasado los tres días. La cuarta persona a la mesa era Simon Willoughby, que tembló al verme. Los cuatro estaban compartiendo una hogaza de pan, algo de queso, una ristra de beicon y una jarra de cerveza.

—¿Quieres unirme a nosotros, querido muchacho? —dijo *sir* Godfrey sonriendo a través de su espesa barba negra.

—¡Quiero hacerle daño! —rogó Simon.

Aún tenía el rostro amoratado, el labio hinchado y el ojo cerrado. El gran coágulo de sangre negro le cubría el pómulos, y la mano derecha, quemada, la tenía vendada.

—Tenemos que ser amigos —dijo *sir* Godfrey, conciliador—. ¿Has traído lo que queríamos, Richard?

Dejé el manuscrito y el libro sobre la mesa. Uno de los gemelos, no sé si Aliento de Pescado o Cara Sudada, cogió el manuscrito y le echó un vistazo a la primera página.

—¿Sabes leer? —le pregunté.

Su silla raspó el suelo cuando se levantó, ansioso por castigar mi insolencia. Pero *sir* Godfrey alzó una mano a modo de aviso.

—No quiero peleas —dijo—. Parece que el joven Richard ha hecho su piadosa labor como un buen cristiano.

Arrastró el libro hacia sí, luego alargó una mano para abrir por completo una contraventana y permitir así que penetrara la luz de la mañana. El gemelo —esta vez pude reconocer a Aliento de Pescado, ya que el otro, como Simon, tenía una venda en la mano achicharrada— se sentó contrariado mientras *sir* Godfrey leía en alto el título del libro:

—«*Una conferencia sobre la próxima sucesión a la corona de Inglaterra*». ¿Es este el libro de tu hermano? —me preguntó.

—Sí, *sir* Godfrey.

Esbozó su sonrisa lobuna.

—¡Parece que hemos pillado a William Shakespeare en acto de sedición! —rió, y le acercó el libro a Aliento de Pescado—. Tal y como quedamos, esto es vuestro, y eso —cogió el manuscrito— es mío.

—¿Podemos arrestar al hermano? —preguntó Aliento de Pescado al coger el libro.

—De hecho, debéis hacerlo —dijo *sir* Godfrey, y supe que mi hermano estaría escuchando a esas alturas, oyendo lo que había esperado oír, que *sir* Godfrey había cerrado un malévolos trato con los persevantes. Probarían la sedición y *sir* Godfrey podría venderle la obra de teatro al acaudalado conde.

Sir Godfrey sonrió cuando miró la página superior.

—«*Romeo y Julieta* —leyó en alto—, una tragedia». —Desnudó sus dientes amarillos al esbozar otra sonrisa—. Gracias, mi querido Richard. —Apartó la primera página a un lado y cogió la siguiente, y vi cómo su sonrisa se desdibujaba lentamente. Arrugó el entrecejo y luego volvió a leer en alto—: «Escena primera, la corte de Inglaterra. Entran Guillermo el Conquistador y el Marqués de Lubeck con un retrato». —Hizo una pausa y me miró; luego se volvió a Simon Willoughby—. La corte de Inglaterra, Guillermo el Conquistador... ¿Es este el manuscrito que te robaron, Simon?

—No, señor. Es *La bella Em*.

Sir Godfrey negó con la cabeza, con tristeza, y volvió a mirar a la página.

—«¿Qué significa que el glorioso conquistador de Britania con tal presteza desprecie su bastón de mando?» —leyó, y luego alzó la cabeza para mirarme—. ¿Qué significa que el joven Richard con tal presteza desprecie su entendimiento? —rugió—. ¡Te haré colgar por esto!

Aliento de Pescado se puso en pie para prenderme, entonces, de pronto, se detuvo al sentir la hoja de una espada en la garganta.

Se quedó inmóvil porque mi hermano y el resto de los socios entraron por la puerta y llenaron con su presencia la pequeña habitación. Era mi hermano el que sostenía su espada contra el pescuezo de Aliento de Pescado.

Sir Godfrey fue el primero en recuperarse de la sorpresa.

—¡Buttercup! —gritó—. ¡Buttercup!

No hubo respuesta.

—Le has mandado a comprar sal, señor —susurró Simon Willoughby.

—¿Querías colgar a mi hermano Richard? —le preguntó mi hermano a Aliento de Pescado, pero el gemelo no tenía una respuesta. Tenía la cabeza inclinada por la presión de la espada—. ¿Son estos los gemelos que te marcaron? —preguntó mi hermano.

—Sí.

—¿Los gemelos que quieren arrestarme por sedición?

—Sí, hermano —dije.

—Nada de asesinatos, caballeros —dijo mi hermano—. Nada de asesinatos. Pues a ello.

Y nos pusimos a ello.

12

Y ahora, dulce Hipólita, se acerca la hora
de nuestras nupcias; cuatro días dichosos
que traerán otra luna...

Estábamos inquietos. Jamás habíamos ensayado una obra durante tanto tiempo, jamás habíamos visto gastar tal cantidad de dinero en una representación, y jamás habíamos estado tan nerviosos antes de una actuación. Las expectativas, al menos las de la esposa del lord Chambelán, eran altas, y actuábamos para un público de atención reticente. Muchos habían visto *La bella Em*, y seguro que se preguntaban por qué lord Hunsdon infligía más dolor a sus invitados. Habían soportado la ceremonia nupcial, habían soportado la homilía del obispo y ahora tenían que aguantarnos a nosotros y, si la reina no hubiera estado presente, y todos los invitados sabían que disfrutaba de las obras de teatro, el ruido de las conversaciones habría ahogado las primeras líneas de George Brian. Un puñado de invitados seguían susurrando cuando el duque Teseo dijo sus primeras palabras, pero una mirada fulminante de Su Majestad sirvió para silenciarlos al instante. Ni siquiera los sirvientes, que repartían platos grandes con poca comida, dulces y vino, se atrevieron a moverse.

Habíamos empezado casi dos horas tarde. Algunos decían que se debía a que la barcaza de la reina había tenido que esperar a que las aguas se calmaran antes de pasar bajo el puente; otros culpaban al sermón del obispo, mientras que Will Kemp sostenía sin fundamento que la novia se había

desmayado ante la perspectiva de perder la virginidad. Mi hermano intentó calmar los nervios de la compañía diciendo que todas las bodas empezaban tarde. —Por eso nos casamos a toda prisa— añadió. Nadie sonrió.

Yo recordaba su boda. Tenía ocho años y le admiraba. Mi padre, mi madre y yo caminamos hasta la iglesia, en Temple Grafton, un frío día de noviembre. Todos llevábamos nuestras mejores ropas, mientras que mi hermano llevaba un jubón nuevo de color negro. Tenía el pelo más largo entonces, y mi madre dijo que era un muchacho muy apuesto, y casi era un muchacho, tan solo tenía dieciocho años, mientras que Anne, la novia, era ocho años mayor. Ella llevaba un vestido de lino color gris pálido, y tenía el pelo suelto y decorado con ramitas de acebo. Se le adivinaba una barriguilla redonda por debajo de las faldas, y esa barriguilla, aunque no me di cuenta de ello durante un tiempo, se convirtió en mi sobrina Susanna. Solo éramos ocho en la iglesia, nueve si contamos a Susanna, y la ceremonia acabó antes incluso de empezar, y entonces volvimos caminando a Stratford mientras Anne se lamentaba por la lluvia, que barría los campos de labor, aunque alcanzamos Henley Street antes de que arriera.

—Bien —dijo mi madre sentándose donde solía a la mesa de la cocina—, una cosa hecha.

George Bryan vomitó durante la larga espera.

—Dios misericordioso —murmuraba una y otra vez mientras le temblaba una pierna. Silvia, que estaba ayudando a Jean, observó espantada cómo vomitaba en un caldero de madera que tenía entre las piernas.

—¿Está enfermo? —preguntó Silvia.

—Siempre le pasa lo mismo —dije.

—Dios misericordioso —volvió a decir George.

Estaba vestido con una de las batas de lord Hunsdon, una prenda magnífica de terciopelo azul oscuro, de cuello ajustado y puños recubiertos con piel de lince. Su gorro también era de terciopelo azul oscuro, con pieles en el reborde y luciendo las dos plumas negras del sombrero que le había robado a deValle. Llevaba colgando una cadena de oro con un blasón. Era el duque Teseo y estaba pálido, temblando y vomitando.

John Heminges caminaba de un lado a otro por el vestuario; a veces se detenía a mirar por las cortinas que cubrían los accesos al escenario, pero no

veía nada más que sirvientes poniendo platos y copas en las mesas. Le oí farfullar su primera línea.

—¡Mal hallada a la luz de la luna, altiva Titania! —Era Oberón, rey de las hadas, y estaba vestido con calzas y camisa negras, y se cubría con una capa hecha de tejido de oro. La capa era rígida porque el hilo de oro bordado sobre la seda lo hacía difícil de manejar. La tela provenía del dosel de *lady Anne Hunsdon*, y Silvia lo había convertido en capa, añadiendo bordes de satén negro sobre los que había cosido estrellas blancas.

—No te puedes sentar encima —le había advertido a John—, porque se doblará y se quedará así.

—¿Doblar? —había preguntado él, distraído.

—¡Ni te sientes ni te arrodilles!

—¡Aquella vez que vi —dijo John Heminges agarrando la pata de conejo que le colgaba de una cadena de plata que llevaba al cuello—, aunque tú no...

*«... volando entre la fría luna y la tierra
a Cupido bien armado! Apuntóle con pericia
a una bella vestal que reinaba en Occidente,
y dejó volar de su arco certera saeta de amor».*

—¡Yo sí que tengo una saeta de amor! —rugió Will Kemp; luego agarró a Jean y la besó en los labios tal y como hacía antes de cada representación—. Pero ahora tienes a una ayudante —dijo, y cogió a Silvia del brazo, le dio la vuelta y se retiró antes de besarla—. ¡Qué demonios...!

—Alfileres, señor —dijo ella quitándose dos de los labios—. Lo lamento, suelo sostenerlos con la boca.

Silvia se había puesto los alfileres entre los labios cuando vio que Kemp besaba a Jean. Le sonrió con dulzura y se agachó para abrocharle las hebillas de los zapatos.

Kemp llevaba cuero brillante, pantalones de lana al estilo escocés, una sencilla gorra y muy buen humor.

—¡No dejéis de moveros, caballeros! —dijo—. ¡No dejéis de moveros!

—Nadie le escuchó. Aunque Kemp tampoco esperaba que lo hiciéramos.

Mi hermano le dio la espalda a la compañía e hizo la señal de la cruz.

—Tengo que mear —dijo Thomas Pope.

Richard Burbage desenvainó su espada y besó la hoja.

Y yo aparecí por el pasillo del servicio y subí las escaleras. Llevaba un abrigo verde, del color de la mierda de ganso, calzas toscas y gorro de lana. Ya no tenía el pelo largo. Jean y Silvia me lo habían cortado entre carcajadas.

—En Old Change hay un fabricante de pelucas que pagará bien por esto —dijo Jean mientras guardaba con mimo los mechones en un trapo de lino.

—¿Cuánto me darán? —pregunté.

—¿A ti? ¡A ti no te darán ni un penique! Aunque a Silvia sí le tocarán un puñado de chelines. ¡Pero a ti no!

—Dios bendito —había dicho Silvia dando un paso atrás para contemplarme—. ¡Parece que tenga diez años más!

Llevar el pelo corto se me hizo extraño al principio. El padre Laurence, al verlo, sonrió.

—¿Al fin eres un hombre, Richard? —dijo.

Ahora, al fin convertido en hombre, y esperando a que la ceremonia acabara y a que los invitados llegaran de la capilla, subí a la galería de los músicos. Phil estaba allí con sus cinco músicos. Robert, el amigo de Phil, levantó su cromorno cuando me vio a modo de saludo.

—¡Pelo corto! —dijo sorprendido.

—Me he hecho mayor —respondí.

—¿Eres Richard? —Phil fingió no reconocerme—. ¡Creó que jamás te he visto sin falda! —Su voz sonaba extrañamente sibilante.

—¿Qué te pasa en la voz? —pregunté.

—Me sacaron dos dientes ayer.

—¿Qué te ha costado?

—Cuatro peniques cada uno.

—¡Por las tripas de Cristo! —dije—. ¡Yo te lo hubiera hecho gratis!

Rio y pasó los dedos por las cuerdas del laúd.

—¿A qué viene el retraso?

—Nuestros patronos no han acabado la ceremonia, supongo.

Me incliné sobre la balaustrada. Las velas habían sido encendidas en las

mesas, los platos y cubiertos de plata brillaban y la chimenea ardía como una fragua. La tarima de la reina, con su trono de respaldo alto y mesa solitaria, quedaba bajo un distinguido dosel. Mediaba la tarde y, sin embargo, el cielo, más allá de la ventana del mirador, estaba oscuro.

—Tienes un ojo morado —dijo Phil.

—Así es.

—Eso te lo hubiera hecho yo sin cobrarte —dijo, y yo reí.

Me lo había hecho *sir* Godfrey.

—A ello —había dicho mi hermano, aunque, por un instante, nadie hizo nada.

Sir Godfrey, vacilante, había empezado a protestar, pero mi hermano no le prestó atención y envainó la espada. Nadie más se había movido, pues creían que habría violencia.

—Tiene que ser un error... —había dicho *sir* Godfrey, nervioso.

Aliento de Pescado le había gruñido a *sir* Godfrey para que permaneciera en silencio.

—¡Servimos a la reina! —había dicho aquel desafiante.

—No, no servís a la reina —dijo mi hermano con calma.

—Y acabarás preso en Marshalsea antes del mediodía —completó Cara Sudada por su gemelo.

—En este momento —dijo mi hermano, aún calmado—, el lord Chambelán está con Su Majestad. Estaréis sin empleo antes de las doce. —Y, dicho esto, le propinó a Aliento de Pescado un puñetazo en las tripas.

Fue un puñetazo fuerte, potente. Mi hermano no era un hombre robusto como Will Kemp, tampoco era ágil como Richard Burbage, pero era fuerte e implacable. Recordé cuando le vi peleando con Dick Quiney cuando ambos tenían irnos dieciséis años, y Quiney, que le sacaba una cabeza a mi hermano, acabó ensangrentado y en el suelo. Aliento de Pescado intentó devolver el golpe, pero mi hermano detuvo su puño y le dio un cabezazo. Aliento de Pescado gimoteó y se llevó la mano a la daga, y mi hermano le cogió la mano y le torció un dedo. Aliento de Pescado volvió a chillar, se oyeron un crujido y otro aullido de dolor, y entonces Cara Sudada se abalanzó desde el otro lado

de la estancia para ayudar a su hermano, y fue entonces cuando el resto intervinimos.

Sir Godfrey se había puesto en pie e intentaba apartarme para huir, así que le empujé, y él me lanzó un puñetazo al ojo izquierdo. Dolió, y me enfureció. Y siete años de rabia hicieron erupción de repente cuando le di una patada en la entrepierna y luego un rodillazo en la cara cuando se inclinó hacia delante. Sentí que le rompía la nariz. Le cogí del pelo lacio y negro, desplazando su gorra, y tiré de él hasta que su cabeza estuvo contra la pared; luego le empecé a dar puñetazos en la cara hasta convertirla en un amasijo ensangrentado y hasta que me dolieron los nudillos.

Todo acabó muy rápido. Cara Sudada había decidido luchar, pero Will Kemp era más rápido, más alto y más fuerte, y en un instante Cara Sudada se convirtió en Cara Ensangrentada.

—¡No hemos sido nosotros! —había suplicado *sir* Godfrey con los labios rotos. Estaba de rodillas y la sangre le manaba de la nariz—. ¡Ha sido Francis Langley! ¡Hablad con él!

—Lo haré —había dicho mi hermano para, acto seguido, golpear a *sir* Godfrey en la oreja—. En cuanto a ti... —dijo pasando por encima de Aliento de Pescado y dirigiéndose a Simon Willoughby. El muchacho gimoteaba.

—Es mío, Will —había dicho John Heminges.

—Déjame a mí —había exigido Will Kemp.

—¡No, es mío! —insistió Heminges.

Cara Ensangrentada intentó apartar a John Heminges de Simon, pero Alan Rust y Richard Burbage le agarraron y le lanzaron contra la pared.

—El lord Chambelán —había dicho Rust— no está contento contigo. Te envía saludos —le hundió el puño en las costillas— y te pide que no le robes a nuestra compañía.

Otro puñetazo, y luego un tercero sobre una nariz que ya estaba rota. Richard Burbage y Henry Condell, al sentirse excluidos, intentaban disuadir a Aliento de Pescado de ayudar a su gemelo apaleándole sin piedad, mientras mi hermano, de pie, miraba a *sir* Godfrey, que yacía en el suelo cubriéndose la cabeza con las manos.

—Somos los hombres del lord Chambelán —le gruñó mi hermano al acobardado sacerdote—. ¡Y no se mea en nuestro escenario!

—¡No! —lloriqueó Simon Willoughby.

Miramos hacia él y vimos al chico en el suelo y a Heminges, su maestro, de pie sobre él con un cuchillo.

—Nada de asesinatos —dijo mi hermano.

—¡No! —lloriqueó Simon de nuevo, porque Heminges le había quitado el gorro para dejar al descubierto su larga melena dorada. Heminges aferró la cabellera y tiró de ella con una mano.

—Hay gente que hace pelucas y que paga bien por las melenas rubias —había dicho.

—¡No!

—¡Deja de lloriquear! —había dicho Heminges golpeando al muchacho con el pesado pomo del cuchillo. Luego empezó a cortarle el pelo, desde la base, blandiendo la hoja sin cuidado para que el cuero cabelludo de Simon sangrara—. Quedas eximido como aprendiz —había dicho mientras trabajaba, y luego rio al contemplar el desastre en el que había convertido la cabeza de Simon—. ¿Hemos concluido?

Mi hermano echó un vistazo en torno a la atestada habitación y a los cuatro hombres apaleados y ensangrentados.

—Hemos concluido —había dicho mientras cogía el libro y el manuscrito—. Ha sido una buena mañana de trabajo, caballeros.

Reíamos mientras volvíamos Addle Hill arriba. Will Kemp tenía el brazo en torno al hombro de mi hermano.

—¡Eres un buen hombre, Will! —había rugido—. ¡Un buen hombre!

—¿A pesar de lo de Peter? —había preguntado mi hermano.

—Puede que sea un papel pequeño —dijo Will Kemp—, pero sabré sacarle partido.

—En ese caso, saquémosle partido a la obra de hoy —dijo mi hermano.

Y así lo hicimos. El último ensayo pareció contagiado por la energía del combate, por el entusiasmo, por las risas que habían recorrido Addle Hill. Éramos los hombres del lord Chambelán, y nadie se meaba en nuestro escenario.

Los primeros invitados llegaron al gran salón. Vinieron en grupos pequeños, todos vestidos de forma estrafalaria, con sedas, satén y pieles, todos reían o parloteaban, aliviados por haber sido puestos en libertad de la

capilla, en la que debía de haber hecho frío, porque la mayoría se arremolinó en torno a la chimenea. Miré desde la galería de los músicos, y vi sombreros con plumas y gorros repletos de piedras preciosas. Walter Harrison, resplandeciente con su traje negro de mayordomo y su cadena de cargo de oro, dio una palmada para convocar a los sirvientes.

—¡Vino para los invitados! —dijo—. ¡Ahora!

—Estupendo —dijo Phil—. Un público borracho. Para eso lo mismo nos da representar otra vez *La bella Em*.

Walter Harrison se volvió y miró hacia la galería.

—¡Música! —dijo—. ¡Tengamos música!

—Para eso necesitaríamos músicos —dije, y me aparté a toda velocidad para evitar un bofetón vengativo de Phil.

Volví a bajar las escaleras.

—Ya no falta mucho —dijo mi hermano cuando entré en el vestuario.

—Dios misericordioso —oraba George Bryan.

—¡Mal hallada a la luz de la luna, altiva Titania! —farfullaba John Heminges una y otra vez, deteniéndose tan solo a besar la pata de conejo que llevaba colgada del cuello en una cadena de plata.

—¿No apesta eso? —preguntó Will Kemp.

—No huele peor que tú.

—¡Caballeros! —intervino Alan Rust.

El sonido que hacían los invitados en el gran salón era cada vez más alto. Los muchachos que hacían de mujer y de chica estaban sentados en una bancada donde Jean y Silvia les embadurnaban cara, torso, manos y piernas con albayalde para que quedasen blancos. El albayalde tenía polvo de perlas para que su piel brillara a la luz de las velas. Uno a uno les pusieron carmín en los labios y luego les pusieron belladona en los ojos y se los oscurecieron con hollín y grasa de cerdo.

—Tengo que mear —gimió Thomas Pope.

—¡Has meado hace cinco minutos! —dijo Henry Condell.

—Necesito ir otra vez.

—Mea en el caldero de George —sugirió Alan Rust. George, dejando el caldero a un lado, intentaba tocar el techo con los dedos. Otra superstición.

—¿Encendemos ya las velas? —preguntó Richard Burbage mientras

estiraba los brazos.

—Todavía no —dijo mi hermano.

—¡Dios misericordioso! —se lamentó George Brian. No conseguía alcanzar el techo.

—¡Salta! —dijo Will Kemp, y George, haciéndole caso, saltó y su dedo rozó la viga.

—¡Tendrá que ser pronto! —John Heminges aferró la pata de conejo.

—La reina todavía no está en el salón —dijo Alan Rust, que fisgaba desde las cortinas de la entrada central.

Se oyeron risas estridentes en el salón, y me uní a Rust para mirar entre las cortinas. Los invitados estaban acomodándose en sus asientos mientras los criados servían vino. El escenario estaba oscuro. La gente no hacía más que mirar hacia él, pero todo lo que veían eran las dos pesadas cortinas que colgaban de la galería de los músicos, una ocultando el tercio derecho del escenario y otra ocultando el izquierdo. Cada una de ellas tenía pintadas un par de columnas a ambos lados de un nicho también pintado en el que había sendas estatuas, también pintadas. Las cortinas estaban ahí para dar la impresión de ser un palacio ateniense, y para esconder los arbolillos cubiertos de gasa.

Uno de los sirvientes entró por la puerta que daba al pasillo del servicio.

—Ya llega —susurró—, ya llega.

—¡Cristo bendito! —se lamentó George Bryan. Se sentó en el baúl de los vestidos y empezó a bambolearse con las manos agarradas en aparente oración.

—¡Tom, Percy! —gritó mi hermano—. Encended las velas.

Tom y Percy eran sirvientes en casa de lord Hunsdon, pero ese día serían nuestros ayudantes. Cada uno de ellos encendió una varita con las velas del vestuario, y ambos salieron por las puertas cortinadas. Había cincuenta velas a cada lado del escenario: todas ellas eran grandes cirios de más de tres pies de altura, todas ellas carísimas, hechas de cera de abeja para que a la reina no le incomodase el hedor a sebo.

—¡Dinero! —se había lamentado lord Hunsdon cuando llegaron los cirios—, solo es dinero.

—Les diré a los músicos que está al llegar —dije, y sin esperar una

respuesta salí por la puerta de atrás, corrí escaleras arriba y llegué a la galería, solo para oír a los trompeteros de la reina anunciar su llegada antes de que pudiera decir nada. Los invitados, en el salón, se pusieron en pie, los hombres se inclinaron y las mujeres hicieron sus reverencias. Los músicos de Phil dejaron de tocar.

¡La reina virgen! Isabel entró en el salón vestida de brillante blanco, blanco de seda y satén, su cabello rojo coronado por un reluciente tocado de plata sobre el que brillaban rubíes. Llevaba una holgada estola de armiño sobre los hombros que no ocultaba la piel blanqueada de su pecho, sobre el que refulgían diamantes. Caminaba con parsimonia, con la cabeza alta, sin hacer gesto alguno de reconocimiento a los invitados, pero dejándose guiar por su primo, lord Hunsdon, hacia su tarima. Se había afeitado la parte delantera del pelo para adquirir y lucir esa frente alta que estaba de moda, y tenía el rostro blanqueado y liso bajo los bucles de color rojo intenso de sus espesos rizos.

—¿Es una peluca? —me susurró Phil al oído.

—Claro que lo es —susurré—, es lo bastante mayor como para ser tu abuela.

—Si fuera mi abuela —dijo—, yo sería príncipe de Gales.

—Que Dios asistiera a los galeses —dije.

Las damas de compañía de la reina la seguían, y detrás de aquellas cuatro mujeres venían la novia y el novio, ambos eclipsados por la monarca. La novia estaba preciosa, vestida de amarillo pálido con tintes púrpura, mientras que el marido vestía de azul oscuro. Los seguían las familias de la pareja. Todos se detuvieron, y los hombres se inclinaron cuando la reina subió los dos escalones alfombrados que llevaban a su mesa solitaria.

—¿No deberías estar haciendo algo de ruido? —le pregunté a Phil.

—Hasta que la abuela no se siente, no —dijo.

Los dos sirvientes seguían encendiendo cirios, que iluminaban lentamente el escenario y sus tapices pintados. La reina se sentó y los músicos de Phil empezaron a tocar de nuevo, en bajo al principio, a medida que los invitados volvían a sentarse y el murmullo de las conversaciones estallaba de nuevo. Permanecí en la penumbra, observando, intentando ignorar el nervioso latir de mi corazón cada vez que pensaba en salir a escena. Se sirvió más vino, y se

llevaron a las mesas bandejas de plata repletas de manjares. Los familiares de la novia y el novio tomaron asiento, y la novia observó expectante el escenario vacío. Lord Hunsdon estaba inclinado junto a la silla de la reina, escuchando. Le vi erguirse, volverse y asentirle a Walter Harrison, quien, a su vez, habló con Percy, el sirviente que estaba encendiendo los cirios a la izquierda del escenario.

—Vamos a empezar —le dije a Phil.

Percy acabó de encender los últimos cirios y desapareció bajo la galería. Sonaban risas en el salón, voces a medida que menguaba el vino en las jarras de plata. Oí pasos en las escaleras, y luego se abrió la puerta y John Heminges entró en la galería.

—Ya podemos empezar —le dijo a Phil. Heminges, habiéndose quitado la rígida capa de hilo de oro, se acercó a mí y contempló al resplandeciente y enojado público del salón—. Que Dios nos asista —dijo en voz baja.

La música cesó. Hubo silencio en la galería unos segundos, y luego el tamborilero empezó a golpear lentamente el mayor de sus instrumentos. El sonido reverberó en el salón, y después de una docena de golpes el público estaba en silencio. Entonces se levantó el trompetero e hizo su filigrana musical, que se fue difuminando para dejar que Phil y el resto de los músicos dieran comienzo a un dulce y melódico baile. Y, bajo nosotros, los muchachos de la casa y las hadas de la compañía salieron al escenario a bailar. No se decían palabras, tan solo estaban los chiquillos bailando al son de la música; mientras tanto Percy y Tom acababan de subir a la galería y empezaban a tirar de las cuerdas que levantaban las pantallas en las que había pintado un bosque deslumbrante.

Fue idea de Alan Rust empezar la obra con un baile sin palabras, un baile que hiciera que el público guardara silencio, un baile que se pareciera al de una mascarada, algo que apuntara al hecho de que habría magia. La danza no duraba mucho, pero funcionó, porque pude ver al público contemplando a los bailarines en silencio. El baile fue interrumpido por un repentino estruendo cuando el percusionista golpeó su tambor con fuerza y las dos pantallas volvieron a bajar para mostrar que, ahora, estábamos dentro de un palacio. El caer de las cortinas hizo que las llamas de los cirios más cercanos temblaran, aunque ninguna se apagó. Los bailarines, descalzos, salieron por las puertas

izquierda y derecha, y se oyeron pesadas pisadas cuando los actores accedieron al escenario por la gran puerta central. George Bryan, quien tan solo un instante antes había estado temblando aterrorizado, que había vomitado su nerviosismo, ahora avanzaba con la cabeza alta y la voz plena de confianza.

—Y ahora —dijo—, dulce Hipólita, se acerca la hora de nuestras nupcias...

*«... cuatro días dichosos que traerán otra luna.
Pero, ¡ay!, pienso... qué despacio esta...».*

Habíamos empezado.

George Bryan y Thomas Pope daban comienzo a la obra. Pope era otro de los socios, un hombre callado y modesto que solía hacer papeles de hombre mayor. Había comprado su parte de la compañía al morir su padre, un mercader de lana puritano que odiaba el teatro.

—Cada vez que salgo a escena —le gustaba decir a Thomas—, se revuelve en su tumba.

Él hacía de Egeo en *El sueño de una noche de verano*. Egeo era el padre de Hermia, y empieza la obra quejándose de su hija. Quiere que se case con Demetrio, pero Hermia está enamorada de Lisandro, quien, según Egeo, «embujó el corazón de mi hija». Acusa a Lisandro de cantar bajo la ventana de su hija y de colmarla de regalos: un brazaletes hecho con mechones del pelo de Lisandro y con «anillos, adornos, caprichos, baratijas, ramilletes y confites». Así que Egeo exige justicia. Apela al duque para que, o bien obligue a Hermia a casarse con Demetrio o, según dicta la ley de Atenas que se había inventado mi hermano, sea condenada a muerte por desobediencia.

Nuestro público, en el gran salón, resolló ligeramente cuando Thomas Pope dijo la palabra «muerte». Era buena señal. Estaban escuchando. Ciertamente, algunos escuchaban solo porque temían contrariar a la reina, pero aquel

audible resollar significaba que muchos ya habían quedado atrapados por la historia que se desarrollaba en el escenario.

Hubiera sido distinto en el Teatro. Al público más ordinario le gustaba hacernos saber sus opiniones, y no tengo duda de que hubieran protestado a gritos ante la terrible sugerencia de Egeo de que su hija debía ser ejecutada por negarse a contraer matrimonio con Demetrio. Al público de los corrales de comedias le gusta comunicarse con el escenario o discutir entre ellos sobre lo que están viendo, pero eso era menos común en salones como aquel, iluminados por velas. Hay un arte concreto a la hora de actuar en un corral de comedias. No podemos fingir que los espectadores no están ahí: están a nuestro alrededor, los que están más cerca a veces se sientan en el escenario, y otros se apoyan en él, posan sus botellas de cerveza y cascan avellanas sobre los tablones, así que muchas veces les hablamos directamente a ellos, les hacemos guiños, pero siempre intentamos estar un paso por delante de ellos.

—¡Moveos continuamente! —suele gruñir Alan Rust antes de salir al escenario—. ¡No les dejéis espacio!

A Will Kemp le encanta darles espacio, porque considera cualquier comentario del público como un reto, como una lucha de ingenios que está convencido de ganar. Incluso es capaz de detener la obra para intercambiar pullas con el público, mientras le vitorean los muchos que solo vienen a disfrutar de sus soeces salidas. Mi hermano odia que Kemp empiece a inventar frases, pero no puede hacer nada, porque Kemp es muy querido. Mientras tanto, al resto de nosotros se nos anima a seguir con nuestras partes con rapidez y naturalidad.

—No hables como un pregonero —les gruñe mi hermano a los actores que ralentizan los ensayos para enfatizar mucho las palabras.

—No les deis tiempo de pensar —nos dice James Burbage—. ¡Guiadlos por la nariz, como a los toros, o empezarán a tirar cosas!

Salí de la galería y volví al vestuario. La escena inicial estaba yendo bastante bien, pero el público empezaba a ponerse nervioso cuando Hermia y Lisandro tramaban su huida, y Helena, enamorada de Demetrio, juraba traicionarlos y desvelar sus planes. Era una escena larga, y desde el vestuario pude oír las toses del público, siempre una señal de que empezaban a perder interés. Escuché con atención a Alexander Cooke, que hacía de Helena, y oí

las frases que me indicaban que la escena estaba tocando a su fin.

*«No mira el amor a los ojos, sino a la mente;
Por eso, el cupido alado ciego es representado...»*

Me dirigí a la entrada derecha. Will Kemp ya estaba allí y me dedicó un asentimiento. Éramos los mecánicos, los torpes artesanos que habrían de representar una obra para el duque y su novia. Cinco de nosotros entraríamos por el acceso derecho del escenario, mientras que solo Peter Quince entraba por la izquierda.

—Vamos a despertar a esos sodomitas —nos gruñó quedamente Will Kemp—. ¡Disfrutadlo!

Oculto detrás de la cortina de entrada, sentí el miedo. El miedo de olvidarme de las palabras, de que se apoderara de mí un pánico ciego.

—Si no tienes miedo —me dijo una vez Richard Burbage—, no eres actor.

Tenía miedo. De pronto casi deseé estar en cualquier lugar que no fuera aquel salón con un público que me intimidaba.

Helena acabó su discurso prometiéndose volver a conseguir el amor de Demetrio. Salió por el extremo del escenario, y Will Kemp, percibiendo que había que sacudir al público, apartó la cortina a un lado y saltó al escenario. Tom y Percy, en la galería, dejaron caer los tapices que ocultaban las columnas pintadas. Una vez más, las llamas de los cirios bailaron enloquecidas cuando las pantallas, ambas hechas de simple tela marrón, ocuparon su lugar. El sencillo color marrón sugería que estábamos en el interior de alguna estancia, pero que ya no nos encontrábamos en el palacio. Aparecimos entre las nuevas telas, emergiendo a la luz de las velas con nuestros deslustrados atuendos. Percibí que Kemp quería sorprender al público, despertarlo y hacerlo reír, pero fue mi hermano el que alteró los ánimos en el gran salón.

Entró en el escenario lentamente y con expresión confundida. Nos ignoró, miró hacia un lado y otro del salón y esbozó un gesto de mayor confusión aún. Luego hizo una pausa tan larga que James Burbage, que hacía de apuntador

porque Isaiah seguía enfermo, le susurró su primera frase. Mi hermano ignoró el susurro. Siguió mirando al público, en apariencia sorprendido, y entonces sus ojos se abrieron al máximo cuando miró directamente a la reina y, al fin, dijo su primera línea, no a nosotros, sino al público, y habló en un tono de absoluto desconcierto.

—¿Está aquí la compañía al completo?

Rieron. No fueron carcajadas de compromiso, sino una auténtica explosión de disfrute, casi de alivio. Nuestro público, temiendo ser obligado a sufrir una ordalía de dos horas, acababa de darse cuenta de que, quizá, disfrutara. Ya no necesitábamos la presencia de la reina para mantener su atención. Los teníamos en nuestras manos.

Salimos del escenario entusiasmados. La obra quizá hubiera empezado con lentitud, pero los mecánicos habían animado al público. Nos alimentamos de su disfrute, y nos insuflaron una energía de la que habían carecido los ensayos. Yo había chillado fingiendo terror al decir la frase que tanto me había enfurecido la primera vez que la leí:

—¡No, por piedad, no me hagáis actuar de mujer!

No era mi intención chillar, me salió así, y el público rio. Y siguieron riendo, hasta el punto de que Will Kemp tuvo que hacer una pausa durante su imitación de un león rugiendo. Peter Quince acababa de darle el papel de león a Snug, pero ese era el papel que quería Nick Bottom.

—¡Deja que yo haga también de león! ¡Rugiré!

Y, por supuesto, rugió dirigiéndose al público, que le recompensó con risas, así que Kemp, de forma natural, tuvo que elaborar sus frases para añadir más rugidos. Mi hermano le interrumpió para volver al guión, pero nadie se dio cuenta. Les gustábamos y, mientras salíamos del escenario, después de prometer que nos veríamos de nuevo para ensayar la obra en aquel bosque a las afueras de Atenas, todos sonreíamos.

La música empezó y cogí unas tijeras. Tom y Percy habían encendido las velas, pero tenían que permanecer en la galería, por lo que dos de los mecánicos salimos por la derecha del escenario y dos por la izquierda, para cortar las velas, retirando el exceso de cera para que la luz fuera más clara e

intensa. Los invitados charlaron y bebieron hasta que el tambor y la trompeta anunciaron que la obra se reanudaba. Los dos sirvientes de la galería tiraron de las colgaduras, y volvió a aparecer el bosque con sus destellos de luz verde. Alan Rust volvió a aparecer vestido de verde, hasta su rostro estaba tintado de ese color. Jean había estado días cociendo hierba y genista para hacer un tinte verde que pudiera mezclarse con el albayalde. Además, le había añadido unas soberbias pestañas negras. Puck, de aspecto ridículo, entró con pompa de dignatario y el público aplaudió.

—¡Oh, espíritu! ¿Hacia dónde te diriges? —dijo, y el salón se sumió en el silencio para escuchar la obra.

—¡No! —lloriqueó Bobby Gough de pronto en el vestuario. Me volví y comprobé que uno de los niños le había pisado la real capa, Bobby había dado un paso en ese momento y, ahora, el atuendo blanco de Titania estaba rasgado desde el hombro hasta la cadera.

—¡Cristo misericordioso! —siseó Silvia—. ¡Ven aquí!

—¡Tengo que salir! —se lamentó Bobby.

—Saldrás a escena cuando yo te lo ordene —dijo—. Y no enredes. Y tú —miró a su sobrino, que, vestido de hada, esperaba para seguir a Titania—, no te hurgues la nariz. —Sacó una aguja ya enhebrada que llevaba clavada en el delantal—. No te muevas —le dijo a Bobby, y vi que la aguja se movía como una centella rasgón abajo. Jean corrió a ayudar, arreglando el dobladillo bajo con más hilo.

—¡Hazte a un lado, hada! —dijo Puck—, ¡aquí viene Oberón! —Y aquí mi dueña— repuso el hada desde el escenario. Silvia cortó el algodón con los dientes y le dio una palmadita a Bobby en el trasero.

—¡Vamos, dueña! —dijo Silvia—. ¡Sal!

Hubo otro suspiro de asombro cuando Oberón y Titania, junto con sus séquitos de hadas, entraron en escena. Los actores resplandecían, brillaban, eran apariciones de plata y oro. Entonces discutieron, y el público les concedió el mayor de los elogios: permaneció en absoluto silencio. No crujió ni una silla, no chocó ni un plato ni una copa, no hubo toses, nada. El escenario estaba repleto de seres mágicos que brillaban a la luz de los cirios. El rey y la reina de las hadas estaban el uno frente al otro, discutían sobre el niño indio, hasta que Titania, representada con repentina confianza por Bobby, rechazó la

petición del rey y salió, altanera, del escenario. Acto seguido Oberón, rojo de ira, llamaba a Puck:

—¿Recordarás... —le dijo a Puck.

*«... que una vez me senté en un promontorio
y oí a una sirena que cabalgaba a lomos de un delfín?
Esta entonaba tan dulces y armoniosas melodías
que el mar bravío se tornó calmo con su canto
y algunas estrellas saltaron alocadas de sus esferas,
con tal de oír la música de aquella dama del mar».*

Y deseé que el padre Laurence pudiera haber escuchado a John Heminges decir aquellas palabras, porque fluyeron como la mismísima música de la sirena, como una melodía de ritmo pausado, y el público seguía en silencio, hechizado por la poesía. Incluso en el vestuario nos quedamos en silencio e inmóviles a medida que la magia del escenario nos envolvía.

—Lo recuerdo —dijo Puck.

entonces Oberón le ordena a Puck que encuentre la flor púrpura de la que habrá de sacar el jugo mágico que, al ser derramado en los ojos de quien duerme, hará que este se enamore de la primera criatura que vea. La venganza de Oberón contra la terca Titania sería derramar el jugo de esa flor sobre sus párpados, y sabía perfectamente dónde encontrarla:

*«Sé dónde está su lecho, donde crece el tomillo salvaje,
donde florecen las primulas y las violetas».*

Y en aquel lugar, en el que sabía que ella dormía, Oberón le empararía los párpados y:

*«Y al primer ser que vea cuando despierte,
sea león, oso, lobo o toro,
sea mono travieso o simio incansable,
habrá de seguirle con el alma impregnada de amor».*

Y así urde Oberón su venganza, pero esta se ve interrumpida por la llegada de Demetrio y Helena desde Atenas.

—¡Soy invisible! —le dice Oberón al público y, por asombroso que parezca, ni uno solo de los invitados rio ante tal afirmación. A nadie pareció resultarle improbable; en su lugar, permanecieron en silencio observando a Oberón mientras este, invisible para Demetrio y Helena, escucha lo que discuten los enamorados.

—¡Está yendo muy bien! —me susurró Bobby Gough con el rostro brillante de polvo de perlas. Parecía sorprendido.

Le abracé.

—Lo estás haciendo muy bien —le dije.

era cierto. Todos nosotros habíamos estado muy preocupados por Bobby: temíamos que fuera demasiado joven para un papel tan importante, pero en su primera escena había dotado a Titania de una taimada autoridad. Era consciente de que no podía rivalizar con el Oberón de Thomas Pope, ni en estatura ni en dignidad, así que había adoptado un registro seductor e insinuante. Los hombres del público, al verle, olvidaron que era un muchacho. Era una diosa, la reina de las hadas, delgada, bella, deseable y taimada.

—¡No te amo! —le gruñó Demetrio a Helena, y ella le suplicó, recordándole que una vez la había amado, pero Demetrio está enamorado de Hermia, así que se va del bosque desdeñando a Helena.

Oberón, invisible, que ha permanecido en silencio durante la discusión, se revuelve y jura que castigará a Demetrio por su desalmado proceder. Usará el jugo de la flor mágica para obligar a Demetrio a amar a Helena, así que le ordena a Puck que busque al inmaduro personaje.

—Le conocerás —le dice a Puck— por el atuendo ateniense que viste.

Puck, habiendo dado con Demetrio, utilizará el líquido mágico de la flor.

—No temas, mi señor, pues tu servidor hará lo que pides.

Puck y Oberón dejaron el escenario, y Phil, sobre nosotros, empezó a tocar una lenta melodía lírica, todo flauta y cuerda, todo delicadeza. Los niños pequeños de la casa salieron corriendo al escenario y empezaron a bailar. Dos de los aprendices de la compañía, también vestidos de hadas, tenían que cargar con el lecho de Titania hasta el escenario, donde crece el tomillo salvaje. Era una mesa muy baja, con las patas de apenas cinco pulgadas de alto, sobre la que había ramilletes de espino hechos de tela y flores de pétalos blancos. Los chicos estuvieron a punto de arrancar la cortina de entrada cuando se enganchó con uno de los clavos de la mesa, pero Alan Rust corrió en su auxilio y tiró de la cortina hacia atrás. Los muchachos, que hacían de las hadas Polilla y Telaraña, lograron acarrear la mesa hasta el centro del escenario. Allí dormiría Titania, pero, antes, todos los muchachos cantaban.

—Dios mío —farfulló mi hermano—, está funcionando.

Silvia se acercó a la entrada de la derecha y movió la cortina un par de pulgadas para ver a los niños que bailaban y cantaban.

—¡Qué bonito! —susurró. Se volvió y vi la luz de los cirios reflejándose en sus ojos—. ¡Qué bonito! —volvió a susurrar.

Me puse detrás de ella, le posé las manos en los hombros y observamos juntos mientras el baile, poco a poco, iba acabando, y un hada tras otra dejaba el escenario hasta que, al fin, Titania se rendía al cansancio y se dejaba caer sobre un lecho de violetas y tomillo salvaje. La música fue perdiendo fuerza a medida que se quedaba dormida, hubo un latido de silencio y entonces Oberón apareció por el otro extremo del escenario. Avanzó lentamente y en silencio hacia su reina durmiente, y juro que hubiéramos podido oír chillar a un ratón en el gran salón.

Entonces Oberón se detuvo sobre su reina; el público resolló mientras estrujaba la flor sobre los ojos de Titania y luego contuvo la respiración cuando se movió. Giró y gimoteó mientras dormía, Oberón se quedó helado, pero ella no llegó a despertar. El salón estaba en silencio, en absoluto silencio. El rey de las hadas sonrió mientras dejaba caer las gotas mágicas sobre los párpados.

—¡Despierta —le ordenó a Titania— cuando una criatura vil esté cerca!

Moví la cortina un poco y miré hacia el lugar del salón donde la luz del

fuego era más intensa. La reina estaba inclinada hacia delante, sin perder detalle, sus labios de color rojo intenso ligeramente separados, sus ojos muy abiertos y brillando como si hubieran sido rociados de belladona.

Y empezó la confusión.

Hermia está enamorada de Lisandro.

Lisandro está enamorado de Hermia.

Demetrio está enamorado de Hermia.

Helena está enamorada de Demetrio.

nadie ama a Helena.

Pero Oberón está resuelto a que Helena obtenga el amor de quien su corazón desea, así que le ordena a Puck que deje caer el jugo mágico sobre los ojos de Demetrio. Puck debe reconocer a Demetrio por su atuendo ateniense, que, aquella tarde de invierno en Blackfriars, eran las calzas de tela de plata sobre las que Henry Condell vestía algo parecido a una toga romana. Richard Burbage, representando a Lisandro, llevaba un jubón negro y calzas negras sobre las que también vestía una especie de toga. Puck, al ver a un hombre durmiendo y envuelto en una toga, derramó el jugo de la flor sobre sus ojos, solo que el líquido cayó sobre Lisandro y no sobre Demetrio. Lisandro, que duerme junto a su amada, Hermia, se despierta y ve a Helena, que acaba de toparse con los enamorados dormidos.

Ahora Lisandro está enamorado de Helena.

Helena está enamorada de Demetrio.

Demetrio lo está de Hermia.

Hermia lo está de Lisandro.

Y, por si aquello no fuera lo bastante confuso, los mecánicos ensayamos nuestra obra en el mismo bosque, iluminado por la luna, en el que Titania duerme, y donde, no muy lejos, los cuatro enamorados atenienses también descansan. Puck ha descubierto nuestros ensayos, pero, al igual que su señor, Oberón, puede hacerse invisible, así que no le vemos. Ensayamos, y Nick Bottom sale del escenario y se mete entre unos arbustos, que en este caso no es sino el vestuario, donde Puck, por arte de magia, transforma su cabeza en la de un asno. Will Kemp se caló la cabeza hecha de mimbre y piel de conejo y volvió a escena.

El salón, en el que retumbaban las risillas mientras ensayábamos *Píramo y*

Tisbe, estalló en carcajadas cuando Will volvió.

Quienes estábamos en el escenario huíamos horrorizados, dejando a Nick Bottom, ajeno a su monstruosa cabeza, que fuera de un lado a otro ante la mesa en la que duerme Titania. Nick Bottom canta para sí.

Titania se despierta.

Se yergue, se estira, bosteza, oye cantar a Nick Bottom, le ve caminando y se detiene.

Le mira, con los ojos abiertos al máximo. El público, que ya sabe lo que le va a pasar, ríe expectante. Fue una risa nerviosa, pero tenía la cadencia del estallido de carcajadas que estaba a punto de darse. Era como la cuerda tensa de un arco, sostenida junto a la oreja, temblando con una potencia inmensa y lista para ser soltada.

Nick Bottom sigue cantando. Entonces Titania, que contempla embelesada al andrajoso plebeyo con cabeza de asno, habla:

—¿Qué ángel me despierta del lecho florido?

Y el gran salón estalló en carcajadas. La reina, siempre tan firme en su dignidad, reía tanto como el resto. La novia tenía las manos entrelazadas delante de la boca, los ojos fijos en el escenario y un gesto de absoluto deleite en el rostro.

Will Kemp estaba en su Olimpo.

En una ocasión, un par de años antes de representar *El sueño de una noche de verano*, y en un tiempo en que mi hermano aún me hablaba sin desprecio, media docena de nosotros habíamos ido a la taberna El delfín después de nuestra primera representación de *Ricardo II*. La obra había ido bien, y mi hermano estaba de buen humor y se mostró generoso. Nell, la bella pelirroja, se había sentado a su lado y había dejado que la envolviera con su brazo. Mi hermano había pedido ostras y cerveza, pero no había dicho gran cosa, salvo a la gente del público que se había acercado a nuestra mesa para darle la enhorabuena. Fue cortés con ellos, aunque tampoco los animaba a que se entretuvieran demasiado. Estaba feliz.

La conversación era estridente mientras los actores revivían sus momentos sobre el escenario. Augustine Phillips había hecho el papel de Ricardo, y reía

porque a punto había estado de olvidarse de algunas frases.

—¡Me entró el pánico!

—Pues no lo parecía —dijo alguien.

—¿Qué frases? —preguntó mi hermano.

—«Porque el tiempo ha hecho de mí su reloj» —recitó Augustine.

a mi hermano, siempre reservado, aquella frase le sirvió de acicate. ¿Habíamos visto el reloj de Su Excelencia en Somerset House?, había preguntado, pero ninguno de nosotros lo habíamos visto. Nos lo describió: una maravillosa invención compuesta de ruedas y aros, cadenas y engranajes, que movían una aguja sobre un disco en el que había números pintados que marcaban la hora. Para hacer que funcionara el reloj, había dicho, era necesario que una pesa ascendiera, y luego esta pesa, al ser soltada, bajaba lentamente activando el intrincado mecanismo que se ocultaba tras la superficie.

—Ocurre lo mismo con una obra de teatro —había dicho.

Will Kemp había reído.

—¡Y una mierda, Will!

—¡Es cierto! —había dicho mi hermano mientras con la mano derecha acariciaba el cabello de Nell.

—¿Y en qué modo, mi querido poeta demente, se parece una obra de teatro a un reloj? —había preguntado Will Kemp.

—Porque nos pasamos la primera parte de la representación tirando de la pesa hacia arriba —había dicho mi hermano—. Presentamos la escena, creamos confusión, enredamos las vidas de nuestros personajes, sugerimos traición o establecemos enemistades, y luego dejamos caer la pesa y todo se desenmaraña. La aguja se mueve por el disco. Y eso, amigo mío, es una obra de teatro. El movimiento delicado de la manilla del reloj, el desenredo.

Will Kemp, siempre dispuesto a despreciar lo que fuera, había asentido y alzado su jarra de cerveza.

—¡Por los desenredos!

Y así, cuando cortamos las mechas de las velas por tercera y última vez, habíamos desenredado la obra. Se había dado una espectacular batalla entre Hermia y Helena, un combate ante el que nuestro público no dejó de reír; se habían desnudado espadas, ya que a la gente le encantaba ver exhibiciones de

esgrima en el escenario, pero después de la lucha y de la ira la confusión de los enamorados se había resuelto, y cuando cortamos las mechas por última vez, Hermia estaba enamorada de Lisandro, Lisandro estaba enamorado de Hermia, Helena estaba enamorada de Demetrio y Demetrio lo estaba de Helena. El padre de Hermia, que había empezado la obra exigiendo la muerte de su hija, ahora estaba de acuerdo en que se casara con Lisandro. El duque Teseo e Hipólita se casarían, Hermia y Lisandro se casarían y Helena y Demetrio se casarían. Titania, liberada de su devoción por Nick Bottom, se volvía a unir a Oberón. Era día de bodas. Eran bobadas, felices bobadas, enamorados empapados en luz de luna, espuma, y habíamos llegado al alegre final.

Solo que la obra no había concluido. La pesa aún no había tirado de la cadena hasta abajo, el reloj seguía moviéndose, así como la manilla. La confusión de los enamorados se había desenmarañado, pero aún quedaba algo más, y, justo antes de que los músicos de Phil tocaran música para entretener al público mientras cortábamos las mechas, Nick Bottom, ahora una vez más con los demás mecánicos, anunció que iríamos al palacio del duque con la esperanza de representar su obra: *Píramo y Tisbe*.

—Y, queridísimos actores —nos rogaba Nick Bottom al resto de nosotros —, no comáis ni cebollas ni ajos, pues nuestro aliento ha de ser dulce en extremo, y no tengo duda de que les oiré decir que es una dulce comedia. Y basta de palabras. ¡Vamos! ¡Vamos!

Me quité el abrigo de color mierda de ganso, me quité las botas, los pantalones y las calzas y me ajusté los falsos pechos, que eran bolsas de lino rellenas de fieltro y endurecidos con mimbre para que botaran de modo poco natural. Eran grandes, mucho más grandes que cualquiera de los que había llevado en otras ocasiones. Silvia me los ató a la espalda, luego me restregó pasta de rubia en los labios. No habría albayalde para Tisbe. Éramos artesanos haciendo de actores, y debíamos lucir un aspecto grotesco, no bello. Yo sería Tisbe, iría descalzo y con las piernas al aire, aunque, como es lógico, no me había afeitado las piernas ni la cara, mostrando una oscura barba de un día. Silvia me trajo el vestido, un atuendo sencillo de lino color paja atado a

la cintura con una faja de color azul claro. Rio.

—Qué guapa estás, Richard Shakespeare.

—No, por piedad —dije mientras me calaba el vestido por la cabeza—, ¡no me hagáis actuar de mujer! —Me coloqué un trapo de color rojo chillón sobre los hombros como si fuera un chal.

Ya era de noche en el exterior. La oscuridad llega pronto en febrero, y la alta ventana del mirador al fondo del salón se veía negra. La música era vivaz, como correspondía al final de una obra. En el salón los sirvientes alimentaban el fuego, servían vino y cortaban velas sobre las largas mesas. La gente reía y hablaba, pero se hizo el silencio cuando la música cesó, el tambor resonó y trinoó la trompeta para anunciar que la obra continuaba. El duque Teseo, con su novia y sus cortesanos, salió a escena.

Me senté para escuchar el diálogo que estaba teniendo lugar en el escenario mientras Jean me traía la peluca. Rara era la vez que usábamos pelucas en el Teatro, eran terriblemente caras, delicadas, y solían hacerse pedazos enseguida. Pero aquella peluca era una monstruosidad. Estaba hecha con los pelos de la cola de un caballo gris, teñida de un amarillo bilioso, y luego tratado con cera para que los pelos sobresalieran convertidos en púas desaliñadas. Silvia rio, los niños que hacían de hadas también, y todo el mundo en el vestuario sonrió cuando Jean me caló la peluca.

—¿Qué tal te encuentras con ella? —me preguntó.

Asentí y tiré ligeramente de un mechón de pelo amarillo.

—Parece firme —dije.

—¿Preparado? —preguntó mi hermano en voz baja.

—Preparado —dije.

Le cogí la mano a Silvia, se la besé y me dirigí a la gran entrada principal.

Las bodas de la obra habían concluido, y ahora, las parejas recién casadas esperaban en el salón del duque al entretenimiento nocturno. Las colgaduras pintadas cayeron de nuevo, ocultando el bosque verde y mágico, se habían colocado bancos a la derecha del escenario y las tres parejas de recién casados, sentados, exigían entretenimiento.

—Hay una obra de teatro, milord —dijo Filóstrato, el maestro de ceremonias del duque—, de unas diez palabras de largo. Es la obra más corta que yo conozca. Pero aun siendo diez palabras, resulta demasiado larga.

—¿Quiénes son los actores? —preguntó el duque.

—Hombres de manos callosas que trabajan en Atenas y que nunca han ejercitado la mente hasta ahora.

—¡Oigámoslos! —dijo el duque.

—¡No, mi noble señor, no es para Su Excelencia!

Pero los duques, como las reinas y los chambelanes, obtienen lo que quieren, así que los mecánicos de Atenas, hombres de manos callosas, un tejedor, un carpintero, un reparador de fuelles, un sastre y un buhonero, presentaron su obra. Y si antes había habido risas, y habían sido muchas, no fueron nada comparadas con las carcajadas que recibieron *La dolorosísima comedia y la crudelísima muerte de Píramo y Tisbe*.

Empezó con el prólogo torpe, tartamudeado y agonizante de mi hermano. Observé a la reina a través de una apertura en la cortina y la vi sonreír. ¿Cuántas veces habría ido a una de las ciudades de su reino solo para que un alcalde nervioso la recibiera con un discurso preparado? ¿Y cuántas veces ese hombre, demasiado nervioso, había enredado sus grandilocuentes palabras y había extraviado el sentido de ellas? El prólogo de Peter Quince era lo mismo: una introducción desastrosa para una obra absurda. Y cuando el prólogo concluyó, nosotros, los actores, fuimos presentados uno a uno.

Will Tawyer, el trompetero de la banda de Phil, salió a escena el primero e hizo su filigrana trompetil. El público esperaba que, al sonar la fanfarria, apareciese un nuevo personaje, pero no salió nadie. Hubo risas nerviosas en el salón, ya que el público sospechaba que algún actor se había olvidado de aparecer en escena, entonces Tawyer tocó la trompeta por segunda vez y Will Kemp entró trastabillando al escenario como si alguien le hubiera empujado. Ya no era Nick Bottom, sino Píramo. Llevaba una coraza mal ajustada que le colgaba por encima de la tripa, una espada de madera colgada del cinturón y un casco abollado. Recuperó el equilibrio y adoptó una pose heroica. La risa rompió contra el escenario como una ola.

Un segundo trino de la trompeta introducía a Tisbe. Avancé despacio, avergonzada y modesta, observando al público con timidez y mirando en dirección opuesta al instante, con las manos enlazadas para esconder mi bello rostro, con los pechos bamboleándose, y provocando estridentes estallidos de risa en el salón.

Mi hermano tuvo que detener su discurso hasta que se calmó el jaleo. Will Kemp, por supuesto, alimentaba las risas haciendo que se acicalaba, pero dudo que a mi hermano le importase. Al fin sonó otro trino que hizo que entrara en escena Richard Cowley. Él hacía de Tom Snout, el buhonero, aunque en *Píramo y Tisbe* hacía de muro. Llevaba un vestido ancho que Jean había pintado semejando un calicanto. Alargó los brazos, puso cara de tonto, y allí, colgando, apareció el muro. Oí que una mujer casi se ahogaba de la risa. Jadeaba intentando respirar, graznaba entre bocanada y bocanada, y los graznidos hacían que el resto del público riese más y más.

Peter Quince aportó una pizca de calma haciendo que John Sinklo apareciera. Él era Luz de Luna, porque los mecánicos estaban preocupados de que no hubiera la luz suficiente como para iluminar *Píramo y Tisbe*, así que se habían traído su propia luna. John, vestido con una túnica negra como la noche sobre la que Silvia había cosido lunas en cuarto creciente, llevaba un pequeño seto de espino, un candil y a César, el perrito de *lady* Hunsdon, de una correa.

El último en aparecer fue John Duke, que hacía de León. Vestía un atuendo hecho de piel de conejo, y en la cabeza llevaba una flácida máscara, también de piel de conejo, de la que salían grandes colmillos. También tenía unos guantes a los que se habían cosido unas garras. Hizo un lamentable gesto amenazante con las garras de madera, lo que provocó que César ladrara furioso. Y el duque, que tenía aversión a los perros, dio un respingo a un lado.

Estábamos ridículos, y nuestra obra, por supuesto, era igual de ridícula. Me pregunté si mi hermano recordaba *Dido y Acerbas*: hacía tanto de aquello... En aquel interludio, su primer trabajo, había intentado hacer que el público llorara de pena cuando Dido se lanzaba a las llamas, y en su lugar le había hecho llorar de risa. Ahora volvía a hacer llorar al público, pero de disfrute y júbilo. La historia de *El sueño de una noche de verano* había concluido, los enamorados se habían encontrado los unos a los otros y se habían casado, y todo lo que estábamos haciendo ahora era celebrar su amor y su felicidad contándoles una historia de amor truncado y triste muerte.

Píramo y Tisbe debían verse en secreto, porque sus dos familias eran enemigas y se oponían a su amor. La historia proviene del poeta latino Ovidio, así nos lo habían enseñado en la escuela, y, según Ovidio, se trata de una tragedia. Los malhadados amantes se dan cita en el muro y usan una grieta en

la tapia para hablar el uno con el otro. Richard Cowley era el muro; alargaba los brazos para que su manto, del color de la piedra, hiciera de barrera, barrera en la que Píramo abría un agujero con su espada de madera. Ve a Tisbe por la grieta recién abierta. Will Kemp estaba inclinado hacia abajo, con el culo en pompa para deleite del público.

—Puedo oír el rostro de mi Tisbe —aulló—. ¡Tisbe!

—¡Mi amor! ¡Eres mi amor, ¿verdad?! —dije con desesperación. Me incliné ante el muro.

—¡Oh! ¡Bésame a través de la grieta de este vil muro! —rogó Píramo.

Arrugué los labios y los incrusté en la tela pintada mientras Will hacía lo mismo desde el otro lado. Le dimos al beso unos instantes dejando que el público riera, luego me retiré y fingí escupir cal.

—¡Solo beso el agujero del muro! —me lamenté con tristeza—, ¡pero no tus labios!

—¿Te verías conmigo en la tumba de Nino ahora mismo? —preguntó Píramo.

—¡Viva o muerta, allá voy sin demora! —dije, y, con las mismas, salí corriendo del escenario con pasos cortos y trastabillantes, mientras Will salía por el acceso opuesto.

La historia es bien conocida. Cómo Tisbe se topa con un león de camino a la tumba de Nino, pero logra escapar de la terrible bestia a costa de su chal, que deja caer al suelo, y cómo Píramo, al encontrar el chal, manchado con sangre por el león, cree que su amada ha muerto y se suicida. Aquella era la escena favorita de Will Kemp, una muerte que podía exagerar. Se apuñaló o, mejor dicho, deslizó la espada de madera una y otra vez bajo su axila, trastabilló por el escenario, se irguió, volvió a trastabillar, cayó en la parte frontal del escenario y le dedicó al público una mirada de profunda desesperación.

—¡Muero! —aulló mientras seguía apuñalándose—. Muero, muero, muero... —Y entonces se detuvo.

Esbozó un gesto de pánico. Aquel no era Píramo, sino el desconcertado actor que había olvidado sus frases. Se quedó muy quieto, con la espada lista, y el embarazoso silencio se alargó. Luego mi hermano, fingiendo ser Peter Quince y el apuntador de la obra, siseó la palabra olvidada.

—«¡Muero!».

—¡Muero! —gritó Will.

No hay nada como las carcajadas de un público al que le encanta lo que ve y lo que oye. Algunos de los invitados eran incapaces de dejar de reír. La reina nos observaba con avidez, mientras que la novia, creo, derramaba lágrimas de alegría. Estábamos celebrando su boda.

Yo fui el siguiente personaje en morir, suicidándome sobre el cuerpo de Píramo y colocándome una bufanda de seda roja en el pecho para representar la sangre. Se me cayó la peluca, algo que sirvió para avivar el júbilo en el salón mientras intentaba colocármela. Morí. Y entonces el resto de los mecánicos arrastraron nuestros cuerpos para sacarlos del escenario y las hadas volvieron y bailaron al son de una dulce melodía, y Oberón bendijo la casa. El público, todos sonrientes, se calmaron, y Puck se despidió de ellos con el discurso final de la obra.

—¡Dadme vuestras manos! —dijo para animarlos a aplaudir, y aplaudieron.

Nos alineamos en el escenario como compañía. Y nos dimos un baño de deleite. Habíamos arrancado a Su Majestad y a sus cortesanos del invernadero de Londres y los habíamos transportado a un bosque mágico en Atenas. Aplaudieron, se levantaron, nos vitorearon. Y nosotros nos inclinamos ante ellos.

En pocas ocasiones me había sentido tan feliz. Volvimos a inclinarnos. Éramos una compañía.

Había sido una dulce comedia.

EPÍLOGO

Fallecí después de que las campanas de Saint Leonard tocaran las tres de la tarde.

Estábamos en el Teatro. Era un precioso día de primavera, el cielo estaba azul y tan solo había un puñado de nubes dispersas, el patio estaba repleto de gente y las galerías estaban llenas. Desde el escenario lo único que podía verse eran caras, dos mil en total. Todos nos miraban a medida que la historia se iba desarrollando. Era la segunda vez que contábamos la historia, aunque ya se había corrido el rumor por la ciudad de que era una historia digna de ver, así que la gente anegó Finsbury Fields, demasiada gente, algunos no pudieron entrar, aunque se les prometió que volveríamos a representar la obra al día siguiente y al otro. Había quienes querían saber cuándo haríamos de nuevo *El sueño de una noche de verano*, una obra que también había llenado el Teatro una y otra vez.

Yo vestía calzas negras, botas negras y pantalones negros, el jubón hecho del más delicado cuero negro español, decorado con franjas de terciopelo azul oscuro, que había logrado salvar del cuchillo de Aliento de Pescado el invierno pasado. Mi camisa blanca estaba decorada con encaje francés y en vez de gola llevaba cuello inglés. Mi corto cabello estaba cubierto por un delicado sombrero azul decorado con las dos plumas negras que le había arrebatado a de Valle y que ahora intentaba llevar a escena siempre que me era posible. Las plumas eran mi talismán, mi protección mágica contra los demonios del corral de comedias que hacían que los actores olvidaran sus frases. Tenía la barba corta, perfectamente perfilada. Yo era Mercucio, el mejor amigo de Romeo.

Era, tal y como había prometido mi hermano, un papel de verdad, maravilloso, de hecho. Richard Burbage representaba a Romeo, y, durante los ensayos, él y yo habíamos intimado. Incluso me había llevado a El delfín y me

había invitado a cerveza, me había contado cosas sobre su padre y, de forma inesperada, me había hablado de mi hermano.

—No hay otro igual —había dicho.

—Tampoco hay otro como tú —repuse, y era cierto. De todos nuestros actores, Richard era el más hábil, su único rival era Ned Alleyn, que actuaba con los hombres del Almirante en la Rosa.

—Sí, pero no seríamos nada sin las palabras —me dijo Burbage—, nada en absoluto. La gente viene a ver la obra, y si las palabras no están ahí, ellos tampoco estarían.

¡Las palabras! Yo había empezado a escuchar con más atención los textos de mi hermano, y, aun a regañadientes, empezaba a comprender su magia.

—He tenido un sueño esta noche —me dijo Romeo.

—Yo también.

—¿Y bien? ¿Cuál ha sido el tuyo?

—Que los soñadores suelen mentir.

—Cuando duermen sueñan realidades.

Romeo y Julieta, aquellos amantes desgraciados, se encaminaban fatalmente hacia su fin y, como Píramo y Tisbe, morían a causa de un malentendido. Y, al igual que Píramo y Tisbe, provenían de familias enemistadas. Romeo, al enamorarse de Julieta, una muchacha de trece años, amaba a su enemiga, y Julieta, al amar a Romeo, desafiaba a su familia. Ambos deben morir, pero Mercurio muere antes.

Yo muero en una trifulca. Uso espada ropera y lucho contra Teobaldo, representado por Henry Condell. Teobaldo intenta provocar a Romeo por el simple hecho de que Romeo es un Montesco y Teobaldo apoya a la familia de los Capuleto. Romeo se niega a luchar porque ama a una Capuleto, pero Mercucio, instigado por Teobaldo, desenvaina.

Henry Condell no era mal espadachín, y nuestra pelea, aún con las largas ropas, era espectacular. Nos movíamos de un lado del escenario a otro, con las hojas centelleando cual lenguas de serpiente, restallando, resbalando, separándose. Habíamos ensayado cada movimiento, y aun así me di cuenta de que Condell era rápido como una víbora. El público resollaba con el combate. Les encantan las luchas a espada. Muchos de los espectadores eran espadachines, sabían lo que estaban viendo, y teníamos que hacer que

pareciera real. La lucha concluía cuando obligaba a Henry a retroceder, haciendo fintas y lanzándome contra él, deteniendo sus estocadas, moviéndome más rápido que él, hasta que Romeo, consciente de que los duelos en la calle estaban prohibidos, intentaba detener la pelea poniéndose delante de mí para detener mis ataques. Y entonces Henry, Teobaldo, ataca bajo el brazo extendido de Romeo y me perfora el pecho.

Las campanas de Saint Leonard tocaron las tres de la tarde.

—¡Estoy herido! —aúllo—. ¡Caiga la peste sobre ambas casas!

Trastabillo con la mano izquierda tapándome la herida mientras aprieto la vejiga de cerdo de la que mana sangre de oveja. El Teatro se quedó en silencio, el sonido más fuerte que se oía era el de los zapatos sobre los tablones del escenario.

—Valor, amigo mío —me dijo Romeo—. ¡La herida no puede ser grave!

—¡No, no es tan profunda como un pozo —dije, cubriéndome la herida—, ni tan ancha como la puerta de una iglesia, pero es bastante, es suficiente! Pregunta por mí mañana y te dirán que estoy en la tumba. Estoy sazonado ya para este mundo, te lo aseguro. ¡Caiga la peste sobre ambas casas! ¡Maldita sea! ¡Un perro, una rata, un ratón, un gato, pueden llevar a un hombre a su muerte! ¡Un canalla, un miserable, un villano que lucha según las leyes de la aritmética! ¿Por qué demonios te has interpuesto? Me han herido bajo tu brazo.

Y, así, muero lentamente. Y dado que siempre es difícil llevarse un cuerpo de un escenario bañado por la luz del sol, trastabillo mientras me alejo y muero en otro lugar.

—Ayúdame a entrar en alguna casa, Benvolio —le supliqué a mi hermano—, o caeré desmayado. ¡Caiga la peste sobre ambas casas! Me han convertido en carne de gusano.

Y así, con mi brazo sobre los hombros de mi hermano y su brazo en mi cintura, regreso a duras penas al vestuario donde me espera mi esposa. Silvia trabaja ahora en el Teatro, y vivimos en las habitaciones que en su día habitó el padre Laurence, que sí es carne de gusano, aunque nos dio su bendición antes de morir una noche de abril.

No he visto a Christopher deValle desde aquel día. Se rumorea que se ha ido a casa de su señor en Berkshire, donde hace de secretario, mientras que su señor, el conde de Lechlade, que estuvo entre las sombras de este relato

durante todo el invierno, ha sido expulsado de la corte.

George Price, el Gorrino, ha abandonado Londres y se ha ido Dios sabe adónde, y sus sobrinos con él. Los perseverantes siguen por ahí, pero no se acercan a nosotros.

Francis Langley ha encontrado manuscritos, y el Cisne tiene público. Los vi a él y a mi hermano caminando juntos por Bankside sumidos en una conversación. La paz ha estallado entre ellos.

Sir Godfrey, al ser el párroco de Blackfriars, fue obligado a leer la publicación de nuestro matrimonio, aunque quien nos casó fue el reverendo Venables en la capilla de Su Excelencia. El reverendo me llevó a un lado y me dijo que no me quedaba del todo mal la barba. *Sir* Godfrey sigue proveyendo al Telón de perros y de Washington el oso y, a veces, al Cisne. Pero se rumorea que no tardará en dejar Londres para empezar una escuela para muchachos en alguna ciudad catedralicia de Cornualles.

A Simon Willoughby, con la parte derecha del rostro marcada de por vida y su ojo derecho ciego y lechoso, se le vio pidiendo limosna cerca de Saint Paul's Cross. Dice que fue soldado y que le hirió un español en los Países Bajos, y lo cierto es que representa bien su papel.

Su Majestad ha pedido que llevemos *Romeo y Julieta* a su palacio de Richmond. Lo haremos pronto. Lord Hunsdon nos tiene en alta estima, y más aún su esposa.

Mi hermano vive con una mujer llamada Anne. Es una mujer sociable, bella, risueña, y está casada con otro hombre. Él y yo nos hemos reconciliado, puede que sea porque se lleva bien con Silvia. Mantuvo su promesa de darme el papel de Mercucio, y después de nuestra primera representación me abrazó.

—Bien hecho, hermano. —Eso fue todo lo que me dijo.

Ahora me ayudaba a salir del escenario del Teatro.

—¡Pero qué desastre! —dijo Silvia sacudiendo la sangre de oveja que teñía el blanco del jubón—. ¡Esto no va a salir!

La silenció con un beso.

Somos los intérpretes del lord Chambelán. Contamos historias. Hacemos que surja la magia en el escenario. Convertimos los sueños en realidad. Somos actores.

NOTA HISTÓRICA

En los últimos años del siglo XVI ocurrió algo extraordinario: nació el teatro profesional. Antes había habido obras de teatro y actores, por supuesto, pero aquellas compañías no tenían una sede permanente. Recorrían Inglaterra y Europa haciendo sus representaciones en grandes mansiones, patios de posada y atrios parroquiales, pero en la década de 1570 se levantaron los primeros corrales de comedias permanentes en Londres. James Burbage, que había empezado su carrera como carpintero, se convirtió en actor y construyó uno de los primeros en Soreditch, muy cerca de Finsbury Fields. En 1595, año en el que se desarrolla la novela, el Telón estaba cerca, mientras que al otro lado del río, en Bankside, la Rosa también atraía audiencias, y se construyó el Cisne. Pasado el tiempo habría muchos más, el más famoso de ellos, The Globe, que no sería construido hasta 1599.

Burbage llamó a su nuevo edificio «El Teatro», una palabra tomada de la Grecia clásica y un nombre que, hoy en día, incluye una vasta y apasionante profesión en todo el mundo. Sin embargo, en 1574, cuando Burbage arrendó las tierras y construyó su corral de comedias, estaba asumiendo un considerable riesgo financiero. No todos los corrales de comedias tenían éxito. El León Rojo había fracasado, y el Telón pasó muy malas rachas, pero el Teatro y la Rosa resultaron ser rentables. También cambiaron la naturaleza de las compañías profesionales. Anteriormente, cuando los grupos de actores recorrían Gran Bretaña, podían representar la misma obra en cada una de las ciudades que visitaban, pues sabían que el público de Warwick no sería el mismo que dos o tres noches antes la habían visto en Kenilworth. Por tanto, podían sobrevivir con un repertorio muy reducido de obras. Pero cuando los corrales de comedias se volvieron permanentes y actuaban para el mismo público semana tras semana, ese público exigía obras nuevas, y así es como nació el guionista profesional. Sabemos, por el diario de Philip Henslowe,

que la Rosa presentaba unas treinta obras diferentes al año, y el Teatro debió de haber sufrido la presión de ofrecer material nuevo. Londres, en 1595, tenía una población de unas 200.000 personas, siendo, por mucho, la ciudad más grande de Gran Bretaña, y una ciudad necesitaba tener una población enorme para proveer de público a los teatros profesionales. Estos eran grandes. La Rosa y el Teatro tenían un aforo de unas 2.000 personas, mientras que el Cisne hacía representaciones para un público de 3.000. Estas cifras son comparables a las de los mayores teatros de Londres o Nueva York de la actualidad. Por tanto, en un día cualquiera, una importante proporción de los londinenses iban al teatro, y ese público exigía material nuevo. La mayor parte de lo que se representaba solía ser mediocre, pero esos mismos años iniciales vieron surgir un grupo asombrosamente talentoso de autores, entre ellos Ben Jonson, Christopher Marlowe, Thomas Kyd y William Shakespeare. No es demasiado arriesgado sugerir que ninguno de estos guionistas hubieran alcanzado la fama, y pocas de sus obras habrían sido escritas, menos aún sobrevivido, si aquel hambre desesperada por nuevas obras no hubiera sido espoleada por la constante demanda de los teatros permanentes. Ladrillos y argamasa, o mejor dicho, madera y escayola fueron los catalizadores necesarios para el nacimiento de una de las glorias de la civilización: las obras de Shakespeare.

No obstante, las compañías de actores, a pesar de su éxito, eran vulnerables. Eran odiadas por el puritanismo emergente y, como es bien sabido, por una ciudad de Londres gobernada por puritanos. Es por ello que la mayoría de los corrales de comedias se construían más allá de los límites de la urbe. Los nuevos teatros eran populares, atraían a públicos entusiastas, lo que agravaba los intentos por parte de los puritanos de cerrarlos. Lo que salvó la profesión fue el patronazgo de la reina Isabel y de la nobleza. Los más rancios puritanos se veían impotentes ante la aquiescencia de la reina con respecto a las obras y los actores. Cuando Jacobo VI de Escocia se convirtió en rey de Inglaterra en 1603, el apoyo real se volvió más explícito, y los hombres del lord Chambelán se convirtieron en los hombres del rey. El mundo tiene una deuda de gratitud con la monarquía inglesa y con su aristocracia, porque, sin ellos, el naciente teatro hubiera muerto al nacer y no tendríamos a Shakespeare.

Existían los teatros infantiles, y, por razón de un vacío legal, se les

permitía actuar en la ciudad de Londres. Una de esas escuelas era la de Blackfriars, aunque no llegó a estar activa hasta 1595. Los niños hacían obras de adultos, y, dado que representaban sus obras en recintos cerrados, no dependían de la meteorología. En 1596 James Burbage, consciente de las ventajas de los teatros interiores, compró un salón en Blackfriars que, después de muchas vicisitudes legales, se convirtió en un lugar en el que la compañía podía representar sus obras. El salón, o quizá los grandes salones de la corte donde muchas de las obras de Shakespeare fueron puestas en escena, son los verdaderos ancestros de la mayor parte de los teatros modernos. The Globe tiene merecida fama, aunque debe recordarse que muchas de las mejores obras de Shakespeare fueron representadas por primera vez en el Teatro, aunque Blackfriars, un teatro interior, cambió la profesión. En los corrales de comedias al aire libre, como The Globe, los actores compartían la misma luz natural con la audiencia, y, dado que el escenario era una tarima que se proyectaba sobre el patio, tenían espectadores a su alrededor. Tenían que actuar para el público al completo, casi la mitad del cual estaba detrás de ellos cuando miraban al frente. Era como una obra moderna representada en «teatros redondos», sin embargo, un teatro interior colocaba a todo el público delante del escenario, como ocurre en la mayor parte de los teatros hoy en día. El público también estaba a resguardo de los elementos, lo que repercutía en los beneficios, y, dentro de los límites de la iluminación de la época, se sentaban en una relativa oscuridad mientras que el escenario sí estaba iluminado. No podía haber «cuarta pared» en un teatro al aire libre, y hay pruebas de que el público no sentía inhibición alguna a la hora de interactuar con los actores. El comportamiento en un teatro interior era más decoroso. En ellos se sentaba menos gente, pero el precio de las localidades era mayor, para disgusto de los aprendices de Londres.

La obra en la que Richard hace el papel de la reina Uashti era *Hester y Asuero*, de autoría desconocida (es más que probable que no fuera del reverendo William Venables, quien es un personaje ficticio), y fue representada por los hombres del lord Chambelán en la década de 1590. Las frases citadas no son de la obra, pues el texto se ha perdido, sino de un panegírico civil a Hester, representada para la reina Isabel en la ciudad de Norwich o, en su caso, de una obra de 1561: *La virtuosa y piadosa reina*

Hester, que también es de autoría desconocida.

Sí tenemos el texto de *La bella Em, la hija del molinero*, el título completo de la cual es *La feliz comedia de la bella Em, la hija del molinero de Manchester. Y del amor de Guillermo el Conquistador*. No consta el nombre del autor en ninguna de las dos ediciones que del siglo XVI se conservan. Se ha sugerido que la obra fue un trabajo temprano de William Shakespeare, pero es improbable. Tampoco hay pruebas de que la compañía del lord Chambelán la representara, pero sí existe la posibilidad.

El consenso académico es que *Romeo y Julieta* se escribió después de *El sueño de una noche de verano*. Ambas obras fueron escritas en un corto espacio de tiempo, en algún momento a mediados de la década de 1590, y sospecho que el interludio de Píramo y Tisbe en *El sueño*, que acaba con el grotesco suicidio de los dos enamorados, fue una taimada burla del propio Shakespeare a su *Romeo y Julieta*. La versión del soneto de apertura de *Romeo y Julieta*, el famoso discurso de «Las dos casas», que Richard cita en el capítulo nueve, no es un error, sino la versión impresa en la primera cuartilla de 1597, y que, sospecho, fue la primera versión que se escuchó en un escenario antes de que Shakespeare revisara el discurso para adaptarlo a la que nos es familiar.

La giga *Jeremías y la vaca* es completamente ficticia, pero todas las obras concluían con una giga que era, en realidad, una obrilla subida de tono que se añadía al final de la obra principal. Tenemos los manuscritos de algunas de esas gigas, que consisten en un relato sencillo, generalmente con tintes sexuales, chistes improvisados y baile por parte de la compañía. Las gigas no se hacían después de una representación ante la realeza, y el hecho de que los actores se alinearan y se inclinaran como sugiero en el capítulo uno no es seguro. Ese saludo por parte de la compañía está atestiguado después de la Restauración de 1660, cuando las gigas dejaron de estar de moda, pero no es descabellado suponer que, quizá, se derivara de las representaciones más formales en las mansiones de la aristocracia y los palacios reales. El poema que recita Will Kemp después de la representación de *La bella Em, la hija del molinero* es «Lye Alone», que se encuentra en *Reliquias de la poesía inglesa antigua*, recopilación del siglo XVIII del obispo Thomas Percy. También le debemos al buen obispo el texto de «Panache», que es la «canción del pedo»

que Will Kemp no logra acabar. Kemp era famoso como actor cómico, más famoso, probablemente, que el propio Shakespeare para el público de Londres. Nick Bottom era un papel perfecto para Kemp, y puede que embelleciera su parte con diálogos improvisados, una práctica que Shakespeare odiaba: «que aquellos que hacen de bufón no digan más que lo que se les indica», escribe en el discurso de *Hamlet* a los actores. Los bufones que añadían su propio diálogo eran «villanos», escribió Shakespeare, y muestran «una lamentable ambición», y sospecho que pensaba en Will Kemp cuando expresó tal condena. Will Kemp está identificado en el texto en cuartilla de *Romeo y Julieta* como el actor que hacía el papel del sirviente Peter, una parte demasiado pequeña para un actor de tanta prominencia, pero Kemp, seguramente, habría sido el que liderase la giga que seguía a la tragedia. Kemp dejó a los hombres del lord Chambelán en 1599.

El libro *Una conferencia sobre la próxima sucesión a la corona de Inglaterra* fue publicado en 1594, y, efectivamente, enfureció a Isabel I. El seudónimo R. Doleman es probable que esconda a Robert Persons (a veces Parsons), que era un sacerdote jesuita y el líder de la misión para convertir a Inglaterra al catolicismo. Era un hombre inteligente y sutil, y su libro fue prohibido en Inglaterra. La reina, envejecida, detestaba cualquier discusión sobre la sucesión. No tenía heredero directo, por supuesto, y aunque la mayor parte de la población, en la década de 1590, habría supuesto que el protestante Jacobo VI de Escocia sería su sucesor (era el bisnieto de Enrique VII y, de hecho, sucedió a Isabel en el trono), la reina, obstinada, se negaba a designarle heredero, ni a él ni a nadie. En el momento en el que nombrara un heredero, por supuesto, el poder empezaría a abandonarla al tiempo que sus cortesanos buscaban el patronazgo del siguiente monarca.

Los nombres de la lista de actores (Hipólita, Lisandro, etc.) difieren de los que se aceptan hoy en día, pero es como aparecen tanto en la edición cuartilla como en la edición folio. He usado las versiones más modernas salvo cuando la novela cita un documento que puede haber sido contemporáneo a William Shakespeare, o, tal y como escribió su propio nombre una vez, «Shakspere». Conservamos seis firmas de William Shakespeare, y todas están deletreadas de modo diferente, y ninguna de ellas es «Shakespeare».

La idea de que Shakespeare escribió el interludio titulado *Dido y Acerbas*

es completamente ficticio, aunque la noción de que Shakespeare había sido maestro de escuela antes de irse a Londres no carece de fundamento. John Aubrey, anticuario y chismoso del siglo XVII, al que se suele considerar tan divertido como poco fiable, escribió en su libro *Breves vidas* que Shakespeare «en su juventud había sido maestro de escuela de provincias», y apunta en el margen del manuscrito que la información la obtuvo de «Mr. Beeston». Mr. Beeston era William Beeston, un actor de mala reputación y propietario de un teatro, e hijo de Christopher Beeston, que había sido actor con Shakespeare y con los hombres del lord Chambelán. El período de 1585 a 1592 suele llamarse «los años perdidos», porque no tenemos información sobre las actividades de Shakespeare, pero la cita de Mr. Beeston de Aubrey ofrece la seductora posibilidad de que sea cierta.

Puede que algunos lectores se opongan a la descripción de William Shakespeare como un hombre dispuesto a usar la violencia; sin embargo, al año siguiente de los acontecimientos ficcionados de *Necios y mortales* fue requerido por los magistrados de Surrey para mantener la paz. El episodio está envuelto en misterio, pero en noviembre de 1596 un hombre llamado William Wayte tenía una orden de alejamiento emitida contra William Shakespeare, Francis Langley (del teatro el Cisne) y dos mujeres, Dorothy Soer y Anne Lee. Wayte sostenía que había sido atacado y que temía por su vida. Wayte, a juzgar por otros documentos que se conservan, no era ningún santo, pero el acontecimiento, misterioso como es, constituye un recordatorio de que los teatros del Londres Tudor y Jacobeo estaban muy cercanos al mundo de los prostíbulos y los criminales.

Cuando Silvia habla de «un caballero que luce una cruz roja» y un dragón, está haciendo referencia al extensísimo e inacabado poema épico de Edmund Spenser *La reina de las hadas*. Spenser era pariente lejano de Elizabeth Spencer, la baronesa Hunsdon, que estaba casada con *sir* George Carey, hijo del lord Chambelán, y era madre de Elizabeth Carey, la novia. Elizabeth Spencer era una conocida mecenas de las artes, y no es inconcebible que hubiera apoyado la primera producción de *El sueño de una noche de verano* con entusiasmo. Emilia, mencionada brevemente en el capítulo once, era Emilia Lanier, que fue la amante de lord Hunsdon durante años. Tenía cuarenta y cinco años menos que el lord Chambelán y era la hija de un músico de la

corte de origen italiano. Al quedarse embarazada de lord Hunsdon se le concedió una generosa pensión y se casó con un primo suyo. Algunos académicos creen que Emilia Lanier es la Dama Negra de los sonetos de Shakespeare.

La diatriba del reverendo John Northbrooke, *Tratado contra los dados, el baile, el teatro y los interludios, así como otros pasatiempos frívolos*, fue publicada en 1577, no mucho después de que se construyera el Teatro, y es uno de los ataques puritanos más tempranos contra los teatros. Los extractos que cito en el capítulo ocho han sido editados en longitud, pero dan una idea de lo que era, al fin y al cabo: una exitosa campaña para el cierre de los teatros de Londres. La definición de «puritano» de H. L. Mencken es «alguien atormentado por el temor de que alguien, en algún lugar, esté siendo feliz», y cuánta más felicidad daban los teatros, tanto más virulentos se volvían los ataques de los predicadores puritanos. Uno de ellos declaró desde el púlpito: «La causa de la peste es el pecado... y la causa del pecado es el teatro; por lo tanto, la causa de la peste es el teatro». El 1594 el alcalde de Londres, John Spencer, intentó convencer al Consejo Privado para que cerrase todos los teatros, describiéndolos como «corruptos y profanos», repletos de «fábulas impúdicas, artilugios lascivos... y cosas así». Describe los teatros como «lugares de encuentro para vagabundos y hombres sin beneficio que merodean por la ciudad, ladrones, proxenetas, mentirosos y cazadores de conejos. Gentes que practican la traición y personas ociosas y peligrosas». La victoria del parlamento en la Guerra Civil inglesa condujo al éxito de esta incesante campaña, y, para solaz de los puritanos, los teatros de Londres fueron cerrados en 1642, mientras que el resto cerró a lo largo del interregno. Volvieron a aparecer en 1660 con la restauración de la monarquía, y, por suerte, han florecido desde entonces.

Ha habido cierto debate sobre si las compañías de actores de finales del siglo XVI hacían uso de un director. Es evidente que no le llamaban así, la palabra no pasó a ser de uso común hasta el siglo XIX, pero la prueba de que un hombre asumía la responsabilidad de dirigir a los actores y de dar forma a la obra se desprende del texto de *El sueño de una noche de verano*. Peter Quince hace que ensayen los mecánicos para *Píramo y Tisbe*, la obra dentro de la obra, y se comporta como haría un director moderno. Distribuye los

papeles entre los actores, hace listas de accesorios, organiza los ensayos, y, en el acto III, escena 1, vemos uno de esos ensayos. Les dice a los actores cuándo entrar y cuándo salir, adónde ir, qué decir y cuándo decirlo. «A ver —le dice a Francis Flute—, eso no lo tienes que decir ahora... ¡lo dices todo de un tirón, réplicas y todo! ¡Píramo, entra! Se te ha pasado la frase, es “se podría fatigar”». ¡Eso es dirigir! Y salta a la vista que se trata de un retrato cariñoso del proceso mediante el cual se preparaba una obra en 1595. Quince, por supuesto, también aparece en la obra que dirige, lo que da a entender que uno de los actores principales hacía las veces de director. He asignado gran parte de la labor de dirección al ficticio Alan Rust, pero Shakespeare, como autor de las mejores obras del Teatro, debió de haberse atribuido tales responsabilidades él mismo, en particular con sus propias creaciones.

Le debemos a John Heminges y a Henry Condell una deuda impagable, porque, siete años después de la muerte de William Shakespeare, produjeron el famoso libro que hoy se conoce como *First Folio*. Muchas de las obras de Shakespeare ya habían sido publicadas en cuartillas (el nombre se refiere al tamaño de los libros: la cuartilla vendría a ser del tamaño de un libro actual, y el folio, del estilo de una enciclopedia), pero si no tuviéramos *First Folio*, no tendríamos dieciocho de las obras de Shakespeare: *Macbeth*, *La tempestad*, *Julio César*, *Los dos hidalgos de Verona*, *Medida por medida*, *La comedia de las equivocaciones*, *Como gustéis*, *La fierecilla domada*, *El rey Juan*, *Bien está lo que bien acaba*, *Noche de reyes*, *Cuento de invierno*, *Enrique VI primera parte*, *Enrique VIII*, *Coriolano*, *Cimbelino*, *Timón de Atenas* y *Antonio y Cleopatra*. Los académicos estiman que los teatros de Londres representaron unas 3.000 obras entre 1570 y el cierre de los teatros en 1642, y de esas 3.000 solo tenemos los textos de 230, así que es un milagro que hayan sobrevivido, y más milagroso aún que 38 sean de Shakespeare. La mención de *Trabajos de amor ganados* en el capítulo seis no es un error. Es bastante probable que una obra de tal nombre existiera, y, de ser así, sería junto con *Cardenio*, una de las dos obras perdidas de William Shakespeare. *Trabajos de amor ganados* se menciona por vez primera en 1598, y podría ser una obra de teatro perdida, o quizá se trate del título alternativo de otra, puede que de *Bien está lo que bien acaba* o de *Mucho ruido y pocas nueces*.

Y ¿fueron estas obras acortadas? Las obras de Shakespeare, si se

representan en su totalidad, suelen ser muy largas, no es raro que duren tres o cuatro horas. Sin embargo, en *Romeo y Julieta*, el mismo Shakespeare describe «el tráfico de dos horas de nuestro escenario», y creo que las obras fueron acortadas durante los ensayos para durar poco más de dos horas. No habría habido descanso en el Teatro, aunque sí en un salón interior iluminado con velas para permitir que se cortasen las mechas. Los puristas sostienen que debería hacerse la obra completa, con independencia de su longitud o del extraño lenguaje de los siglos XVI y XVII, a pesar de la ordalía que se inflige al público. Sin embargo hay razones para creer que los manuscritos publicados no reflejan las obras tal y como serían representadas en el escenario. La pista la da el contemporáneo de Shakespeare Ben Jonson, quien, en la página del título de su obra *Hombres sin humor*, publicado en 1600, dice específicamente que el texto impreso es el manuscrito «tal y como fue compuesto por el autor B. J. conteniendo más de lo que ha sido dicho o hablado en público». La exigencia de tiempo y la experiencia de los ensayos acortarían las obras, tal y como ocurre hoy en día.

Algunos lectores habrán sentido cierta decepción, ya que no he sugerido en ningún momento que William Shakespeare no fue el autor de las obras que se le atribuyen. La idea de que no tenía la cultura suficiente como para escribir tales textos sigue vigente en algunos círculos, y la pregunta «¿Quién fue el verdadero Shakespeare?» sigue resonando. Esta afirmación es absurda. Tenemos pruebas más que suficientes de que William Shakespeare de Stratford era William Shakespeare el autor. Quisiera derivar al lector que desee examinar tanto las pruebas como los razonamientos al magnífico libro de James Shapiro *Shakespeare. Una vida y una obra controvertidas*. Es una lástima que un libro así haya tenido que ser escrito, pero tal y como dice Puck: «¡Señor, qué necios son estos mortales!».

Le estoy muy agradecido a Amanda Moore, que ha recopilado un gran dossier de información sobre el telón de fondo del mundo de Shakespeare y las compañías de actores de la década de 1590. Tiene todo el derecho a sentirse agraviada, porque es poco lo que aparece de ello en la novela, pero, sin embargo, impregna toda la novela y su valor es incalculable. Todos los errores

son exclusivamente míos.

También estoy en deuda con Terry Layman, quien, mientras hacía de Nick Bottom, se inventó el momento en el que Píramo se olvida de la última palabra en la secuencia: «¡Muero, muero, muero, muero, muero!». Funcionó de maravilla.

En *Como gustéis*, Shakespeare preguntó: «¿Quién se enamora si no es de un flechazo?». En realidad le robó la frase a Christopher Marlowe de su obra *Hero y Leandro*, que es una forma enrevesada de decir que, si bien *Necios y mortales* está dedicado a muchos colegas que han hecho que mis veranos sean maravillosos (y aterradores) en el teatro Monomoy de Chatham, Massachusetts, estoy convencido de que ninguno de ellos se molestará si comparten dedicatoria con Judy, mi esposa, que hace que todas las cosas sean posibles. A todos ellos, y en especial a Judy, gracias.



BERNARD CORNWELL (Londres, Reino Unido, 23 de febrero de 1944). A muy corta edad perdió a sus padres: un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre. Adoptado por los miembros de una estricta secta protestante, Cornwell cursó diversos estudios y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad. Tras trabajar para la BBC, se trasladó a Estados Unidos donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso. Según Cornwell la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente, solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad. En junio de 2006 fue nombrado oficial de la Orden del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.